

SECUESTRADOS

en Haití



KATRINA HOOVER LEE

2025 © CAM Books

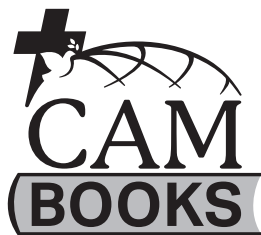
Traducido por ManáDigital.net

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en ningún sistema de búsqueda automática, de ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico o mecánico, sin el permiso por escrito de la publicadora, aparte de citas breves en artículos y obras críticas.

El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Diseño de la portada y del levantado: Kristi Yoder

Publicado por:



CAM Books

P.O. Box 355

Berlin, Ohio EE. UU. 44610

Teléfono: 330-893-4828

Fax: 330-893-2305

www.cambooks.com

EL ASOMBROSO RELATO DE DIECISIETE MISIONEROS

SECUESTRADOS

en Haití

KATRINA HOOVER LEE

AGRADECIMIENTOS

- Quiero expresar mi agradecimiento a todos los que ayunaron y oraron por los rehenes durante su cautiverio y a todos los que ayudaron detrás de la escena en este fascinante relato respecto de la obra de Dios.
- Gracias a Alina Miller y Alma Yoder de TGS por su ayuda al catalogar las muchas oraciones que llegaron para permitirnos seleccionar algunas para el libro.
- Muchas gracias a la educadora Sharon Martin, al editor privado Rick Steele y al autor muy popular Dean Merrill (coautor de En presencia de mis enemigos) por sus excelentes consejos y ayuda con mis preguntas en cuanto a este libro.
- Muchísimas gracias al equipo editorial de TGS, especialmente al editor principal Dennis Kline, por su trabajo habilidoso y detallado. No quiero ni pensar lo que sería este libro sin sus correcciones y perfeccionamiento.
- También deseo agradecer a Bobby Miller por su incansable ánimo

y dirección. Había momentos en los que no estaba segura si podía soportar la intensidad del proyecto. Con su ánimo y coordinación con otros departamentos, pude continuar con mi papel.

- Este libro no existiría sin la cooperación voluntaria de los que fueron rehenes. Mi más profundo agradecimiento a Cheryl (y su esposo Ray), Kay, Ryan y Melodi, Matt y Rachel, Samuel, Austin, Cherilyn, Dale, Wes, Courtney, Brandyn, Kasondra, Shelden, André y Laura. Cada uno de ustedes tenía una perspectiva un tanto diferente. Juntos, estos puntos de vista crean un relato más sorprendente debido a su diversidad. En especial agradezco a los que leyeron el manuscrito en busca de errores y brindaron comentarios. Mi mayor esperanza es que estén contentos con el producto final.
- Gracias a Stephanie Leinbach y a sus ocho hijas por cuidar de nuestra hija Anina durante mis momentos de intensa concentración en este proyecto.
- Este libro definitivamente no se habría completado sin el apoyo de mi esposo, Marnell. Él me animó a asumir este proyecto y cambió sus planes para hacer el repentino viaje a la conferencia de prensa del 20 de diciembre de 2021. Compró alimentos, ayudó con lavar la ropa y asear la casa, y pasó tiempo extra con Anina; todo mientras continuaba su trabajo a tiempo completo. Siempre que me sentía perpleja en cuanto a cómo abordar el relato, él me brindaba excelentes comentarios y consejos.
- Finalmente, me siento privilegiada de que Dios me haya permitido ayudar a compartir este gran relato de su obra en la vida de los rehenes y las muchas personas implicadas. Le agradezco a Dios por la manera en que me preparó para esta tarea al guiarme a través de proyectos en el pasado, incluidos aquellos que no parecían valiosos en el momento. Me sorprende la capacidad de Dios de tomar piezas rotas al azar para traer gloria a sí mismo. Que él reciba toda la honra y la alabanza.

CONTENIDO

Agradecimientos	v
Prólogo	ix
1. Secuestrados	13
2. El equipo	25
3. Un bello día soleado	49
4. Diez madres por todo norteamérica	61
5. El final de la carretera sin salida	71
6. Encerrados.....	81
7. El campamento de los pandilleros.....	93
8. Un nuevo aprecio por el agua potable	103
9. Aburridos	113
10. Intervalos de aburrimiento y terror	127
11. Diálogos en cuanto a comidas y batallas espirituales.....	135
12. Oración pidiendo libertad	149
13. El día de la decisión	157
14. ¡Líbranos!.....	165
15. Campamento de prisioneros la palmera	173
16. Necesitas ser puesto en libertad.....	187
17. Se establece una rutina.....	197
18. La fe y las obras	217
19. Las plagas y la oración.....	225

20.	De regreso al Mar Rojo.....	235
21.	Así se enfrenta la vida.....	253
22.	“¡Siéntate o te mato!”	267
23.	“Necesitamos ayuda”	287
24.	El conflicto	299
25.	Un milagro más	307
26.	“Samuel, ¡tenemos un problema!”	317
27.	“Siento a Dios”	323
28.	“El Señor nos libertó”	337
29.	Viaje a casa	355
	Epílogo	361
	Apéndice	367
	Acerca de la autora.....	373
	Respecto a Christian Aid Ministries	375
	El camino a Dios y a la paz	377

PRÓLOGO

"Secuestraron a grupo de nuestro personal en Haití!"

Recuerdo exactamente a dónde me dirigía con el cortacésped cuando mi esposa me pasó el teléfono y escuché aquellas palabras impactantes. La hermosa y tranquila tarde del sábado de pronto cambió por completo.

Aunque CAM¹ trabaja en muchos lugares necesitados alrededor del mundo, muchos de estos en la lista de "no viajar" del departamento de estado de los EE. UU., esta fue la primera vez que habían secuestrado a alguien de nuestra gente.

"¿Cómo están? ¿Estarán seguros? ¿Cómo tratan a las mujeres y a los niños? ¿Estarán libres antes de que oscurezca o tal vez mañana o pasado mañana?" Estas y otras preguntas daban vuelta en nuestra mente mientras orábamos, suplicábamos y luchábamos con lo que esto significaba. Teníamos muchas preguntas, pero pocas respuestas.

¹ Christian Aid Ministries (Ministerios de ayuda cristiana, por sus siglas en inglés).

El secuestro rápidamente se convirtió en noticia de primera plana en Estados Unidos y el extranjero. El mensaje de texto de Samuel Stoltzfus, “Nos están secuestrando”, que logró enviar mientras los llevaban, rápidamente llegó a los titulares de los medios de comunicación de todo el mundo.

Durante los dos meses siguientes, la junta directiva de CAM y el Equipo de crisis para los rehenes en Haití debatieron en cuanto a qué hacer. Hubo muchos momentos tensos y diferencias de opinión; no siempre fue fácil llegar a un acuerdo, si es que se logró. A fin de cuentas, diecisiete vidas estaban en juego, incluyendo mujeres y niños. Y posiblemente la vida de los mismos secuestradores estuviera en peligro, dependiendo de cómo resultara el asunto.

La esperanza y la oración de todos era que nadie perdiera la vida y que el trauma emocional posterior fuera mínimo. Nunca dudamos de que Dios tenía el control y que él es todopoderoso. Sabíamos que él podía hacer que todos volvieran con bien. Pero ¿era esa su voluntad? La espera fue larga y angustiosa para todos, especialmente para los familiares de los rehenes, que fueron muy pacientes y confiados. Los días eran largos, las noches cortas; siempre con un teléfono a mano.

Aunque la experiencia fue difícil, proveyó muchas oportunidades de compartir las buenas nuevas de Cristo, así como las enseñanzas bíblicas de la no-resistencia y del amor a los enemigos que tanto apreciaba el pueblo anabaptista.

Miles de personas de todo el mundo nos aseguraron sus oraciones y muchos nos acompañaron en días de ayuno. Enviaron hermosas notas, oraciones, cantos y poemas para consolar a las familias de los rehenes. Incluimos unos cuantos de estos a lo largo del relato. Ninguno fue de más estima que los que recibimos de nuestros hermanos haitianos quienes diariamente enfrentan dificultades casi insuperables sencillamente para sobrevivir en el país donde Dios los ha colocado.

El secuestro de diecisiete misioneros de CAM en Haití captó la

atención del mundo. Ahora captará la tuya mientras lees el relato magistral de Katrina Hoover Lee. Las experiencias desgarradoras de los rehenes conmoverán tu corazón; y la fe y confianza que tuvieron en Dios fortalecerá la tuya.

A lo largo de la experiencia del secuestro, todos los implicados hicieron lo mejor que pudieron para ayudar a lograr la libertad de los rehenes. Al final, creo que Dios utilizó a todos y a todo, pero lo hizo a su manera. ¡Que Dios reciba toda la gloria!

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36).

David N. Troyer
Director General, CAM

SECUESTRADOS

Sábado, 16 de octubre, 2021

1 p.m., Haití Oriental

Con un fuerte chillido de llantas, la camioneta blanca cruzó precipitadamente la carretera, derrapando frente a la buseta blanca Toyota, y se detuvo abruptamente. El conductor de la buseta de CAM, un joven de Ontario, Canadá, llamado Dale, frenó bruscamente. La buseta se sacudió por el repentino frenado, evitando por poco una colisión.

Hacer paradas rápidas no era nada nuevo para Dale. En sus veinticuatro años lo había hecho muchas veces. Podía detener un vehículo con seguridad, tuviera o no dieciséis pasajeros, como hoy.

Pero esta vez era diferente; lo apuntaban con armas. Dale miró con asombro mientras tres o cuatro hombres en la parte trasera de la camioneta apuntaban con sus rifles de asalto hacia la buseta. Se preguntó cómo debía reaccionar. No tenía experiencia previa en situaciones como esta.

En el asiento del pasajero delantero, Wes, de 23 años, también estaba paralizado por la conmoción. Aunque había estado en Haití por más de un año y había enfrentado retenes en la carretera, este parecía mucho más serio.

Otros maleantes armados saltaron de la cabina de la camioneta y corrieron hacia la buseta, gritando en criollo haitiano, un idioma que Dale aún no dominaba. Tenían cubierto el rostro con pañuelos y pasamontañas. Uno de los maleantes tenía puesto un gorro ajustado que le cubría la cara, solo con orificios para ver. Algunos llevaban chalecos antibalas y todos andaban con pulseras negras. Atemorizados miraban de un lugar a otro y les temblaban los dedos junto al gatillo de los rifles.

Dale luchó contra el impulso de entrar en pánico. Sabía que cualquier movimiento precipitado o renuencia a obedecer podría hacer que los maleantes dispararan. Levantó las manos sin dejar de mirar los cañones de los rifles. “Mantén la calma. Muestra que quieres cooperar. Quizá solo quieren dinero y objetos de valor; luego nos dejarán ir”, pensó.

Antes de que Dale tuviera tiempo para pensar, un maleante enmascarado se acercó a la ventana y metió la cabeza, a solo centímetros del rostro de Dale. Para el hombre obviamente era su rutina de vida, con sus compañeros, en una camioneta veloz, bloquearles el paso a los viajeros desprevenidos y agitar el rifle en el rostro del conductor atemorizado. Era su costumbre, la manera en que se ganaba la vida y lo que lo identificaba.

Pero lo que el maleante vio en la buseta no era lo que esperaba. Sus ojos reflejaron sorpresa al ver a las personas adentro.

Entre Dale y Wes al frente, estaba un niño sentado, y su rostro acusaba temor.

Detrás del conductor, una mujer de vestido azul oscuro y velo negro le devolvía la mirada. A su lado iban dos jovencitas con vestidos estampados y velos blancos. La que estaba junto a la puerta tenía cerrados los ojos.

El maleante se quedó sin palabras al mirar dentro de la buseta. Todos los asientos estaban llenos de personas: mujeres con velos que les cubrían el cabello y hombres con camisas y pantalones de vestir. También había varios niños y una bebé.

Las carreteras en el este de Haití no suelen presentar escenas como esta. El maleante, muy sorprendido, se alejó de la ventana.

Dale había llegado a Haití solo unos meses antes. A diferencia de algunos de sus compañeros misioneros, no tenía recuerdos de la forma en que había sobrevivido interacciones con maleantes.

Sentada justo detrás de Dale, Kay también miró las armas. Había vivido en Haití más tiempo que cualquiera de los demás y había visto muchos disturbios, retenes y humo. Había escuchado disparos y gritos. Pero lo de ese momento era aterrador. Nunca había experimentado que la apuntaran con rifles a tan poca distancia. Kay se imaginaba que los maleantes dispararían en cualquier momento.

Melodi, con la bebé Laura en los brazos, estaba sentada en el asiento detrás de Kay. Melodi tenía recuerdos alentadores de cómo su esposo Ryan había viajado recientemente por esta carretera con el director de campo, Barry Grant. A pesar de ver actividad de pandillas, todo había acabado bien. Melodi pensó en su familia, en sus amigos y en cómo se sorprenderían al escuchar la descripción de los maleantes al verlos de tan cerca. “¡Esto será una gran historia!”, pensó. Memorizó los detalles para escribirlos en su reportaje que enviaría por correo electrónico: “Pañuelos. Pasamontañas. Chalecos antibalas”.

En los asientos de la cuarta fila estaba Mateo, sentado junto a su esposa Rachel, y él miraba a los pandilleros con preocupación. Recordó cómo él y otro miembro del personal fueron asaltados hacía solo unos meses, mientras viajaban en Puerto Príncipe. Mientras estaban atascados en el tráfico, un hombre bien vestido los encañonó con un rifle mientras cinco o seis hombres más los habían rodeado, golpeando las ventanas, exigiendo dinero. Para su alivio, todo había salido bien.

Ahora, mientras Mateo miraba por la ventana, percibió que en esta ocasión la situación era peor. La camioneta llena de hombres que los apuntaban con los rifles causaba temor. “Estamos en un gran problema”, comprendió.

En la última fila de asientos, la vida de Samuel pasó frente a sus ojos al mirar los cañones de los rifles. Por los muchos años de vivir en Haití, entendió el francés criollo que hablaban a gritos mejor que cualquiera de los demás que iban en la buseta. Como Kay, sus años en Haití lo habían expuesto a mucha inestabilidad política. Sin embargo, nunca lo habían asaltado. Esto era un caso nuevo. El corazón le latía fuertemente mientras clamaba a Dios.

Junto a Samuel iba Austin, misionero que llegó para un plazo de servicio corto. Él había llegado a Haití hacía menos de veinticuatro horas y de ninguna manera estaba preparado para enfrentar los gritos y los rifles que los encañonaban. Austin vio la camioneta acercarse desde atrás, llena de hombres armados, y se había preguntado qué debía hacer. ¿Debía solo agacharse? El trabajo de construcción en el estado de Oregón no lo había preparado para una situación así.

Dale escuchó que sus compañeros imploraban la protección de Dios. Frente a él, los cañones de las armas brillaban a la luz del sol. Los pandilleros gritaban fuertemente mientras rodeaban la buseta.

Con gestos salvajes, le indicaron a Dale que le diera vuelta a la buseta. Él giró con rapidez, volviéndose hacia Puerto Príncipe. Al menos iban otra vez en la dirección correcta. Iban de camino a casa. De regreso a la base de la misión en Titanyen.

Por un momento los misioneros pensaron que tal vez el drama había terminado. Quizá los pandilleros buscaban a otra persona y ahora dejaban que la buseta continuara su camino. Al menos ya no los apuntaban con las armas.

La sensación de alivio se evaporó cuando Dale se vio obligado a detenerse de nuevo, justo frente de un retén de vehículos repletos de

hombres armados. Un pandillero agitó su mano para indicarles que debían desviarse a la derecha, por un estrecho camino secundario con muros de piedra a ambos lados.

Sin embargo, Kay se sentía con esperanza. No fue solo porque tenía nervios de acero, como informaron más tarde sus compañeros misioneros. Más bien, recordó el relato de un suceso, unos años antes, cuando un maleante había secuestrado el vehículo de un misionero. Después de rodear un control de carretera a través de callejones secundarios, se le permitió al misionero seguir su camino. Al parecer, el maleante solo había necesitado un aventón. Kay esperaba que en esta situación sucediera lo mismo.

En el asiento trasero, Samuel sintió que el corazón se le desplomaba. Estaba muy seguro de que no volverían a casa.

Samuel Stoltzfus, de veintisiete años, se encontraba en Haití cumpliendo un segundo período de servicio misionero. Desde su llegada, notó que había crecido la inestabilidad del país en comparación con su primer período de servicio. En aquel tiempo, la ONU estuvo presente. Aunque hubo mucho disturbio político, incluyendo actividades pandilleras y retenes en las carreteras, esta vez parecía estar peor.

Las pandillas ahora controlaban gran parte de Haití, incluyendo partes de la capital y las carreteras que la conectan. Estas pandillas a menudo creaban barricadas para detener el tránsito y poder robar, aterrorizar o secuestrar. Las pandillas más pequeñas, como las cercanas de Titanyen, conducían motocicletas, mientras que las más grandes tenían vehículos y muchas armas.

Las pandillas operaban según un principio sencillo: en lugar de crear un producto o servicio y ofrecerlo en el mercado, perturbaban o robaban, sin importar si fueran personas o cosas, luego exigían dinero por devolverlos a sus dueños legítimos. Las pandillas de alrededor de

Titanyen incluso habían amenazado la base de la misión, incluyendo a Barry, el director.

Barry descubrió que muchos de los pandilleros amenazaban y engañaban para llamar la atención y manipular a otros y así poder obtener su próxima dosis de drogas o alcohol. Recordó su propia esclavitud a estas cosas y supo que lo que los pandilleros en realidad necesitaban era a Jesucristo. Por esta razón, cada viernes por la noche, los hombres de la base de CAM celebraban un culto de predicación para las pandillas. En varias ocasiones durante los cultos, los misioneros veían que a uno de los líderes de las pandillas le corrían las lágrimas por el rostro.

Barry sabía que muchos de los hombres se unían a las pandillas para lograr un sentido de identidad; no pertenecían a nada y carecían de algún trabajo significativo. En su afán de ayudarles, Barry y el equipo incluyeron a las pandillas en un programa de Trabajo-por-salario, pagándoles un salario justo por completar un trabajo honesto: como construir carreteras o limpiar las orillas de los ríos. Incluso contrataron a algunos para ayudar a construir un nuevo muro alrededor del recinto de la misión, reemplazando la vieja cerca de malla.

A principios de octubre, Barry y los demás misioneros de Haití recibieron un correo electrónico de la oficina de CAM en Ohio, solicitando información actualizada respecto a un orfanato apoyado por CAM al sureste de Puerto Príncipe.

CAM no tenía un gran programa de orfanatos en Haití. A diferencia del programa escolar, que patrocinaba a siete mil alumnos haitianos, este fue el único orfanato en Haití con el que trabajaban. Muchos de los orfanatos del país eran administrados por personas sin principios, pero este había demostrado su integridad, y la oficina en Ohio deseaba una actualización. Hoy, 16 de octubre, era el día que habían escogido para visitar el orfanato.

El director y su familia decidieron quedarse en la base de Titanyen en lugar de acompañarlos. Los hijos de Barry le habían rogado que los

dejara ir, pero Barry no los dejó. Con diecisiete personas a bordo, la buseta estaba llena.

Cuando tantos mostraron interés en ir, Barry de momento se preguntó si era buena idea que fueran tantos en el vehículo. Sin embargo, había dejado de lado sus preocupaciones, contento de que todos pudieran ir. Algunos de ellos no habían podido salir recientemente, y él sabía que les haría bueno interactuar con los niños del orfanato.

Barry no se había hecho ilusiones sobre la seguridad de las carreteras de Haití. Él conocía bien los retenes y la actividad pandillera. Pero, en general, Barry no consideró que el ambiente de Haití fuera muy distinto de lo que había sido cuando él primero llegó en el año 2016. Habían enfrentado las barricadas ocasionales desde que había llegado.

Él le decía a la gente:

—Haití es Haití. Es conocido por su inestabilidad.

Aunque las pandillas muchas veces secuestraban personas para luego pedir rescate, esto no era algo que preocupara a Barry por su personal. Hasta donde él sabía, las pandillas no secuestraban estadounidenses blancos. Quizá no era justo, pero así eran las cosas. Secuestraban gente todo el tiempo, a veces haitianos, a veces estadounidenses de ascendencia haitiana y a veces personas de otros países, pero hasta donde Barry sabía, nunca habían secuestrado estadounidenses blancos.

Dale condujo la buseta hacia el camino secundario entre los muros de piedra mientras los pandilleros los rodearon, gritando con fuerza.

—¡Las armas! Entreguen todas las armas —gritaban en criollo haitiano.

—¡Nos van a disparar! ¡Nos van a disparar! —gritó Sheldon, agachándose lo más que pudo entre los dos asientos delanteros. Sheldon, de seis años, era hijo de Ray y Cheryl Noecker, que servían en Haití a corto plazo. Sheldon había estado en Haití por solo dos semanas y tenía

familiares en cada fila de asientos de la buseta. Sus hermanas Courtney y Cherilyn estaban sentadas en la segunda fila. Cherilyn hacía lo que siempre hacía en momentos de estrés: cerrar los ojos. Cheryl, la madre de Shelden, estaba más atrás en la buseta, junto a su hermana Kasondra y su hermano Brandyn.

—¡Las armas! ¡Entreguen las armas!

—¡Nos van a disparar! —sollozaba Shelden.

Los pandilleros abrieron la puerta lateral de la buseta. Desde el asiento trasero, Samuel, el que hablaba criollo con mayor fluidez, les explicó que no tenían armas. Esto pareció calmar un poco a los pandilleros y retrocedieron un tanto.

Dale intentó calmar al muchacho aterrorizado que tenía a su lado. Los asaltos eran comunes en Haití, así que Dale esperaba que los pandilleros los hubieran desviado del camino solo para robarles todo. En su sereno acento canadiense, le aseguró a Shelden:

—Tranquilo, solo quieren nuestro dinero. Cuando lo obtengan, probablemente nos dejarán ir.

Cuando se hizo evidente que no había armas, los pandilleros les pidieron el dinero y los teléfonos. Los misioneros decidieron no responder, ya que al parecer los malhechores no estaban enfocados en sus demandas. En cambio, parecían estar nerviosos; miraban fijamente al grupo en la buseta, como evaluándolos, y luego miraban por encima del hombro hacia la carretera. Aprovechando que ningún pandillero lo miraba, Dale escondió su teléfono y la tarjeta de crédito entre los asientos. Cuando un pandillero le pidió el teléfono, Dale le mostró su billetera. El hombre tomó un billete de diez dólares.

En el asiento del medio, Melodi y su esposo Ryan escondieron el teléfono dentro del cobertor del pañal del bebé. Desde el asiento detrás de ellos, Rachel le entregó a Melodi un paquete plano que contenía licencias de conducir y tarjetas de crédito, envueltas en una pequeña suma de dinero en efectivo. Melodi lo añadió al cobertor del pañal.

Melodi tenía un bolso de pañales de rayas rojas y negras donde llevaba ropa para sus dos hijos, además de una tableta de escritura y un bolígrafo.

La ropa que Melodi llevaba era por si acaso sus hijos sufrían un accidente. No había llevado ropa para ella misma. Nadie más llevó tampoco, ya que todos planeaban regresar a la base de la misión en Titanyen para pasar la noche.

Después de unos diez minutos, la procesión se puso en marcha de nuevo. Dale seguía a un camión de carga. Cuando llegaron a una curva hacia la izquierda, Dale pudo ver los vehículos que iban adelante. Una Toyota Prado encabezaba la marcha, seguida por dos camiones. Una ambulancia haitiana y una camioneta blanca venían detrás.

A medida que avanzaban, el corazón de Dale desfallecía. Esto no parecía un robo rápido. Se adentraban cada vez más en lo que parecía territorio pandillero.

En la parte trasera de la buseta, Samuel comenzó a enviarles mensajes de texto a su familia y al grupo de jóvenes de su iglesia, pidiendo que oraran. Todavía no sabía si realmente los estaban secuestrando, pero se lo imaginaba.

Llegaron a un tramo más amplio de la carretera y el camión que iba adelante de Dale aceleró y se alejó. Detrás de ellos, comenzaron a sonar bocinas. Dale aumentó la velocidad un poco pero, a causa de los baches, siguió con cuidado.

De repente, la camioneta blanca los rebasó a alta velocidad, pegándoles a los arbustos a la orilla de la carretera. Una vez más se detuvo repentinamente delante de la buseta. La Prado blanca y el camión que iban adelante continuaron su camino.

Cuando la buseta se detuvo de golpe, varios pandilleros corrieron a la puerta del conductor. Dale se desabrochó el cinturón de seguridad, presintiendo que lo iban a quitar de su lugar. Los hombres abrieron violentamente la puerta del conductor y sacaron a Dale. Como en

una extraña pesadilla, Dale vio una mano levantada que se acercaba a su rostro. El golpe le pegó directamente, con tanta fuerza que lo hizo perder el equilibrio; sin embargo, por alguna razón extraña, no sintió dolor. Gritando fuertemente, los hombres arrastraron a Dale junto a las ventanas de la buseta por donde estaban sentados sus amigos. Lo llevaron a la parte trasera de la ambulancia y lo metieron bruscamente.

En voz alta, los misioneros oraron:

—Señor, ¡salva a Dale!

Kay estaba preocupada. Todavía no estaba segura de lo que pasaba, pero comenzaba a verse mal.

Uno de los pandilleros saltó al asiento del conductor, cerró la puerta de golpe y pisó el acelerador. Los pasajeros saltaban en sus asientos mientras la buseta, a alta velocidad, pasaba velozmente entre los baches y las zanjas. Ellos pegaban la cabeza en el techo y chocaban el cuerpo unos con otros.

Más tarde, Samuel recordaría:

—Fue el viaje más salvaje de nuestra vida.

Alguien comenzó a cantar y todos unieron las voces. Y esto pareció enojar al conductor.

—¡Diles que dejen de cantar! —le ordenó a Wes, que estaba sentado en el asiento de pasajero delantero.

Wes respondió:

—La verdad es que no puedo hacer eso.

El conductor se echó para atrás y golpeó el techo de la buseta y gritó:

—¡Dejen de cantar!

Aunque no querían hacerlo, los misioneros temían por las muchachas que estaban sentadas detrás del conductor. ¿Valía la pena enojarlo más? Por el momento, dejaron de cantar.

Samuel agarró su teléfono mientras debatía. Él formaba parte de un grupo en las redes sociales que informaba sobre retenes en la carretera, escasez de gasolina u otros problemas en Haití. ¿Debía compartir sus

circunstancias? Escribió un breve mensaje y presionó la tecla enviar. Samuel observó el teléfono mientras intentaba enviar el mensaje y comprendió que estaban en un área de poca señal. Oró para que, si el Señor no quería que se enviara su mensaje, lo impidiera.

En el asiento del pasajero, al lado del pandillero que conducía, los pensamientos de Wes eran tan atemorizantes como el recorrido de la buseta por la carretera llena de hoyos y zanjas. “Se llevaron a Dale. Lo van a secuestrar. A los demás nos robarán nuestras pertenencias y luego dirán que vaciemos las cuentas bancarias para que suelten a Dale”.

Por primera vez, Wes también comenzó a considerar la posibilidad de que se tratara de un secuestro.

Si hubiera sabido cuánto tiempo pasaría antes de regresar a la base de la misión, es posible que se habría desesperado, pero no lo sabía. Estaba tan desprevenido como los demás. Nadie había considerado la durabilidad de la ropa que llevaban ni cuán bien estaban protegidos de los mosquitos y las hormigas.

Todos sabían lo importante que era leer la Palabra de Dios, pero ninguno traía Biblia. ¿Para qué todo eso si el plan era volver esa tarde?

Mateo, que tomaba medicamento diariamente, no había traído sus pastillas. Nadie había traído comida extra.

Lo único que sabían, mientras viajaban alocadamente, era que estaban a la merced de los pandilleros y que su futuro estaba en manos de Dios.

EL EQUIPO

Los misioneros

Los diecisiete misioneros que una pandilla haitiana secuestró el 16 de octubre de 2021 eran jóvenes, activos y entregados al Señor. Su edad promedio era de veintidós años. Procedían de hogares en Pensilvania, Ohio, Tennessee, Wisconsin, Ontario, Oregón y Michigan. Todos procedían de familias numerosas y cada uno tenía al menos cuatro hermanos.

Aunque representaban a ocho iglesias diferentes, todos eran anabaptistas. Habían crecido asistiendo a escuelas cristianas donde la agenda de cada día incluía memorización de la Biblia, oración y cantos cristianos.

Había dos matrimonios y una mujer casada cuyo esposo no los acompañaba. Cinco de los diecisiete eran menores de edad. En general, gozaban de buena salud y estaban acostumbrados a la actividad. Todos menos

tres habían llegado a Haití en los últimos cinco meses.

Sus pasaportes, que ese día no llevaban consigo, contenían diversos sellos. En conjunto, habían visitado veintisiete países. Muchos dominaban al menos parcialmente un idioma aparte del inglés. Entre estos idiomas se encontraban el alemán de Pensilvania, polaco, suajili, criollo beliceño, español, ruso y, por supuesto, el criollo haitiano.

Todos ellos sabían trabajar con las manos. El grupo incluía a un electricista, una panadera, dos amas de casa, un mecánico, un constructor, una mesera, un ebanista y un técnico de puertas de garaje. Uno de ellos había comenzado una biblioteca cristiana y a varios les gustaba escribir.

Aunque les gustaba viajar, a la mayoría también les encantaba leer, cantar y pasar tiempo a solas. En el grupo, había más personas introvertidas que extrovertidas, aunque todos tenían opiniones y la confianza para expresarlas, incluso Laura, que tenía solo ocho meses.

Aunque todos estos misioneros trabajaban para CAM en su base en Titanyen, los diecisiete nunca habían viajado juntos en una buseta antes de ese día. El 16 de octubre de 2021 iniciaron una nueva relación, tan duradera como inesperada.

Se convirtieron en compañeros como rehenes en un campamento de una pandilla.

Base de CAM en Titanyen

El país de Haití ocupa la parte occidental de una isla del mar Caribe llamada La Española. La parte oriental de la isla es la República Dominicana, un país de habla hispana con una cultura distinta a la de Haití. En un mapa, Haití parece tener abierta la boca, con la capital, Puerto Príncipe, en la garganta. La mandíbula superior se extiende hacia el noroeste, hacia Cuba, que está a unos ochenta kilómetros. La mandíbula inferior se extiende hacia el oeste, hacia Jamaica, a unos ciento sesenta kilómetros. Como parte de una lengua, la isla de la Guanaba está en aguas abiertas entre las partes norte y sur, a menos de 32 kilómetros

a través de una bahía de Puerto Príncipe.

La base de CAM en Titanyen, establecida a mediados de la década de los noventa, se encuentra en el borde de la bahía de Puerto Príncipe, justo al norte de la capital. Desde el edificio más alto del recinto de CAM, los misioneros pueden observar la puesta de sol sobre el agua.

Desde el aire, el recinto de CAM tiene la forma de una lata abollada. Una puerta al extremo norte de este rectángulo abollado permite que los visitantes ingresen a las oficinas. Al cruzar la puerta pasan por una gran bodega a la derecha y un taller mecánico a la izquierda. Algunas casas unifamiliares y un gran dormitorio de tres pisos se levantan entre los árboles a ambos lados. Al extremo sur del recinto, un conjunto de edificios sirve de instalaciones para el programa de formación de pastores. Hay una capilla, dormitorios, aulas y una cocina. En una casa cercana se hospedan los pastores y sus familias, que imparten las clases a los pastores haitianos.

A un lado, una cancha de basquetbol provee un lugar seguro para que los niños jueguen. Los miércoles por la noche, el personal se reúne en la cancha para realizar un juego amistoso. Todos juegan, desde el abuelo hasta el niño de edad preescolar. Después del juego, todos se sientan y conversan, y a veces entablan conversaciones profundas hasta que oscurece.

Barry y Julia

En agosto del 2020, Barry Grant llegó a la base de CAM en Titanyen con su esposa Julia y sus cinco hijitos. La familia Grant había vivido en Haití desde febrero del 2016, aparte de vacaciones y visitas a sus familiares. Barry había predicado por todo el país, enfrentando posesión demoniaca, violencia pandillera y retenes en la carretera. También había establecido una iglesia al norte de Titanyen.

Ni Barry ni Julia crecieron en un hogar anabaptista. En la escuela secundaria, Barry dejó su huella como rebelde. Después de graduarse,

se unió en la infantería de la Marina estadounidense en un esfuerzo por convertirse en una mejor persona y mejorar su reputación dudosa. A pesar de que estuvo con los Marines dos años y medio, continuó luchando contra las adicciones y la rebeldía. Cuando por fin lo despidieron de la infantería de la marina, Barry entró en un ciclo de entrar y salir de la cárcel. La policía local lo conocía bien. Mientras estaba en la cárcel, siempre tenía la intención de reformarse, pero una vez puesto en libertad, volvía a las adicciones de las drogas y el alcohol que motivaban su vida.

Los abogados de Barry normalmente lo libraban de sus dificultades. Sin embargo, finalmente se pasó del límite. En su octava ocasión de conducir ebrio, su abogado le informó que no había nada más que pudiera hacer. Barry probablemente enfrentaría años de cárcel, además de una suspensión indefinida de su licencia de conducir.

Mientras Barry estaba sentado en el piso de su celda, contemplando su sombrío futuro, escuchó que su compañero de celda se quejaba de sus circunstancias. El joven de aspecto tosco repetía una y otra vez:

—Este no soy yo. Yo no pertenezco aquí.

A diferencia de Barry, su compañero de celda parecía pandillero. Frustrado, Barry por fin estalló y le dijo al hombre:

—Tú sí perteneces aquí, pero yo no.

En ese momento, Dios le abrió los ojos a Barry y, por primera vez, vio las cosas como realmente eran. Vio todo el daño que se había hecho a sí mismo y a otros. Vio a todas las personas que había herido. Sus pecados pasaron ante su consciencia como una noticia terrible.

Allí mismo en el piso de su celda, Barry le dijo a Dios que quería cambiar. Odiaba quién era, pero no conocía la solución. Sabía que asistir a la iglesia no marcaría la diferencia. Lo había intentado antes.

Sin saber qué pedir, exclamó:

—¡Dios, tienes que cambiar mi corazón!

Le prometió a Dios que, si sucedía esto, si su corazón verdaderamente

cambiaba, le serviría con todo lo que tenía.

Barry continuó luchando en las siguientes semanas, pero ya era un hombre transformado. Aceptó la posibilidad de pasar años en la cárcel y de perder su licencia de conducir como las consecuencias que debía sufrir por sus pecados.

El día de su sentencia, esperó con su abogado que llegara el juez. Por fin llegó otra persona que usaba pantalón blue jeans y se sentó en la silla del juez. Este hombre explicó que el juez no podría estar presente, por lo que la audiencia se cancelaría ese día.

—Sin embargo, escucharemos un caso, el primero en el expediente.

Llamó al abogado de Barry al frente, junto con el fiscal.

Tal vez el fiscal pensaba en lo que haría con su inesperado día libre. Sea cual fuera la razón, la sentencia se decidió en cuestión de minutos. Barry no caería en la cárcel; estaría bajo libertad condicional y recuperaría la licencia de inmediato.

Así comenzó la segunda oportunidad de Barry con Dios. Nunca más luchó con la drogadicción ni el alcoholismo.

Barry pronto halló una iglesia y comenzó a reunirse con otros miembros para estudiar la Biblia. Una de las personas del grupo de estudio bíblico era una joven llamada Julia, la hija del pastor bautista. Tanto Barry como Julia sintieron que Dios los llamaba a unir sus vidas, y después de una relación de tres meses, se casaron.

Mientras estudiaban la Biblia con los amigos, Barry y Julia debatieron si debían unirse a una iglesia anabaptista. No estaban seguros en cuanto al velo de la mujer, aunque podían comprender que tenía sentido basándose en el pasaje de 1 Corintios 11. Parecía tan extraño, sin embargo, después de ayunar decidieron que era lo correcto. Esta decisión facilitó que se unieran a una iglesia anabaptista, un paso que tomaron poco después.

A los pocos años, Barry predicaba el evangelio en Haití. Después de que la iglesia que estableció comenzó a crecer, Barry y Julia no estaban

seguros si todavía los necesitaban en ese lugar. ¿Debían trasladarse a otro lugar? En ese momento, la muerte de un familiar los hizo volver a Ohio. Era un tiempo de mucha auto examinación. ¿Qué tenía Dios para ellos?

En una reunión con algunos hermanos de la iglesia, Barry compartió un pensamiento que se le había ocurrido.

—¿Qué tal si yo volviera a Haití, pero trabajara con CAM? Recientemente llené un formulario de solicitud.

La base de CAM en Titanyen no estaba lejos del lugar donde habían estado antes. Esto le permitiría mantenerse en contacto con los hermanos en Cristo de su iglesia anterior.

En la reunión, sus hermanos estuvieron de acuerdo que esto podía ser una buena idea. De camino a casa después de la reunión, Barry llamó a uno de los hombres con quien había hablado. Explicó que CAM nunca le había pedido que trabajara con ellos. De hecho, se enfocan más en la ayuda humanitaria que en la predicación, que era la pasión de Barry. Era solamente una idea.

Él hombre contestó:

—Confía en el Señor. Él te mostrará lo que debes hacer.

A la mañana siguiente, Barry recibió una llamada telefónica. Era Felipe Mast, de CAM. Él comenzó así:

—Necesitamos un director en nuestra base en Titanyen. Tú tienes experiencia en trabajar con los haitianos, así que pienso que serías el hombre ideal para el trabajo. ¿Lo considerarías?

Felipe y Grace

Felipe y Grace Mast adquirieron su experiencia como misioneros en Liberia, no en Haití. Cuando regresaron a su hogar en Ohio después de haber vivido cinco años en ese país de África occidental, Felipe sirvió en la junta directiva de CAM durante seis años. En septiembre de 2019, se unió a CAM a tiempo completo como supervisor de la misión en Haití.

A principios de ese mismo año, Felipe quedó devastado al enterarse de que un miembro del personal abusaba de los niños haitianos. Aun después de que el abusador cayera en la cárcel, fue difícil superar la pesadilla. Algunos pensaban que había que parar el ministerio, sin embargo, la comunidad haitiana local no estaba de acuerdo. Estaban aterrorizados de que sus amigos de CAM abandonaran el país.

Durante meses fue necesario hacer reuniones tediosas y aún se llevaban a cabo cuando Felipe asumió el liderato de la misión en Haití en septiembre de 2019.

Poco después de llegar a ser el supervisor de la obra en Haití, Felipe viajó a ese país. En este primer viaje, recibió una llamada telefónica de su esposa Grace desde Ohio. Su hijo de trece años había fallecido mientras dormía.

A pesar de este profundo dolor, Felipe continuó su trabajo. Viajó frecuentemente a Haití, a veces acompañado por miembros de su familia. Entrevistaba a posibles candidatos que sirvieran en Haití y servía como enlace entre los misioneros y la administración en Ohio.

Poco después de llamar a Barry Grant en cuanto al puesto de director en Titanyen, Felipe recibió una solicitud de un mecánico llamado Wes, de Tennessee.

Wes

Westley Yoder creció en una meseta en Tennessee. Él y su hermano gemelo, Weston, deambulaban por los alrededores de su hogar con sus rifles de balines; incluso les enseñaron a sus hermanas menores a disparar.

Westley también desarrolló un amor por la lectura, especialmente los relatos de aventura como los prisioneros que escapaban del cautiverio. Cuando Westley creció, disfrutaba de la cacería de venados.

Si Wes hubiera seguido los pasos de su padre, se habría convertido en electricista. Sin embargo, aunque Wes hallaba que los tomacorrientes

y las cajas eléctricas eran de algún interés, prefería las cosas que rugieran y humearan. Así que, llegó a ser mecánico de motores pequeños.

Después de un proyecto de limpieza a corto plazo con CAM en las Bahamas tras el paso de un huracán, Westley se alistó para el servicio a largo plazo. Ofreció ir a cualquier lugar que la misión lo necesitara. Pronto recibió una llamada de parte de Felipe Mast, preguntando si le interesaría servir como mecánico en el recinto de CAM justo al noroeste de Puerto Príncipe, Haití.

Wes llegó a la capital de Haití en septiembre, 2020. Con ojos de silvicultor, pronto notó con tristeza el paisaje árido y la escasez de árboles. Se sintió aliviado al hallar algunos árboles en el recinto de CAM.

El mecánico anterior se quedó en Haití una semana más para mostrarle a Westley las camionetas de diésel, las plantas eléctricas y las cisternas que tendría a su cargo. Wes no tenía experiencia en trabajar con vehículos de diésel, pero descubrió que los vehículos de la base de Titanyen tenían motores muy básicos. Los camiones con transmisión International de vez en cuando le causaban problemas, pero en general el trabajo era manejable.

Wes se sintió feliz al descubrir que Haití producía uno de sus alimentos favoritos: mantequilla de cacahuets. El único problema con la versión local fue que se componía solamente de cacahuets majados y nada más. Era buena, pero tan espesa que se le pegaba al paladar. Con un poco de experimentación, Wes halló una solución. Echó una buena cantidad de mantequilla de cacahuets haitiana en una taza, hizo un hueco en medio, lo llenó de miel para panqueque y lo revolvió. No solo estaba delicioso; también se podía comer sin ningún problema.

Kay

Kay Yoder no conocía la base de Titanyen cuando llegó en diciembre de 2020, pero sí conocía a la familia de Barry Grant. Kay había llegado a Haití por primera vez para ayudar a Julia Grant con sus hijos pequeños.

Ahora, en la base de CAM, ella trabajaba con las cocineras, planeando los menús para los empleados haitianos y demás personal de EE. UU. y Canadá. Kay había crecido en Ohio, donde abundan la cocina y los libros de recetas menonitas y amish. Ella había trabajado en una panadería, elaborando granola, pero ahora había llegado a disfrutar mucho de la comida haitiana.

Cada semana, uno de los empleados haitianos de la base de Titanyen llevaba a Kay y a la cocinera encargada al mercado local, donde la gente se reunía bajo toldos para vender sus productos. Mientras los vendedores ofrecían a gritos, rodeados de compradores, de gallinas y perros, Kay y la cocinera seleccionaban las provisiones que necesitaban para la semana. Para llevar sus compras al vehículo, contrataban a uno o más carretilleros que esperaban en el mercado. Llenaban los carritos de arroz, plátanos, bananos y verduras haitianas.

Kay había vivido en Haití durante una reciente elección presidencial que había alborotado al país. Cuando muchos estadounidenses volvieron a su país natal, Kay y la familia Grant se quedaron en Haití, y a veces escuchaban disparos y observaban humo mientras la gente se manifestaba sobre los últimos acontecimientos políticos. Mientras las pandillas se acercaban a su pueblo, escuchaban amenazas de personas que decían que quemarían todo el país. A veces Kay pensaba que nunca volvería a ver a su familia. Aun así, ella por lo general no hallaba que vivía con temor.

Para Kay, la fe en Dios parecía más real en Haití que en los EE. UU. En Ohio, donde abundaban los recursos, la gente no parecía necesitar tanto a Dios. La fe que Kay tenía en Dios era sencilla en este país inestable de Haití. Ella necesitaba a Dios todos los días y le confiaba su futuro en sus manos.

Samuel

Samuel Stoltzfus no era nuevo en Haití. Después de servir en ese país

por dos años y medio, había vuelto a su hogar en Lancaster, Pensilvania. Durante los próximos dos años, Samuel disfrutó de estar de regreso con su familia y conducir un camión para un ministerio llamado Blessings of Hope (Bendiciones de esperanza).

Para ayudarlo a recordar su tiempo en Haití, había colgado varios adornos haitianos en las paredes de su dormitorio. Los artesanos haitianos creaban palabras en metales en un lugar llamado Tin Vallage (la Aldea de lata), donde los turistas llegaban y oían el tilín, tilín de los implementos que formaban las palabras en los metales. Samuel había comprado tres piezas. Una pieza de adorno de lata decía sencillamente “Haití”. La colocó encima de un estante con otros recuerdos y banderas haitianas. Otra pieza de hojalata tenía las palabras “La paz no es la ausencia de problemas, sino la presencia de Cristo”. La tercera decía: “Avek Jezi tout bagay byen”, que significa: “Con Jesús todo está bien”.

Samuel le agradecía a Dios por el tiempo que pasó en Haití y pensaba que tal vez algún día volvería al país que había llegado a amar. Mientras crecía, a Samuel le habían enseñado a orar pidiendo la dirección de Dios, por lo que creía que Dios lo dirigiría si algún día llegara el momento correcto de volver.

Un día, mientras Samuel conducía su camión por subidas y bajadas hacia los valles de los cerros Pocono al noreste de Pensilvania, repasó los altibajos de su vida en las últimas semanas. Él había sentido que Dios lo llevaba en cierta dirección, solo para descubrir que estaba equivocado. Samuel sabía que Dios no siempre exponía sus planes en blanco y negro, pero hoy oró desesperadamente pidiendo dirección.

Él le clamaba a Dios:

—¿Cuál es tu voluntad para mi vida? ¿Cuál es tu plan?

Además de trabajar para Blessings of Hope, Samuel estaba implicado en otro ministerio. Él y su familia proveían una biblioteca cristiana para la comunidad de Lancaster. Samuel comenzó el proyecto con 1.600 títulos antes de haberse ido para Haití por primera vez. Ahora había

unos 4.000 volúmenes en la biblioteca. A pesar de estar implicado en estos ministerios, Samuel se preguntaba si Dios lo llamaba a otra cosa.

Ese día, al agarrar el volante, Samuel sintió que Dios le habló con total claridad. “Samuel, hay algo que quiero que hagas. Hay un lugar al que deseo que vayas”.

La sorpresa y el alivio se extendió por todo Samuel, reemplazando el desánimo con esperanza rebotante. ¡Dios estaba con él! Dios lo había escuchado. Dios sí tenía un plan. A Samuel se le llenaron de lágrimas los ojos.

—Señor, estoy dispuesto a ir. Iré dondequiera que desees que vaya. Estoy listo.

La paz inundó su corazón, aunque Dios no le había dado instrucciones específicas.

Más de cinco años antes, Samuel había escrito en su diario: “Si algún día muero como misionero del evangelio de Cristo o como mártir por la causa de Cristo, lo contaría como la mejor forma de morir”. Su opinión no había cambiado. No sabía lo que Dios le pedía, pero hablaba en serio en cuanto a su disposición.

Tres horas más tarde, Samuel vio un mensaje en su teléfono. Era de parte de Felipe Mast, de CAM en Ohio.

—Samuel, ¿considerarías volver a Haití?

Esa noche, cuando Samuel entró a la casa de sus padres, tenía un anuncio sorpresa:

—Mamá, ¡voy a volver a Haití!

Cuando Samuel regresó a Titanyen en febrero del 2021, ya hablaba con fluidez el criollo haitiano. Se unió a Wes en el dormitorio de hombres solteros en el tercer piso. La primera vez que vio a Wes revolviendo mantequilla de cacahuets y miel para panqueque en un tazón, cuestionó la sanidad mental de su nuevo amigo. ¿Era así como hacían las cosas en Tennessee? Luego él mismo lo probó y decidió que, al fin de cuentas, Wes no estaba tan loco.

Mateo y Rachel

Mateo Miller conoció a su esposa Rachel en una boda en la que la hermana de Rachel se casó con uno de los mejores amigos de Mateo. En ese tiempo, Rachel vivía en Lancaster, Pensilvania, y Mateo trabajaba como asistente de enfermería voluntario en el hogar de ancianos Mountain View en Virginia. Cuando regresó a casa en Ohio, después de su servicio voluntario, Mateo trabajó en la oficina de CAM en el pueblo de Berlín, en el departamento de relaciones públicas.

En mayo del 2019, Mateo y Rachel celebraron su propia boda, decorada con tonos azules. Les sirvieron chipotle a los invitados, con tres tipos de pasteles para el postre.

Mateo y Rachel decidieron vivir cerca de su iglesia, lo que los alejó demasiado de las oficinas de CAM como para justificar un viaje diario. Mateo comenzó a trabajar en una ebanistería, diseñando muebles de cocina. Rachel trabajaba en una cafetería y panadería, un ministerio de su iglesia, sirviendo platos de desayuno, administrando la caja registradora y horneando pasteles.

Aunque Mateo había viajado por todo el mundo y había pasado muchas horas ayudando a otros, batallaba contra sus propios desafíos físicos. Él había nacido con una rara condición genética, que hacía que su sistema inmune trabajara en exceso, lo cual evitaba que se enfermara con frecuencia. Sin embargo, tenía otros problemas de salud.

A veces experimentaba agotamiento extremo y la inflamación a menudo le atacaba las articulaciones, lo que le causaba fuertes dolores, especialmente en las manos.

Mateo decía:

—No me gusta que me digan discapacitado, porque realmente no creo que lo sea. Pero sí tengo dificultades para hacer algunas cosas.

Con la dirección de su médico, Mateo descubrió que le iba mejor cuando tomaba inmunosupresores. Estos medicamentos normalmente hacen que las personas sean susceptibles a las enfermedades, pero como

el sistema inmune de Mateo estaba tan activo, aun así no se enfermaba con facilidad. Mateo tomaba estos medicamentos oralmente todos los días y se administraba una inyección cada dos semanas.

Mateo y Rachel llegaron a Puerto Príncipe en mayo del 2021. Ambos habían viajado a otros países anteriormente y no esperaban gran impacto cultural. Sin embargo, Mateo se sorprendió ante la locura del tránsito en Haití. Y Rachel se sorprendió por otra cosa. A ella le resultaba difícil creer que muchas personas, incluso las mujeres, hicieran sus necesidades fisiológicas a la orilla de la carretera en vez de buscar un servicio higiénico.

Mateo y Rachel se establecieron en el primer piso del edificio de tres pisos en la base de CAM. Samuel y Westley vivían en el piso más alto del edificio y en el piso de en medio se hospedaban las visitas. Mateo pudo llevar sus medicamentos a Haití, por lo que no había razón de preocuparse por su salud. Unas semanas después, se les unió otra pareja joven.

Ryan y Melodi, André y Laura

Melodi creció en el valle Grande Ronde, en el este de Oregón. Rodeado de montañas, es una tierra de nubes espectaculares, majestuosos árboles de hoja perenne y vallas de madera rústicas. Cuando llegaban visitas para pasar la noche, la familia de Melodi muchas veces los llevaban al Centro interpretativo de la ruta de Oregón, un museo en la Ruta de Oregón con su propio carromato y estatuas hechos de cera de los pioneros. La mamá de Melodi la inspiró a amar la escritura.

Sin embargo, la familia de Melodi no permanecían en casa si Dios los llamaba a servir. Desde que ella tenía cinco años hasta los nueve, la familia de Melodi vivió en Washington, donde su padre enseñaba en una escuela cristiana para inmigrantes rusos. Melodi también asistió a esta escuela. Luego, en su adolescencia, su familia se trasladó a Belice para servir como misioneros. Además de estas experiencias transculturales, la familia de Melodi adoptó dos nuevos miembros: Danny, un

niño ruso de cuatro años, y Conrad, un beliceño de catorce meses.

Poco después de volver de Belice, Melodi, de diecisiete años, fue con sus abuelos para ayudar a cocinar para los voluntarios de CAM que realizaban un proyecto de reconstrucción después de un huracán en Nueva Orleans. Al estar allí, Melodi conoció a un joven alto de Wisconsin, llamado Ryan Korver, de un año mayor que ella. No tuvieron ninguna conversación romántica, pero Melodi y Ryan no se olvidaron el uno del otro. Ambos volvieron a sus hogares y pasaron tiempo enseñando en escuelas cristianas durante los siguientes años.

En la navidad de 2015, Ryan le envió una carta a Melodi, preguntándole si quisiera entablar una relación con él. Así fue como en junio del 2017 se casaron. Como los padres de Melodi ahora servían como misioneros en Rumania, los recién casados vivieron en su casa por un año. Luego se mudaron a Wisconsin, la tierra natal de Ryan, y compraron una granja que proponían restaurar, cuando hubiera tiempo, mientras Ryan trabajaba con su padre instalando puertas de garaje. Limpiaron y remodelaron la vieja casa de la granja y criaron ganado de engorde en los campos cubiertos de hierba que la rodeaban.

Un hermoso día de septiembre, 2018, cuando las hojas amarillas se destacaban contra un cielo azul brillante, André se unió a la familia Korver.

Cuando André tenía dieciocho meses, Ryan y Melodi fueron a Texas para ayudar con otro proyecto de servicio con CAM. Mientras estaban allí, Felipe Mast llegó de visita. Después de volver a casa, Ryan y Melodi recibieron una llamada de Felipe, preguntándoles si considerarían solicitar un puesto en Haití para ayudar con el programa escolar.

Cuando completaron la solicitud y la entrevista resultante, Melodi estaba embarazada de un segundo hijo. El día del nacimiento de la pequeña Laura, el termómetro marcaba -31 grados centígrados.

André había sido un buen bebé, pero Laura fue casi perfecta. Ella dormía, comía y sonreía. Se sentaba en su silla para bebés y observaba

el mundo a su alrededor, tan contenta como una muñeca de porcelana. En dos ocasiones, alguien le preguntó a Melodi si la bebé estaba bien. Sin embargo, cuando Laura comenzó a gatear, comenzó a arrasar con todo con energía y determinación.

El 1 de junio de 2021 la familia Korver llegó a Haití. Similar a la tierra natal de Melodi, el nombre Haití significa “la tierra de montañas altas”. Pero allí acababan las similitudes.

Ryan y Melodi habían sido expuestos a otras culturas y dieron por sentado que esas experiencias los habían preparado para vivir en Haití. Aun así, la pobreza y el caos del país los sorprendió.

Llevaban en el país apenas cinco semanas cuando asesinaron al presidente de Haití.

7 de julio, 2021, base de Titanyen

Temprano la mañana del miércoles 7 de julio, el personal de Titanyen recibió la noticia de que habían asesinado al presidente de Haití en su casa. Su cuerpo fue encontrado con huesos rotos, un ojo sacado y doce impactos de bala. Su esposa recibió tres balazos, pero sobrevivió. El presidente había ocupado el poder durante cuatro años y medio, y su mandato estaba por cumplirse.

Ya que se esperaban disturbios, se cerraron el aeropuerto y las embajadas, y el gobierno haitiano declaró un período de luto de quince días.

En la base, el director Barry Grant pidió que todo el personal haitiano se quedara en casa y, por su seguridad, no llegara al trabajo. Haití había sido violento desde que Barry llegó unos años antes y él mismo había sido amenazado y asaltado. Barry, descrito por uno del personal como alguien que no le tenía miedo a nada, aun así actuaba con cautela.

Al día siguiente llegaron unos hombres armados a la base de Titanyen, y les exigieron dinero a los misioneros estadounidenses. El líder armado amenazó:

—Si no nos pagan \$150.000,00 antes de la mañana, cerraremos el

recinto.

Este mismo pandillero trabajó para Barry anteriormente en el programa “Trabajo por salario”.

—Pero no tenemos \$150.000,00 —contestó Barry.

—Si no recibo el dinero en la mañana, mataré a todos los de esta base. Reduciré todo a cenizas —advirtió el líder de la pandilla. Enojado, encadenó la puerta y se fue.

Cuando amaneció, la cadena había desaparecido. El líder pronto llamó a Barry y le pidió perdón por sus amenazas. Le pidió a Barry que viniera a visitarlo.

Barry llevó consigo a Westley, Mateo y Ryan. Debajo de un árbol de acacia, le predicaron al líder de la pandilla y a su primo que estaba sentado a su lado.

Barry les dijo:

—Esta vida de matanza no vale la pena. Todos los días vemos fotografías de gente asesinada a balas tiradas en la calle. Eso es lo que les va a pasar a ustedes. Van a morir e ir al infierno a menos que cambien.

—Lo sé. Lo sé —dijo el líder bajando la vista.

Esta fue una respuesta nueva. Anteriormente, este mismo hombre había dicho que si algún día se encontraba con Jesucristo, le cortaría la cabeza. Sin embargo, hoy estaba deprimido.

Barry aprovechó la oportunidad.

—¿Me darías permiso de venir el viernes y hacer un estudio bíblico?

—Sí, sería genial. Mucha gente vendría —contestó el pandillero.

—¿Tienes un lugar donde podríamos reunirnos?

—Lo buscaré.

Barry volvió a la base y llamó a Felipe Mast. Con entusiasmo le contó que el líder de la pandilla que había amenazado con quitarles la vida había aceptado organizar un estudio bíblico.

Todavía hablaba por teléfono cuando Ryan entró corriendo a la sala, con el rostro pálido.

Barry le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Acaban de fusilar a aquellos dos hombres con quienes estuvimos hablando. Están tirados en la calle... ¡muertos!

Se produjo una oleada de discusión entre el personal. ¿Debían volver a la escena? Las escenas de asesinatos muchas veces empeoraban rápidamente hasta convertirse en disturbios violentos. Sin embargo, decidieron que sería mejor regresar inmediatamente, en lugar de esperar que comenzara la violencia.

Wes y Mateo permanecieron en la base mientras que Barry, Ryan y otro obrero volvieron al lugar del asesinato. Wes, como cazador de venados que era, tomó un par de binoculares y subió al techo del dormitorio para observar la escena. Desde allí pudo ver la camisa azul de Ryan, lo que le permitía asegurarle a Melodi que su esposo estaba bien. Incluso vio que Barry saltó un muro para hablar con la gente. Y para alivio de todos, la policía llegó pronto y la multitud permaneció quieta.

Pocas semanas después, Barry recibió otra llamada telefónica de una pandilla. Estos también amenazaron con atacar el recinto esa noche. Barry y Julia habían recibido a los demás miembros del personal para una comida, incluyendo a un obrero nuevo que acababa de llegar el día antes.

Dale

El último miembro de personal permanente que llegó en el año 2021 procedía de Canadá. Dale Wideman creció en una granja pequeña al sur de Ontario. Además de cuidar las gallinas y las cabras de su familia y cultivar el gran huerto de su madre, Dale desarrolló un amor por los libros y la aventura. Mientras leía historias de misioneros como David Livingstone, entre otros, Dale se imaginó ser misionero algún día. En su tiempo libre, Dale y sus hermanos se subían a los árboles, cazaban mapaches y jugaban en el río en su finca de doce hectáreas.

Construyeron una cabaña de troncos en el bosque y pasaban noches acampando ahí. A Dale le encantaba la naturaleza, en especial disfrutaba de un paseo tranquilo y solo al aire libre.

Dale aceptó un trabajo como electricista, el cual mantuvo durante seis años. Después de entregar su vida al Señor a los dieciocho años, sintió un profundo deseo de compartir el evangelio. Cuando uno de sus amigos habló de ir a Liberia para servir como director de un programa de medicina para CAM, Dale escuchó y le ofreció ánimo. Cuando su amigo no pudo tomar el puesto, Dale contactó a CAM para ver si aún necesitaban a alguien en Liberia. Entonces contestaron así:

—No, la posición en Liberia ya no está disponible. Pero ¿considerarías ir a Haití como director del almacén y del programa de medicina?

Dale lo consideró. Sabía de muchos otros que habían servido en Haití, incluyendo a algunos de sus hermanos, por lo que no parecía ser la misma aventura que África. Sin embargo, Dale quería servirle a Dios y su corazón no se aferraba a ningún lugar específico.

El 24 de julio de 2021, él aterrizó en la pista del aeropuerto de Puerto Príncipe. Se sintió en paz al someterse al llamado de Dios a este país. Sintió que había tomado la decisión correcta.

Sin embargo, en un asunto se había equivocado: ¡su tiempo en Haití no carecería de aventuras!

La segunda noche después de su llegada, invitaron a Dale a cenar en la casa de Barry y Julia Grant con el resto del equipo. Durante la comida, Barry recibió una llamada telefónica amenazadora. El que llamaba advirtió:

—Llegaremos más tarde para asaltar el recinto.

Aunque la amenaza no resultó en nada, Dale se consideró debidamente bienvenido y advertido.

La alta estima que se le daba a la mantequilla de cacahuets en el dormitorio del tercer piso era una bienvenida más agradable. A Dale también le encantaba la mantequilla de cacahuets. A veces en la mañana

se comía un pedazo de pan tostado con mantequilla de cacahuets y miel de abeja. Y otras veces se lo comía con puré de manzanas. O, al final del día, disfrutaba de una gran cucharada antes de acostarse. Wes le enseñó su receta de mantequilla de cacahuets y miel para panqueque y Dale la probó con gran agrado.

Dale pronto descubrió que viajar en Haití significaba pasar por zonas controladas por las pandillas. Si el tránsito estaba en movimiento, el conductor podía suponer que la carretera estaba segura. Si no había nadie, lo mejor era dar vuelta y regresar. Varias veces, al conducir por las carreteras haitianas, Dale veía pandilleros armados.

Mientras Dale se adaptaba a la vida en Titanyen, realmente apreciaba a sus compañeros de trabajo en la base. Comenzó a disfrutar de su trabajo en el almacén. El entusiasmo de Barry por extender el evangelio lo contagió a él y los demás miembros del equipo. Se unieron más mientras luchaban con las pandillas y les predicaban. Una visión compartida por su pequeño rincón en Haití los entusiasmó a todos.

Mediados de agosto de 2021, base de Titanyen

Barry estaba frente al fregadero de la cocina un sábado por la mañana cuando toda la casa comenzó a sacudirse. Se volvió y vio que ambos sillones se mecían.

—¡Un terremoto! —gritó. Nunca había experimentado un terremoto, pero no había muchas otras opciones para explicar este fenómeno. Cuando los niños llegaron corriendo, la tierra dejó de moverse. Había terminado.

Barry le reportó a CAM que no creía que el terremoto hubiera causado mucho daño. Más tarde se enteró de que la zona alrededor del epicentro al sur de Haití había quedado devastada.

CAM comenzó a buscar obreros de construcción para ayudar a reconstruir en las zonas más pobres.

Principios de octubre de 2021, base de Titanyen

Cada jueves a las 4:00 de la tarde, se reunían los hombres de la base. Muchas veces una de las señoras enviaba café frío o palomitas de maíz, y los hombres la pasaban bien mientras hablaban, oraban, comían y repasaban los programas que dirigían. Todos se turnaban para compartir. Samuel y Ryan hablaban de los programas escolares, Dale informaba en cuanto a la bodega y el programa de medicamentos, Mateo hablaba de cualquier preocupación en el departamento de contabilidad y Wes brindaba actualizaciones de lo que sucedía en el taller mecánico. A menudo la reunión duraba de tres a cuatro horas.

Barry tenía confianza en cada persona de su equipo. Alguien incluso le había dicho:

—Barry, estoy preparado para morir.

“Este es el verdadero espíritu misionero”, pensó Barry.

En una reunión a principios de octubre, Barry pidió voluntarios que se encargaran de la próxima visita al orfanato. Cuando nadie se ofreció, se lo asignó a Dale. Como era el miembro más nuevo del equipo, no tenía tantas responsabilidades como los demás.

Barry le dijo:

—Te dejaré a cargo de aquí en adelante.

Dale le pidió a Samuel que le ayudara a hacer llamadas telefónicas, ya que hablaba criollo con más fluidez.

Samuel llamó al director del orfanato e hizo planes de visitarlo el jueves, 14 de octubre.

—No enviaremos a los niños a la escuela ese día —le dijo el director.

—Ah, no pensamos en eso. ¿Y si mejor lo dejamos para el sábado? Así los niños no perderán clases —respondió Samuel.

Concluyeron hacer la visita el sábado, 16 de octubre.

Una vez decidida la fecha, Dale envió un mensaje a todos los de la base para ver quiénes querían acompañarlo.

Dale iría, por supuesto, junto con Samuel y Wes. Mateo y Rachel

querían ir, al igual que Kay. Ryan y Melodi irían, con sus hijos André y Laura. Y los hijos de Barry querían ir.

Además, la madre y cinco hijos de una familia que recientemente había venido por unos días, también deseaban acompañarlos.

La familia Noecker: Ray y Cheryl, Cherilyn, Courtney, Brandyn, Kasondra y Shelden

Ray y Chery Noecker y su familia vivían en un peñasco a unos 16 kilómetros del Lago Míchigan. Un día, Felipe Mast llamó para ver si Ray podría ayudarle a Barry por dos meses con el programa de formación de pastores en Haití. Entonces Felipe les dijo:

—Y, si les gusta allí, quisiera que consideraran quedarse a largo plazo.

A la familia Noecker le encantaban las obras misioneras. Habían vivido en Kenia en dos ocasiones, por un total de siete años. Ray también había enseñado en la escuela de su iglesia en Míchigan.

Ray disfrutaba de trabajar con sus manos y tenía experiencia en los trabajos de construcción. También trabajó en una ebanistería, donde perdió un dedo debido a la hoja giratoria de una sierra de mesa.

A Cheryl le encantaban los bebés, especialmente los propios. Envasaba cientos de litros de frutas y verduras para sus siete hijas y dos hijos. Cuando se quedó sin espacio en la despensa, Ray construyó fuertes estantes de madera en un salón familiar junto a la cocina. Allí, las hileras de envases que contenían melocotones, judías tiernas y puré de manzana creaban una escena agradable.

A su hija mayor, Cherilyn, de veintisiete años, en especial le encantaba la obra misionera. Además de pasar su infancia en Kenia, estuvo en Tailandia y Papúa Nueva Guinea. Ella dijo así:

—Cuando era más joven, siempre dije que me gustaría casarme con un keniano y vivir en una choza de barro.

A ella le encantaba el estilo de vida en Kenia, donde la mayor parte de la vida se llevaba a cabo fuera de la casa y las personas tenían tiempo

para las relaciones interpersonales.

Cuando los Noecker dialogaron la posibilidad de ir a Haití, le dijeron a CAM que les gustaría llevar consigo a sus hijos menores. Courtney (18), Brandyn (15) y Kasondra (13) eran demasiado jóvenes como para recordar mucho de la vida en Kenia. Shelden (6) nació después de que la familia regresó a Míchigan.

Las hijas mayores hablaron del viaje a Haití. Todos deseaban ir, pero algunos sentían que debían quedarse en casa para cuidarla, terminar de envasar los productos de esa época y trabajar en sus empleos. Sin embargo, Cherilyn decidió acompañar a sus padres.

En un viaje de campamento que hicieron con familiares en septiembre, los primos acosaron a los Noecker con preguntas sobre su próximo viaje a Haití. A Courtney, la única hija que había nacido en Kenia, le preguntaron varias veces qué planeaba llevar consigo.

Ella por fin respondió:

—Solo una bolsa de dulces y otra de libros.

Cuando los demás le preguntaron qué vestiría, ella parecía despreocupada. Respondió:

—Llevaré solo lo que llevo puesto.

Cuando los demás se rieron, ella insistió en que una muda de ropa sería suficiente.

Otras personas le preguntaron a Cheryl en cuanto a su viaje a Haití. Preocupados, le preguntaron:

—¿Es seguro ir a ese país?

—Si Dios nos dirige a ir a allá, él nos cuidará —respondió Cheryl.

Ahora, después de haber vivido en Haití por dos semanas, Ray no vaciló cuando le preguntaron del viaje al orfanato. Él respondió:

—Estoy seguro de que a mis hijas les encantaría acompañarlos, y probablemente a mi esposa también, pero sería mejor que yo me quede en casa para estudiar.

Ray tenía una semana de enseñanza a pastores y quería prepararse.

Además, la base planeaba celebrar la Santa Cena al día siguiente y Ray debía predicar el sermón. Al fin, Cheryl y sus cinco hijos planearon ir.

Austin

Austin Smucker estaba cenando con su familia, a principios de septiembre de 2021, cuando su padre mencionó un correo electrónico que había recibido ese día. CAM buscaba a dos jóvenes que fueran a Haití para ayudar con trabajos de reconstrucción después del último desastre. Un terremoto de magnitud 7,2 sacudió el sur del país. El terremoto causó una destrucción a gran escala de edificios, además de miles de muertos y heridos.

Austin pasó diez años, de los siete a los diecisiete, sirviendo como misionero en Polonia con su familia. Ahora se encontraba en Oregón, donde trabajaba en una cuadrilla de construcción, lo cual lo calificaba muy bien para ayudar con los esfuerzos de reconstrucción. Recientemente, buscaba la dirección de Dios para su vida y se preguntaba si Dios lo estaba preparando para esta oportunidad.

Sin embargo, el pasaporte de Austin estaba vencido. Había enviado los formularios de renovación a principios de agosto, pero la oficina dijo que debía esperar de doce a quince semanas. Esto significaba que podría ser hasta noviembre antes de que Austin recibiera su pasaporte. El equipo de CAM necesitaba obreros de construcción antes de eso. Tal vez este no era el momento adecuado.

Austin contactó a CAM y explicó su situación. Entonces le sugirieron que los mantuviera informados sobre la situación de su pasaporte. Austin siguió trabajando con su cuadrilla de construcción. Él oró: “Dios, me gustaría ir a Haití, pero no puedo sin pasaporte. Si quieres que vaya, haz que reciba mi pasaporte”. No había nada que pudiera hacer aparte de esperar y ver el resultado.

Treinta y un días después de que Austin enviara su documentación, llegó al correo un pasaporte nuevo y reluciente. Había tardado cuatro

semanas y media. Con esta confirmación, Austin hizo planes de volar el 15 de octubre. El primer sello en su pasaporte nuevo sería el óvalo rojo del aeropuerto de Puerto Príncipe, Haití.

Austin llegó a Haití el 15 de octubre. Planeaba estar en la base de CAM por unos días antes de viajar al sur para ayudar con la reconstrucción tras el terremoto. Una visita a un orfanato haitiano parecía ser un excelente uso del tiempo extra.

UN BELLO DÍA SOLEADO

8:30 a.m., Base de Titanyen

Temprano la mañana del 16 de octubre, Dale se dirigió al taller mecánico y llenó de combustible el tanque de la buseta de diecisiete pasajeros.

A las 8:30 llegó el resto del grupo, caminando desde la casa de tres pisos y varias otras casas dispersas entre los árboles y jardines. Era una hermosa mañana, y como siempre, hacía calor. Ray Noecker también estaba ahí, con su esposa, sus tres hijas y dos hijos. Ray se alegró de que su esposa e hijos tuvieran la oportunidad de ir al orfanato, a pesar de que él tenía que quedarse y estudiar. Oró con el grupo antes de que subieran a la buseta.

Si todo salía bien, llegarían al orfanato por allí de las 10:00 a.m. A pesar de que solo quedaba a unos 32 kilómetros, las carreteras atascadas y en mal estado de Haití impedían los viajes eficientes.

Después de que la buseta saliera por el portón de la base de CAM con su esposa y cinco hijos, Ray salió a caminar fuera del recinto para extender su concepto de la comunidad. Hasta ahora no había visto mucho más que solo la base.

Mientras estaba en la capilla, mirando hacia el océano, le preguntó a Dios:

—Dios, ¿qué deseas que hagamos? Por favor, muéstranos a Cheryl y a mí lo que debemos hacer. ¿Por qué nos trajiste a Haití?

Después de la caminata, comenzó a preparar el sermón para el culto de Santa Cena del día siguiente. A pesar de que todos los que vivían en la base procedían de un trasfondo anabaptista, había seis concilios de iglesia representados. Probablemente todos practicaban la Cena del Señor un tanto diferente, pero Ray esperaba compartir algo que fuera significativo para cada uno.

Barry también tenía su día agendado, y uno de los puntos en su agenda era una reunión con Ray después del almuerzo. Acordaron reunirse en el corredor de la bodega. Barry quería saber cuáles eran los planes de Ray en cuanto a volver a Haití para quedarse a largo plazo.

10:00 a.m.–1:00 p.m., En el orfanato

El viaje al orfanato transcurrió sin incidentes aparte de los restos de un control de carreteras que el grupo encontró unos diez minutos antes de llegar a su destino. Con cuidado, Dale condujo la buseta junto a las llantas que todavía humeaban. Obviamente hubo actividad pandillera antes, pero ahora la policía estaba presente y habían quitado las llantas de la carretera para abrir el paso a los viajeros.

Los misioneros la pasaron de maravilla en el orfanato. Era evidente que el personal del orfanato realmente se preocupaba por los niños y

priorizaba la higiene, la educación y la salud.

Algunos de los visitantes de Titanyen jugaron fútbol con los niños en el patio rodeado de árboles y un muro de bloques de concreto. Shelden, de seis años, jugaba en los columpios. En varias ocasiones sintió unas manos pequeñas e inquisitivas que le tocaban el cabello lacio, pero no le molestaba la atención.

El cabello de Mateo también recibió una evaluación diligente por parte de los niños, pero por una razón diferente. Estaban admirados de que un hombre blanco tuviera el cabello rizado. Con sus deditos intentaban enroscarle el cabello para hacerle trencitas.

Dale, que dirigía la visita, se halló en una actividad diferente. Melodi lo vio sentado con una fila de niñas que jugaban a iglesia con sus muñecas como bebés. Tras una inspección más cercana, notó que una de las muñecas más grandes era su hija Laura, que ese día cumplía ocho meses de edad. Ella tomó una fotografía con su teléfono.

Cherilyn, la hija mayor de Cheryl, que había venido a Haití a causa de su amor por las misiones, entró a la cocina para ayudar. Las cocineiras la pusieron a hacer patatas fritas y tostones. Las cocineras echaron piezas de pollo, bananos y plátanos a cocer en una gran olla de guiso.

La única desilusión en el orfanato fue que solo había un bebé. En Kenia, a la familia Noecker le encantaba visitar un orfanato para bebés donde había suficientes infantes para que cada una de las siete hermanas y su madre los tomaran en sus brazos. De hecho, la familia Noecker soñaba con establecer un orfanato para bebés algún día.

Sin embargo, aquí en el orfanato haitiano solo había un bebé, un varoncito. Cheryl procuró quedarse con él, aunque tuvo que competir con sus hijas. Cheryl había perdido su penúltima hija por un aborto espontáneo a las veintitrés semanas, la cual habían llamado Carolina María.

El director del orfanato haitiano vio a Cheryl con el bebé y le dijo:
—Si lo quieres, es tuyo. Puedes llevarlo a tu casa.

Semanas después, Cherilyn recordó:

—Era tan lindo, tan divertido.

Lo único negativo ese día era el calor. Era un día típico haitiano: caluroso. A medida que la temperatura subía, el sudor empapaba las camisas de los que jugaban al fútbol.

Cuando era hora de irse, Dale se dio cuenta de que el personal del orfanato estaba preparándoles el almuerzo. Las mujeres traían platos de patatas fritas y pollo y los colocaban en la mesa, junto con refrescos carbonatados.

—Cuando las mujeres preparan comida, hay que quedarse a comer. No pueden irse antes —los amonestó el administrador del orfanato.

Así animados, se sentaron a la mesa y comieron. También era hora de que los niños del orfanato almorzaran, pero estos se comieron el guiso de la olla grande, no la comida especial que les ofrecían a los visitantes.

Más tarde, Ryan recordaría:

—Me sentí un poco mal por eso. Estoy seguro de que ellos habrían disfrutado de lo que comimos nosotros.

A la 1:00 p.m. el grupo se despidió. Acordaron con el director del orfanato que volverían más a menudo de ahí en adelante, tal vez cada dos a tres meses.

Cuando estaban en el orfanato, Samuel había sugerido visitar la Aldea de lata, donde había comprado los adornos para su dormitorio en su casa en Pensilvania. A diferencia de Samuel, la mayoría de los misioneros actuales nunca habían visitado la Aldea de lata. Ya que esta atracción turística estaba prácticamente en su camino de regreso, decidieron pasar allí.

Primeras horas de la tarde, base de Titanyen

Mientras la buseta salía del orfanato, Barry y Ray conversaban en el corredor de la bodega en la base de CAM.

Barry explicó el valor del personal a largo plazo y de su esperanza de

que Ray, Cheryl y su familia aceptaran el desafío de unirse a ellos. Los hombres dialogaron la visión para la base de Titanyen.

Barry describió las luchas con las pandillas y la guerra espiritual. Al pasar los minutos, contó las dificultades de reorganizar y dejar ir a algunos de los empleados.

—Hemos pasado por situaciones difíciles. Ustedes llegaron en un momento muy oportuno —dijo Barry.

1 p.m., Salida del orfanato

Nuevamente, Dale iba al volante. Después de girar hacia la derecha en la Carretera 8, se dirigieron hacia la Aldea de lata y su casa.

Detrás de Dale, Kay preparó unas meriendas y las compartió con Cherilyn y Courtney. Luego las pasó a todos en la buseta. Galletas de sándwich de arce, oreos y una lata de Pringles circularon entre las filas de pasajeros. El grupo conversaba en cuanto a su visita al orfanato.

Melodi, con Laura en su regazo, meditaba en todo lo que les escribiría por correo electrónico a sus amigos y familiares para ponerlos al día. Semanas antes, escribió acerca de las pandillas que amenazaban la base de CAM. Escribió sobre el asesinato del presidente haitiano y el impacto de haber experimentado un terremoto. Narró el repentino asesinato de los dos miembros de la pandilla con quienes Barry había compartido el evangelio. ¿Qué podría escribir en esta ocasión?

En la fila detrás de Melodi, Mateo tomó una galleta de sándwich de arce. Las galletas, con forma de hoja de arce y con lustre en medio, acabaron muy bien su almuerzo.

En el asiento trasero, Samuel sacó una publicación cristiana en lengua criolla y comenzó a leer para mejorar su dominio del idioma. A su lado, Austin, que apenas había llegado al país hacía menos de veinticuatro horas, y Brandyn, que se encontraba en Haití desde hacía dos semanas, observaban el paisaje desconocido.

Después de unos diez minutos, se acercaron a la zona donde habían

quemado llantas. Wes, quien iba en el asiento de pasajero delantero, notó que las carreteras se veían vacías. A veces esto era señal siniestra de que se avecinaban problemas. Sin embargo, la presencia de la policía esa mañana lo tranquilizó. Cuando las pandillas deambulaban por los campos, la policía muchas veces temía demasiado enfrentarlos. Había sido un alivio ver a la policía a cargo de la carretera.

—¡Barricada adelante! —La voz desde el fondo de la buseta los sorprendió a todos. El tono era urgente, pero no de pánico. Sin embargo, la reacción fue inmediata. Dale frenó bruscamente y detuvo la buseta.

Dieciséis pares de ojos, todos excepto los de Laura, de ocho meses, miraron hacia el tramo de la Carretera 8 que tenían delante. Más tarde, ninguna de las diecisiete personas pudo recordar quién había dicho a gritos las dos palabras que les llamó la atención. Solo unos cuantos recordaron el anuncio. Su atención se centró en el grupo de vehículos que bloqueaban la carretera más adelante.

Un camión, una ambulancia haitiana y una camioneta blanca bloquearon la carretera que los llevaba a casa, la única carretera principal que va desde el sureste de Haití a la capital. Los vehículos estaban rodeados de hombres. El sol rayaba sobre las armas que tenían en las manos: escopetas, pistolas y grandes fusiles de asalto.

En el asiento de pasajero, Wes consultó con Dale. Rápidamente decidieron dar vuelta y regresar. Entre Dale y Wes, Sheldon, de seis años, miraba a través del parabrisas con ojos muy abiertos. Wes sintió lástima del niño, que apenas había estado en Haití con su familia las últimas dos semanas. Aunque sintió que su corazón se aceleraba, Wes se sentía más incómodo que atemorizado.

Las barricadas eran comunes en Haití desde hacía años. Las pandillas operaban un buen negocio al controlar las carreteras y robarles a las personas que viajaban por ahí. Según algunas estimaciones, había 150 pandillas en Haití, algunas pequeñas y otras grandes. Estas pandillas las formaban hombres inquietos que se juntaron para darse el poder y

la identidad que no podían tener por individual.

Alrededor de la base de la misión en Titanyen, los misioneros en la buseta habían compartido el evangelio con los miembros de las pandillas. Barry, su director de campo, les había mostrado por el ejemplo cómo interactuar sin temor. Sin embargo, Wes y Dale también sabían lo impredecibles que podían ser los pandilleros y sabían cuál era la mejor manera de abordar situaciones volátiles como esta: evítalas siempre que sea posible. No valía la pena ser asaltado, especialmente en una buseta llena de personas, y con niños.

Dale rápidamente le dio vuelta a la buseta y se dirigió hacia el orfanato que acababan de visitar. Rápidamente aceleró para salir de la zona.

Melodi, que sostenía a la bebita Laura, escuchó que su esposo sollozó y dijo: “Ay, no”, mientras daban la vuelta. Él estaba sentado junto a ella en el tercer asiento, sosteniendo a André, de tres años, en su regazo. A Ryan no le preocupaba que lo secuestraran; estaba más preocupado por cuánto tiempo exigiría esto. Recientemente había pasado por este camino varias veces con Barry, el director de campo. Sabía que había pandilleros por ahí, pero nunca habían presentado un gran peligro.

“Ay, no, ahora tenemos que volver por otro camino, y será inconveniente. Es posible que volvamos a casa muy tarde hoy”, pensó Melodi, mirando el cabello suave de su bebita Laura. Ella tampoco le temía al secuestro.

Al frente, Dale y Wes miraban hacia adelante, y se preguntaban cuál camino alternativo podrían tomar para volver a su ruta. De pronto, Dale vio una camioneta Ford Ranger blanca, con hombres muy armados, justo afuera de su ventana, que se acercaba a gran velocidad. De tres a cuatro hombres con fusiles iban sentados en la parte trasera de la camioneta, y otros sacaban armas por las ventanas delanteras. Cuando la camioneta pasó junto a la buseta a alta velocidad y se adelantó, Dale dio un suspiro de alivio. Ellos podrían planear mejor su ruta alterna si no tuvieran que compartir la carretera con esta camioneta bien armada.

Sin embargo, la camioneta no siguió avanzando. Empezó a detenerse con un chillido de llantas, impidiéndoles el paso a ellos.

2:11 p.m., Base de Titanyen

Mientras Barry hablaba con Ray, y le decía que había llegado a Titanyen en un momento muy oportuno, sintió que su teléfono vibraba.

El teléfono de Barry, aunque era una herramienta útil, también era una fuente de frustración diaria. Sea que estuviera hablando con su familia, sus hermanos en Cristo o con pandilleros, procuraba prestar toda su atención a la persona que tenía al frente, no a la persona que lo contactaba por teléfono.

En particular, los hábitos telefónicos de algunos pandilleros le probaban la paciencia. Si ellos llamaban y Barry no contestaba, seguían llamando, a veces hasta cincuenta veces por hora.

En esta tarde cálida, bajo la sombra del corredor, Barry ignoró el teléfono el mayor tiempo posible, absorbió en su conversación con Ray. Finalmente, sacó al culpable de su bolsillo y desbloqueó la pantalla. Sus ojos vieron un mensaje breve: “¿Está bien su gente?”.

Un misionero del sur de Haití le había enviado este mensaje inquietante. Barry intentó tranquilizarse. “Pues claro que están bien”.

Sin embargo, todavía estaba intranquilo. “¿Por qué hace esta pregunta?” Era un pensamiento perturbador.

Barry deslizó el pulgar por la pantalla del teléfono y vio otro mensaje. Este era de otra persona. “¿Tienes quince¹ personas fuera de la base?”

Miró a Ray y dijo:

—Es posible que tengamos una emergencia.

Ya en casa, Julia, la esposa de Barry, envió a sus hijos a la cama a tomar la siesta. Ella también decidió acostarse a descansar.

¹ Inicialmente el número de rehenes fue reportado incorrectamente como quince.

Hacía calor. Demasiado calor. Julia sabía que Barry y Ray hablaban afuera en el corredor y estaba preocupada; Barry últimamente se había estado deshidratando. A las 2:11, ella le envió un mensaje de texto: “¿Estás bebiendo agua? Está a 38 grados en la sombra”.

Él no contestó de inmediato. A las 2:13, ella recibió una llamada de él.

—Secuestraron a todo el grupo que fue al orfanato. —La voz de Barry se entrecortó mientras compartía la noticia.

Ya que era sábado, no había empleados en el recinto. Julia abandonó rápidamente sus planes de descansar y se apresuró a atravesar el inquietante silencio para unirse a los hombres. Pensó en su hijo mayor, Abram, que estaba durmiendo. Él había deseado tanto ir al orfanato con sus amigos. Por un breve momento, ella y Barry habían considerado permitirselo.

Ella se reunió con los hombres en la oficina. En este recinto normalmente lleno de actividad, ellos eran los únicos tres adultos en este momento.

Coshocton, Ohio

En la vida ocupada en el condado de Coshocton, Ohio, Felipe Mast sabía que tenía que ser intencional para crear espacios de tiempo familiar. En una tarde fresca, pero hermosa, Grace, la esposa de Felipe, y sus hijas, lo dejaron a él y a su hijo en un parque boscoso. Los hombres subieron a la primera plataforma de concreto de la cancha de golf de disco y lanzaron los discos coloridos hacia la primera cesta. Felipe disfrutaba de estar entre los árboles del parque, respirar el aire fresco del otoño y escuchar el ruido de las cadenas cuando los discos daban en el blanco. Disfrutaba especialmente del tiempo de calidad con su hijo. Mientras los hombres practicaban su puntería, Grace y sus dos hijas fueron a hacer un mandado en el vehículo.

Al igual que Barry, Felipe luchaba contra la tiranía de su teléfono celular. Sin embargo, este día lo tenía consigo y cuando vio una llamada de

Barry Grant en Haití, contestó.

Felipe estaba acostumbrado a las llamadas telefónicas alarmantes. Apenas dos años antes, había estado en Haití cuando su esposa lo llamó desde Ohio con la devastadora noticia de que su hijo había muerto. Hoy la llamada venía de la dirección opuesta, de Haití hacia Ohio. Nadie había muerto, pero la noticia no era buena. Felipe oía que la voz de Barry temblaba mientras compartía la noticia: “Han secuestrado a la mayoría de nuestro personal. Por favor, pídele a la gente que ore”.

Ya que la petición más urgente de Barry era apoyo en oración, Felipe comenzó a hacer llamadas telefónicas en cuanto terminó de hablar con él. Suspendida la competencia de lanzamiento de discos, Felipe llamó a varias personas que no contestaron. Por fin contactó a alguien que pudo redactar un correo electrónico para todo el equipo de CAM disperso en varios estados.

Grace, la esposa de Felipe, regresó al parque y halló a su esposo hablando por teléfono, con el juego abandonado. Pronto comprendió que posiblemente estarían de viaje hacia Haití. Habían planeado recibir visitas para el almuerzo después del culto el día siguiente y debatió si debía cancelar la invitación. Pero ya había preparado la mayor parte de la comida y Felipe le aseguró que no volarían a Haití hasta el lunes.

Además, Felipe esperaba que para ese entonces todos hubieran vuelto a salvo.

2:22 p.m., Base de Titanyen

Después de llamar a Felipe, Barry le envió un mensaje a un amigo de su iglesia en Indiana, cerca de la frontera con el estado de Ohio, donde vivía la familia Grant.

—Acaban de secuestrar a casi todo el personal de CAM aquí, diecisiete personas. ¿Podrías pedirle a la iglesia que oren? Gracias.

—Hermano Barry, ¿incluye tu esposa e hijos?

—No. Mi familia está bien.

2:31 p.m., Berlin, Ohio, sede de CAM

Correo electrónico a todo CAM

“Petición de oración: Colegas y guerreros de oración. Recibimos noticias de que secuestraron a unos quince de nuestro personal en Haití mientras volvían de visitar un orfanato. La embajada americana y el director de campo ya están trabajando para ver qué se puede hacer. Por favor, oren que el personal vuelva sano y salvo”.

Cochran, Pensilvania, a media tarde

Dieciséis años después de volver de Haití como misionero a tiempo completo, Bobby Miller y su esposa compartían con los invitados en la boda de un amigo. Ya había concluido la ceremonia y el tiempo de la comida, y la gente conversaba con viejos conocidos y recogían sus pertenencias y sus hijos. Los Miller habían viajado tres horas desde su casa para ayudar a apoyar y celebrar a una pareja joven de su iglesia. Varias otras amistades de la iglesia también estaban presentes, algunos de las cuales, como Bobby, trabajaban para CAM. Bobby notó que Felipe Troyer, un supervisor, se le acercaba con su teléfono abierto.

—¿Escuchaste lo que sucedió? —preguntó Felipe.

Bobby no había escuchado.

—Secuestraron a nuestros misioneros en Haití.

3:35 p.m., Greeneville, Tennessee

Tomás Wagler, presidente de la junta directiva de CAM, salió de paseo con dos viejos amigos, uno de los cuales vivía en el vecindario de Tennessee que recorrían. Todos habían sido misioneros en Kenia y los tres hombres y sus esposas habían planeado el fin de semana para reconectar, relajarse y recordar sus años juntos en África. Esa tarde, los hombres viajaron a varios diferentes negocios locales y hablaron de lo que hacían con sus vidas. Tomás y su esposa tenían la intención de ir al culto con sus amigos al día siguiente, antes de volver a su hogar en Ohio.

Tomás miró su teléfono y vio un mensaje de texto de parte de David Troyer, el director general de CAM. Abrió el mensaje. La tarde relajante se desvaneció como un espejismo en la carretera mientras leía las palabras de David: “Tomás, solo quiero asegurarme de que estás al tanto del secuestro en Haití esta tarde de quince de nuestro personal”.

Pronto Tomás agendó una reunión para esa noche.

DIEZ MADRES POR TODO NORTEAMÉRICA

2 p.m., Lancaster, Pensilvania

*"¿P*or qué mi teléfono sigue timbrando?" se preguntó la mamá de Samuel. Estaba ocupada, recibiendo a un grupo grande de familiares de su esposo y había dejado su teléfono en el segundo piso de la casa. Al fin ella fue a buscarlo.

Vio un mensaje de Samuel en el grupo familiar y lo abrió.

"Petición de oración urgente. ¡En este momento nos están secuestrando! Es una pandilla armada".

La mamá de Samuel sabía que su hijo no mentiría, pero por un momento no pudo creer que el mensaje fuera cierto. Se quedó paralizada, sin poder decir nada.

Samuel era el quinto de sus diez hijos. Quizás porque estaba entre tres hermanos mayores y tres menores, siempre había sido instigador, pronto para decir lo que pensaba e irritar a sus hermanos. La única ocasión que podía recordar que había sido dócil fue cuando se había enfermado de varicela a los dos años. Sin embargo, sabía que esta energía y valentía ahora le permitían compartir el evangelio con denuesto. Conmocionada, ella de repente recordó algo que Samuel le había dicho unos años antes: que tenía la sensación de que él podría morir joven.

Permaneció paralizada, sintiendo como si se le parara el corazón.

Por fin halló fuerza para bajar y darle la noticia a su esposo y a su familia. La noticia se propagó rápidamente y la reunión familiar planeada se convirtió en un tiempo sombrío de oración.

Por la mañana, Valle Grande Ronde, Oregón

La madre de Melodi tenía un día ocupado por delante. Tenía metas de limpiar el sótano, rastrillar agujas de pino y labrar su huerto de fresas. Como era un día tan bello, decidió trabajar afuera en vez de en el sótano.

Se alegró de recibir un mensaje de texto de Melodi, su hija mayor, respecto de los planes para la navidad que se aproximaba. Melodi esperaba que sus padres todavía estuvieran considerando venir a Haití para las vacaciones. La mamá de Melodi envió una respuesta, pero no recibió más mensajes. Su otra hija esperaba dar a luz a su primer hijo y Melodi deseaba saber en cuanto hubiera alguna novedad. Hasta el momento no lo había.

Un tiempo después, vio un mensaje de texto de una amiga: “¿Has escuchado de Melodi?”.

Algo en el mensaje la conmovió. Después de todo, Melodi no había respondido a su último mensaje. Inmediatamente llamó al número de la base de CAM en Titanyen y preguntó por Melodi.

Ray Noecker, quien había contestado el teléfono, preguntó quién llamaba. Cuando escuchó quién era, le hizo una pregunta:

—¿Tu esposo está contigo?

Un escalofrío recorrió su cuerpo y respondió:

—No, él está en la montaña cortando leña para la calefacción.

Ray continuó:

—Bueno, estoy seguro de que él desearía que supieras. Ha habido un secuestro.

Esa tarde, mientras la familia se apoyaba el uno al otro, la hermana de Melodi comenzó a mostrar señas de entrar en labor de parto. Lo había sospechado esa mañana y había pensado en llamar a Melodi, pero lo había pospuesto. Ahora estaba casi segura, pero llamar a Melodi ya no era una opción.

Por la mañana, Madras, Oregón

La mamá de Austin recibió la llamada de su esposo mientras respiraba el aroma de velas y jabones caseros que vendía en su pequeña tienda. Aún era de mañana en Oregón.

Su esposo le dijo:

—Es posible que hayan secuestrado a Austin. Un grupo de personas fue secuestrado después de visitar un orfanato en Haití. El hombre que me llamó no sabía si Austin los había acompañado o no. Ya que acababa de llegar a Haití el día anterior, es posible que se haya quedado en la base para descansar.

Pero no, la madre de Austin sabía que él no se quedaba sentado cuando había acción. Austin, el segundo de sus cinco hijos, siempre había tenido una energía ilimitada y un amor por la buena conversación.

¿Será que su actitud optimista lo sostendría ahora?

Por la tarde, Ladysmith, Wisconsin

La mamá de Ryan se preparó para tomar la siesta. Le sorprendió que ella y su esposo estuvieran una hora adelantados en sus preparativos para su viaje de última hora al estado de Iowa para ayudar a una

iglesia hermana con una ordenación. Habían visitado la misma iglesia en agosto, un tiempo durante el cual su nuera Melodi había enviado un mensaje desde Haití, preocupada de que hubieran asesinado o herido a Ryan. Él había estado viajando con Barry Grant al sur de Haití para evaluar los daños causados por el terremoto y, cuando Melodi no pudo contactarlo, se lo imaginó aplastado dentro de un edificio inestable. Al fin, todo había salido bien. La mamá de Ryan con frecuencia pensaba en ese incidente cuando recordaba su visita a la iglesia en Iowa. Ahora estaban listos para volver allá, pero primero necesitaba un descanso.

Cuando escuchó sonar su teléfono y vio que era una amiga, contestó. La persona que llamaba preguntó:

—¿Están bien Ryan y Melodi?

—No lo sé. Me imagino que sí. ¿Por qué?

—Bueno, escuchamos que secuestraron a Samuel Stoltzfus.

Olvidando su siesta, la mamá de Ryan llamó a la base en Titanyen.

Nadie contestó.

Entonces subió al segundo piso para pasar un rato en oración. Cuando volvió a sentirse en paz, volvió al sofá e intentó descansar. Pronto recibió un mensaje de texto desde otro estado: “Estamos orando por tu hijo y su familia”.

Miró fijamente su teléfono, luego respondió: “¿Qué escuchaste?”.

Esta amiga le informó que diecisiete misioneros de CAM habían sido secuestrados. Ya no había dudas. Ryan y Melodi tenían que haber estado entre ellos.

Ryan era el segundo de sus nueve hijos. En sus primeros días, cuando la familia aún vivía en Kansas, a Ryan le encantaba jugar en la granja con su abuelo y su primo Grant, casi de su misma edad. Él había sufrido una o dos lesiones en estas ocasiones. Una vez le aplastaron el pulgar izquierdo contra una puerta y en otra ocasión metió los dedos en la polea de un compresor de aire, con resultados similares.

A medida que crecía, Ryan solía compartir chistes en momentos

inesperados. Su pulgar ligeramente deformado fue una oportunidad para asegurarle a la gente que su lesión no era una desventaja.

—Simplemente me ayuda a recordar cuál es la derecha y cuál la izquierda.

Ryan también era alguien que no soportaba estar inactivo. Se sentía realizado cuando estaba activo. Su madre dijo:

—Para él, quedarse quieto es el peor castigo del mundo.

Los percances de su niñez en la granja habían sido dolorosos en el momento, pero ninguno era potencialmente mortal. Esta vez era diferente. Ryan, Melodi y sus dos hijos pequeños eran rehenes de pandilleros armados. ¿Sobrevivirían?

2:45 p.m., Monterrey, Tennessee

—¿Wes está bien?

La mamá de Wes acababa de levantarse de su siesta. Ella y su hija tenían una panadería en un edificio separado de la propiedad de su casa. Abastecían a cuatro negocios con pan, galletas y pasteles. Habían comenzado este emprendimiento poco antes de que Wes se mudara a Haití. El trabajo comenzaba temprano en la mañana, por lo que la mamá de Wes solía tomar la siesta por la tarde. Cuando se despertaba, muchas veces lo primero que hacía era revisar el teléfono. Con tres hijos que vivían fuera del estado y dos fuera del país, debía revisar su teléfono con regularidad.

Sin embargo, este mensaje de una amiga de la iglesia le causó escalofríos. Rápidamente intentó llamar a su hijo, pero él no contestó. Entonces envió un mensaje de texto, pero no hubo respuesta.

Ella y su esposo tenían planes de asistir a la vela de un anciano que había sido misionero en Paraguay, donde ella creció. Por más que deseaba ofrecer sus respetos y reconectarse con otros que habían sido misioneros y que con certeza estarían presentes en el velatorio, ella comenzó a dudar.

—No iré a ninguna parte hasta que sepa qué sucede —le dijo a su esposo. Luego llamó a la amiga que le había enviado el mensaje en cuanto

a Wes. La amiga no sabía mucho, pero le dio el número telefónico de Felipe Mast, el supervisor de la misión en Haití.

Felipe confirmó el rumor. Wes, junto con dieciséis personas más, había sido secuestrado. Cuando los padres de Wes asimilaron la impactante noticia, abandonaron todos los planes de salir al público.

La madre de Wes dijo:

—No hay manera de que salga entre una multitud de personas. Causaría un disturbio.

3:10 p.m., Pulaski, Tennessee

La madre de Mateo limpiaba el baño en la casa de su nuera cuando escuchó que le llegó un mensaje de texto a su teléfono. Vio que era de su hermana y decidió que podía esperar hasta que terminara su trabajo. Toda la familia, menos Mateo y Rachel, se había reunido el fin de semana en la casa del hermano de Mateo y su esposa en Tennessee.

También extrañaban a su hija discapacitada, que había fallecido dos años antes. Ella no podía hablar ni caminar, pero Mateo era su hermano favorito. Antes de fallecer, Mateo era quien mejor podía consolarla. Entre observar las luchas de su hermana y batallar contra su propia enfermedad genética, Mateo había desarrollado un corazón suave y una visión de ayudar a otros.

Mateo varias veces vio de cerca la muerte cuando era niño. Una vez, cuando tenía tres años, se había apartado de su padre y cayó en un tanque de agua. Afortunadamente, su padre escuchó que se estaba ahogando y lo sacó a tiempo. En otra ocasión, en una carrera con su hermano hacia la caseta telefónica, rompió el vidrio de la puerta de la caseta, y se cortó una de las arterias principales del brazo. Cuando llegaron al hospital, se estaba poniendo morado.

Más adelante, a la mamá de Mateo por un tiempo le preocupaba que él se pasara la vida persiguiendo trofeos de caza y montando toros en lugar de buscar las cosas del Señor. Con todo, Mateo había crecido en su

camino de fe y ahora, a pesar de que ella deseaba que él y Rachel estuvieran en la reunión familiar, se alegraba de saber que él le servía al Señor.

Cuando el baño por fin relucía y los suministros de limpieza estaban guardados, la madre de Mateo revisó el teléfono.

Una sensación de pavor la invadió, aunque no sabía por qué, ya que el mensaje de texto no era de malas noticias. Era solo una pregunta: “¿En qué parte de Haití vive Mateo?”

Al igual que las demás madres, la mamá de Mateo comprendió al instante que su hermana no haría la pregunta sin ninguna razón. Llamó a su hermana, quien le explicó que había visto una petición de oración de parte de un obrero de CAM en Haití. La mamá de Mateo sintió que sus temores cobraron vida cuando su hermana le leyó el espeluznante mensaje:

“Por favor, oren por nosotros. Nos acaban de secuestrar”.

Al atardecer, Condado de Chester, Pensilvania

Tal como la mamá de Ryan, la mamá de Rachel apenas se acomodaba en el sofá para tomar la siesta. Le gustaba organizar su horario para tener libre el sábado. Solo cierta limpieza y arreglo, con tiempo para relajarse.

Vio que alguien intentaba contactarla. Era una de sus hijas, y decidió no contestar hasta después de su siesta. Sin embargo, su hija no quiso esperar, así que llamó a su padre, que estaba trabajando afuera.

—¿Escuchaste lo que acaba de suceder en Haití? Hubo un secuestro.

Los padres de Rachel apenas tuvieron tiempo de comentar sobre la noticia cuando llegó un mensaje de Mateo, el esposo de Rachel. “Nos están secuestrando. No sabemos a dónde nos llevan. Oren, oren, oren”.

Rachel, la sexta de nueve hijos, había sido una bebé tranquila, de cabello tupido, largo y oscuro. También había sido una niña reservada, que a menudo luchaba con problemas del estómago hasta que descubrió, a los veinte años, que era sensible al gluten. Una vez que eliminó el gluten de su dieta, al fin mejoró su salud.

“Pero ¿qué pasará con ella ahora?”, se preguntaba su madre. “Tal vez la buena comida es lo que menos le preocupa en este momento”.

4 p.m., Fremont, Míchigan

La mamá de Kay llegaba al final de un largo día de preparación. Ella y su familia planeaban organizar cultos especiales en su casa al día siguiente: una congregación de unas quince familias. Así que limpiaron la casa y prepararon comida.

A eso de las 4:00 p.m. timbró el teléfono y ella contestó. Era su hijo Rubén, de Ohio.

—Oye, mamá. Debemos orar. Kay se encuentra con un grupo que una pandilla secuestró en Haití.

Más tarde, la mamá de Kay describiría sus sentimientos en ese momento:

—Fue un gran golpe. Quedé entumecida. Me sentí impotente.

La familia se reunió para orar y llamó a otros miembros de su familia y de la congregación para que se unieran en oración. La mamá de Kay halló que apenas podía continuar con los preparativos para el día siguiente. Kay, la tercera de sus ocho hijos, siempre había sido altruista. Le encantaba la costura y había mostrado interés en esta habilidad desde temprana edad. Ella sabía que esta habilidad de su hija era útil en Haití, donde Kay podía proporcionar ropa para cualquiera que la necesitara. En sus ratos de descanso en casa, Kay iba de compras en tiendas de segunda mano para suplementar su suministro de artículos de confección y llevar consigo a Haití.

Tal vez Kay había aprendido lecciones de altruismo de sus padres, que continuaron con sus planes y hospedaron a las quince familias al día siguiente.

Su madre dijo:

—Todo estaba preparado, pero fue un momento difícil.

5:30 p.m., Moorefield, Ontario

La mamá de Dale, al igual que la de Rachel, disfrutaba de una relajante tarde sabatina cuando sonó su teléfono a las 5:30 p.m. Era Felipe Mast, de Ohio, el que llamaba. Él dijo:

—Lamento decírtelo, pero secuestraron a Dale en Haití, junto con otras dieciséis personas.

La mamá de Dale halló difícil asimilar la noticia. Cuando su esposo entró en la cocina donde ella estaba sentada a la mesa, ella compartió la mala noticia con él.

Dale era el quinto de seis hijos, y a todos les encantaba la lectura hasta perderse en los libros. Quizá por esto tenían una gran imaginación y podían crear sus propias aventuras si nada emocionante sucedía. Aunque Dale había sido un joven tranquilo, hizo valer sus palabras. Además, tenía una risa característica que muchas veces aparecía al final de sus comentarios concisos.

¿Volverían a oír su risa otra vez?

Primeras horas de la noche, Chambersburg, Pensilvania

La mamá de Cheryl disfrutaba de las tranquilas noches sabatinas con su esposo. A veces jugaban algunas rondas de Scrabble bíblico o de Skip-Bo antes de tener un devocional juntos y luego irse a acostar.

Mientras conversaban, su yerno, que vivía en el sótano de la misma casa, subió para contarles la noticia.

—Unos pandilleros haitianos secuestraron a Cheryl y cinco de sus hijos —exclamó él.

Conmocionados, escuchaban mientras su yerno les contaba lo poco que sabía del secuestro.

Mientras los padres de Cheryl dialogaban la situación, comprendieron que no había nada que pudieran hacer aparte de encomendar todo en las manos de su Padre celestial.

Con gran pesar se prepararon para acostarse. En algún lugar de Haití,

su preciosa hija y sus cinco nietos estaban a la merced de un líder de pandilla despiadado.

EL FINAL DE LA CARRETERA SIN SALIDA

Sábado, 16 de octubre

La buseta en el círculo

Con un pandillero al volante, los misioneros se aseguraron mientras la buseta avanzaba por las estrechas carreteras haitianas a una velocidad vertiginosa. El viaje era más salvaje en el asiento trasero, donde iban sentados Samuel, Austin y Brandyn.

Mientras saltaban en los asientos, las preguntas aparecían en la mente de Austin. Cuando se le cayó el teléfono al piso, ni siquiera intentó recogerlo. El vehículo saltaba demasiado. “¿Volveré a ver a mi familia?”, se preguntó. Su hermana menor le había recordado antes de su vuelo a Haití, que el primero de noviembre cumpliría nueve años y que la llamara. “¿Podré llamarla? ¿Estaré vivo siquiera?”

El pandillero que conducía la buseta de pronto redujo la velocidad y se detuvo en un gran claro, un círculo con un muro de concreto de tres metros de altura a un lado. Cuando la buseta se detuvo abruptamente, la Prado, los camiones de carga y la ambulancia se estacionaron alrededor de la buseta.

Temerosos, los misioneros observaron cómo una docena o más de pandilleros se bajaron de los vehículos y rodearon la buseta con sus armas en mano.

“Creo que nos van a fusilar”, pensó Wes desde su posición ventajosa en el asiento delantero del vehículo.

Kay pensó: “Ay, no. Este no es como aquel otro asalto. Estos pandilleros no solo tomaron prestada la buseta. Esto es algo más siniestro. Nos trajeron para matarnos. Si solo quisieran robarnos, ya lo habrían hecho”.

Sin embargo, en lugar de fusilarlos, los pandilleros comenzaron a evaluar más a fondo su presa. Por turnos, abrieron la puerta lateral para mirar adentro. Parecían estar fascinados en especial por Laura, la bebé de ocho meses en los brazos de Melodi.

Se reían y hablaban mientras fumaban y bebían, obviamente contentísimos con sus rehenes capturados. Muchos de ellos parecían estar drogados. Para los prisioneros en la buseta calurosa era claro que los pandilleros armados estaban indecisos en cuanto a qué hacer con ellos.

No queriendo perderse la oportunidad, los que sabían el criollo les hablaron de Jesús a los pandilleros. Les entregaron copias de un librito criollo titulado *Flanbo Verite A* (La Antorcha de la Verdad), la que Samuel había estado leyendo para practicar el idioma.

Varios pandilleros se acercaron al lado del conductor, junto a la cuarta fila de asientos. Metieron la cabeza por la ventana abierta justo delante de Mateo, que estaba sentado más cerca de la ventana. Miraron a la gente y comenzaron a señalar con el dedo. Señalaron a Rachel, la esposa de Mateo, y a Melodi, la esposa de Ryan, ambas estaban cerca. Entonces uno de los pandilleros codeó al otro, riéndose.

—*Madanm mwen.*

Mateo solamente había estado en Haití por unos cinco meses, así que el criollo que sabía era limitado, pero entendió esto claramente.

El pandillero acababa de decir:

—Esa mujer es mía.

Más tarde, Mateo diría:

—No hay palabras para describir el sentimiento de impotencia y desesperación que te atraviesa en un momento así.

Durante unos cuarenta y cinco minutos, los pandilleros se reían, miraban y fumaban mientras el calor y la sed de los misioneros aumentaba. Los pandilleros otra vez pidieron teléfonos celulares y dinero, pero no exigieron que los entregaran.

Uno de los malhechores entonces abrió la puerta trasera de la buseta, donde estaban sentados Samuel, Brandyn y Austin. Vieron el teléfono de Austin caído en el piso y lo agarraron.

Otro de los hombres comenzó a tocarle la cabeza a Austin, palpándole el cabello. Entonces se frotó la nariz. Vez tras vez, repitió:

—Mi cabeza está en el cielo. Mi cabeza está en el cielo.

Austin, recién llegado al país, se preguntaba qué enfrentaría ahora. Lo peor de todo era que todavía no había señales de Dale.

Dale en la ambulancia

En el piso de la ambulancia, Dale miraba fijamente la parte superior del camión, lo único que podía ver.

Le habían ordenado subir a la parte trasera de la ambulancia y sentarse en uno de los dos asientos de banca, con pandilleros a ambos lados. Mientras la ambulancia avanzaba por la carretera detrás de la buseta, Dale oraba y observaba el paisaje por donde pasaban. Quería recordar el campo por si acaso le ayudaba a identificar su ubicación más adelante.

Al parecer, los pandilleros se dieron cuenta de lo que hacía, pues comenzaron a agitar sus fusiles hacia él y a indicarle que se tumbara

en el piso de la ambulancia. Sin poder ver ningún paisaje aparte de las copas de los árboles, Dale oró por sus dieciséis amigos en la buseta que iba adelante. Pidió especialmente por la protección de las mujeres.

Sin embargo, Dale no tomó livianamente su propia situación y oraba por sí mismo también. Era de esperar que lo llevaran más adentro del campo y lo fusilaran. Se imaginó que los pandilleros arrojaban su cuerpo bajo un arbusto haitiano. Entonces le rogó a Dios que le diera el valor para enfrentar tal destino sin temor. Más tarde, él recordaría:

—Estaba preparado para morir, pero fue difícil no dejar que el miedo tomara el control. Oraba vez tras vez.

Cuando la ambulancia redujo la velocidad, Dale sintió que los vehículos habían entrado en un claro. Ya no podía ver las copas de los árboles. Lo único que podía ver era la parte superior de un camión. Aunque no podía ver la buseta, sospechó que estaba cerca.

Otra vez luchó con el temor. ¿Será este espacio abierto, sin árboles, un campo de ejecución? Se imaginó que los pandilleros bajaban a los ocupantes, alineaban a sus amigos y los fusilaban uno por uno.

¡Pum!

El sonido envió ondas de temor por todo el cuerpo de Dale. No tenía idea de qué había producido el ruido, pero parecía un disparo. Su corazón se desplomó.

De repente se abrieron las puertas de la ambulancia y el cuerpo de Dale se tensó. ¿Lo sacarían a rastras y lo fusilarían?

No, aparentemente solo estaban viendo cómo estaba, pues la puerta se volvió a cerrar de golpe.

Varias veces los pandilleros iban a verlo. Cada vez, Dale se preguntaba si había llegado su hora. También se preguntó qué les estaría sucediendo a sus compañeros de trabajo.

¡Pum!

Esta vez no sonó tanto como un disparo y Dale sintió gran alivio. Algo en el ruido lo hizo estar seguro de que aquello procedía de los

portazos del camión.

Dentro de la buseta

Después de unos cuarenta y cinco minutos, un pandillero saltó al asiento del conductor de la buseta, la cual saltó hacia adelante abruptamente cuando él aceleró el motor. Los misioneros contuvieron la respiración mientras él conducía directamente hacia un muro de concreto. En el último instante, giró a la derecha y salió del estacionamiento. Una vez más se agarraron mientras iban rápido por una carretera distinta de la que habían viajado antes.

De nuevo los misioneros sintieron una esperanza cautelosa. Quizá la pandilla ya había concluido con ellos y los llevaba de regreso a una de las carreteras principales.

Esta esperanza pronto se desvaneció cuando llegaron a un callejón sin salida y los vehículos volvieron a estacionarse, esta vez en un claro con dos pequeños edificios de bloques de concreto. Montones de basura se apilaban alrededor de las orillas del claro y contra los edificios en mala condición. Podían ver platos desechables, todavía con restos de alimento, en la basura, junto con botellas de vidrio vacías y tenedores de plástico.

Los misioneros notaron un pesado tablón de madera, más o menos del tamaño de un durmiente de ferrocarril, con hoyos como en las imágenes de los cepos que hay en los libros de historias bíblicas. Una estructura insegura de troncos atados con tiras que colgaban de esta indicaba malas intenciones por su extrañeza. ¿Podría ser un lugar para atar a la gente? ¿O una horca?

Lo que más perturbaba eran los pandilleros que estaban por todas partes. Avanzaron hacia la buseta como depredadores, empuñando sus armas. Algunos incluso comenzaron a quitarse la ropa. Un pandillero sostenía largos cordones de zapatos en las manos, como si se preparara para atar a alguien.

De una de las casas, los pandilleros sacaron a dos reos, atados de pies y manos. Los reos tenían que saltar por causa de los grilletes. Estaban delgados y huesudos, y se les caían los pantalones.

En la buseta, la gente empezó a orar en voz alta. En la segunda fila, Cherylín examinó su corazón, clamando a Dios. Sus ojos no podían permanecer cerrados para siempre; tenía que estar preparada para lo que estaba por delante.

—Dios, muéstrame si hay algo en mi vida por lo que necesito pedir perdón.

“Ay, no. Ha llegado nuestra hora”, pensó Kay.

Rachel, entre su esposo Mateo y Kasondra, de trece años, en la cuarta fila de asientos, observó la siniestra escena con gran miedo. Ella recordaría:

—Nunca sentí algo así en mi vida. Y de verdad espero nunca volverlo a sentir.

Mateo sintió pánico ante la total impotencia de poder proteger a su esposa. Vio a los hombres quitándose la ropa, con las ataduras de cordones listas. Esperaba morir, suponiendo que le dispararían. Pero esta no era su preocupación más apremiante.

Oró en voz alta:

—¡Señor! Estoy preparado para ir a ti. Permite que hagan cualquier cosa conmigo, Señor. ¡Solo protege a mi esposa!

En este terrible momento, Dale apareció de nuevo. Los pandilleros lo trajeron y le dijeron que se sentara en el escalón de la puerta lateral abierta de la buseta.

—¿Estás bien? —preguntó Wes desde el asiento delantero.

—Sí —contestó Dale.

El grupo alabó a Dios por su regreso sano y salvo, gozosos por este rayo de esperanza que rompía la oscuridad de incertidumbre y temor.

Un pandillero asomó la cabeza en la buseta y ordenó en inglés:

—¡Denme sus teléfonos! Si los veo con teléfono después, los mataré.

Dale sacó su teléfono de su escondite junto al asiento del conductor. Ryan y Melodi pensaron en el teléfono escondido dentro de la funda del pañal de Laura. No parecía que valiera la pena correr el riesgo, así que se lo entregaron. Todos los demás también entregaron su teléfono, junto con sus billeteras.

Un miembro de la familia Noecker tenía un teléfono con una foto familiar entre el teléfono y la carcasa. Sacaron el teléfono del estuche protector y se lo entregaron a los pandilleros. Shelden sostuvo el protector con la fotografía de su familia.

Los pandilleros vieron al niño con el estuche y aparentemente creyeron que era un teléfono. Entonces le pidieron que lo entregara.

—¡Es solo un estuche de teléfono! —gritó Shelden, sujetándolo con más fuerza.

Los pandilleros intentaron agarrarlo, pero Shelden lo sujetó.

—¡Es solo es un estuche de teléfono! —volvió a gritar.

Por fin los pandilleros retrocedieron y se lo dejaron.

A pesar de hacer estas recolectas, parecía que los pandilleros todavía discutían sobre el destino de los cautivos. La temperatura en la buseta era sofocante y todos anhelaban un poco de agua.

Mientras tanto, el líder de la pandilla salió de la Prado blanca al frente de la procesión. Este era el gran jefe. Era alto, de piel morena clara, y había un aroma a colonia que lo precedía como heraldo. Balanceaba los brazos cuando caminaba. Ya que frecuentemente bajaba la vista, podría haberse confundido con un hombre tímido y humilde, si no fuera por su expresión de frío desdén cuando alzaba la vista. Un crucifijo de oro colgaba de una cadena fina en su cuello. Bandas plásticas negras le cubrían unos quince centímetros como brazaletes desde las muñecas hasta el brazo hacia los grandes tatuajes. Un bigote fino y una perilla le marcaban la mandíbula. Se llamaba Wilson Joseph, pero era conocido por el apodo Lanmò San Jou, que significa “Muerte sin días”. Su rostro no mostraba ninguna emoción y su voz era baja.

Desesperado por saber qué planeaban hacer con ellos, Samuel por fin utilizó su criollo fluido para presionar en busca de respuestas. Él preguntó:

—¿Qué está pasando? ¿Qué quieren de nosotros? Tienen nuestras billeteras y nuestros teléfonos. ¿Qué más quieren? ¿Podemos irnos?

—De ninguna manera. Necesitamos tres millones de dólares.

Samuel miró fijamente al hombre.

—No podemos darles tres millones de dólares. No los tenemos.

Comenzaron a escoltar a la gente desde la buseta, empezando con las mujeres que iban adelante. Las llevaron al otro lado de la buseta y luego pararon de bajar gente, como si tuvieran la intención de separar a las mujeres de los hombres. Clamando al Señor que protegiera a las mujeres, los que quedaron en la buseta observaban cómo los pandilleros alineaban a las mujeres junto a uno de los edificios de concreto.

Samuel saltó de su asiento y clamó:

—¡Salgan! Todos bájense de la buseta. Déjenme salir. Vamos. Vamos. ¡Vamos!

Mientras el resto del grupo salía de la buseta en una ola imparable, los condujeron hacia donde estaban las mujeres. Todo el grupo, que ya estaba orando, comenzó a cantar. Poco a poco el volumen aumentó a medida que todos se unían.

El ángel de Jehová acampa alrededor de los

Que le temen y los defiende.

¡Gustad y ved que bueno es Jehová!

Dichoso el hombre que confía en él.

—¡Dejen de cantar! —ordenó uno de los pandilleros. Entonces, bajaron el volumen un poco, pero luego continuaron. Otro pandillero los observaba de cerca mientras blandía un rifle de asalto. Cerca de allí, Lanmò San Jou observaba con rostro imperturbable.

Uno de los pandilleros caminó entre la fila de cautivos y les tomó

un video, diciendo:

—Este es el video final de estas personas.

“¿Eso qué quiere decir? ¿Es este el momento que nos van a matar?”,
se preguntó Samuel.

ENCERRADOS

Tarde, campamento de los pandilleros

Los pandilleros tomaron los zapatos de todos y luego condujeron a los cautivos a una habitación sin ventanas de tres por cuatro metros. Entraron por la misma puerta por la que habían salido los reos desnutridos. Luego, los guardas cerraron la puerta y la trancaron con un golpe seco de algo pesado.

Algunos del grupo se sentaron en el único colchón que había en el suelo, pero la mayoría permaneció de pie. Inquietos miraron a su alrededor. Notaron inconfundibles manchas de sangre en las paredes, así como abolladuras de balas. La puerta de la habitación contigua estaba trancada con láminas de metal, cubriendo todo menos los diez centímetros de abajo. El cuarto de concreto carecía por completo de ventilación y, en la calurosa tarde, era sofocante.

A pesar del espacio inadecuado, la temperatura y las manchas de sangre de color marrón oscuro en la pared, había una cierta sensación de alivio. El simple hecho de estar solos los refrescaba. A la vez, se dieron cuenta de la verdad. Ya no había dudas sobre lo que ocurría. Los habían secuestrado.

Pero ¿qué significaba esto? ¿Estarían encerrados en esta habitación toda la noche? Si así fuera, ¿cómo dormirían?

Samuel sugirió que los hombres que hablaban bien el criollo se sentaran más cerca de la puerta. Todavía estaban muy preocupados por la seguridad de las mujeres. Wes, Ryan y Samuel intentaron sentarse cerca de la puerta para soportar la peor parte de lo que acontecería, sin importar lo que fuera.

Unos quince minutos después de que los amontonaron en la habitación, los misioneros escucharon dos disparos. Se miraron unos a otros. ¿Habían asesinado a los otros dos reos?

Mientras dialogaban la situación, además de cantar y orar, los guardas entraban y salían.

Primero un guarda llegó con dos colchones más. Uno individual y otro matrimonial. Juntos, los tres colchones ocupaban la mayor parte del espacio.

Luego entró un guarda con agua y una bolsa de comida. Colocó la comida en el centro de la habitación y se fue. La bolsa contenía diecisiete cajitas de judías y arroz con vegetales encima, y pollo. Aunque el agua los refrescó, ninguno tuvo ganas de comer. André, el niño de tres años, sí comió un poco.

Los misioneros comenzaron a cantar otra vez. “El ángel de Jehová encampa alrededor de los que le temen y los defiende”. Cantaron, oraron y oraron y cantaron. Pensaron en sus planes para el fin de semana allá en Titanyen.

—¡Vaya, el diablo sin duda no quiere que celebremos la Cena del Señor! —dijo alguien.

Oraron con fe de que volverían a casa la mañana siguiente con tiempo para el culto de Santa Cena. Además, llegar a casa con tiempo para ducharse sería una bonita bonificación.

El grupo había pasado la semana en oración e intercambio especial, para asegurarse de que su corazón estuviera bien el uno con el otro y ante Dios. Esta examinación la practicaba la mayoría de las iglesias anabaptistas antes de cada Santa Cena semestral.

Normalmente celebraban un culto de preparación antes del culto de Santa Cena para animar a todos a que examinaran su corazón. Hoy Samuel sentía que había experimentado el mejor culto de preparación de su vida al ver los cañones de las armas de los pandilleros. Con la muerte de frente, no había duda de lo que realmente vale en la vida.

Pronto la puerta se abrió otra vez, dando paso a una nauseabunda ola de colonia. Lanmò San Jou estaba en la puerta. Habló en criollo y le ordenó a Ryan que llamara a su jefe y le exigiera dinero por su liberación.

Alguien le explicó:

—No sabemos el número de Barry, pero si nos traes nuestros teléfonos, podemos hallarlo.

4:35 p.m., Base de Titanyen

En la base de CAM, Barry, Julia y Ray dialogaron sus opciones. Tenían más preguntas que respuestas. ¿Debían seguir con el culto de Santa Cena al día siguiente? Sin duda, razonaron, los pandilleros no retendrían a los misioneros durante la noche. Lo más probable es que regresaran al anochecer. Entonces todos podrían reírse nerviosamente y agradecerle a Dios por librarlos de una gran catástrofe. Todos dormirían en su propia cama, dejando el incidente en el pasado.

Barry pronto recibió una llamada del director de la embajada de los EE. UU. en Puerto Príncipe. Este profesional sí creía que se trataba de un verdadero secuestro, pero le advirtió a Barry que debían esperar una llamada telefónica para confirmarlo.

El vocero de la embajada le aseguró a Barry:

—Si se trata de un secuestro, la pandilla te llamará. Ese es el objetivo del secuestro de personas: negociar su rescate. A la vez, es posible que no suceda de inmediato, ya que a los secuestradores muchas veces les gusta aumentar la ansiedad de la gente con alargar el proceso. Por tanto, podría durar de tres a siete días antes de que tengas noticias de ellos.

A pesar de estas palabras de advertencia, Barry observaba de cerca su teléfono.

A las 4:35, timbró el teléfono. ¡El identificador de llamadas decía que era Ryan Korver! Rápidamente tomó el teléfono.

—Aló.

—¡Oye!

¡Era la voz de Samuel! Barry no esperaba escuchar a un miembro del equipo.

“¡Qué bien! Deben estar libres”. Barry se alegró, pensando que habían causado un gran revuelo en vano.

—Nos secuestraron —continuó Samuel.

—¿Están todos juntos? ¿Están bien? —Barry hablaba rápidamente, comprendiendo que aún no había terminado y que su tiempo en el teléfono probablemente era limitado.

—Sí, estamos todos juntos y estamos bien.

Esas fueron las últimas palabras de parte de Samuel. Barry escuchó cuando tomaron el teléfono y luego oyó la voz de otra persona.

El líder de la pandilla dijo:

—Todos están en mis manos. Yo tengo el control. Esto no será un proceso largo. Solo durará un día. Necesito un millón de dólares por cada persona o los mataré a todos.

Barry respondió:

—Somos misioneros. Estamos aquí en la obra de Dios. No les vamos a dar dinero. Tienes a las personas equivocadas. Esas personas que tienes en tus manos son el pueblo de Dios.

—¡Yo soy el que hablo! Tú no tienes por qué hablarme a mí —dijo el líder. Luego gritó—: ¡Dinero o muerte!

El pandillero cortó la llamada.

Barry le dijo a Ray lo que había dicho el pandillero, y Ray respondió:

—No, eso no es cierto. Nuestro pueblo está en las manos de Dios.

Esa noche, al estar solo en la casa que había compartido con su esposa y sus cinco hijos, Ray Noecker leyó el Salmo 18 y sintió consuelo al rogarle a Dios que interviniera a favor de su familia. La cama le parecía demasiado grande, por lo que Ray durmió en el sofá, agradecido de que fuera lo suficiente largo para acomodar su alta estatura. Se cubrió la cabeza con la almohada de Cheryl y trató dormir, preguntándose si su familia lograría conciliar el sueño.

Primeras horas de la noche, campamento de la pandilla

Más tarde esa noche, cuando comenzaba a oscurecer, un haitiano-estadounidense entró en el campamento. Era un hombre bajo y corpulento que hablaba un inglés excelente.

Él dijo:

—Estoy de su lado. Estoy aquí para ayudarles.

Afirmó ser un empresario local que había sido acosado por la pandilla.

—Me dijeron que viniera como intérprete. Cuando Lanmò San Jou dice ‘vengan’, ustedes deben venir —dijo.

Aunque parecía amigable y hablaba inglés, los misioneros no estaban seguros qué pensar de él. ¿Debían sospechar de sus intenciones?

El hombre prometió:

—Les traeré bocadillos, refrescos y agua fría. Estoy de su lado. Soy amigo de la pandilla y siento que podría sufrir daño por venir a ayudarles.

Él repitió:

—Estoy aquí para ayudarles. Así que háganme saber cualquier cosa que necesiten. ¿Qué tipo de comida necesitan? ¿Necesitan algún tipo de medicamento? Les conseguiremos un generador y les traeremos

ventiladores.

Por fin alguien dijo que lo que necesitaban era volver a casa.

El hombre les explicó que volver a casa no era una de las opciones. Les dejó claro que debían adaptarse y aceptar que estarían allí mucho tiempo, e intentar acomodarse lo mejor posible. También les dijo que el secuestro había sido un error y que, si había algo que él pudiera hacer para sacarlos de allí, lo haría.

Después de que el hombre se fue, Samuel les dijo a los demás:

—No nos engañemos. Es probable que este hombre sea uno de los líderes de la pandilla.

Sin embargo, parecía tan servicial que más tarde lo apodaron Santa Claus.

Parecía imposible ponerse cómodos en la habitación de tres por cuatro metros. Eran nubes de zancudos las que flotaban como neblina, y las hormigas los comenzaron a picar. Los cautivos siguieron cantando y orando mientras la oscuridad se apoderaba del campamento de los pandilleros. Podían sentir la presencia del mal y se preguntaban qué traería el mañana.

Sin embargo, había motivos para estar agradecidos. Estaban agradecidos por haber recuperado la pañalera rayada de Melodi. La pañalera era la única pieza de equipaje que tenían. Todos las demás bolsas y carteras se las había quitado la pandilla.

Los pandilleros habían sacado de la bolsa todo lo que querían, hasta la tableta de papel y el lapicero de Melodi. Sin embargo, habían regresado los artículos de la pañalera, una bolsa abierta de galletas Oreos, la botella de agua de Wes, un montón de folletos inspiracionales de Flanbo, unas cuantas curitas y un frasco de ibuprofeno. También les habían devuelto las tarjetas de crédito y los documentos de identidad, lo cual era una enorme bendición.

Ryan y Wes tenían lapiceros, y Courtney, Brandyn y Kasondra poseían relojes que no les quitaron. Después de tomar las tarjetas de crédito de

Mateo y Rachel y una pequeña cantidad de dinero en efectivo del interior de la cubierta de la pañalera de Laura, el grupo metió todo en un paquetito de pañuelos y lo colocó en la pañalera.

Lo más importante era que estaban juntos y a salvo por el momento. Mateo, apretado en los pocos centímetros de espacio junto a Rachel, recordó los gestos y las amenazas que había observado en la buseta. Decidió no contarle a nadie lo que había escuchado.

A los cautivos les ofrecieron un tiempo para poder ir al baño. Los pandilleros les dijeron que podían hacer sus necesidades en la mala hierba a la orilla del claro. Sin embargo, las mujeres se negaron, por lo que más tarde, los guardas las llevaron a una plataforma de concreto al lado del edificio. Tres cortinas colgaban alrededor del pequeño espacio, un intento leve de proveer privacidad. Parecía que los pandilleros normalmente usaban esta área como ducha, pero ahora le habían añadido una cubeta y lo llamaban baño.

Dijeron que solo una persona podía utilizar el baño a la vez. Cuando los misioneros se opusieron e insistieron en que las mujeres fueran de dos en dos, los guardas se lo permitieron.

Al caer la noche, el grupo continuó cantando y orando. Con la pausa en la intensidad, los pensamientos arremolinados de los cautivos se pusieron al día con lo que había sucedido. Muchos pensaban en sus familias en casa. Sus padres. Sus hermanos. Cheryl Noecker tenía cuatro hijos en los EE. UU., además de los cinco que estaban con ella. Su esposo Ray estaba en Titanyen. ¿Qué escucharían ellos? ¿Qué pensaban o sentían?

Dale miró alrededor de la habitación llena de gente calurosa y cansada. Recordó que había sido el líder del paseo del día. Había organizado el viaje y había sido el conductor. ¿Tenía él la culpa por lo que había sucedido? Luchó en su interior y por fin compartió sus pensamientos con los demás. Sus amigos le dejaron claro que no se sintiera culpable por el suceso. Todos habían tomado la decisión personal de acompañarlo.

Por fin llegó el momento de pensar en dormir. Los rehenes evaluaron su espacio o, más bien, la falta de espacio. Sencillamente no había suficiente espacio para que todos se acostaran, mucho menos para tener algún espacio personal.

Los cautivos habían escuchado que algunos hablaban español en la habitación contigua y supusieron que eran otros guardas. Samuel dijo: —Esta debe ser una pandilla grande con conexiones grandes.

Pensó que escuchaba pandilleros hispanohablantes de la República Dominicana.

Mientras el grupo intentaba acomodarse, se sorprendieron al escuchar un canto suave en criollo que salía debajo de la puerta de láminas metálicas que daba a la habitación contigua. Era un canto que los misioneros aprendieron en los cultos y sonaba al canto de ángeles. ¿Quién podría ser? Sin duda no eran los guardas. Aunque no podían entender de dónde procedía, lo aceptaron como un regalo de su padre celestial que sabía exactamente dónde estaban y qué necesitaban.

Cuando Ryan y Melodi hacían planes para dormir a sus hijos, Ryan pensó en sus lentes de contacto. Él se los quitaba fielmente cada noche, pero sabía que si se los quitaba en las circunstancias que se encontraba, sin ninguna solución en qué dejarlos, no podría volver a ponérselos. Por esta razón decidió no quitárselos.

Melodi comprendió que su presentimiento se hacía realidad: lo que sucedía sería sin duda un relato interesante. Sin embargo, escribir el correo electrónico en su computadora para enviarlo a sus lectores parecía un sueño distante. Tal vez podría hacerlo al día siguiente.

Austin hizo el intento de dormir en la única silla que había en el cuarto, junto a la puerta principal. Cada metro cuadrado de espacio lo ocupaban los colchones, donde las otras dieciséis personas intentaban acomodarse. Cada vez que alguien se levantaba o se daba vuelta, interrumpía a los demás. Si dos personas cambiaban de lugar, ambas tenían que moverse rápidamente o alguien más ocuparía el espacio. Cuando

Wes ofreció sentarse en la silla un rato para que Austin se acostara, Austin se lanzó hacia el espacio que Wes había dejado libre y por fin se durmió. Por ratos, los hombres solteros intentaban dormir con las piernas apoyadas contra la pared, verticalmente, a pesar de que esto también presentaba sus desafíos.

Incluso si el alojamiento hubiera sido de lujo, habría sido difícil dormir. Más o menos cada media hora, guardas ebrios abrían de golpe la puerta, riéndose, hablando y alumbrando con potentes linternas a los misioneros apretados e inundando el cuarto con olor a alcohol. Cuando entraban con tanto bullicio, muchas veces despertaban a la bebé Laura, a André (de tres años) y Shelden (de seis años), y sus padres luchaban por calmarlos hasta la siguiente interrupción.

Kasondra, de trece años, pronto demostró una capacidad que todo el grupo envidiaba. Podía dormir en casi cualquier posición y bajo casi cualquier circunstancia. Su capacidad era una gran bendición.

A eso de las 2:00 a.m., André comenzó a llorar. Se retorció del dolor, gimiendo:

—Me duele el estómago.

Él fue el único que había comido la noche anterior.

¿Ahora qué? Dentro del cuarto no había espacio para vomitar. Rápidamente alguien golpeó la puerta para alertar a los guardas de que necesitaban ayuda. Cuando abrieron la puerta, Ryan sacó a André. Se paró frente al jefe de los guardas, un hombre que más tarde apodaron el Ping, cuando llegó ese día con el pelo recogido en tres trenzas. Esto le recordó a alguien del niño en la historia de Ping, el pato amarillo.

—¡Necesitamos volver a casa! Los niños no pueden aguantar —le dijo Ryan a Ping en criollo lo mejor posible.

Como si fuera planeado, André vomitó en el suelo a los pies del jefe de los guardas.

Ping negó con la cabeza. No había manera de que volvieran a casa. Cuando André se negó a calmarse y regresar al calor sofocante, los

guardas permitieron que Ryan, Melodi y los niños salieran del cuarto el resto de la noche. Cuando estaba por amanecer, también dejaron salir a varios de los jóvenes.

Samuel escuchó que Ping dijo que no sabía por qué la pandilla secuestró a un grupo tan grande de gente blanca.

Dale dormitó tal vez unos treinta minutos toda esa noche y se sintió aliviado cuando vio que la oscuridad de la noche se transformó en la luz del día a través de las rendijas en la puerta de madera.

Pero ¿qué traería este nuevo día?

Primeras horas de la noche, Ohio, oficinas centrales de CAM

Mientras los rehenes intentaban acomodarse en su pequeña habitación en el campamento de los pandilleros, se comenzó a organizar una reunión en la oficina central de CAM. Era extraño estar en el trabajo un sábado por la noche, pero los miembros de la administración de CAM sentían un impulso magnético de presentarse, para hacer lo que podían para lidiar con las sorprendentes noticias que había traído el día. Ese sábado por la noche, la conversación no se trataba del precio de combustible o la mejor manera de asar un bistec.

Los pasillos resonaban con preguntas. El mapamundi salpicado de sitios de campo tomó un nuevo significado. Al lado derecho del mapa, bajo el titular “Personal en el extranjero”, filas de rostros correspondían con cada lugar: Nicaragua. Rumania. Ucrania. Liberia. Haití. Kenia. Grecia. Oriente Medio. Crisis internacional. Esta noche, todos pensaban en los rostros en la quinta fila comenzando desde abajo. Las fotografías estaban acomodadas en el orden que habían llegado a la base de Titanyen: Westley Yoder. Kay Yoder. Samuel Stoltzfus. Mateo y Rachel Miller. Ryan y Melodi Korver, con sus hijos André y Laura. Dale Wideman. Estas eran las personas que, en conjunto con siete miembros de personal a corto plazo, habían salido a visitar un orfanato y no

regresaron.

El personal presente de CAM que llegó a la reunión se sentó en las sillas de la sala de conferencia central, alrededor de una cantidad de mesas acomodadas en un rectángulo. A la izquierda de un enorme mapa-mundi en la pared, otras personas se unían de forma remota por medio de una pizarra inteligente.

Tomás Wagler se unió desde Tennessee y otros miembros de la junta directiva iniciaron sesión desde otras partes del país.

Se hacían preguntas tras preguntas. ¿Cuánto tiempo retendrán al grupo? ¿Sufren acoso o abuso?

Y la pregunta más agobiante era: ¿Qué debemos hacer? Todos sabían que CAM tenía la política de no pagar rescate, aunque nunca había habido razón de poner en práctica dicha política.

Tomás escuchó el diálogo y luego ofreció su opinión: “Si pagamos rescate, ¿no es cierto que eso significaría el fin de nuestras obras en Haití?”

Eran preguntas difíciles. En oración, el equipo buscó al Señor y dialogó las opciones. Felipe Mast expresó su disposición de viajar a Haití con su esposa e hija para apoyar a Barry Grant si nada cambiaba. Todos estuvieron de acuerdo que sería necesario desarrollar y cubrir nuevos puestos para lidiar con esta crisis, aunque todos esperaban que los rehenes pronto fueran puestos en libertad. Tal vez era un malentendido o una broma de mal gusto, y todo estaría bien cuando rayara el sol a la mañana siguiente.

Al fin decidieron que si los rehenes no eran liberados por la mañana, el grupo se reuniría nuevamente en la sala de conferencia, tomando la rara decisión de faltar al culto. Era casi la medianoche cuando la última persona regresó a casa.

A la vez, las preguntas quedaron sin respuesta.

Y muy lejos, al sur, en un cuarto tan estrecho, nadie sabía qué hacer tampoco.

EL CAMPAMENTO DE LOS PANDILLEROS

Domingo, 17 de octubre; día 2
Campamento de los pandilleros

*a*l día siguiente, los cautivos se sintieron aliviados cuando los guardas les permitieron salir al aire libre. A la luz del amanecer, el claro lleno de basura con sus estructuras destartalladas no se veía más atractivo que había parecido la noche anterior. Aun así, después de la estrechez en la habitación, era un alivio respirar aire fresco.

Las picaduras de zancudos y hormigas marcaban la piel expuesta de los rehenes. Las picaduras les causaban picazón e irritación.

Al evaluar los alrededores, los cautivos deseaban poder explorar la zona, pero los guardas no les permitían; debían permanecer entre los dos edificios. La calle por la cual habían llegado desde el sur rodeaba ambos edificios y volvía a la entrada.

La casa en la que habían pasado la noche encerrados contaba con dos cuartos principales. Desde su pequeña habitación, los misioneros se asomaron por debajo de la abertura de diez centímetros en la parte inferior de la puerta de láminas metálicas y vieron que la habitación contigua contenía once rehenes más, atados de pies y manos. Los cautivos se presentaron como dominicanos, chinos y haitianos.

Un corredor rodeaba los lados este y norte de la casa, pero a los rehenes no se les permitía entrar allí.

La estructura de troncos y tiras de tela que a los rehenes les había parecido una horca estaba entre ambas casas. En realidad, era un intento de crear sombra. Cuando sujetaron una lona a la estructura de apoyo, se creó una agradable área de sombra en el patio entre los edificios.

El segundo edificio, que estaba más cerca de la entrada al campamento, estaba cerrado con una tapia de tablas. Cuando los misioneros se asomaron por las rendijas, solo vieron unos cuantos muebles polvorientos.

La prisión estaba rodeada de arbustos y malezas por tres lados, con pequeños senderos que se alejaban del claro. Desde el “baño” al lado norte del edificio, los rehenes podían ver un canal de riego, con más arbustos al otro lado del canal. Al seguir el canal por unos treinta metros vieron un alto árbol de mango cargado de fruto.

Cheryl miró en dirección del árbol de mango y al otro lado de la maleza. Con anhelo, su vista alcanzó a lo largo de los muchos kilómetros que la separaban de su esposo allá en la base de Titanyen, y dijo:

—Allá está nuestro mar Rojo. Dios va a abrir paso por ello.

Los rehenes nunca se habían sentido tan iguales a los hijos de Israel. El único detalle era que estaban bajo el control de un pandillero haitiano, no de un faraón egipcio.

En la esquina sureste de la segunda casa, los rehenes notaron un tronco de árbol extraño. Parecía que habían cortado o podado

parcialmente la mayor parte de las ramas de los árboles. Sus secuestradores les informaron que este árbol le pertenecía a Satanás. Al otro lado del camino, frente al segundo edificio, debajo del árbol yacía un eje quebrado que aún tenía las ruedas.

Un pollo blanco mal alimentado, feo y picoteado vivía en el campamento de los pandilleros. Mateo se disgustó con la pequeña ave y le lanzó terrones. Lo llamó Enriqueta, y era algo difícil saber si era macho o hembra. Además de terrones, Mateo le dio un consejo al ave:

—Ve y busca tu identidad.

Algunos de los guardas andaban sin camisa y la mayoría llevaba los pantalones tan bajo que casi se les caían. Normalmente llevaban un cuchillo colocado en los pantalones y usaban zapatillas polvorientas. Un guarda usaba un pantalón corto con diseño de calaveras. Muchos usaban collares.

Un hombre al que luego apodaron Frogui les llevó espaguetis para el desayuno. Frogui se distinguía de los demás pandilleros por su cabello corto, apariencia elegante y ropa limpia. A diferencia de los demás, sus pantalones no colgaban tan bajo. Tenía un collar ajustado de cuentas vudú multicolores y una generosa colección de brazaletes de plástico negro. Estas bandas negras parecían ser una medida de autoridad; cuanto más tenía la persona, más avanzado estaba en la pandilla.

Frogui se presentó con una voz estridente y dijo que él también era cristiano. Les explicó que les traería comida y cualquier otra cosa que necesitaran. Ya que no podían ir de compras, él les haría el favor. Él sería el mensajero del pueblo.

Los rehenes miraban las cajas de espaguetis. Una vez más, nadie sintió apetito.

Esto preocupó a los pandilleros. Santa Claus preguntó:

—¿Qué es lo que desean? ¿Bistec? ¿Pizza? ¿Hamburguesas? Díganme lo que comen.

Los rehenes explicaron:

—Normalmente comemos esto, pero sencillamente no sentimos hambre. Queremos regresar a casa.

Todos esperaban volver a casa ese mismo día. Seguramente estarían de regreso en Titanyen antes de que oscureciera. Sin embargo, pasaron horas tras horas sin que los liberaran.

Laura les sonrió ampliamente a los guardas que no pudieron evitar devolverle una sonrisa. Los guardas también les ofrecieron los puños a Shelden, de seis años, y André, de tres, para que “chocaran los puños”. Cheryl, Ryan y Melodi animaron a los niños a responderles. Notaron que los guardas, después de estos saludos, se llevaban la mano al pecho y hacían un círculo alrededor del corazón.

Froguí seguía trayendo suministros: Barriles de agua para lavar, bolsas de agua para beber, barras de jabón, entre otros. En fin, parecía que podrían haber pedido cualquier cosa y Froguí los habría complacido.

Los rehenes oraban y cantaban para pasar el tiempo. Fue un cambio extraño del culto de Santa Cena en el que esperaban participar en casa.

Ping, el jefe de los guardas, observaba y escuchaba. Era un hombre bajo y delgado, con un sombrero derby que casi le cubría los ojos. Dijo que tenía treinta y cinco años, pero caminaba como si fuera mucho mayor, lo cual le recordó a Austin el andar vacilante de uno de sus familiares después de un accidente automovilístico. Tenía los pies torcidos hacia adentro y piernas arqueadas, como si hubieran pasado sus años de formación montado a caballo.

A diferencia de los cortes de cabello del pandillero normal, rapado a los lados y largo encima, Ping tenía un bosque de pequeñas trenzas debajo del sombrero. En ambas orejas usaba aretes de oro, uno de estos como una cruz colgante. Debajo de las fosas nasales excepcionalmente grandes, el oro brillaba en la parte posterior de un diente cariado. El oro en la parte frontal del diente se había desgastado, hasta formar un orificio.

Mientras Ping observaba a los misioneros cantar y orar, Samuel lo

escuchó hablar en voz suave:

—Estos estadounidenses no son asunto de broma. No sé por qué decidieron secuestrar a todos estos blancos y dejarlos a mi cuidado.

Más tarde ese día, Santa Claus regresó como había prometido, con tres cajas de bocadillos americanos. Había Doritos y Pringles, galletas, mantequilla de cacahuètes, sardinas, panes de Reese, hasta helados. Para entonces, el hambre real había llegado y los cautivos se aprestaron a comer.

El grupo también le hizo muchas preguntas a Santa Claus:

—¿Por qué nos han secuestrado?

—El dinero no es el objetivo principal —les afirmó. Les dijo que uno de los fundadores de la pandilla estaba encarcelado y que la pandilla quería utilizar a los estadounidenses y canadienses capturados como palanca para lograr que lo sacaran de la cárcel.

El grupo descubrió que trataban con la pandilla 400 Mawozo. El nombre autocrítico significaba algo como “400 Idiotas” o “400 Hombres que no saben hablarles a las mujeres”, dependiendo a quién le preguntaras.

Santa Claus confirmó lo que los misioneros sospechaban. A pesar de que la pandilla muchas veces secuestraba personas, este secuestro era algo nuevo. Hasta ahora, los estadounidenses habían sido ignorados.

Él les dijo:

—El lema de nuestra pandilla es: “Los blancos pueden ir a cualquier lugar”.

No estaba claro en qué momento del secuestro la pandilla descubrió quiénes iban en la buseta, pero realmente ya no importaba. Los secuestraron y eso era todo.

¿Qué quería en realidad la pandilla? Los rehenes no lo sabían. ¿Era dinero, como había dicho Lanmò San Jou? ¿O era sacar de la cárcel al líder de la pandilla?

Con su dominio competente del criollo, Samuel comenzó a

predicarles el evangelio a los guardas. Aunque el grupo no tenía Biblias consigo, Samuel estaba agradecido por los libritos inspiracionales en criollo que contenían versículos.

Los guardas abiertamente adoraban a Satanás.

Samuel les preguntó:

—Si murieran hoy, ¿adónde irían?

—Al infierno. —No hubo pausa ni calificación ante este simple anuncio. Los guardas aseguraban que anticipaban este destino, donde estarían con aquel a quien adoraban.

Samuel les habló de Jesús y los llamó al arrepentimiento y abandono de su vida de pecado. Les preguntó si los asesinarían si abandonaban la pandilla. Le dijeron que no, al menos si escapaban a otra zona.

La mamá de Samuel tenía razón, Samuel predicaba el evangelio sin miedo. Antes de partir hacia Haití, Samuel había escrito en su diario: “Espero morir algún día como mártir de Cristo”. Bajo esta declaración copió las palabras de un pasaje escrito por un hombre asesinado por la causa de Cristo. “Soy discípulo de Jesucristo. Debo seguir hasta que el cielo regrese, entregarme hasta caer, predicar hasta que todos conozcan [la verdad] y trabajar hasta que él venga. Y cuando él venga a llevar a los suyos, no tendrá problemas en reconocerme. Mis colores serán claros”.

Samuel, Wes y Kay todos hablaban bien el criollo. Muchos de los demás hablaban al menos un poco.

Austin, el recién llegado de Oregón, se dio cuenta de que era inútil a la hora de predicar o incluso hablar con los guardas. Desanimado, le pidió a Dios que le revelara cuál debía ser su papel en este nuevo ambiente. Sintió que Dios le aseguraba que debía animar a los demás misioneros.

Kay cuestionaba las intenciones de los guardas para con las mujeres. Durante unos días les advirtió a las demás mujeres que permanecieran dentro de la casa siempre que fuera posible.

Valle Grande Ronde, Oregón

Menos de veinticuatro horas después de que los pandilleros secuestraron a Melodi, su única hermana dio a luz a su primer hijo. Cuando la madre de Melodi le dio la bienvenida a su nuevo nieto, Cody Ryan, era difícil creer que no había manera de avisarle a Melodi. Pero como escribió la mamá de Melodi en su diario, el nuevo bebé fue “un dulce punto de alegría en este día turbulento”.

Melodi le había contado recientemente a su mamá lo que Ryan había dicho sobre su estancia en Haití: “No cambiaría estos últimos meses por nada”. Y Melodi estuvo de acuerdo con él. A pesar del peligro y el drama de vivir en Haití, tanto Ryan como Melodi sintieron que estaban justo donde debían estar.

También fue un consuelo para la mamá de Melodi recordar que su hija siempre había sido una persona adaptable y resistente. Incluso había soñado con ser pionera en la ruta de Oregón. Le encantaba usar el vestido de pionera que le había regalado cuando cumplió cinco años. Había leído, una y otra vez, el libro *Going West* (Rumbo

Stratford, Wisconsin¹

En su culto la mañana del domingo, 17 de octubre, una madre afligida oró durante la escuela dominical que Melodi tuviera suficiente leche para Laura.

En el otoño de 2020, Melodi, que también estaba embarazada, había animado a esta mujer joven sobre las dificultades que sufría con su embarazo. Ambas mujeres tuvieron sus bebés sin complicaciones. Sin embargo, antes de que la secuestraran, Melodi había escuchado de la muerte repentina del hijo recién nacido de la otra mujer.

Ahora la mujer que había perdido a su hijo oraba que Melodi tuviera suficiente leche para Laura.

¹ Tomado de “The Fellowship of the Unashamed” (La comunión de los que no se avergüenzan), por un hombre no identificado de Ruanda a quien se le dio la opción de renunciar a Cristo o ser condenado a muerte.

al oeste), un libro ilustrado en cuanto a una niña en un carromato. Examinó minuciosamente las ilustraciones detalladas de los pioneros mientras viajaban por el sendero entre enfermedad, muerte, nieve y una estampida de búfalos.

Quizá aquellos primeros días de ser pionera se le volvían realidad ahora. Tal vez era la chica que llevaba el diario del viaje inexplorado. Quizá fuera tan peligroso como el sendero de Oregón. Sin embargo, su madre encontró consuelo al recordar que, incluso en circunstancias inciertas, Melodi tendía a ser positiva y optimista.

Ella podría ayudarse no solo a sí misma y su familia, sino también a todo el grupo.

Base de Titanyen

El culto de Santa Cena quedó en el olvido en medio del frenesí de reuniones y llamadas telefónicas. Las ofertas de ayuda llegaron de numerosas fuentes. Barry dialogó la situación con administradores de CAM, una unidad antisequestros de Haití y el FBI.

Barry se alegró cuando escuchó que su supervisor, Felipe Mast, planeaba llegar con su esposa e hija al día siguiente.

Condado de Coshocton, Ohio

Grace Mast fue al culto del domingo por la mañana con Olivia, su hija de trece años, y Felipe se reunió con los demás administradores de CAM y la junta directiva para formular un plan. Después de la escuela dominical, ella revisó el teléfono para ver si él le había enviado algún mensaje. Nada. Muy bien. La comida se estaba calentando en casa y aún podrían recibir a sus visitas para el almuerzo. Sin embargo, recogió los libros escolares de Olivia en la escuela de la iglesia que estaba al lado, pues sabía que posiblemente viajarían a Haití al día siguiente. Olivia necesitaría continuar con sus estudios mientras estuviera de viaje.

Después del sermón, Grace se dirigió a su vehículo. Volvió a revisar el teléfono, y esta vez había un mensaje de Felipe: “Ven a casa tan pronto como puedas”.

Consciente de la mala señal telefónica en la zona, Grace no intentó llamarlo para saber por qué debía volver a casa.

Eran más de las doce del mediodía cuando Grace y Olivia entraron por la puerta principal de la casa, seguidas por unos visitantes. Mientras inhalaban el aroma acogedor de arroz, judías y pollo, Felipe les contaba las noticias en voz baja:

—Tenemos que salir a la 1:30. No pudimos tomar el vuelo esperado a Puerto Príncipe mañana por la mañana, así que tenemos que volar a la ciudad de Nueva York y luego seguir a Puerto Príncipe en la mañana.

Grace les entregó las responsabilidades de hospedar a los visitantes a sus dos hijos mayores que no viajarían a Haití. Los visitantes amablemente insistieron en que Felipe, Grace y Olivia comieran algo antes de comenzar a hacer las maletas. Cuando la familia Mast salió para el aeropuerto, los visitantes aún estaban comiendo.

UN NUEVO APRECIO POR EL AGUA POTABLE

Lunes, 18 de octubre; día 3
Campamento de los pandilleros

Temprano la mañana del lunes, Mateo se despertó en la habitación estrecha; los pies levantados contra la pared y la cabeza hacia el centro de la habitación, apiñado entre los demás. Rachel yacía a su lado. “¿Cómo traje a mi esposa a esta situación?”, se preguntó Mateo, volviéndose a dormir. Poco después lo despertó alguien que susurraba suavemente la melodía del himno: “El ángel de Jehová”. Era Rachel, que se consolaba en el ambiente difícil. Mateo se inclinó y vio el rostro de su esposa empapado en lágrimas. Con todo, Mateo se sintió animado de que incluso en esta situación la fe de su esposa se fortalecía.

El amanecer trajo a Frogui con su voz resonante y el mismo desayuno de espaguetis y medio huevo duro para cada persona. Esta vez

los rehenes comieron un poco de la comida.

En los días siguientes llegaron más suministros, lo que dejó claro a los misioneros que no regresarían a casa pronto. Además de las tres

Valle de Willamette, Oregón

La madre de Melodi había asistido a la misma escuela cristiana primaria que la madre de Austin. Una de sus antiguas profesoras, ahora una escritora de éxito, oró por los hijos secuestrados de sus exalumnas.

Ella tenía buenos recuerdos de las madres y se sintió agradecida de que ambas aprendieran el amor a la escritura como ella. Quizá ella también había inspirado indirectamente a Melodi, pues sabía que le encantaba la escritura.

Como todos los demás, oró por la protección, liberación, seguridad y salud de los niños. Entonces pensó en algo más. "Como escritora, Melodi debe sentir un impulso desesperado de registrar sus pensamientos y sentimientos. Probablemente no tiene cuadernos ni otros materiales de escritura".

La autora oró para que Dios le proveyera a Melodi una manera de registrar sus pensamientos.

cajas de meriendas que les habían traído antes, los pandilleros ahora trajeron una hielera con hielo para que refrigeraran el jugo y el agua. Luego trajeron un sofá pequeño y otro sofá doble, y descargaron una caja de toallas de papel comerciales. También trajeron pasta y cepillos dentales en una bolsa de plástico negra, que alguien colgó en el alero de la casa.

Cuando descargaron todo, Frogui vociferó:

—¡Todas estas cosas son para ustedes! No deben compartirlas con nadie más.

Parecía que la pandilla estaba dispuesta a gastar dinero en ellos y proveerles cualquier cosa que necesitaran; cualquier cosa aparte de su libertad.

Ya que era claro que los pandilleros esperaban que fueran sus visitantes a largo plazo, varios decidieron que sería bueno tomar notas. Melodi, viendo que no había ninguna esperanza

inmediata de redactar su correo electrónico, de pronto tuvo una idea. “¿Por qué no escribir en las toallas de papel?” Las toallas de papel eran blancas, ralas y resistentes, del tipo diseñado para los dispensadores.

Con un poco de experimento, Melodi, Rachel, Dale y Wes comenzaron a escribir diarios en las toallas de papel. Ryan compartió su bolígrafo con ellos. Wes también tenía un bolígrafo que les prestaba, pero todos sabían que debían devolverlo. Dormía con él en el bolsillo para asegurarse de que no desapareciera.

Los pandilleros cavaron un hoyo de casi cuatro metros de profundidad y un metro de diámetro cerca de los matorrales junto a la segunda casa y cementaron una tapa para hacer un servicio higiénico. Cubrieron el servicio con sábanas, y el cuarto lado quedaba de frente a la maleza.

Normalmente suplían el papel higiénico, aunque a veces se acababa, por lo que se sustituía con pedazos de cartón. A veces los demás pedían toallitas húmedas que eran para la bebé de Melodi. Sin embargo, fue necesario racionarlas para que le duraran lo más posible a Laura.

Ahora que la letrina oficial estaba en funcionamiento, la plataforma de concreto más cerca a los edificios se convirtió en el baño. Este tenía una cubeta de agua, un tazón metálico y una barra de jabón. Los pandilleros llenaban barriles de agua de los cuales los misioneros llenaban la cubeta del baño. No había puerta en la plataforma de la ducha, así que los misioneros colgaron una sábana que sirviera de puerta.

Para los más altos, las cortinas del baño solo les llegaba hasta los hombros. La lona tenía agujeros, lo que hacía que el baño fuera un lugar de incómoda privacidad. La sábana que servía de puerta era la peor de todo. Amenazaba con abrirse al menor soplo de viento, obligando al ocupante a estar muy alerta.

El baño es un pequeño rincón junto a la casa con una lona gastada y agujereada tendida sobre unos palos. Siento un nuevo aprecio por el agua potable y una regadera, escribió Dale en su diario de toallas de papel.

Pronto quedó claro que Ping, el jefe de los guardas estevado, tenía una rutina fastidiosa con la higiene personal. Se duchaba dos veces al día con la cubeta y el tazón, y generalmente se desnudaba antes de entrar a la ducha. Después de bañarse, con diligencia se aplicaba loción, al parecer, una mezcla de crema aclarante de la piel y una loción corporal. Al menos en una ocasión, Dale notó que llamó a uno de los guardas para que le aplicara en una parte de la espalda que él mismo no alcanzaba. A veces deambulaba por el campamento con una toalla marrón en la cintura.

Ping cepillaba sus zapatillas y se esforzaba por mantener limpios los pies. A diferencia de los demás guardas, su ropa era más decente. Eso sí, portaba pistola.

El misterio de su diente de oro gastado se resolvió fácilmente al verlo cepillarse los dientes con un cepillo rígido como el que les dieron a los rehenes. Ping se cepillaba con furia una y otra vez, como si su posición en la pandilla dependiera de la limpieza de sus dientes.

Samuel le dio a Ping uno de los folletos evangelísticos y le habló del Señor. Ping dijo que él creció asistiendo a la iglesia y conocía muchos de los cantos cristianos que cantaba el grupo rehén. Los misioneros lo vieron leyendo el librito que Samuel le había dado. Parecía que Dios le hablaba.

Froguí trajo un enorme costal de ropa casual para que los cautivos se cambiaran. Samuel le informó que las mujeres preferían usar sus vestidos largos en vez de los pantalones y faldas cortas que contenía el costal. La mayoría de los hombres hallaron pantalones para cambiarse y así tener una segunda muda de ropa, aunque la mayoría de los pantalones eran de mujer. Brandyn agarró un pantalón rosado con diseños de ranas. Mateo halló un pantalón que era lo suficiente grande, el doble de grande que él, y Wes encontró un pantalón de vestir negro que también era de varias tallas más grande. El pantalón de Dale era de pijama color granate con cinturilla elástica. Samuel vestía pantalones con

pretinas abajo de las rodillas. Ninguno de estos era el atuendo anabaptista, pero al menos los hombres se ponían ropa seca después del baño.

Como preferían la modestia de sus propios vestidos, las mujeres y las muchachas lavaban su ropa cuando se duchaban y se la volvían a poner mojada. Esto era inconveniente, pero en el clima cálido muchas veces era refrescante. Courtney, que les había insistido a sus familiares que estaría bien con solo una muda de ropa en Haití, puso sus palabras en acción.

Melodi había confeccionado su vestido azul liso para su primera cita con Ryan hacía más de cinco años. Siempre le había gustado.

En el costal, Melodi halló un calzoncillo para André, pero era demasiado grande. También halló una pantaloneta, pero esta también era demasiado grande. No le gustaba que André tuviera el aspecto de pandillero, sin embargo, con la ropa grande, el parecido era inconfundible.

Los rehenes recibieron sandalias Crocs de múltiples colores para reemplazar los zapatos que les habían quitado.

Dale pronto adquirió un nuevo aprecio por la norma de excelencia que exigían los electricistas en su área natal en Ontario. Los pandilleros trajeron un generador y una cantidad de cables eléctricos. Planeaban instalar bombillos y ventiladores. Se esforzaban al máximo para que los misioneros tuvieran un ambiente cómodo.

Dale se ofreció a ayudar con la instalación eléctrica, explicando que era electricista de profesión, pero los pandilleros le rechazaron la oferta.

Dale observó que los hombres colocaron el generador a un lado de una de las casas. Luego pasaron los cables hasta un árbol y cruzaron el claro hasta la prisión, atándolos a la esquina del baño. Tendieron otro cable desde el árbol hasta la letrina y de ahí a la segunda casa.

Mientras Dale observaba cómo formaban los circuitos precarios con cables desnudos que salían aquí y allá, sencillamente tuvo que apartar la vista.

Algunos rehenes preguntaron si podían ayudar con la cocina u otras

tareas para pasar el tiempo, pero a los guardas tampoco les agradó la idea. Al parecer, se suponía que los misioneros ocuparían el espacio y nada más, hasta que las negociaciones produjeran los resultados que la pandilla quería.

Cuando los cautivos se desanimaban, recordaban que había otros cautivos al otro lado de la puerta de láminas metálicas que estaban en condiciones mucho peores. Aquellos no tenían ventiladores ni libertad para moverse, y cuando iban al baño o a la letrina, iban en secreto. Al parecer les habían ordenado guardar silencio.

Ya que los misioneros ahora tenían acceso a agua fría después de que trajeran la hielera, Ryan decidió compartir con los cautivos de la otra habitación. Para eso, escondió bolsas de agua fría y meriendas debajo de su camisa y los introdujo sigilosamente en su habitación. Luego se acostó cerca del espacio debajo de la puerta de láminas metálicas para pasarles las cosas a las once personas de la otra habitación.

Ya que el interior de la habitación estaba oscuro, Ryan no pensó que los guardas lo notarían aun si uno de ellos por casualidad miraba hacia adentro. Algunos de los demás estaban medio nerviosos al recordar la advertencia de Frogui de que la comida era exclusivamente para los misioneros. Para estar seguros, uno de los otros normalmente permanecía afuera de la puerta, listo para advertir si se acercaba algún peligro. Ryan comenzó a hacer esto a diario.

¡Deseo mucho poder decirle a mi familia que estamos bien! Los extraño y no puedo imaginar cómo se sienten, escribió Rachel en su diario.

Todo el grupo pensaba en la salud de Mateo. Él había venido sin sus medicamentos.

Cuando llegó Lanmò San Jou con su característica escolta de colonia y guardaespaldas, Samuel intercedió a favor de Mateo. Seguramente podrían soltarlo para que regrese, ya que tenía una condición genética

que exigía medicamentos especializados, incluida una inyección.

Samuel dijo:

—Él podría morir a causa de esto. Es muy importante que tenga su medicamento.

Lanmò San Jou, tan inexpresivo como siempre, estuvo de acuerdo que Mateo se fuera.

Samuel, que le predicaba a cualquiera, le dijo a Lanmò San Jou que se hiciera cristiano.

Este respondió:

—Si me das 17 millones de dólares, me haré cristiano y te veré en el cielo.

9:30 p.m.

Más tarde esa noche, Mateo trataba de dormir con las piernas apoyadas contra la pared cuando escuchó que se acercaba un vehículo. Se sentía miserable, tanto por su condición como por la falta de espacio.

Samuel, que estaba durmiendo afuera ya que los guardas estuvieron de acuerdo, se levantó de un salto. Lanmò San Jou había vuelto con la intención de llevarse a Mateo.

Samuel le dijo:

—Si él se va, su esposa también tiene que irse.

—¿Qué? Eso no es posible.

—Está bien. Puedo preguntarle, pero creo que dirá que tiene que llevar a su esposa —dijo Samuel. Entonces asomó la cabeza dentro de la habitación y llamó a Mateo:

—Dicen que puedes irte.

—¿Rachel puede irse también?

—No.

—No me voy sin ella.

Samuel volvió a Lanmò e informó la decisión de Mateo.

Con voz llena de sarcasmo, el líder de la pandilla respondió:

—¡Ah, bueno! Si no está dispuesto a irse sin su esposa, entonces no está tan enfermo.

Puerto Príncipe, Haití

Felipe Mast, su esposa e hija llegaron a Puerto Príncipe el lunes. Después de su llegada, Barry y Felipe se dirigieron de inmediato a la embajada de los EE. UU. para reunirse con algunos funcionarios.

En la embajada, Barry expuso sus pensamientos con claridad. Respetaba a los funcionarios, pero deseaba que su posición quedara clara.

—Nosotros creemos en la Biblia. Creemos en el poder de Dios. Con esto no digo que ustedes no, pero nosotros lo creemos de una forma que lo vivimos cada día. Verdaderamente creemos que Dios todavía actúa.

Barry y Felipe les informaron a los funcionarios que no tenían planes de pagar ningún rescate, de acuerdo con la política de su organización.

Los funcionarios estaban acostumbrados a encargarse de los asuntos y proveer soluciones. Cuando se presentaba una necesidad, decían:

—Tenemos algo para eso. Podemos mandarlo a traer.

Su generosidad maravilló a Felipe y Barry. Parecía que todos los recursos del gobierno estadounidense estaban a su disposición.

Barry siguió atento a su teléfono, esperando que Lanmò San Jou volviera a llamar, exigiendo dinero, pero no entró ninguna llamada.

Berlin, Ohio, Oficinas centrales de CAM

Encima de un estante de la oficina de Bobby Miller, un portaplapumas de madera tallado a mano de Haití proporcionaba un recordatorio diario del pasado. Bobby y su familia vivieron en el norte de Haití durante años como misioneros de CAM. Cuando salieron del país, unos amigos haitianos le obsequiaron el recuerdo de madera, una escultura del contorno del país que descansaba sobre letras de madera que deletreaban “Bobby Miller”.

Bobby ahora servía en el ministerio desde una oficina en Ohio. Sin

embargo, salir de Haití no le había quitado su amor por el país. Él y su familia todavía hablaban el criollo con fluidez y visitaban el país siempre que podían.

Junto con Felipe, Bobby había quedado impactado por el descubrimiento de abusos sexuales en Haití de parte de un funcionario de CAM. A medida que llegaban a la organización llamadas telefónicas y correos electrónicos de personas airadas de todo el país, Bobby y los demás administradores y miembros de la junta directiva habían buscado al Señor. En una reunión después de que el crimen saliera a la luz, un miembro de la junta dijo que nunca había visto a tantos hombres adultos llorando a la misma vez.

Ahora, en el otoño de 2021, nadie había esperado que la rama de CAM en Haití volviera a figurar en las noticias. Los titulares lo decían todo:

CNN:

PANDILLA SECUESTRA A 17 MISIONEROS ESTADOUNIDENSES Y CANADIENSES EN HAITÍ

Forbes:

17 MISIONEROS NORTEAMERICANOS CAUTIVOS EN HAITÍ TRAS SER SECUESTRADOS POR PANDILLA

The Washington Post:

PANDILLA ‘400 MAWOZO’ SECUESTRA A MISIONEROS AMERICANOS Y FAMILIARES EN HAITÍ, DICEN CIERTOS GRUPOS

Una vez más las líneas telefónicas de la oficina en Berlin estaban saturadas. Los medios de comunicación presionaron para obtener respuestas. Las personas que llamaban sarcásticamente preguntaban por qué llevaban niños a lugares tan peligrosos. Algunos cuantos enojados hacían referencia al escándalo del abuso sexual, indicando que el equipo en Haití ahora recibía su merecido. Sin embargo, la mayoría prometía su apoyo.

ABURRIDOS

Martes, 19 de octubre; día 4
Campamento de los pandilleros

*E*n su diario, Wes llamó el cuarto día “un día aburrido”. Para hacer un poco de ejercicio, los cautivos caminaban en círculo en el pequeño espacio entre las dos casas.

Los pandilleros deambulaban por ahí con los pantalones caídos y camisetas sin mangas. Muchos andaban con la típica cabeza rapada, solo con cabello en la parte superior. Algunos tenían que sujetarse los pantalones con una mano para que no se les cayeran por completo. La pandilla parecía tener pocos guardas; y Ping, el jefe, parecía cansado.

Cheryl, la mayor del grupo, finalmente se cansó de los pantalones caídos. Llamó a uno de los guardas y le indicó que se subiera los pantalones, haciendo ella el gesto de subirse algo en su propia cintura.

Cuando el guarda rápidamente se subió los pantalones, todos los

misioneros aplaudieron y vitorearon. Parecía que los guardas respetaban un poco más a Cheryl por su edad.

Austin, Kasondra, Brandyn y algunos de los demás de la familia Noecker a veces les hablaban a los guardas en inglés, y ellos respondían en criollo. Esto tenía el potencial de ser divertido para todos, pero especialmente para los que hablaban tanto criollo como inglés.

Sin embargo, a los guardas no les parecía gracioso que los misioneros que hablaban criollo hablaran en inglés. Querían que los misioneros que sabían criollo lo hablaran.

A medida que transcurría el martes, Ping se sentó en una silla con su arma, luchando contra el sueño.

Mateo, que usaba pantalones blancos muy grandes que tomó del costal de ropa donada, notó una faldilla de barro quebrado a los pies de Ping. Con algo de imaginación, parecía una pistola. Él se dirigió directamente a Ping y tomó la faldilla de barro, luego la sostuvo en los brazos como fusil, mientras Ping lo miraba fijamente, admirado.

En su mejor criollo, Mateo le dijo:

—Vete a dormir. Yo vigilaré.

Se volvió hacia los demás, y parecía un reo con sus ridículos pantalones. Blandiendo su “arma”, Mateo les dijo:

—¡No se fuguen! Los mantendré vigilados.

Por primera vez desde su cautiverio, todos los misioneros se rieron a carcajadas. ¡Qué bendición tener a Mateo con ellos! Incluso Ping se rio, una vez que descifró el chiste de Mateo.

Esa tarde, Dale notó que los guardas se pusieron en alerta máxima. Los misioneros no tenían idea de lo que sucedía, pero los guardas comenzaron a cargar las armas y a correr de un lado a otro. Todos se preguntaban si habría un tiroteo.

De repente un vehículo se detuvo y algo explotó. Por un momento, Dale pensó que el ruido era un disparo. No sabía si los rehenes estaban a punto de ser fusilados o puestos en libertad. Él pensó que quizá

llegaba el fin de su cautiverio. Seguramente esta vida monótona no podría continuar por mucho tiempo.

No obstante, cuando la tensión desapareció, Dale se resignó y decidió que tal vez pasaría otro fin de semana antes de que los liberaran. ¿Podrían aguantar una semana entera?

Dale decidió intentar dormir en el asiento doble esa noche. Los guardas todavía permitían que algunos durmieran afuera. El único problema con el sofá doble era que medía la mitad de lo largo de su cuerpo. Mientras Dale luchaba por acomodarse, uno de los pandilleros se acercó y le dijo que se bajara del sofá, y le mostró la forma correcta de dormir en este.

Después de la muestra, Dale volvió a acostarse. Su siguiente desafío fue evitar que se lo comieran vivo. Los zancudos, como de costumbre, llenaban el aire como una niebla sedienta de sangre. Para protegerse lo más posible, Dale tomó una pieza de ropa extra del costal que la pandilla había traído y procuró cubrirse bien. Pronto regresó el mismo guarda. Esta vez le mostró pacientemente a Dale que la pieza era una enagua con múltiples capas. Al extender la tela, esta era lo suficientemente larga para cubrirse. El pandillero entonces procedió a cubrir a Dale.

Dale le ofreció a Dios una oración de gratitud. Nunca esperó que un pandillero lo cobijara. Sin duda, era mucho mejor que un trato abusivo.

Walhonding, Ohio

La familia de Mateo, como todas las demás, esperaba en una agonía de suspenso las actualizaciones. En cambio, la hermana menor de Mateo consolaba a todos con su perspicacia. Ella dijo:

—Conociendo a Mateo, cuando todos estén desanimados, él va a hacer algún tipo de comentario directo y cómico. Dirá algo, tal vez respecto a la comida, para hacer reír a la gente.

La madre de Mateo recordó el día en que disciplinó a Mateo por cortar el borde de una alfombra blanca y negra. Cuando le preguntaron por

qué la cortó, Mateo justificó su conducta con señalar que la alfombra le recordaba a una mofeta.

Ella pensó: “Espero que mi hija tenga razón y Mateo se mantenga fuerte”.

8:30 a.m.–4:30 p.m.

Berlin, Ohio, Equipo de crisis de los rehenes de Haití

Bobby Miller tomó el acta en una reunión de un día completo sobre los rehenes.

El recién formado Equipo de crisis de los rehenes de Haití ahora era responsable, junto con la junta directiva, de tomar decisiones relativas a la situación de los rehenes. David Troyer, director general de CAM, y otros miembros del comité ejecutivo formaban parte de este equipo, así como Felipe Mast, que se unió de forma virtual desde Haití, y Bobby Miller.

La edad promedio del comité era de cuarenta y nueve años. Todos estaban casados y tenían al menos tres hijos, con un promedio de cinco. Algunos eran abuelos. Todos los miembros del comité de nueve personas habían visitado Haití al menos por un corto tiempo.

El equipo se había organizado en diferentes roles. James Yoder sería el contacto principal para los familiares de los rehenes. Jay Stoltzfus sería el que informaría al personal de CAM sobre cualquier novedad y dirigiría las reuniones diarias de oración por la situación del secuestro. Weston Showalter sería el contacto principal para los medios de comunicación, y Bobby sería el secretario y se encargaría de resumir los diálogos en papel.

Siguió llegando más información sobre la naturaleza de la pandilla 400 Mawozo. El grupo, que se originó en las zonas rurales al este de Puerto Príncipe, recientemente se había extendido desde el robo de automóviles hasta el secuestro de personas. Eran conocidos por secuestrar obreros religiosos además de grupos grandes. Las autoridades estimaron que la

pandilla 400 Mawozo era responsable del 80% de los secuestros recientes en Haití. Aunque no solían torturar ni abusar de sus cautivos, los ex rehenes describieron muy poca comida y condiciones incómodas.

En medio del traumático día, un ex miembro del comité ejecutivo que ya no trabajaba con CAM se presentó con pasteles y café. Profundamente conmovido por la crisis, lloró y oró por el equipo y todos los implicados; a la vez, fortaleció y animó a los demás.

9 p.m.–2 a.m., Reunión de la junta directiva de CAM

A las nueve de la noche, más o menos a la misma hora que el pandillero cobijó a Dale en el sofá, Tomás Wagler reunió a la junta directiva para otra reunión. Al igual que Barry y Felipe, Tomás llegó a la reunión seguro de que no se debía pagar ningún rescate.

Al igual que el Equipo de crisis de rehenes de Haití, la junta de CAM se componía de nueve hombres anabaptistas, y uno de ellos formaba parte tanto del equipo de crisis como de la junta. La mayoría, como Tomás, habían servido en el campo misionero en el pasado. Tomás fue criado por padre misioneros en Belice y sirvió en Kenia con su esposa e hijos. Otros habían servido en Paraguay, Rumania, Ucrania, Camboya y en servicios de respuestas a desastres para emergencias en los EE. UU. Uno de ellos no había visitado Haití y otro de los miembros de la junta había vivido allá por algún tiempo.

Los miembros de la junta también tenían trabajos diarios. Había un profesor que también administraba una granja de patos, un contador, un jardinero, un fabricante de tanques de acero inoxidable, un contratista general en retiro, un granjero jubilado, un desarrollador de software y un doctor. Tomás tenía una empresa de alquiler de equipo liviano.

Mientras el grupo dialogaba la política de no pagar rescate, comprendieron que no estaban tan comprometidos con dicha política como lo habían pensado. ¿Debería seguirse al pie de la letra una decisión que se tomó cuando no había nada en juego ahora que sí había vidas en peligro?

Todos los miembros estaban de acuerdo que, si la política de no pagar rescates era la única manera bíblica de enfrentar la crisis, debía mantenerse. Por otra parte, ¿la enseñanza bíblica prohíbe ajustarse a ladrones sin escrúpulos para salvar vidas? ¿Era incorrecto dar dinero a las pandillas a cambio de personas? ¿O sería un error ajustarse a un robo para proteger vidas? ¿Se encuentra algún precedente al respecto en la Biblia?

Cuando la reunión terminó a altas horas de la madrugada, no se había tomado ninguna decisión final. La mayoría de los miembros tenían empleos que los esperaban en la mañana y era hora de cerrar la reunión.

Miércoles, 20 de octubre; día 5

Campamento de los pandilleros

Hemos pasado la última hora cantando y orando. Estamos bajo un cobertizo de palmas, en algún lugar de Haití, pero no estamos exactamente seguros dónde, escribió Dale en su diario.

Era difícil creer que otro día amanecía y todavía estaban en cautiverio.

Ryan habló por todos cuando se levantó del sofá esa mañana, cantando con nuevas palabras el canto infantil conocido: La B-I-B-L-I-A.

—¡ABURRIDO estoy, ABURRIDO estoy, bien lo sé, seguro estoy, ABURRIDO estoy!

En las palabras de su madre, Ryan experimentaba lo que para él era “el peor castigo del mundo”: no tener nada que hacer.

Sin embargo, la mayoría de los cantos eran inspiracionales que cantaban de memoria. Melodi, especialmente, sobresalía en que citaba estrofa tras estrofa de cantos e himnos para que los demás recordaran las palabras. Austin también les enseñó un canto nuevo: “Un milagro más, Señor¹”. Melodi ayudó a reconstruir las estrofas:

Señor, caminaste sobre la arena plateada del mar de Galilea,
Sanaste al cojo e hiciste ver al ciego.

¹ © 2004 por Flo Mitchell. Usado con permiso.

Hay una necesidad dentro de mi corazón,
Ten compasión ahora de mí.
Te pido un milagro más, Señor.

Señor, gracias por tu amor, por tus bendiciones y tu cuidado,
Sanas mis pequeñas heridas, escuchas mi oración en susurro,
Pues tú velas por tus hijos, todo el tiempo y en todo lugar,
Y te pido un milagro más, Señor.

Señor, hoy vengo a ti, ¿hay suficiente gracia para mí?
Por favor, aleja las tormentas, o ven y fortaléceme;
Si el milagro que envías es andar más cerca de ti,
Entonces gracias por un milagro más, Señor.

Coro:

Solo el toque de tu mano en mi alma cansada de pecar,
El toque tierno de tu mano y yo sé que seré sano.
Hay una necesidad dentro de mi corazón,
Ten compasión ahora de mí,
Te pido un milagro más, Señor.

Fue difícil cantar este canto. Oh, fue fácil cantar “Ten compasión ahora de mí”, “Por favor quita las tormentas” y “Hay una necesidad dentro de mi corazón”. Los rehenes sentían una necesidad aguda que nunca habían conocido antes. Sin embargo, las palabras de la tercera estrofa les daban paz.

¿Sería posible que Dios los había traído a este campamento de pandilleros, no para liberarlos, sino para acercarlos más a él por medio de estas experiencias difíciles? Los misioneros sabían que Dios a veces contestaba las oraciones al librar a las personas de sus problemas; en otras, él contestaba las oraciones al darles fuerza para enfrentar sus problemas. Al cantar esa última estrofa, renunciaron a su derecho de libertad si eso era lo que Dios quería. Cantaban este himno casi todos los días,

junto con “El ángel de Jehová”. La mayoría de las mañanas comenzaban con “*I Owe the Lord a Morning Song* (Le debo al Señor un canto matutino)”.

La mayoría de los cantos los cantaban en inglés, ya que la familia Noecker y Austin sabían poco criollo. Sin embargo, el grupo sí podía cantar “Todo está bien en casa de mi Dios” en criollo.

André muchas veces escogía: “El ángel de Jehová” o “*Little Black Sheep* (La ovejita negra)”. El favorito de Shelden era: “He decidido seguir a Cristo” y lo escogía todos los días. Otros que cantaban con frecuencia eran: “*Between Here and Sunset* (Entre aquí y el ocaso)”, “Lléname Dios del agua de vida” y “A ti, oh Jehová”.

Este último himno puso música a las palabras del Salmo 25, casi exactamente como aparecen en la versión de la Biblia en inglés, King James. Mateo en particular se identificó con las palabras de este salmo. Se solidarizó con David, el escritor. ¿Era la situación de David similar a vivir en este campamento de pandilleros cuando escribió esas palabras eternas? ¿Había temido por su vida y la de sus seres queridos?

Los cautivos se sorprendieron al no poder recordar más pasajes de las Escrituras de memoria. Todos habían memorizado porciones de la Biblia en la escuela o por otras razones. Durante sus tres años como profesora, Melodi les pidió a sus alumnos que se aprendieran el primer capítulo de Santiago, memorizaran versículos y colorearan cuadros para acompañar las Escrituras. Al final del año escolar, los estudiantes tenían un libro de versículos e imágenes basados en el primer capítulo de Santiago.

Con todo, recordar los pasajes fue más difícil de lo que esperaban.

Los cautivos hablaron cómo sus músculos se volverían flácidos por el desuso si no hacían nada más que sentarse.

—Aparte de nuestras muñecas, cuando soplamos a los niños — señaló Courtney. Por supuesto, los padres abanicaban mucho a sus hijos cuando tenían calor y se sentían mal, pero los demás también les ayudaban.

Los cautivos lavaban su ropa en una tina negra. El cable que iba desde el árbol encima del generador hasta la esquina del baño servía como tendedero, por lo que los hombres colgaron su ropa mojada para que se secara.

Una bendición en esta situación fue que muchos de los rehenes tenían experiencia en lavar ropa sin las comodidades modernas. Durante su estancia en Kenia, los Noecker ni siquiera tenían lavadora rudimentaria, sino que fregaban la ropa a mano. Entonces, aunque lavar la ropa a mano con agua cuestionable no era precisamente conveniente, en sí no era tan difícil como podría haber sido. Cherilyn en particular disfrutaba restregar la ropa y ofreció ayudarles a los demás.

Los pandilleros procuraban suplirle los pañales a la bebé. Traían diferentes tamaños, a veces para recién nacidos y otras veces para niños pequeños. Afortunadamente, Melodi utilizaba pañales de tela y cobertores de pañal, así que estos se podían lavar y reutilizar según fuera necesario.

André tuvo que contentarse con usar la enorme ropa interior cada vez que lavaban el otro par. Le dijo a su madre:

—No me gusta este orfanato.
Quiero volver a casa.

Melodi asintió:

—Sí, yo también. ¿Quieres que oremos y le pidamos a Jesús que nos lleve a casa pronto?

Los rehenes muchas veces pensaban en sus familias y hogares, y se preguntaban cómo la noticia del secuestro había afectado

Ahaura, Nueva Zelanda

Mientras los rehenes pasaban largas y calurosas tardes en el campamento de los pandilleros, una señora que ordeñaba dos vacas Jersey al otro lado del mundo los recordó en oración.

Era primavera en Nueva Zelanda. Mientras ordeñaba las vacas en el establo, oraba por los rehenes, especialmente por las madres. Ella oraba que Dios les diera sabiduría mientras cuidaban a sus hijos en circunstancias difíciles.

a sus seres queridos.

Me pregunto qué piensan mis padres y hermanos, escribió Dale esa noche, mientras su mente volvía a la pequeña granja en Ontario donde había crecido. Wes pensó en su hogar en una meseta en Tennessee, cerca de la panadería de su madre y en los campos abiertos que había explorado de niño con Weston, su hermano gemelo, y Carol, su hermana menor. Kay pensó en su hogar en Ohio, en sus hermanos y sobrinos. Samuel pensó en Pensilvania y sus hermanos, que sin duda se preocupaban por él. Mateo y Rachel se tenían el uno al otro, pero extrañaban a sus familias, al saber que debían estar aterrorizados. Ryan y Melodi pensaban en su acogedor hogar en Wisconsin, donde la familia de

Ryan vivía cerca. Se preguntaban cómo le iba a la familia de Melodi en Oregón.

Los Noecker se preguntaba qué les sucedía a su padre y esposo, Ray, en Titanyen. ¿Y las cuatro hermanas en Míchigan que no habían venido a Haití? Austin pensó en su familia, especialmente en su hermanita cuyo cumpleaños se aproximaba rápidamente.

Con todo el tiempo para pensar, su nostalgia creció.

Mateo recordó a una anciana que, en el tiempo que trabajó en el hogar de ancianos, repetía: “Quiero irme a la cama, a la cama, a la cama”. Mateo cambió su lema para aplicarlo

Ciudad de Lancaster, Pensilvania

Una joven madre que mecía a su hija de once meses pensó en la bebé secuestrada en Haití. Mientras la silla mecedora se balanceaba y la bebé se dormía, la madre pensó en cuánto había aumentado el apetito de su hija recientemente. ¿Tendrá suficiente comida la bebé secuestrada en Haití?

Oró en la silla mecedora y otra vez cuando ella y su esposo se arrodillaron junto al sofá antes de irse a la cama. Oró específicamente para que Dios le diera a la pandilla compasión especial para con la bebé.

al campamento de los pandilleros. “Quiero irme a casa, a casa, a casa”. Pronto otros repitieron el lema.

—Queremos irnos a casa, a casa, a casa.

A pesar de su sentido de humor, Mateo no estaba bien de salud. Ahora, al cuarto día sin su prednisona, sus tobillos y dedos comenzaron a hincharse. Preocupados, los demás cautivos hicieron una oración especial por él.

Solo una persona de los diecisiete se sentía completamente en casa: Laura. La pequeña de ocho meses tenía todo lo que necesitaba: su madre, su padre, su hermano y la misma fuente de alimento que siempre la había sustentado. También tenía una nueva familia de admiradores, cautivos y secuestradores por igual. Aunque sufría a causa de las hormigas y la habitación calurosa, era demasiado pequeña para establecer la conexión entre estas incomodidades y la pandilla que los tenía cautivos. Ella estaba en paz.

Quizá debido a esta paz, Laura fue un faro de esperanza y alegría para todo el grupo. Dale la describió como la heroína del grupo y la mejor parte de los días tediosos. Laura podía hacer sonreír a los pandilleros más duros, y todos se beneficiaban de ello. Le encantaba la avalancha de atención y siempre estaba dispuesta a entretener. Mientras que todos los demás sufrían necesidades insatisfechas, en lo que a Laura concernía, ella se sentía en casa.

Kay también tenía una ventaja clara, pero diferente. Durante los años en que ayudó a Julia a cuidar a sus hijos, Kay muchas veces se aburría durante las siestas de la tarde. Mientras Julia y los niños dormían, ella no tenía nada que hacer. No había nadie con quien hablar ni tampoco una estantería llena de libros. Aprendió a contentarse en medio del completo aburrimiento.

Ahora, en el campamento de los pandilleros, se dio cuenta de que Dios la había estado preparando para este día.

Kay también recordó que los hombres habían hablado sobre cómo

debían estar dispuestos a predicar en lugares peligrosos. Siempre habían deseado llevar el evangelio a personas difíciles. Kay misma se había preguntado si hacían todo lo posible para compartir la Palabra de Dios.

Ahora tenían a los pandilleros a quienes les podían predicar. Kay sospechaba que Barry también aprovecharía esta oportunidad para compartir el evangelio. Mientras meditaba sobre estas cosas en el aburrido campamento de los secuestrados, tuvo confianza y ánimo.

Esa tarde llovió por dos horas, y el patio polvoriento se hizo un lodazal. Los bancos de basura brillaban con las nuevas gotas de lluvia. Como a los rehenes no les gustaba quedarse adentro a menos que fuera necesario, muchos se acurrucaron bajo una lona que los pandilleros les habían provisto. Ping avanzó lentamente alrededor del campamento, ansioso por mantenerse alejado del lodo. La limpieza de sus zapatillas le era de suma importancia. Él se esforzaba por mantenerlas cepilladas tanto como sus dientes, fuera necesario o no.

Mientras los misioneros oraban antes de acostarse, los relámpagos centellaban y los truenos retumbaban. De alguna manera, era reconfortante ver el poder de Dios en un lugar tan extraño como un campamento de pandilleros.

Esa noche, Samuel se despertó con una persistente sensación de maldad. En cierto modo, el campamento de los pandilleros se había sentido así desde que llegaron, pero esta noche Samuel sentía algo más. Se preguntó si la adoración a Satanás se llevaba a cabo cerca del lugar. Incapaz de cambiar su entorno, él se volvió a Dios en oración. Por fin, al sentir que la presencia del mal se alejaba, volvió a dormirse.

Ahora bien, no todas las medianoches le resultaban desalentadoras a Samuel. Por las noches, solía predicarles a los demás cautivos, a los guardas o a quien quisiera escucharlo. Una noche, Samuel escuchó que alguien en la otra habitación clamaba a Dios y confesaba sus pecados. Esperaba que sus palabras hubieran animado y fortalecido al compañero de prisión, aunque no lo podía ver.

INTERVALOS DE ABURRIMIENTO Y TERROR

Jueves, 21 de octubre; día 6

Berlin, Ohio, Oficinas centrales de CAM

CAM anunció este día como un día especial de ayuno y oración. “No es solo por los rehenes, sino también por los secuestradores, las autoridades gubernamentales y el sufrimiento continuo de millones de haitianos”, decía el anuncio.

Tiempo de oración matutino, Base de Titanyen

Ray encontró poderoso y reconfortante el tiempo devocional matutino en Titanyen. Aun con su grupito, los hombres cantaban juntos. Un día Felipe compartió un pensamiento que Ray tuvo en mente por muchos días.

—Muchas veces oro que la voluntad de Dios se ajuste a la mía y que los cautivos sean liberados. Sin embargo, necesito recordar que debo ajustar mi voluntad a la voluntad de Dios y orar que se haga su voluntad.

7:30 a. m., Campamento de los pandilleros

En su diario, Dale escribió: **Es muy de mañana. El sol apenas empieza a secar el lodo. Otro día aburrido se extiende ante nosotros. Es difícil ver a estos hombres atados por el diablo. Realmente me vendría bien una Biblia en este momento como inspiración. No tener acceso a ninguna me hace más comprensivo con los creyentes en países restringidos.**

El grupo concluyó que vivir en un campamento de pandilleros era puro aburrimiento con intervalos de puro terror. Sin casi nada que hacer, era difícil sentirse motivado a hacer algo. El grupo pasó mucho tiempo orando y cantando, pero en general no había mucho que hacer.

Los rehenes sintieron que surgía un patrón. Después de levantarse, pasaban un tiempo de canto y oración. Frogui llegaba en cualquier momento entre las nueve de la mañana y las dos de la tarde con la primera comida del día. Si la bebé Laura estaba dormida cuando él llegaba, su voz resonante invariablemente la despertaba. Los espaguetis eran el plato normal del desayuno, con medio huevo duro para cada uno. A veces el menú incluía pan o aguacate.

Frogui muchas veces traía consigo a un ayudante, un muchacho de unos once o doce años llamado Bigotry.

De vez en cuando, Melodi le preguntaba:

—¿Por qué no estás en la escuela?

Siempre tenía alguna excusa. O no había clases o había otra razón. El grupo sentía lástima por Bigotry. ¿Cómo sería crecer en un ambiente así? Se dieron cuenta de que incluso ayudaba a distribuir drogas a los demás pandilleros. ¿Qué posibilidades tenía este jovencito de mantenerse libre de las drogas?

A lo largo del día, los cautivos oraban, cantaban y le pedían a Dios que los liberara. Conforme pasaban los días, comenzaron a luchar contra el desánimo. “Seguramente saldremos pronto de aquí”, pensaban. “Quizás para el fin de la semana. Pero ¿qué tal si no sucede? ¿Alguien sabe con seguridad dónde estamos o cómo nos va?” Ocultos en la maleza de Haití, el grupo se sentía muy solo.

La cena consistía en arroz y judías con salsa de pescado o verduras cocidas, y llegaba en cualquier momento entre las cuatro de la tarde y las ocho de la noche. Los cautivos celebraron otro tiempo de oración y de cantos antes de acostarse. A esta hora, los guardas se aseguraban de cerrar las puertas y las ventanas.

Conforme pasaba el tiempo, los rehenes llegaron a la conclusión de que los pandilleros no tenían interés en matarlos. Los rehenes vivos eran claramente más valiosos para ellos que los muertos. Y ¿por qué traerían ventiladores y bocadillos a las personas que pensaban matar?

Kay y las otras mujeres también se relajaron. Parecía que los guardas no tenían intención de hacerles daño, por lo que comenzaron a salir de la casa con mayor libertad.

Pero, a medida que la amenaza de asesinato y abuso se disipó, apareció otra; la enfermedad.

Por supuesto, la condición de Mateo era una preocupación constante. El dolor de los nervios en sus articulaciones y dedos incrementó.

Cheryl también se estaba enfermando y sufriendo un dolor intenso debido a una inflamación. Su condición parecía empeorarse rápidamente y todos se preocuparon.

André, que había vomitado la primera noche, siguió vomitando de vez en cuando desde ese día y a veces lloraba de dolor de estómago.

Rachel, la esposa de Mateo, luchaba con la sensibilidad al gluten, que no combinaba bien con el espagueti de la mañana. El grupo por fin la ayudó con guardar una porción de arroz y judías de la cena, para que se la comiera por la mañana. También guardaron algo para Shelden y

André, quienes necesitaban algo en el estómago antes del desayuno, que a veces no llegaba hasta la 1 p.m. o después.

Melodi se sentía bien, pero, como madre lactante que pesaba solo 55 kg cuando llegó al campamento de los pandilleros, casi siempre sentía hambre. Se preguntaba si recibía suficiente comida para alimentarse bien ella misma y a Laura. Y ¿será que Laura mantendría buena salud a pesar del sinnúmero de picaduras de hormigas que recibía durante la noche?

Ryan llevaba puestos los lentes de contacto por seis días seguidos. Esto era algo que nunca habría soñado hacer en casa.

Luego apareció un nuevo peligro para la salud. Cuando los rehenes se rascaban las picaduras de los mosquitos y de las hormigas que tenían en los pies y brazos, algunas de estas se abrían. Pronto las picaduras se convirtieron en heridas supurantes. Se enrojecieron, calentaron e hincharon, y se llenaron de pus.

Los guardas explicaron que el agua del canal contenía microbios, pequeños insectos invisibles y gusanos. Cuando los rehenes se bañaban con el agua de los cubos, estos microbios entraban en las llagas abiertas y se abrían paso debajo de la piel.

Juntos, el grupo oró por la salud de todos, especialmente por Mateo. También intentaron convencer a la pandilla de que dejaran ir a Cheryl. Lanmò San Jou vino y miró a Cheryl, pero no se mostró preocupado.

2:47 p.m., Comunicado de prensa

El diario *The Los Angeles Times* reportó lo siguiente sobre las amenazas del líder de la pandilla:

El líder de la pandilla 400 Mawozo que, según la policía, retiene a diecisiete miembros de un grupo de misioneros secuestrados aparece en un video publicado el jueves, diciendo que los matará si no recibe lo que demanda.

El video publicado en las redes sociales muestra a Wilson

Joseph vestido de un traje azul, sombrero también azul y con una gran cruz colgada en el cuello.

—Juro por los truenos que, si no recibo lo que pido, les meteré un balazo en la cabeza a estos americanos —dijo en el video.

También amenazó al primer ministro Ariel Henry y al jefe de la policía nacional de Haití, Leon Charles, mientras hablaba frente a ataúdes abiertos que aparentemente contenían a varios miembros de su pandilla que fueron asesinados hacía poco.

—Ustedes me hacen llorar, y lloro agua. Pero haré que ustedes lloren sangre —dijo.

5 p.m., Campamento de los pandilleros

Se escucharon dos disparos en rápida sucesión. Sheldon, de seis años, se aterrorizó y el temor también inundó el corazón de los demás. Algunos de los guardas rápidamente salieron del área y los que se quedaron caminaban nerviosamente de un lado para el otro.

Cuando el sol se puso, el grupo de misioneros se reunió bajo el refugio de hojas de palma sobre el tronco de árbol.

Esa noche el sueño se le escapó a la mayoría. Se quedaron despiertos, escuchando a André que gritaba y gemía a causa de dolor de estómago.

Viernes, 22 de octubre; día 7

—Me siento como un pedazo de pan seco —anunció Austin la mañana siguiente. Muchos de los demás se sentían igual. Sin embargo, algunos deseaban sentirse solo así de mal.

Ryan y Melodi no habían dormido mucho. Lo mismo le sucedió a cualquiera que no tuviera la capacidad de Kasondra de dormir sin importar lo que sucedía.

Melodi escribió: **Noche muy mala. Cherilyn llevó a Laura afuera por varias horas hacia la mañana. Vi siete estrellas fugaces y muchos satélites.**

Cheryl se sintió aún peor que el día anterior. Casi no había dormido y tenía dolores terribles. Sentía tanto dolor que golpeaba las paredes de la casa en su angustia.

Más tarde, su hija Cherilyn recordaría:

—Estaba mal. Era incapaz de levantarse de la cama.

En las oraciones de la mañana, el grupo oró que Cheryl fuera liberada para llevarla al hospital. Tal vez todos podrían ser liberados con ella. Solo Dios sabía.

El día pasó lentamente, y algunos abrigaban las esperanzas de ser liberados. El grupo se acostó en colchones, sofás y sillas fuera de la casa. Algunos se bañaron.

Los guardas parecían no escuchar los ruegos de Cheryl. Por fin, Cheryl no supo si podía continuar, por lo que dijo:

—Necesito oración. No puedo soportarlo. Es demasiado para mí.

El grupo la rodeó, impusieron las manos sobre ella y oraron. En Michigan, Cheryl quizá hubiera ido a consultar con un médico o a la sala de emergencias. Aquí no había opciones y el grupo clamó a Dios por un milagro más.

Al sentir la desesperación de estar enfermos y sin acceso a cuidados médicos, muchos comenzaron a pensar seriamente en escapar.

Wes notó que ya solo pocos guardas cargaban armas abiertamente cuando se acercaban al grupo. Además, las armas que andaban no eran exactamente el último modelo. Una de estas armas era una escopeta con el cañón torcido sujeto con una cremallera. Otro era un fusil de asalto antiguo. Ping, por supuesto, todavía cargaba una pistola en su bolsillo trasero o, a veces, en la cinturilla de la ropa interior.

Los hombres solteros debatieron la situación. A uno o dos de ellos les resultaría fácil escaparse entre la maleza. Los guardas no los vigilaban

a todos en cada momento. Probablemente uno o dos podrían permanecer desapercibidos por varias horas.

Un día, Samuel le preguntó a Ping:

—¿Qué harías si escapara?

Ping le dio algunos consejos paternales.

—Es una mala idea —dijo.

Le explicó que si los misioneros escapaban, los guardas serían fusilados. Si Samuel intentaba escapar y lo atrapaban, lo fusilarían. Y, si Samuel o algunos de los demás lograban escapar, los demás rehenes serían fusilados.

A pesar de que nadie estaba seguro de que estas amenazas eran reales, frenaron sus pensamientos de escapar. También recordaron el entrenamiento de Barry a pensar y actuar como equipo. Por lo tanto, permanecerían juntos.

En su diario, Dale escribió: **Realmente me pregunto qué pensaré mi familia a estas alturas. Me siento mucho mejor respecto de una liberación segura que los primeros días. Como sea, espero que la pandilla no reciba dinero del gobierno, ni de CAM o de nuestras familias. Si salimos vivos de esto, espero que CAM siga trabajando en Haití. No estoy listo para volver a casa por causa de esto.**

El grupo pasó largo rato en oración, rogando por su libertad.

2:30 p.m., Berlin, Ohio

CAM invitó a los que seguían la situación a enviar palabras de ánimo a las familias de los rehenes por un correo electrónico designado.

Ladysmith, Wisconsin

La madre de Ryan compartió con las mujeres de la iglesia cuánto había significado para ella el mensaje de Melodi unas semanas antes.

—Señoras, Melodi nos dijo hace varias semanas que Ryan dijo que no cambiaría por nada los últimos tres meses. ¡Sencillamente fue una

confirmación que Ryan y Melodi están en la perfecta voluntad de Dios! Es un gran consuelo. ¡Dios sabe exactamente lo que hace! Estén quietas y vean la salvación de Jehová; ¡y oren!

”Sé muy bien que esto podría acabar en muerte, pero creo las palabras del himno que cantamos: “Cuán dulce sería la suerte de nuestros hijos, si ellos, como aquellos, murieran por ti”.¹

Primeras horas de la noche, Campamento de los pandilleros

Lanmò San Jou llegó de visita. Con él estaba su segundo al mando, un hombre que más tarde apodaron el Jefe Caballito, dado su inclinación por hacer caballitos con casi cualquier camioneta, moto o bicicleta que condujera. Un día, mientras intentaba conducir en la rueda trasera de su motocicleta, casi se decapitó en el cable eléctrico que también servía como tendedero de ropa. También lo acompañaba Santa Claus, que podía ayudar con la comunicación en inglés.

Borneo, Indonesia

“Solo deseamos decirles que estamos orando por la liberación de nuestros diecisiete hermanos que aún están secuestrados en Haití.

“Estamos seguros de que el Padre los protegerá, el Espíritu Santo los consolará y Jesús les dará paz, y juntos con las huestes del cielo, finalmente los liberará.

“Muchas bendiciones y amor también para todos los familiares de los diecisiete.”

Lanmò, cargado de brazaletes negros y colonia como de costumbre, explicó que quería que los rehenes llamaran a su jefe y lo presionaran para que pagara el rescate. Los misioneros dijeron que no se sabían el número telefónico.

Cuando los pandilleros fueron en busca de un teléfono, los cautivos idearon un plan. Necesitaban memorizar el

¹Traducción de una frase del himno “*Faith of our Fathers*”.

número telefónico por si algún día tuvieran la oportunidad de llamar a Barry por su propia cuenta. Los números telefónicos haitianos constaban de dos juegos de cuatro dígitos. Cuando alguien le entregó el teléfono, Ryan le dijo el primer juego de números a una persona y el segundo juego a otra. Con este número seguro, podrían registrarlo en los diarios y todos podrían comenzar a memorizar los ocho dígitos.

Aunque no entendía inglés, Lanmò puso el teléfono en alta voz para participar en la conversación lo más pronto posible. El timbre del teléfono llenó el aire en el campamento de los pandilleros mientras el grupo contuvo la respiración, esperando que Barry contestara.

—Hola, ¿cómo están? —¡era la voz de Barry!

—Ahí la llevamos.

—¿Están todos juntos?

—Sí, estamos juntos.

—Todo el mundo está orando por ustedes.

En este momento, Lanmò comprendió claramente que no se estaba aplicando ninguna presión. Airado, agarró el teléfono y cortó la llamada.

Fue poco tiempo, pero escuchar la voz de Barry y el consuelo de que las oraciones aumentaban en todo el mundo renovó al grupo y sacó las emociones a la superficie. ¡No estaban solos! Lágrimas de alegría rodaron por las mejillas.

Más tarde, Santa Claus vino para comprobar la condición médica de Mateo. Prometió intentar conseguir algún medicamento.

Santa Claus reiteró que el grupo fue retenido en cautiverio por el encarcelamiento de su líder. **Esta pandilla quiere que lo liberen, así que estaremos aquí hasta que él sea liberado, a menos que Dios obre un milagro**, escribió Rachel en su diario.

Esa noche los cautivos en la habitación al otro lado tenían una pregunta de interés:

—¿Por qué no cantan hoy?

Los misioneros no se habían dado cuenta de que su desánimo había sido tan evidente.

7 p.m., Base de Titanyen

Esa noche, con un número que le proporcionaron funcionarios del gobierno, Barry llamó a Lanmò San Jou.

Lanmò explicó que el secuestro no tenía nada que ver con CAM ni con Barry. Más bien, el líder de la pandilla estaba enojado con el gobierno haitiano.

—Nos dan las armas, nos pagan para que hagamos su trabajo y luego vienen, nos arrestan y nos disparan. Esos eran mis hombres en los ataúdes —dijo, refiriéndose al video que había publicado—. Tendrán que pagar.

Quería que el líder mayor de la pandilla, un hombre llamado YonYon, saliera de prisión.

Barry dijo:

—Eso está fuera de mi control. Si quieres a alguien del gobierno, tendrás que secuestrar a alguien del gobierno.

Junta directiva de CAM

Tomás Wagler, el presidente de la junta directiva de CAM, habló ante un grupo de pastores y educadores Anabaptistas respecto del rescate. El grupo no consideró que pagar rescate fuera necesariamente incorrecto, pero reconocieron que no pagarlo también era una opción válida.

Las familias de los rehenes también plantearon preguntas respecto a un rescate. ¿Enseña la Biblia en contra de eso? ¿Qué tal si las familias pagaran el rescate? ¿Esto dificultaría las cosas para CAM en el futuro? Otros familiares estaban convencidos de que pagar un rescate indicaría desconfianza en Dios.

Tomás y el resto de la junta directiva se prepararon para una reunión importante al día siguiente.

DIÁLOGOS EN CUANTO A COMIDAS Y BATALLAS ESPIRITUALES

Sábado, 23 de octubre; día 8

Campamento de los pandilleros

Hace una semana, nos preparábamos para visitar el orfanato, escribió Dale en su diario el sábado por la mañana. Él estaba cubierto de picaduras de zancudos, como de costumbre, pero agradecido que su retención no era en un país donde la malaria era frecuente.

La buena noticia de la mañana fue que, desde la oración de ayer por la salud de Cheryl, ella había comenzado a sentirse mucho mejor. ¡Qué bendición ver cómo Dios actuó a favor de ellos! No hubo ayuda médica, pero Dios respondió sus oraciones y alivió su sufrimiento. Los rehenes agradecieron y alabaron a Dios.

Sin embargo, sus preocupaciones médicas no habían desaparecido.

En casi todos, las picaduras de zancudo siguieron infectándose por el agua contaminada, creando llagas supurantes parecidas a los diviesos. Sin embargo, el hecho de que una persona experimentara alivio renovó el espíritu de todo el grupo.

Froguí no le había provisto peines al grupo. Para peinarse, las mujeres utilizaban tenedores de plástico. No eran peines muy prácticos, así que procuraban que su peinado durara varios días. El velo les ayudaba a ocultar algunos de los problemas del cabello.

Tampoco tenían afeitadoras. Los hombres sentían que les crecía el vello facial y lo veían en los demás, pero ni las mujeres con el cabello peinado con tenedores ni los hombres con el rostro sin afeitar podían ver el efecto de estos cambios en ellos mismos: no tenían espejos.

Para pasar el tiempo, el grupo caminaba en círculos. Los guardas todavía deseaban que los rehenes permanecieran entre las dos casas. Para evitar que se apartaran demasiado, los guardas colgaron una lona entre los edificios al extremo este.

Un día, después de una lluvia, Ryan quitó la lona para que el viento pasara y secara el lodo. Su plan funcionó muy bien hasta que los guardas llegaron y volvieron a colgar la lona.

Entonces, en vez de caminar alrededor de la casa o cárcel, tenían que caminar en círculos. Daban vuelta tras vuelta, viendo el mismo paisaje, los mismos montones de basura, los mismos dos edificios y la misma letrina. Era deprimente.

En su diario, Rachel escribió: **Ansío mucho tener algo de privacidad. La privacidad, definitivamente no existe aquí.**

Por la tarde, surgió un patrón. A eso de las 4:00, la mayoría de los pensamientos y conversaciones de los rehenes se centraban en la comida que deseaban. La comida normal de espaguetis para el desayuno y arroz y judías para la cena los mantenía con vida, pero nunca les parecía suficiente. Y normalmente no comían carne ni verduras.

A veces la comida llegaba en diecisiete porciones. En otras ocasiones,

Froguí traía una olla de arroz que debía repartirse en platos desechables. Courtney siempre se apresuraba a levantarse y repartir. Melodi notó que, además de un corazón de sirvienta, Courtney tenía buen ojo para juzgar cuánta comida debía ir en cada plato para dividirla en porciones iguales.

Cherilyn se convirtió en la lavadora de cubiertos. Aunque otras personas en ocasiones lavaban los “trastos”, ella era la que más lo hacía.

Melodi, que comía para alimentarse a sí misma y a Laura, siempre podría haber comido más. Cuando era posible, otros compartían con ella. Kay muchas veces le daba su porción de huevo duro a Melodi en el desayuno, con el pretexto de que no le gustaban mucho. Esto era coherente con la forma de vida de Kay. Cuando el grupo se reunía en los sofás y sillas, Kay “prefería” sentarse en un cubo al revés en vez de sentarse en el sofá.

Después de regresar a la casa, Kay le confesó la verdad a su madre.

—Muchas veces sencillamente no comía mucho, porque sabía que otros necesitaban la comida más que yo. Sencillamente no había suficiente para todos.

Los bocadillos que traía Santa Claus ayudaban, pero planteaban su propio dilema. ¿Deberían comérselos lo más rápido posible, suponiendo que pronto volverían a casa? ¿O deberían racionarlos en caso de que todavía les quedaran muchos días por delante?

Austin o Cherilyn con frecuencia iniciaban la conversación sobre la comida. Cherilyn mencionaba los platos de curry tailandés que cocinaba su madre. O Austin hablaba de la pizza que su madre preparaba los sábados por la noche o de la sopa de mariscos que preparaba en Navidad. Probablemente preparaba pizza este sábado por la noche. Quizás ya comenzó a prepararla, a miles de kilómetros de distancia. Lástima que no pudiera hacer las entregas. Mientras describía la salsa de pizza que goteaba o el queso que se estiraba en cada bocado, otros pensaban en las comidas que les encantaba.

Loogootee, Indiana

En los maizales del sur de Indiana, una mujer recordó lo difícil que a ella le resultó proveer leche para sus bebés cuando pasaba por una situación estresante. Ahora oraba con frecuencia que la madre de la bebé tuviera suficiente leche.

—Ah, ¿es esta la hora en la que empezamos a hablar de comida nuevamente? —decía alguien.

Wes y Dale deseaban mantequilla de cacahuets. Por supuesto, un tazón mezclado con miel de crepas sería lo mejor, pero solo una cucharada grande sería suficiente.

Wes sabía sin lugar a duda que su madre allá en Tennessee horneaba

galletas y pasteles para los negocios locales. Qué lástima que no pudiera añadir este campamento de pandilleros a su ruta. Pero, por lo general, Wes rápidamente hallaba otro tema de conversación cuando comenzaban a hablar de comida.

Más tarde, diría:

—Intenté cambiar el tema, porque no podía soportarlo.

En general, los hombres ansiaban la carne. Cualquier carne. Las mujeres soñaban con ensaladas de hojas verdes con fajitas de pollo o carne de res, una cantidad generosa de queso auténtico y rociadas de aderezo.

Mucha conversación entusiasta en cuanto a comida, escribió Melodi esa tarde.

—¿Qué quieres comer primero cuando lleguemos a casa? —le preguntó a Ryan. Intentó imaginarse lo que tenía en el congelador en la base de Titanyen. Ella sabía que tenían queso. La familia Noecker trajo queso de los EE. UU., pues era una comida especial que no se podía conseguir en Haití. Les habían dado a todos un poco. También tenían pan. Decidieron que su primera comida cuando regresaran a la base sería sándwiches de huevo con queso.

Melodi sabía que ella probablemente no estaba comiendo suficientes calorías para una madre que estaba amamantando, aun con la donación

del huevo duro de Kay en el desayuno. Sin embargo, Laura parecía que recibía suficiente. Era una niñita feliz y Melodi estaba agradecida por eso. Lo que no sabía era que las oraciones específicas de personas alrededor del mundo estaban siendo contestadas.

9 a.m.–5 p.m., Berlin, Ohio

La administración de CAM reunió a sus miembros para una reunión que duró todo el sábado. La reunión reveló que, a pesar de la política de no pagar rescate, algunos miembros de la junta directiva de CAM y otros, así como algunos miembros de las familias de los rehenes, pensaban que un rescate sería apropiado dependiendo de la situación. Después del almuerzo, cada miembro se turnó para compartir sus pensamientos personales. Bobby Miller tomó el acta, como de costumbre, ordenando las conversaciones extensivas para resumirlas en algo legible.

Mientras consideraban el asunto del rescate, el presidente de la junta directiva, Tomás Wagler y el resto del grupo en Ohio sintieron el peso de tomar una decisión que afectaba la vida de otras personas. Tomás sintió que sin importar lo que decidieran, algunas personas no estarían contentas. Mientras otros podían dialogar sin tomar una decisión, Tomás y la junta no podían darse ese lujo. Tenían que llegar a una conclusión.

La reunión terminó con otra idea. Ya que la pandilla había declarado públicamente interés en mejorar la salud y el bienestar de sus propias comunidades en Haití, tal vez aceptarían ayuda humanitaria en lugar

Chambersburg, Pensilvania

Más tarde esa misma noche, en Chambersburg, Pensilvania, las hermanas de *Faith Christian Fellowship* se reunieron en el hogar de una de las mujeres. Mientras llovía, las candelas centellaban dentro de la acogedora casa. La joven madre que convocó la reunión oró pidiendo pañales para la bebé secuestrada.

de dinero.

10:15 a.m., Base de Titanyen

Lanmò San Jou volvió a llamar a Barry el sábado. Ya no demandaba 17 millones de dólares, sino solo 14 millones.

—No vamos a pagar dinero —dijo Barry.

—Si no hay dinero, no hay gente blanca.

A veces cuando Barry hablaba con el líder de la pandilla, se preguntaba si había una segunda persona involucrada. Sin embargo, los funcionarios del gobierno le recordaron que el hombre muchas veces estaba bajo la influencia de drogas sicotrópicas, lo cual podía explicar las variaciones en su tono de voz. Lanmò vivía una vida oscura, practicando un tipo de vudú negro que la mayoría de los haitianos, incluso aquellos que practicaban el vudú, no aprobaban.

Barry le dijo a Lanmò:

—No olvides, estás tratando con personas que sirven al Rey Jesús.

A lo que Lanmò respondió:

—No te olvides que yo sirvo al rey Lucifer.

Domingo, 24 de octubre; día 9

Campamento de los pandilleros

—¿Todavía podría amar y perdonar si enterrara a un hijo aquí?

La hipotética pregunta de Ryan golpeó el corazón de Melodi. Ella no se puso a llorar, pero sintió que estaba a punto. En cambio, tanto Laura como André lloraron gran parte de la noche, y cuando amaneció tanto ella como Ryan estaban agotados. Cerca de la medianoche, Kay se turnó por unas horas para estar con Laura y que Melodi descansara.

En la oración de la mañana, la emoción casi venció a Melodi mientras el grupo oraba por turno. Kasondra, de trece años, se acercó en silencio y le puso el brazo alrededor de los hombros.

Melodi dijo:

—Gracias, Kasondra. ¡Eres especial!

Austin compartió un mensaje corto, luego el grupo cantó y oró hasta que llegaron los espaguetis y los huevos duros.

Para pasar el tiempo y añadir inspiración al ambiente, Cherilyn escribió algunos versículos en las paredes azules del interior de la casa. Junto a la puerta que daba al exterior, escribió: “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría”. En la esquina trasera, escribió Juan 3:16. En línea recta de la puerta, escribió: “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved...”. Hasta que se acabó el lápiz.

Después de caminar en círculos para hacer ejercicio, Wes y Dale marcaron un tablero de ajedrez en la tierra. Habían notado tapas de botella tiradas en el suelo, así que recogieron suficientes tapas de dos colores para jugar a las damas.

Los rehenes habían descubierto varias lagartijas sin rabo que corrían de un lado al otro por el recinto. Las pequeñas criaturas corrían tan rápidamente que era casi imposible atraparlas. Cuando por fin lograron agarrar una, esta simplemente perdió la cola y huyó. Todos se rieron; sabían que le crecería de nuevo. Brandyn y los demás hombres y muchachos se esforzaban especialmente por atraparlas, pero las pequeñas criaturas musculosas, incluso la que había perdido la cola, les evadían las manos.

Un pandillero con trenzas rasta anaranjadas le dijo a Samuel que la pandilla solo quería dinero a cambio de los rehenes. Dijo:

—Ellos no piden la liberación de un prisionero. Solo dinero.

¿Será que había dos opiniones en la pandilla?

El domingo por la tarde, después de un largo día aburrido, los rehenes alzaron la vista con asombro cuando vieron su propio vehículo entrar al campamento de los pandilleros. ¿Sería que el Señor había contestado sus oraciones y podrían volver a casa?

Pronto vieron que el transporte era para cinco personas de la otra habitación. Aunque fue decepcionante no ser liberados, los misioneros

se alegraron al ver que estas personas eran libertadas. Además, la noche estaba más fresca y las nubes de zancudos eran menos opresivas.

Un persistente sentir de maldad impregnaba el campamento. Muchas cosas reforzaban este sentimiento, el humo de cigarro que flotaba en el aire, la cocaína que circulaba entre los guardas, los argumentos y maldiciones continuos y las prostitutas que iban y venían. Sin embargo, los rehenes se preguntaban si había alguna razón más profunda.

Cada vez que los guardas podían hacer funcionar sus radios operados por energía solar, una música desagradable vibraba por todo el campamento. La música les recordó a los que hablaban criollo que no entenderlo era una bendición en cierto modo. Uno de los pandilleros les informó a los misioneros que los brazaletes que llevaban la mayoría de los pandilleros eran amuletos de buena suerte para proveer seguridad. Al parecer, Lanmò San Jou y los otros líderes necesitaban más protección que los miembros de nivel inferior, porque ellos llevaban muchos más brazaletes.

A estas alturas, las afirmaciones de Frogui de que era cristiano parecían ser no más que palabras. Dado al rosario de vudú que colgaba alrededor de su cuello, los rehenes comenzaban a sospechar que era el curandero del campamento. Además de traerles los suministros, tenía un negocio bueno con los guardas, de venderles cigarros y cocaína.

Siempre que Frogui entraba al campamento, normalmente sonaba música fuerte y violenta de su vehículo. Si no tenía música cuando llegaba, se aseguraba de ponerla a alto volumen antes de bajarse con la comida u otros artículos.

Más allá de la maldad que podían ver y oír, los misioneros sintieron una oscuridad oculta, como si estuvieran entrando en un avispero de demonios invisibles. Tal vez Satanás por años había sido el único dios que se adoraba en este lugar y de pronto su archienemigo, Jesucristo, estaba siendo adorado por medio de oraciones, cantos y predicación. De todo el mundo, miles de oraciones también se dirigían hacia el

campamento de los pandilleros.

Los guardas no solo anunciaron con calma que servían a Satanás y planeaban ir al infierno, sino que lo decían con una sonrisa en el rostro. “Voy al infierno cuando muera” o “Satanás nos ama”, parecían realidades aceptables, incluso placenteras.

Los misioneros odiaban el engaño que sufrían los guardas, y Samuel y otros predicaban incansablemente sobre el amor de Dios, incluso cuando Lanmò San Jou se burlaba de ellos. Algunos de los haitianos creían que los haitianos son inherentemente hijos del diablo, mientras que los blancos son hijos de Dios. Los misioneros intentaron refutar esta creencia, al decirles a los guardas que Dios los amaba y los llamaba a algo mucho mejor que su vida de pecado.

Samuel recordaría:

—Durante las primeras semanas, hicimos más guerra espiritual que nunca en mi vida. Fue literalmente agotador.

Un día, Brandyn halló una serpiente. Samuel tenía la costumbre de llamar “mascotas” a estas criaturas, así como a las lagartijas y tarántulas. Para no quedarse atrás, Brandyn tomó la serpiente. Cuando la regresó al suelo, algunos comenzaron a apedrearla. Brandyn protestó contra el maltrato a su “mascota” e intentó impedir las pedradas.

Cuando los guardas notaron lo que sucedía, se enojaron. Uno de ellos dijo:

—¡No maten a la serpiente! Si matan a la serpiente, Satanás los morderá.

Las fuerzas del mal parecían muy reales en el campamento de los pandilleros. Lo más inquietante de todo es que los niños varones parecían comportarse de manera extraña.

André siguió despertándose durante la noche, gritando y llorando. A veces parecía lógico.

—Tengo calor. Tengo calor — decía, y Melodi intentaba consolarlo. A veces ella también tenía deseos de gritar. El calor persistente, los

zancudos, las hormigas y el espacio reducido eran difíciles de soportar para cualquiera. André también se quejaba muchas veces de dolor de estómago.

Parecía haber algo más. Ryan y Melodi no deseaban ver demonios en cada situación, pero comenzaban a preguntarse si algún poder siniestro tenía efecto en su hijo. André ahora tenía tres años y, a pesar de que aún lloraba cuando estaba enfermo o cansado, ellos siempre habían logrado calmarlo. Más tarde, Melodi diría:

—Parecía suceder algo diferente. Parecía que actuaba de forma irracional, como si ni siquiera nos escuchaba. Parecía fuera de control, simplemente lloraba y gritaba.

Shelden también sufría extraños ataques de llanto.

Melodi guardó sus pensamientos para sí, pero se preguntaba: “¿Habría algún tipo de oscuridad espiritual atacando a los niños?”

Samuel escuchó a los niños y se preguntaba lo mismo. Él diría después:

—Comenzamos a clamar en el nombre de Jesucristo. Orábamos “Oh Señor, ¡líbranos! Lucha contra los poderes satánicos”.

Otros también se despertaban durante la noche y sentían la presencia de la maldad. Una noche, Rachel despertó a Mateo y dijo:

—Tengo miedo.

Mateo parpadeó, ajustándose a su entorno, y preguntó:

—¿Quieres que ore por ti?

—Sí.

No había privacidad y Mateo no deseaba despertar a nadie. Abrazó a su esposa y susurró una oración, pidiendo que Dios la ayudara a sentir su presencia.

Rachel dijo:

—Me siento un tanto mejor.

Culto dominical, Base de Titanyen

El domingo por la mañana, los que aún estaban en la base de Titanyen

se reunieron para un culto de adoración. El grupo era pequeño: Barry y Julia y sus cinco hijos; Felipe y Grace, con su hija Olivia; y Ray Noecker. Algunos otros también estuvieron allí para apoyarlos, incluido un obrero de construcción y los Shenkster, una familia anabaptista de la misión *Blue Ridge International for Christ* (Blue Ridge internacional para Cristo) en Puerto Príncipe.

Las hijas de Ray en los EE. UU. deseaban unirse con su padre, pero los funcionarios del gobierno aconsejaban fuertemente que no fueran más personas a Haití.

Después de cantar, Felipe compartió un devocional. Él normalmente era un hombre calmado y reservado, pero esta mañana se sentía emocionado mientras hablaba de la batalla espiritual que enfrentaban. Su animación y entusiasmo impulsó a los demás a entrar en la batalla espiritual a través de la oración. Lanmò San Jou lo dijo claramente: él servía a Satanás y los misioneros servían a Dios.

Esta no era una batalla de dinero o una guerra de ingenios. Era una batalla en el reino invisible, contra principados que no aparecían en el mapa. Ninguna espada humana podía derrotar a este enemigo. Solo la armadura descrita en Efesios 6 podía vencer.

Ladysmith, Wisconsin

—Aunque todavía le ruego a Dios que los proteja, estoy aprendiendo a pedir más bendiciones espirituales —escribió la madre de Ryan para que su esposo lo compartiera con su iglesia. Ella pedía:

- Fortaleza para soportar.
- Fidelidad.
- Amor frente al maltrato.
- Que yo pueda aprender, recordar y vivir según las lecciones que Dios me envía.

—Todos queremos crecer y Dios nos ayuda al respecto, pero viene envuelto con dolor.

La madre de Ryan no tenía idea de qué pregunta se habían hecho Ryan y Melodi esa mañana en el campamento de los pandilleros.

2:00 p.m.–7:30 p.m., Berlin, Ohio

El equipo de crisis se reunió otra vez en la sala de conferencia central para otra larga reunión. Tomás Wagler, el presidente de la junta, los acompañó. La mayoría de los hombres llegaron con la misma camisa que usaron en el culto dominical. Tomaron asiento alrededor de algunas mesas. El director general, David Troyer, se sentó diagonal a la puerta, cerca de la pantalla elevada de la computadora. Su hijo Felipe y Jay Stoltzfus se unieron a él junto a la mesa a la izquierda. Mike Hershberger, Tomás Wagler y Weston Showalter tomaron posición en la mesa del fondo, frente a la pantalla. Bobby Miller se sentó al lado derecho, junto a los tres James: James B. Mullet, James Yoder y James R. Mullet. Felipe Mast, en Haití, se unió virtualmente por ratos, junto con otros miembros de la junta.

El equipo había tenido una semana agotadora. Ahora, en su día de descanso, tenían que volver a la oficina en vez de estar en casa, sentados en sus sillones reclinables. James Yoder no jugaría tenis de mesa con los hijos y James B. Mullet no estaría jugando al escondite o pioneros con sus nietos.

Comenzaron la reunión con un himno: “Oh, santo Espíritu de Dios”. Sintieron una profunda necesidad de la presencia del Espíritu Santo. Los hombres se emocionaron al cantar el himno en armonía.

Cuando terminó el himno, Bobby se enderezó de su posición de oración y tomó su computadora portátil. El acta que debía tomar sería extensa. El trabajo que tenían por delante era más agotador que el trabajo físico pesado. Había que tomar decisiones difíciles; decisiones que podían afectar la vida de diecisiete personas.

El equipo se sintió bien con la idea de ofrecerle cajas de comida a la pandilla. Además, dialogaron el tema de permitir que voluntarios

anónimos pagaran rescate. Una cantidad aturdidora de personas habían ofrecido ayudar y era complicado encontrarle sentido a todo. Los funcionarios del gobierno le habían pedido al gran equipo que tomara una decisión pronto. Estaban perdiendo el tiempo.

Tomás, el presidente de la junta directiva, explicó que la junta había acordado mantener la política de no pagar dinero por ahora, pero estaban abiertos a reexaminar la opción de pagar rescate si la situación no presentaba otra alternativa práctica.

5 p.m., Base de Titanyen

Barry llamó al líder de la pandilla otra vez y habló con otro jefe de la pandilla.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó el hombre.

—No pagamos con dinero —dijo Barry. Él le preguntó si aceptarían ayuda humanitaria, pero el líder pandillero insistió en que aceptaría solo dinero.

ORACIÓN PIDIENDO LIBERTAD

Lunes, 25 de octubre, día 10
Campamento de los pandilleros

*E*l día 10, el grupo decidió añadir un tercer tiempo de oración a la rutina de cada día. Brandyn puso alarma en su reloj para la 1 p.m. Esta oración tendría un enfoque: le pedirían a Dios específicamente que los liberara.

Para los niños, el día era mejor que la noche. Wes y Melodi les contaban historias, basándose en la gran cantidad de libros e historias que habían leído. Mateo bromeaba con André y Shelden, y jugaba con ellos.

La pequeña Laura, aunque tenía sus momentos de llanto, disfrutaba de la atención de su familia, que repentinamente era numerosa. Exploraba el mundo que la rodeaba como si estuviera en una gira

mundial. Cada nuevo espectáculo era una maravilla del mundo y cada nueva persona era un dignatario.

Laura comenzó su recorrido diario, gorjeando alegremente, entre las 5:30 y 6:00 de la mañana, mientras los demás se despertaban. Ya que Laura tenía hambre y deseaba desayunar, Melodi también se despertó, tuviera ganas de levantarse o no.

Las muchachas Noecker, que soñaban con fundar un orfanato, muchas veces llevaban a Laura afuera después de que Melodi le daba de comer. La bebé iba de persona a persona, aunque Ryan y Melodi pidieron que no se la entregaran a los guardas.

A la hora de la oración matutina, que normalmente comenzaba entre las 8:30 y 9:00, Laura estaba lista para dormir. Courtney muchas veces dormía a Laura. Ella parecía tener una mano especial que convencía a Laura de que era hora de dormir, y la niña se dormía en sus brazos. Muchas veces una de las otras muchachas le hacía trenzas a Laura en la parte superior de la cabeza, donde su cabello era más largo. Dormía todo el rato de oración, normalmente una o dos horas.

Aunque los guardas no alzaban a Laura, se acercaban mucho a su rostro y ella les sonreía. Ella jugueteaba con sus barbas o sujetaba sus joyas con su puñito de hierro infantil. Pronto aprendió que el ruido de una camioneta que se aproximaba significaba la llegada de otro admirador, normalmente uno de los líderes de la pandilla. Ella agitaba las manos con entusiasmo.

André también se había adaptado, aunque a veces todavía pedía volver a casa. Otras veces repetía el mantra que Mateo había adaptado del hogar de ancianos, repitiendo:

—Quiero irme a casa, a casa, a casa.

Cuando el que lo repetía era un niño de tres años, la frase se volvía aún más graciosa. Cuando Mateo se reía de él, André decía:

—Mateo, Mateo, Mateo, ya es suficiente de tu parte.

André no lo había inventado solo. Los hombres tenían el hábito de

repetir tres veces el nombre el uno del otro. Mateo decía: “Wes, Wes, Wes” o “Samuel, Samuel, Samuel” o “Dale, Dale, Dale”.

En realidad, era aún más gracioso cuando lo decía André.

Enriqueta también siguió siendo miembro de la familia, a pesar de que Mateo todavía hallaba perturbador la apariencia del ave.

Austin también tuvo un enfrentamiento con la gallina sarnosa. Una noche, él y tres de los hombres estaban durmiendo en un colchón doble fuera de la casa. Finalmente, Austin concluyó que sencillamente estaba demasiado apretado. Él se bajó al suelo para dormir junto al colchón.

Sin embargo, Enriqueta no dormía. Como los guardas habían derribado su lugar habitual de descanso, el ave deambulaba por la noche. Aproximadamente cada media hora, pasaba junto a Austin. Sin embargo, en vez de pasar a su lado, donde había mucho espacio, esta insistía en pasar entre él y el colchón. En la mañana, Austin halló rasguños en su brazo.

Un día, durante el tiempo de oración, Kay vio que Enriqueta se acercaba a un poco de comida debajo de la silla de Rachel. Para evitar que la gallina se comiera la comida, Kay le lanzó algo. La gallina, que estaba justo al lado de Mateo, cacareó fuertemente.

Asustado tras percibir de repente a Enriqueta, Mateo saltó, levantó las piernas y por poco se cae del asiento. Este incidente no mejoró la relación entre Mateo y Enriqueta.

Cuando Wes y Melodi terminaban de contarles historias a los niños, muchas veces comenzaban a hablar de libros que habían leído. Austin, un lector ávido, y algunos de los otros amantes de la lectura también participaban esporádicamente en la conversación.

Por supuesto, no había libros disponibles, pero sus recuerdos les resultaron muy útiles. Quienes habían leído la historia la contaban lo mejor que podían, y cada uno aportaba escenas y recuerdos al diálogo. Era

una excelente manera de pasar el tiempo.

De interés especial fue el diálogo en cuanto al libro *En presencia de mis enemigos*. Este libro detalla cómo una pandilla musulmana radical había secuestrado a dos misioneros americanos, el señor Burnham y su esposa, y a otros en las Filipinas. También trabajaban con una organización con la política de no pagar rescate.

Los misioneros estadounidenses en las Filipinas fueron retenidos por un tiempo sorprendente. Aunque ninguno del grupo recordaba exactamente cuánto tiempo, estaban seguros de que había pasado por lo menos ocho meses.

Ya que los Burnham eran estadounidenses, los retuvieron para pedir un rescate político, una situación similar a la forma en que Santa Claus había descrito su propia situación. En el libro, los secuestradores finalmente estuvieron dispuestos a aceptar un rescate y se pagó el rescate. Sin embargo, los secuestradores no liberaron a los misioneros, y pidieron más rescate. Los trasladaban de un lugar a otro mientras la pandilla y el ejército filipino libraban múltiples batallas armadas. Con el tiempo, algunos de los rehenes fueron liberados mientras otros fueron asesinados. Llegaron al borde de morir de hambre. Cuando el ejército filipino entró para rescatarlos, los tres últimos rehenes fueron alcanzados por las balas y solamente uno sobrevivió.

Aunque no parecía haber mucho peligro de ser asesinados por la pandilla 400 Mawozo, las enfermedades latentes y heridas que empeoraban, agitaba los pensamientos de todos. Su conclusión fue: “Sin duda esto no durará mucho más. Saldremos de aquí pronto”.

El único problema era que los misioneros mencionados en el libro habían dicho lo mismo, mes tras mes.

Mientras Wes, Austin y Dale estaban acostados afuera tarde en la noche, dialogaban el problema de hablar de los guardas. Cada vez que

alguien del grupo mencionaba a uno de los guardas por nombre, estos querían saber de qué hablaban y exigían que les tradujeran. Entonces, ¿por qué no darle un apodo a cada uno?

Mientras los mosquitos se arremolinaban alrededor de ellos en la noche calurosa, los tres apodaban a cada guarda. El jefe principal, Lanmò San Jou, le pusieron Bini, y otros de los guardas que siempre perdía la ropa llegó a ser Ígor. También estaban Pelirrojo, Henry, Johnny y Calambre.

Esa misma noche, cuando Santa Claus trajo algunos bocadillos, los rehenes cantaban el himno “Sí, hay un Dios”, mientras él grababa videos de algunas partes del himno.

Nadie podía determinar de qué lado estaba realmente Santa Claus o si estaba de algún lado. ¿Podría ser que solo les llevara comida y conversara en inglés por pura buena voluntad? Si en realidad era un acto de bondad, este hombre no cabía en un campamento de pandilleros.

Rachel registró: **Nos sentimos confundidos después de que se fue, porque él dice que estamos aquí por cuestiones del gobierno, pero los demás dicen que estamos aquí hasta que reciban dinero de rescate.**

Berlin, Ohio, oficinas centrales de CAM

En su sitio Web, CAM anunció una cadena de oración las veinte y cuatro horas del día, siete días de la semana. “Aquellos que quieran orar diariamente hasta que se resuelva la situación deben enviar el período de quince minutos en el que les gustaría orar”.

Sala de conferencia central, Oficinas centrales de CAM

Esta larga reunión comenzó con una lectura del Salmo 55: “Escucha, oh Dios, mi oración, y no te escondas de mi súplica”.

La reunión comenzó con un recordatorio de la urgencia de tomar una decisión final sobre cómo negociar con la pandilla. Los funcionarios

del gobierno quisieron saberlo pronto e indicaron que si no se pagaba el rescate, ellos debían negociar en un nivel diferente. Esto podría terminar en un enfoque táctico, poniendo en peligro la vida tanto de los pandilleros como de los rehenes.

Felipe Mast, al hablar a favor de la base de CAM en Haití, sugirió que sería mejor rechazar cualquier tipo de pago, tanto monetario como humanitario, según su política. Él y Barry vieron la confrontación como una batalla espiritual entre el bien y el mal que no se ganaría con lo material. Abogó por la fe sencilla en Dios. Sin embargo, indicó una disposición de hacer lo que decidiera el equipo en Ohio.

Se expresó la preocupación de que negarse a pagar rescate podría animar al gobierno a rescatar a los misioneros por la fuerza. ¿Era sensato arriesgar vidas humanas por un tema que no estaba detallado explícitamente en las Escrituras?

No todos estaban de acuerdo. Algunos creían que pagar rescate podría tener un impacto negativo sobre todas las misiones en Haití. Otros creían que sería peor si asesinaran o abusaran a los rehenes por negarse a pagar un rescate.

Weston Showalter recordaría:

—Hubo momentos tensos. Hubo ocasiones en las que algunos de nosotros nos desahogamos.

David Troyer, director general y fundador de CAM, sugirió que un grupo de administradores viajara a Haití para comprender mejor la situación y apoyar al equipo de Titanyen. Otros señalaron que los funcionarios del gobierno no creían que fuera buena idea debido a la inestabilidad política. El equipo por fin concluyó que preferían ser proactivos y formalmente ofrecer ayuda humanitaria ahora, en vez de esperar hasta que maltrataran o asesinaran a algunos de los rehenes.

Esperaban que la pandilla aceptara la ayuda y liberara a los rehenes. Si esto no sucedía, tendrían que afrontar la pregunta del rescate en dinero.

Base de Titanyen

Barry continuó compartiendo el evangelio con Lanmò San Jou siempre que podía. Le decía:

—¡Necesitas a Jesús! Nosotros te amamos.

En una ocasión, el líder de la pandilla hizo una pausa, luego respondió:

—Te amo.

En otra ocasión, el líder de la pandilla llamó y dijo:

—Ven y llévate los. —Él entonces cortó la llamada.

Barry le devolvió la llamada.

—¿Dónde?

—¿Tú sabes dónde estoy?

—No, no lo sé.

—No olvides el dinero. Solo danos cierta cantidad de dinero. Tenemos esposas e hijos.

El FBI alabó a Barry por sus conversaciones con Lanmò.

—Barry, estás haciendo un muy buen trabajo —dijeron.

Barry sintió que desarrollaba una relación con Lanmò. Se sentía seguro de que Dios obraría a través de este contacto, tal como lo había hecho con los líderes de pandillas alrededor de Titanyen.

Más tarde, Barry recordaría:

—Tuvimos que reconocer que las negociaciones no estaban logrando nada. No estábamos negociando.

EL DÍA DE LA DECISIÓN

Martes, 26 de octubre; día 11

Base de Titanyen

Barry y Felipe, que se encontraban en Haití, tenían reservas en cuanto a ofrecerle ayuda humanitaria a la pandilla. No creían que se debía hacer ninguna concesión. Se lo habían dejado claro a la embajada el día que llegó Felipe, y Barry repetidamente le había dicho al líder de la pandilla que no le pagarían nada de dinero. Conocía personalmente a cada una de las personas capturadas y estaba seguro de que no esperaban rescate.

Felipe también, como compartió con el personal de Titanyen el domingo, sentía fuertemente que libraban una batalla espiritual. Creía que Dios solo requería una fe sencilla y entonces haría la obra.

Sin embargo, Barry comprendía el orden de autoridad. Cuando recibió las nuevas instrucciones de Ohio, llamó a Lanmò para ofrecerle

ayuda humanitaria.

El líder de la pandilla no contestó las primeras veces que Barry intentó llamarlo, pero contestó como una hora más tarde y preguntó:

—¿Dónde está el dinero?

Barry dijo que no podía hablar hasta saber que los rehenes estuvieran bien.

Lanmò dijo:

—Ellos están bien. ¿Qué pasó con mi dinero?

Barry entonces mencionó la oferta de cajas de comida. Dado que la pandilla afirmó que se preocupaba por sus comunidades, sus esposas y sus hijos, ¿estaría dispuesta a recibir ayuda humanitaria?

Lanmò San Jou maldijo y luego contestó:

—No pedí comida.

Campamento de los pandilleros

Sin embargo, los rehenes habrían estado felices de tener más comida. En su diario, Rachel escribió: **Los bocadillos desaparecieron como nunca antes.**

Las partidas de damas pasaron de cuadros marcados en el polvo a cuadros marcados en el colchón. Una racha de juegos de damas motivó esta mejora. Las piezas todavía eran tapas de botellas.

Los pandilleros le trajeron a Dale su teléfono, y le pidieron que iniciara sesión y lo restableciera a la configuración de fábrica. Dale accedió, ya que no le dieron elección. Comprendía que probablemente venderían su teléfono o lo usaría uno de los pandilleros.

El aburrimiento disminuyó ligeramente cuando los misioneros notaron que los guardas estaban agitados por algo que habían escuchado en la radio. Pero nadie pudo entender por qué.

No tenían idea de que Lanmò San Jou acababa de rechazar acaloradamente una oferta de ayuda humanitaria a cambio de su liberación.

El tema de escaparse surgía cada vez más. Samuel fue uno de los

primeros en proponer un plan de escape. Cuando el grupo empezó a lidiar con enfermedades, él descartó la idea por un tiempo. Sin embargo, era como intentar mantener un bote inflable bajo el agua.

La teoría de Samuel fue que, si lo asesinaban mientras intentaba escapar, iría al cielo y estaría mejor de todos modos. Si bien nadie lo dudaba, la mayoría no estaban tan seguros de que este fuera el enfoque correcto.

Kay pensó que escaparse sonaba aterrador, pero a la vez emocionante. No iba a planear la logística, pero sabía que estaría de acuerdo si los demás así lo decidían. Si todos iban a morir en su intento de escapar, ella quería morir con ellos.

Dale pensó que era una excelente idea, pero no podía justificar su salida si ponía en peligro la vida de los guardas, la mayoría de los cuales eran sinceros acerca de su destino eterno: el infierno.

Austin deseaba tener una clara señal de que Dios quería que escaparan, en lugar de depender de un plan meramente humano.

Ryan quería escapar con su esposa e hijos, pero estaba nervioso por la realidad de escapar con una bebé de ocho meses y un niño de tres años.

Melodi recurrió a sus recuerdos de libros e historias que había leído en cuanto a secuestros, misioneros y prisioneros de guerra. Le gustó el audio que había escuchado sobre un piloto misionero secuestrado que escapó corriendo a su avión y se fue volando. Sabía que los misioneros de los que trata el libro *En presencia de mis enemigos* también habían hablado de escapar.

Sin embargo, planear un escape para su propio grupo era un asunto completamente diferente para Melodi que leerlo en un libro. No estaba en contra de la idea, pero la asustaba y prefería mantenerse al margen de las conversaciones. Definitivamente quería la dirección de Dios. No valía la pena arriesgar la seguridad de sus dos hijos pequeños por tener una buena historia que escribir.

Mateo y Rachel no presionaban un plan de escape, pero deseaban que fuera una opción. Si el Señor abría esa puerta, querían atravesarla.

Cheryl pensaba que hablar en cuanto a escapar era una buena manera para que los hombres pasaran el tiempo, pero se inclinaba a esperar una señal de Dios. Algunos de sus hijos sentían lo mismo.

A Wes le encantaba teorizar sobre operaciones logísticas. Había creído leyendo de personas que escapaban de la cárcel. Especialmente recordó el libro *The Great Escape* (El gran escape), un relato de la Segunda Guerra Mundial cuando miembros de la Fuerza Aérea estadounidense escaparon de un campamento de prisioneros alemán por un túnel que cavaron debajo de la valla.

Hubo algunas pocas suposiciones en las que todos estaban de acuerdo. En primer lugar, lo mejor era permanecer juntos, tal como Barry repetidamente había enfatizado en las reuniones de equipo en Titanyen.

En segundo lugar, escapar sería imposible si algunos estaban enfermos.

En tercer lugar, aunque escaparan del área inmediata, sería difícil regresar a la base de CAM sin encontrarse con pandilleros o personas aliadas a estos.

Por otra parte, muchas otras cosas no estaban de nada claras. Si planeaban un escape, ¿qué forma debería adoptar? ¿Deberían cavar un túnel o solo salir caminando? ¿Los guardas realmente los fusilarían si los atrapaban? Sabían que para la pandilla valían más vivos que muertos, pero cuando apuntaban sus armas, fácilmente podrían disparar.

Aunque escapar obviamente era riesgoso, la alternativa también pesaba sobre ellos. ¿Qué sucedería si no escapaban? Existían varias posibilidades. Alguien podría pagar un rescate y la pandilla los dejaría libres. Esto parecía dudoso, ya que todos sabían que CAM tenía la política de no pagar rescates, y ni hablar de los diecisiete millones de dólares que exigía la pandilla. Otra posibilidad era que el ejército estadounidense llegara a rescatarlos. O Dios podía escoger liberarlos milagrosamente, al enviar un ángel para salvarlos como liberó al apóstol Pedro de la prisión, lo cual parecía ser la mejor opción.

Hubo dudas de la idea de la acción militar, ya que todo el grupo

creía en la no-resistencia. No estaban seguros de cómo se sentirían si sucediera eso, aunque sabían que la Biblia decía que los gobernantes no llevan en vano la espada. El apóstol Pablo, que escribió ese pasaje, había sufrido abuso y maltrato de muchas personas, pero también a veces apeló a su ciudadanía romana para obtener protección.

¿Sería una señal de fe más profunda sencillamente confiar en Dios y permitir que él los liberara a su tiempo?

En Titanyen y muy lejos en Ohio, Barry, Felipe y el equipo de CAM estaban con un debate similar.

Berlin, Ohio, Oficinas centrales de CAM

El acta de Bobby Miller de la reunión ese día no tenía hora de inicio ni de finalización, solo un titular críptico: “Todo el día”.

Ya que habían rechazado la oferta de comida, Felipe Mast sugirió decirle a la FBI que habían terminado sus negociaciones. CAM entonces podría apartarse por completo y dejar que el gobierno asumiera el control de la manera que considerara conveniente.

O, continuó Felipe, si CAM finalmente iba a aceptar negociar con dinero, debería hacerse de inmediato para que los funcionarios del gobierno supieran lo que sucedía.

Todos sabían que eso era verdad. Ya era hora de llegar a una decisión. También acordaron que si permitían el rescate, Barry y Felipe no tendrían que negociar, ya que les habían dicho a los secuestradores que no se les pagaría dinero. Para ellos era un asunto de integridad.

Un agente de la FBI y un asesor sobre crisis se reunieron virtualmente por aproximadamente una hora. El agente del FBI dijo que ningún estadounidense secuestrado durante los últimos años en Haití había sufrido daño, pero que la mayoría habían sido liberados por medio de rescate. Él dijo:

—Las personas que se niegan a pagar rescate pueden esperar que sus seres queridos mueran.

Advirtió que negociar con mayores cantidades de alimentos podría llevar meses, mientras que negociar con dinero podría facilitar la liberación mucho más rápidamente, tal vez dentro de una semana. Dijo que conocían a un tercero que estaba dispuesto a tomar control de las negociaciones.

Cuando el asesor afirmó que pagar rescate no fomenta más secuestros si la cantidad pagada no es demasiado alta, Tomás Wagler contradijo, afirmando que cree que la historia demuestra que sí sucede. El asesor respondió que a menos que nadie pague ningún rescate, los secuestros continuarán.

El asesor también dialogó el paso lento de tomar decisiones.

—Hay demasiada gente en las reuniones y demasiados comités, por lo que las decisiones tardan demasiado. Las autoridades se sienten presionadas a hacer algo.

Weston más tarde recordó la agonía de esas reuniones cuando era necesario tomar decisiones, pero no todos estaban de acuerdo.

—Se derramaron muchas, muchas lágrimas en la sala de reunión. El corazón de todos estaba tierno y en ocasiones en gran agonía.

Aunque la reunión duraba ya todo el día, el liderazgo decidió que se tendría que tomar una decisión esa noche.

A las 5:25 p.m., Tomás Wagler le envió un mensaje a su esposa: “Por favor, ora por nosotros... Será una noche larga e intensa”.

La Casa Blanca, Washington, D. C.

Jake Sullivan, asesor de seguridad nacional, presentó un informe sobre la situación de los rehenes en Haití en una conferencia de prensa en la casa blanca y concluyó diciendo: “El aspecto de los niños en esto es algo en lo que el presidente está muy centrado, para asegurarse de que se atiendan sus necesidades y vuelvan a casa con seguridad”.

12:04 a.m., Berlin, Ohio

Tomás Wagler salió de la sala de conferencia central al final de la reunión de la junta directiva y entró en su auto. Tenía que conducir una hora para llegar a casa. Le envió un mensaje de texto a su esposa, diciéndole que estaba de camino.

Su mente no dejaba de dar vueltas. Había sido difícil, pero por fin tomaron una decisión: permitirían que un donante pagara un rescate por la liberación de los rehenes.

Tomás, como presidente de la junta, oró muchas veces en los últimos diez días y escuchó muchas perspectivas de muchas personas. Odiaba tomar una decisión que fuera en contra de los deseos del equipo en la localidad. Sabía que Felipe y Barry sentían que la batalla espiritual no se resolvería con un pago y que el Espíritu Santo los guiaba a una fe sencilla y confianza en Dios. Estaban seguros de que los misioneros secuestrados estaban preparados para encontrarse con Dios. Y, en el peor de los casos, estaban dispuestos a morir. No esperaban que se pagara un rescate.

Tomás respetaba sus creencias sinceras y podía comprender su punto de vista. Él también se había opuesto a la idea de pagar rescate. Ahora, Tomás regresaba a casa con su esposa e hijos. Los demás miembros de la junta directiva también tenían hijos, al menos cuatro cada uno. Algunos tenían nietos. A Tomás le gustaba jugar *Los colonos de Catán* con sus hijos. Al desarrollador de software le gustaba pasear en bicicleta con sus hijos. Al contador le gustaba jugar Gran Banco con los suyos. A los hijos del profesor les encantaba que él les leyera historias. Los hijos del jardinero disfrutaban de jugar el *Farming Game* (Juego del granjero), además del trabajo real de cuidar sus cabras en la granja. A uno de los abuelos en la junta, un granjero jubilado, le gustaba jugar al escondite con sus nietos. Otro abuelo, un doctor, disfrutaba de leerles a los suyos.

“Una cosa es tomar decisiones sobre nuestra propia vida y nuestros propios hijos. Sin embargo, eso no es lo que estamos haciendo.

Estamos tomando una decisión por otros que no pueden hacerlo”, reflexionó Tomás.

Este fue el dilema que enfrentaba la Junta Directiva y el Equipo de Crisis. La junta halló que no podía pedir de los diecisiete rehenes, sin primero hablar con ellos, que estuvieran dispuestos a morir por una política o posición que no se detalla en las Escrituras.

Con renuencia acordaron permitir que se pagara un rescate. Esperaban que las autoridades tuvieran razón y que los rehenes pronto regresaran.

Capítulo catorce

¡LÍBRANOS!

Miércoles, 27 de octubre; día 12

Berlin, Ohio

CAM anunció un día oficial de oración y ayuno por los rehenes, secuestradores y otros haitianos oprimidos.

Valle Grand Ronde, Oregón

El día de oración y ayuno también era el cumpleaños de la mamá de Melodi. Su hija que recién había dado a luz la invitó a venir a su casa para pasar un rato con unas amistades. La cumpleañosera se limitó a comer solamente un pequeño pedazo de pan, pues deseaba ser parte de la oración y el ayuno por el grupo secuestrado.

Base de Titanyen

Para Barry, el peor momento en toda la tragedia del secuestro, fue descubrir que CAM acordó permitir que se pagara un rescate. No era

solamente que él repetidamente le había enfatizado a Lanmò San Jou que no se pagaría ningún dinero, sino que él tampoco sentía paz con la idea de pagar rescate. ¿Obraría Dios a su favor si ellos tomaban las cosas en sus propias manos de esta manera? Barry temía que los responsables por tomar la decisión en CAM habían confiado en los consejos de expertos seculares quienes impulsaban acción en lugar de esperar en Dios.

En las semanas venideras, Barry dialogó el asunto de la fe y las obras con muchas personas. Él sabía que los debates en Ohio habían sido largos, con muchas horas de diálogo.

Más tarde, él preguntaría:

—Si estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance, ¿Dios todavía obra? Yo no sé. A la vez, no me siento cómodo en decir, “Dios, quiero hacer todo lo que puedo”.

Felipe también estaba desilusionado. Cuando Lanmò San Jou había pronunciado las palabras de que servía al rey Lucifer, Felipe había sentido una confirmación de que esto era una batalla espiritual, que se debía pelear con armas espirituales, no dinero.

Todos deseaban poder hablar con los rehenes mismos. Si ellos hubieran dicho: “Estamos bien aquí. Por favor, no paguen rescate”, eso habría hecho una diferencia. O si hubieran dicho: “Por favor, sáquennos de aquí, no importa por cuáles medios”, eso también habría sido de consecuencia. Sin embargo, realmente nadie sabía lo que sucedía en el campamento de los pandilleros.

Al terminar el día de oración y ayuno, la acción apenas comenzaba en la casa de los rehenes.

Noche, Campamento de los pandilleros

Dentro del cuarto estrecho, Melodi se acostó junto a André y Laura para ayudarles a dormirse. Mientras estaba acostada allí con sus niños, su mente se llenó de pensamientos. “Es el 27 de octubre. El cumpleaños

de mi madre. Oh, ¡cuánto deseara poder hablar con ella!”

Melodi había aprendido mucho de su madre mientras crecía. Cuando su familia se trasladó al estado de Washington para ayudar con la escuela para los rusos y luego a Belice por varios años, Melodi había observado que su madre sacrificaba las cosas que podría haber tenido si hubiera permanecido en casa. Además, Melodi había obtenido su amor por la escritura al observar a su madre mientras escribía.

Antes de su viaje al orfanato, Melodi había escogido una tarjeta para el cumpleaños de su madre. Ella había escrito la dirección en el sobre y comenzado a escribir el mensaje en la tarjeta, pero no lo había terminado. Deseaba haberla puesto en el correo.

Ella se preguntaba qué tipo de cumpleaños experimentaba su madre. Si tan solo le pudiera enviar un correo electrónico, una nota en papel, un telegrama, ¡cualquier cosa! No era necesario que dijera mucho, solo unas palabras, algo como: “Estamos soportando. Te amo. Estamos orando por ti”. Melodi sabía que su cautiverio probablemente era más difícil para sus padres de lo que era para ella, Ryan y los niños.

André y Laura casi estaban dormidos cuando la camioneta de Frogui entró al campamento, con la radio a todo volumen. Esta noche, el programa que resonaba era una estación de noticias nocturna. Shelden ya estaba dormido.

Desde la “casa de la ducha” donde utilizaba el cucharón y el cubo, Samuel escuchó que el locutor de la radio dijo en criollo que el ejército estadounidense venía a Haití para liberar a los diecisiete rehenes. Wes, que también entendía bastante criollo, captó parte del mensaje.

Los guardas fueron visiblemente afectados y les ordenaron a los rehenes que hicieran sus maletas. Ellos irrumpieron en la casa y echaron a los niños de los colchones. Frogui comenzó a arrancar cables y ventiladores.

Shelden, que todavía estaba aturdido porque lo despertaron, estaba confundido, al igual que los demás, por lo que ocurría. Mientras los misioneros se reunían en grupo, estaban aterrorizados y a la vez

emocionados. ¿Qué sucedía? ¿Iban a ser liberados?

Ya estaba oscuro. Muy oscuro. Casi no había luz de la luna y habían quitado las luces. También habían quitado las sillas y los sofás, por lo que el grupo quedó de pie en un círculo, hablando, orando y cantando, mientras los guardas corrían de un lado a otro en la oscuridad, cargando las camionetas.

Aunque las condiciones en este campamento de pandilleros eran malas, los cautivos no querían trasladarse a otro lugar. ¿Qué tal si alguien había descubierto su ubicación y planeaba rescatarlos? Además, habían hallado cierta rutina. Ya que a algunos les habían permitido dormir afuera, la estrechez no era tan severa.

Junto con eso, cuando Cheryl estaba enferma, había visto una visión de un ángel que venía a liberarlos de este campamento de pandilleros. El ángel había partido los arbustos y les había ayudado a caminar de regreso a la base de Titanyen.

Mientras oraban y cantaban, el grupo no sentía que Dios iba a permitir que la pandilla los trasladara.

De pronto, sin ninguna explicación, los guardas se subieron rápidamente en sus camionetas y partieron ruidosamente.

El grupo alabó al Señor mientras pensaban en ser liberados y devueltos a la base de Titanyen. Además de su propia anticipación, se imaginaban cuán emocionado estaría Ray de ver a su esposa e hijos. Y de cómo Barry alabaría al Señor y les daría la bienvenida. Todas aquellas personas alrededor del mundo que oraban comenzarían a alabar a Dios en lugar de rogarle. Sin duda, Dios los liberaría esta noche. Ellos le rogaron que los liberara, orando en voz alta, pidiendo la gracia de estar de regreso en la base de CAM antes de que saliera el sol la mañana siguiente.

Wes escribió en su diario: **Entonces pasamos un rato cantando, compartiendo y confesando. Creo que esa vez cantamos mejor que nunca. Nos sentimos muy animados y derramamos nuestro corazón por medio de los cantos.**

Sin embargo, la burbuja estalló cuando los guardas volvieron a toda prisa. Sin ninguna explicación, subieron a todos en una camioneta. El nerviosismo de los guardas se pasó a los misioneros mientras se subían a las camionetas. ¿Qué pensaba hacer con ellos la pandilla? ¿Era este el final? ¿Serían llevados a un desfiladero en algún lado y asesinados?

Dale no estaba tan preocupado de que sería asesinado como ser trasladado a otra ubicación donde podían encerrarlos. Pasar por los campos haitianos en oscuridad total solo aumentaba el drama de la incertidumbre.

Ser asesinada estaba muy presente en la lista de posibilidades en la mente de Melodi, mientras ella se subía a la camioneta con su esposo e hijos. “Si nos matan, espero que nos fusilen. Al menos eso sería rápido. Espero que los niños vayan con nosotros”, pensó.

Cheryl y sus hijos no pensaron en la muerte inmediata, pero se preguntaban si el grupo sería separado. Junto con todos los demás, clamaron a Dios, pidiéndole que los preparara para cualquier cosa que enfrentarían. Cherilyn otra vez le pidió a Dios que examinara su corazón, como lo había hecho el día del secuestro.

Mientras las camionetas se alejaban cada vez más de la carretera principal hacia las montañas, pasaron por un pueblo abandonado. Dale notó a varios hombres parados ociosamente que parecían ser pandilleros fuera de servicio.

Finalmente llegaron a su destino. Estaba demasiado oscuro como para ver mucho, pero era evidente que la nueva casa estaba cerrada con tablas y llena de polvo. Sin embargo, ofrecía más espacio que el pequeñísimo cuarto en el otro lugar. En otra novedad positiva, los pandilleros les devolvieron los zapatos a los misioneros, una verdadera bendición.

Por más que no habían deseado trasladarse, los cautivos reconocieron que era bonito tener más espacio. Esta casa tenía cuatro cuartos pequeños y los misioneros se acomodaron en los dos más grandes.

Los rehenes examinaban sus alrededores, cuando Lanmò San Jou

entró en su camioneta, como siempre bien oloroso. Él traía consigo una caja de medicamentos, incluyendo la medicina recetada para Mateo. Era un líquido, en vez de las píldoras que Mateo normalmente utilizaba, pero era la medicina correcta. El otro medicamento, el que él se inyectaba, aún no estaba incluido.

La caja también contenía varios otros tipos de medicamentos, tales como analgésicos y Benadryl.

Mientras el grupo intentaba acomodarse en la nueva casa, los guardas continuamente estorbaban, alumbrando alrededor de la casa oscura. Mateo por fin perdió la paciencia. Cuando un guarda en particular seguía cruzando su camino, Mateo arremetió contra él:

—Señor Zigzag, ¡vete!

Lógicamente, el guarda no podía entender las palabras en inglés, pero todos los demás se soltaron a reír. Después de todo el estrés y temor, la risa era una buena medicina. De allí en adelante, ese guarda era conocido como Zigzag.

Poco tiempo después, aún dentro de la casa, Zigzag sacó un cigarro y se preparó para encenderlo. Cuando intentó encender el primer fósforo, no encendió. Wes comenzó a orar que el próximo fósforo tampoco encendiera, pues él de ninguna manera deseaba dormir en una casa llena de humo de cigarro. Austin entonces se unió a la oración, alabando a Dios mientras uno tras otro los fósforos no encendían. El guarda intentó con todos los fósforos sin éxito.

Finalmente, a eso de las 11 p.m., todos estaban listos para acostarse. Ryan se fue a la cama con sus lentes de contacto aún puestos. Era el día 12.

A pesar del espacio extra, era difícil dormir. Ya que no había ningún ventilador, el lugar estaba calentísimo. Y no se permitía que nadie durmiera afuera.

Para algunos, la incertidumbre era más perturbadora que el calor. ¿Los trasladarían de un lugar a otro al igual que los misioneros en las

Filipinas? ¿Era cierto que el ejército estadounidense planeaba rescatarlos? ¿Y quién estaba encargado de su caso? ¿Era el gobierno de los EE. UU. o CAM?

Además, ¿qué buscaba en realidad la pandilla? ¿Era dinero? ¿O exigía la libertad de su líder?

CAMPAMENTO DE PRISIONEROS LA PALMERA

Jueves, 28 de octubre; día 13

Campamento de los pandilleros B

Camos de cultivos, plantas de plátano, palmas de coco y árboles de mango rodeaban la nueva casa. Cuando los cautivos se despertaron por la mañana, salieron a ver sus alrededores. Se sintieron reconfortados y animados por la belleza del área. En medio del cautiverio y el temor ¡había un paraíso bello!

Más tarde, Ryan diría:

—Bajo circunstancias diferentes, creo que podría vivir allí.

Laura despertó temprano, así que Melodi la llevó afuera antes de que la mayoría de los demás se levantaran. Mientras disfrutaba el paisaje refrescante, notó que Pelirrojo, uno de los guardas, alimentaba a

un perrito. Al igual que la mayoría de los demás pandilleros, se cortaba demasiado el cabello a los lados, pero se lo dejaba largo en la parte superior. Se teñía de naranja esa parte del cabello.

Pelirrojo parecía tenerle cierto cariño al perro, que se llamaba Sòlda¹. Pelirrojo abrió una lata de leche condensada para el perrito y la vertió en un recipiente. Luego le cortó una buena cantidad de salami.

En Haití abundan los perros callejeros. Por la noche se les oía ladrar sin cesar.

En los campos podían ver agricultores labrando la tierra. A diferencia de la mayoría de los campos en Haití, estos parecían tener pocas piedras. Los trabajadores comenzaban antes del amanecer, tomaban un descanso al mediodía y luego trabajaban un poco por la tarde. Por ahí pasaban gallinas y pavos con sus polluelos.

Cada mañana, un muchacho ataba siete cabras alrededor de la casa de los rehenes y luego las recogía otra vez por la tarde. Otros niños pasaban camino a la escuela, siguiendo el sendero que pasaba junto a la casa. También pasaba gente camino al mercado, con sus burros cargados de mercancías.

El muchacho que cuidaba las cabras se quedaba mirando a esta gente blanca. Cuando uno de los rehenes le habló, se tapó los oídos con los dedos y bajó la vista. Luego, cuando nadie miraba, se sacó los dedos de los oídos y volvió a mirar.

Los cautivos vieron pasar a un granjero con un caballo y tres vacas, todos de buen aspecto. Mientras pasaba, el granjero miraba a los cautivos con compasión. Era obvio que los lugareños sabían que los misioneros eran rehenes de la pandilla.

Los guardas trajeron a un granjero para que les recogiera cocos a los rehenes. Después de una dieta constante de almidón, aceite y comidas refinadas, la fruta fresca tenía un sabor maravilloso, y prepararon

¹ Soldado en criollo.

un festín de leche de coco y carne. Los cautivos también alabaron al Señor por una ubicación más agradable. Los zancudos todavía hacían fiesta con ellos, pero ya no eran tantos. Además, todo el ambiente parecía menos malvado.

Al parecer, el ejército estadounidense planea intervenir. Creo que no estaremos aquí todo el fin de semana. Me siento animado hoy. Este lugar pacífico y la hermosa naturaleza son de beneficio para el alma, escribió Dale en su diario.

Ryan también estaba alegre, renovado por el paisaje y el aire fresco. Caminó alrededor de la casa y notó que todas las ventanas estaban cerradas y que un palo sujetaba cada contraventana en su lugar.

Ryan siempre tenía la capacidad de arreglar cosas. En su adolescencia, su madre había anunciado una mañana en el desayuno que su batidora Kitchen Aid no funcionaba. Solo le servían dos velocidades, la baja y la alta. Aunque nunca había visto el interior de una batidora, Ryan desarmó el electrodoméstico. Cuando lo volvió a armar, su madre probó las velocidades y todas funcionaban bien.

“Si tenemos que quedarnos aquí, ¿por qué no acondicionar de la mejor manera lo que podemos?”, pensó Ryan. Así que agarró uno de los palos que sostenían las contraventanas y lo arrancó. La contraventana se abrió. Continuó así alrededor de toda la casa, arrancando palos y abriendo contraventanas. Una ventana estaba demasiado alta que no podía alcanzarla, así que la dejó cerrada.

A Ping, el jefe de los guardas, no le agradó lo que hizo Ryan y lo regañó severamente.

Samuel hizo un comentario sobre comenzar un negocio de renovación de hogar y el grupo se rio. Ryan también parecía haber acabado en la lista negra de los guardas. Aprendieron que siempre que se arreglaba o se modificara algo, Ryan probablemente era el responsable.

Durante el día, unos cinco guardas armados vigilaron a los rehenes. Varios otros guardas aparecieron en este lugar, incluido el que Mateo

apodó Zigzag. Durante la noche, llegaron refuerzos. Aunque el grupo fue encerrado en la casa a eso de las seis de la tarde, había de siete a diez guardas con armamento pesado.

Como hicieron antes con Dale, los pandilleros le trajeron el teléfono a Ryan y le pidieron que introdujera su contraseña y lo restaurara a la configuración de fábrica. Ryan dijo que tenía que pedirle a su esposa la contraseña. Fue a buscarla dentro de la casa; y de camino, apresurado, le envió un mensaje de texto a Barry.

“Estamos bien. Barry, ¿cuánto tiempo más?”

Base de Titanyen

Barry miró fijamente el teléfono. ¿Era realmente un mensaje de Ryan? Decía que sí, pero otra persona podría estar utilizando su teléfono.

“¿Todavía están juntos?”

“Sí, todos estamos juntos”.

“¿Están animados?”

“¡Sí! Sigán orando”.

Ryan envió la ubicación, pero a Barry le parecía que estaba en medio de la nada.

Barry estaba sentado junto a Felipe, que hablaba con un funcionario. Le preguntó a Felipe:

—¿Qué debo preguntar?

Deseaba preguntar qué pensaba Ryan de pagar un rescate, pero claramente era una pregunta riesgosa si no sabía con seguridad si se trataba de Ryan.

Felipe sugirió:

—Pregunta si recibieron los medicamentos.

—¿Recibieron los medicamentos?

—Algunos.

Esta respuesta no le pareció concluyente a Barry.

—¿Qué hacemos los miércoles por la noche? —preguntó Barry. Sin

duda, Ryan no habría olvidado los juegos amistosos en la cancha de baloncesto de los miércoles por la noche.

No hubo respuesta.

Barry se sintió animado por la conversación, pero siguió pensando en el mensaje: “Barry, ¿cuánto tiempo más?”. ¿Qué quería decir?

Barry meditó sobre las palabras, buscando algún significado en las mismas. “¿Hay algo que pueda hacer?”, se preguntaba.

Campamento de los pandilleros B

Sosteniendo el teléfono de Ryan, él y Melodi intentaron demorar el mayor tiempo posible, pero fuera de la puerta, Frogui exigía rapidez. Cuando Ryan ingresó su contraseña, apareció un mensaje en la parte superior de la pantalla del teléfono.

“¿Qué hacemos los miércoles por la noche?”

Ryan y Melodi quedaron confundidos por esto. ¿Qué quería decir Barry? ¿Estaba diciendo que las iglesias oraban por ellos en sus cultos de oración de entre semana?

—¡Dame el teléfono! —Frogui exigía sin ningún rodeo. De mala gana lo devolvieron sin contestar la pregunta de Barry. Más tarde le informaron al grupo de su breve conversación con Barry.

Kay dijo:

—Ah, ¡el juego amistoso en la cancha de baloncesto!

Viernes y sábado, 29 y 30 de octubre; días 14-15

A última hora de la tarde del viernes, los guardas les ordenaron a los rehenes que se apresuraran a entrar en la casa. Nadie estaba completamente seguro de por qué, pero había linternas en los campos. “¿Podría ser un rescate?” Sin embargo, no sucedió nada. Parecía que alguien robaba cabras. El sábado por la mañana hubo más emoción cuando se dio una ráfaga de disparos mientras los misioneros cantaban. A todos los condujeron rápidamente al interior hasta que las cosas se calmaron.

Un guarda alto, delgado y de rostro anguloso, se volvía un funcionario frecuente del nuevo lugar. Tenía voz fuerte y desagradable, y no temía usarla. Los misioneros lo llamaron el señor Actitud.

El señor Actitud tenía una cobija que le gustaba usar para dormir en el corredor y ¡ay de la persona que se atreviera a infringir la dignidad de este objeto personal!

Una mañana, Melodi salió al corredor y pasó con cuidado por encima de la cobija del señor Actitud. Él se volvió hacia ella furioso, exigiendo saber por qué le había pisado la cobija. Con paciencia, Melodi le explicó que no la había pisado.

Pero no era posible apaciguar al señor Actitud. Por fin, Melodi dijo: —*Bonjour*², señor Actitud —y se alejó.

En otra ocasión, Ryan sí pisó la cobija. No notó su transgresión en ese momento, pero más tarde había una huella en la cobija. Ryan se disculpó y se arrodilló para limpiar la evidencia dañina.

Austin también pisó la cobija cierto día. Esta vez el señor Actitud estalló.

—¡Debería dispararte en ambos pies! —gritó. Apuntó su fusil de asalto a los pies de Austin.

—Lo siento —dijo Austin.

Sin embargo, el señor Actitud no pareció aceptar la disculpa.

El señor Actitud no solo molestaba a los rehenes, sino que también fastidiaba a los demás guardas, quienes al parecer no le tenían mucho cariño.

El señor Actitud les dijo que tenía veintitrés años y que era parte de la pandilla desde que tenía catorce años.

Los guardas montaron un panel solar en el techo de la casa para proveer electricidad cuando el generador no funcionaba. Con el panel solar, los ventiladores funcionaban de cinco a seis horas.

² “Buenos días”

Dale, a quien le desagradó especialmente la necesidad de estar muy alerta en el baño de lona en el primer campamento, apreciaba tener un baño con paredes y techo en este lugar. Era uno de los cuatro pequeños cuartos de la casa. Sin embargo, todavía tenían que usar una cubeta y un tazón. Para hacer un drenaje, Ping abrió un hoyo en la pared exterior de concreto con una llave inglesa quebrada. **Para que barriéramos el agua hacia arriba después de ducharnos**, anotó Melodi en su diario.

Aunque la privacidad había mejorado, la puerta todavía no era impresionante. **Es poco fiable**, como lo describió Dale en su diario de toallas de papel blancas.

Sin embargo, las instalaciones sanitarias de esta nueva ubicación habían perdido calidad. En vez de una letrina exterior, solo había una pared de bloques de concreto entre la maleza detrás de uno de los edificios; la pared solo medía como un metro de alto. Los rehenes lo apodaron el muro de las lamentaciones.

Cuando alguien preguntaba:

—¿Para dónde vas?

—Al muro de las lamentaciones.

Zigzag organizaba casi todos los días que un agricultor les trajera algunos cocos. Primero, los agricultores cortaban los cocos y les daban a beber el agua. Después, los descascaraban para sacarle la carne con más facilidad. No a todos les gustaba el coco, pero sabían que la fruta fresca era buena para la salud.

Sin embargo, a André le encantaba mucho el agua de coco y Melodi tenía que vigilarlo para que no bebiera más de lo que debía.

Zigzag hacía todo lo posible por proveerle cocos y mangos al grupo. A veces también traía pastelitos llamados *paté*. Incluso gastaba su propio dinero para comprarles algunas golosinas a los misioneros.

A todos les gustaba el *paté*, aunque Zigzag normalmente traía solo unos cuantos. Los pasteles en forma de medialuna estaban rellenos de repollo rallado o carne picante; luego se freían. Era una comida favorita

en todo Haití. La gente los elaboraba en sus casas y los vendían en las calles. Kay los había disfrutado en varias ocasiones durante sus años en Haití, pero nunca los habían elaborado en la base de CAM.

El Jefe Caballito también trajo más bocadillos. Algunos estaban muy añejos. Llegaron enormes cajas de cartón llenas de comida. Parecía que las habían empacado para la venta al por mayor, así que el grupo sospechó que procedían de un camión raptado. Una de las cajas estaba llena de pequeñas bolsas de Doritos, y otra estaba llena de pasteles de vainilla, empacadas individualmente en cajas de plástico transparente. Estos pasteles rápidamente se enmohecieron, pero fueron un deleite cuando llegaron por primera vez.

Los rehenes apreciaban la comida, pero los bocadillos también reforzaban el temor de que no volverían a casa pronto. El día que los secuestraron, esperaban que los liberaran esa misma noche. Luego pensaron: “Tal vez mañana”. Después fue: “Sin duda, será esta semana”. Luego: “De cierto será este fin de semana”.

Dale escribió: **Si nos hubieran dicho que estaríamos aquí por dos semanas, habríamos pensado que no podríamos soportarlo. El Señor nos está ayudando a atravesar esta experiencia.**

Otra vez surgió el tema de escapar. Esta nueva ubicación era mucho más abierta y por lo visto sería fácil marcharse. El único inconveniente era que serían visibles durante unos cinco minutos antes de poder esconderse detrás de algo y ponerse a cubierto.

Algunos sugirieron que, ya que de por sí frecuentemente caminaban en círculos, debían intentar calcular cuánto tiempo les duraría a todo el grupo caminar un kilómetro y medio. Los hombres contaron los pasos en uno de sus círculos y luego tomaron el tiempo que les llevaría. Calcularon que les había durado dieciséis minutos caminar esa distancia o cerca de 6,5 kilómetros por hora.

Se preguntaban: ¿cuánto tiempo tardarían en volver a la carretera si todo salía bien? Estaban de acuerdo que no duraba mucho. Parecía tan

cerca y, sin embargo, a una distancia imposiblemente lejana. También dialogaron de dirigirse hacia el orfanato que habían visitado.

Pelirrojo seguía cuidando muy bien de Sòlda. Ninguno de los demás guardas parecía apreciar al perro, por lo que los misioneros concluyeron que le pertenecía a Pelirrojo.

—Sòlda es mi mejor amigo —dijo Pelirrojo en una o dos ocasiones. Si los misioneros salían por la mañana y hallaban dormido a Pelirrojo, era común hallar a Sòlda acurrucado sobre su estómago.

Un día, los rehenes escucharon que Sòlda aullaba a todo pulmón. Hallaron que Pelirrojo le abría forzosamente el hocico al perro y le echaba jugo de cidra. Entonces, él explicó:

—Lo estoy desparasitando.

Una noche, cuando los ventiladores no funcionaban, Austin se tumbó al suelo para tratar de dormir. Sudaba a chorros. Como de costumbre, los guardas habían cerrado todas las puertas y las ventanas. Austin, que prefería dormir en un lugar fresco, aborrecía esta práctica. Además, extrañaba el sonido relajante de los ventiladores.

Muy frustrado y sin poder dormir, Austin se dio vuelta. Decidió que era hora de orar y presentar su lista de quejas a Dios.

A través de la puerta, pudo ver el cuarto adjunto, donde dormían Mateo y Rachel y la familia de Cheryl. Austin vio a

Chassell, Michigan

Bradley, de tres años, oraba casi a diario por André y su familia. A veces su madre entraba a su cuarto para verlo arrodillado junto a la cama o delante del sofá, orando.

Él oraba:

—Señor, que tu presencia esté con la gente en Haití. Permite que vuelvan a casa y guárdalos. Y ayúdalos a poder comer. Y ayuda a los hombres malos a amar a Jesús y soltarlos.

Sus hermanas mayores, de seis y ocho años, oraban por “los secuestradores que secuestraron a los secuestrados”.

Cherilyn sentada contra la pared, obviamente despierta también.

—¿Ya te estás derritiendo? —preguntó él.

—Me estoy imaginando que estoy en un fuego refinador —respondió Cherilyn. Explicó que ella había estado orando y había rendido su derecho de estar libre—. Si Dios me va a librar, que sea su voluntad.

Austin se sintió desafiado por esto y se retractó de la lista de quejas que le había preparado a Dios. En cambio, puso sus circunstancias y su anhelo de libertad en las manos de Dios. Mientras oraba, halló paz al saber que Dios los liberaría de la forma que él considerara correcto.

La posición de Ryan en la lista negra de los guardas se solidificó cuando André se despertó a medianoche, llorando de dolor de estómago. Ya que Melodi también estaba enferma, Ryan deseaba cuidar de André sin molestarla.

Presintiendo que André estaba por vomitar, Ryan corrió a la puerta lateral que estaba cerca. Estaba bloqueada con un barril de agua, pero de una patada, Ryan la mandó a volar. Al instante los guardas lo rodearon, hablando furiosamente. La voz de Ping, que normalmente era suave, se alzó con enojo y frustración al ver esta evidencia adicional del negocio de renovación de hogar de Ryan. Al día siguiente, Ping aseguró la puerta con clavos.

1:30 a.m., Moorefield, Ontario

La madre de Dale dormía, pero soñaba. En su sueño, un bebé lloraba. Se despertó y se sacudió. ¿Cómo podía ser? Todavía podía escuchar que un bebé lloraba, pero no había ningún bebé en la casa.

—¿Es uno de los niños rehenes? —le preguntó a Dios.

El llanto continuó, por lo que ella continuó en oración.

—Dios, por favor consuela al niño.

De inmediato, el llanto cesó.

Domingo, 31 de octubre; día 16

El domingo, el día 16 de su cautiverio, los misioneros invitaron a los guardas a unirse a su culto de adoración, pero estos no quisieron. Bajo los árboles de mango, el grupo habló del cielo. Todos sentían un anhelo de ese lugar de libertad y paz.

Se fijaron en el hombre que pasaba diariamente con el caballo y las tres vacas. Hoy estaba vestido formalmente y cargaba una Biblia, evidentemente de camino al culto.

Ya el pastorcito de cabras había dejado de taparse los oídos cuando el grupo le hablaba. Incluso lograron darle comida cuando tenían bocadillos extra, lo que él disfrutó. Un día tuvieron la brillante idea de pedirle al muchacho que les consiguiera un teléfono. Él se mostró dispuesto, pero se les olvidó especificar que el teléfono debía proceder de fuente externa. El muchacho se acercó a los guardas y les preguntó si podía conseguir el teléfono de uno de ellos para los misioneros. Obviamente, ese esfuerzo acabó en fracaso.

Durante la reunión de oración de la 1 p.m., cuando se reunían para pedir liberación, alguien notó un avión que volaba en círculos muy por encima de ellos. El grupo sabía que había rutas aéreas cerca de ellos. Se había convertido en un pasatiempo divertido gritar la identidad de los aviones que se aproximaban al aeropuerto de Puerto Príncipe. “¡Sunrise!” “¡Jet Blue!” “¡American!” Hasta Shelden y André participaron este deporte, aunque no podían identificar los aviones.

Ahora, este avión parecía más pequeño que un avión internacional y claramente volaba en círculos. Brandyn agitó una camisa de color encendido, como si la estuviera secando, en un esfuerzo por llamar la atención. Luego, el grupo caminó en forma de ocho durante un rato, pero no hubo respuesta de parte del avión. Aunque era imposible saber el objetivo del avión, el grupo sentía que sus esperanzas aumentaban. Tal vez alguien en el mundo afuera sí sabía dónde estaban.

En la tarde, llegó un nuevo guarda y Ping le dio entrenamiento con

armas de fuego. Ver el entrenamiento con armas de fuego fue una diversión agradable para los rehenes. El grupo apodó al nuevo guarda Novato. El entrenamiento terminó en una lucha entre Ping y Novato en la maleza, lo cual fue una comedia bienvenida.

Al igual que Ping, Novato se creció asistiendo regularmente a una iglesia. Fue bautizado en una congregación evangélica convencional. Las circunstancias desesperantes lo habían inspirado a unirse a la pandilla.

—¿Por qué no trabajas como agricultor? —le preguntó uno de los rehenes.

—No poseo terreno, y tengo seis hijos que alimentar —respondió.

Samuel todavía de vez en cuando le hablaba a Ping respecto de la salvación, y este dijo que deseaba convertirse.

—Pero no puedo hacerlo cuando ustedes están aquí, porque tengo que vigilarlos —le dijo a Samuel.

Samuel sabía que contaba el costo, por lo que le dijo:

—Jefe, si no te arrepientes hoy, temo que nunca lo hagas. La Biblia dice: “Hoy es el día de salvación”. No puedes continuar postergando el asunto de la misma manera.

Lunes, 1 de noviembre; día 17

El lunes, día 17, fue otro día aburrido.

Algunos de los hombres hicieron flexiones, creando un poco de distracción para pasar el tiempo. Incluso Pelirrojo y Novato se unieron a la actividad.

Austin notó la fecha con profunda tristeza. Era el cumpleaños de su hermana menor; y no había manera de llamarla.

Ya habían pasado más de dos semanas y aún no había señales de liberación. Una vez más surgió el tema de escaparse. Austin, que recientemente había rendido su libertad a Dios a menos que este actuara a su favor, no estaba preparado para hacer planes de escaparse. Otros también sintieron lo mismo y comenzó a surgir una división en el grupo

sobre este tema.

Más tarde, Samuel diría:

—Nos llamábamos la pequeña iglesia, en la cual teníamos problemas.

Cherilyn recordó los desafíos de aprender a llevarse bien en espacios reducidos. Ella dijo:

—No siempre fue fácil. Había personas de todos los trasfondos, muchos de los cuales no se habían conocido bien antes del secuestro. Renunciar a la privacidad y al espacio personal significó que vimos tanto los puntos altos como los bajos de los demás. Un día alguien diría algo ofensivo o heriría los sentimientos de otro, pero no había otra opción aparte de perdonar y llevarse bien. No había otro lugar adónde ir, no había forma de evitar a nadie. Fue una lección que sentí que Dios me enseñaba.

Lanmò San Jou se presentó en la noche y les aseguró a los rehenes que no pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a casa. Sin embargo, su presencia malvada y olorosa fue tan repugnante que todos se sintieron oprimidos cuando se despidió.

Base de Titanyen

En cuanto a Grace Mast, muchas tareas prácticas le aparecieron en la lista de quehaceres pendientes. La comida se echaba a perder en los refrigeradores en la base de Titanyen. Además, los funcionarios gubernamentales querían que el equipaje estuviera listo para cada rehén en caso de que se diera una liberación repentina.

Julia, la esposa de Barry, no tenía mucho tiempo libre entre cuidar de sus cinco hijos pequeños. Sin embargo, la familia Shenkster de Puerto Príncipe continuó su estancia en Titanyen para apoyar al resto del personal. Dado que su esposo apoyaba a los hombres de la base, la señora Shenkster se unió para ayudar a Grace. Ambas mujeres echaron la comida mohosa en la basura, descongelaron los congeladores e hicieron maletas. Era un sentimiento extraño hacer las maletas de otra

persona, pero las mujeres pudieron encontrar artículos básicos y los pasaportes para la mayoría de los misioneros secuestrados.

Peor que las tareas físicas era la carga psicológica de esperar que sucediera algo.

Grace escribió en su diario: “Esperando, esperando, esperando... ¡la liberación de los rehenes!”

Berlin, Ohio, Oficinas centrales de CAM

Aunque se tomó la decisión de aceptar la donación anónima para pagar el rescate y al tercer negociador, las reuniones no acabaron. Dado que los funcionarios gubernamentales predijeron una rápida liberación, era necesario hacer planes sobre lo que sucedería cuando los rehenes fueran liberados. ¿Serían evacuados a los EE. UU. de inmediato? ¿Sería necesario cerrar la base en Titanyen?

Además, se requirió de mucha burocracia para autorizar oficialmente al donante anónimo a proceder con las negociaciones para la liberación de los rehenes. Para honrar los deseos del donante, CAM acordó no pedir detalles respecto del monto del rescate ni los resultados de las negociaciones.

Tampoco habían acabado las luchas por alcanzar la unidad en la junta directiva de CAM y el equipo de crisis. No todos los miembros estaban de acuerdo todavía.

El acta decía: “Tuvimos cierto conflicto respecto de la estructura de equipo, conflictos de opiniones y la búsqueda de respeto mutuo mientras lidiamos con asuntos difíciles”.

NECESITAS SER PUESTO EN LIBERTAD

Martes, 2 de noviembre; día 18
6 a.m., Campamento de los pandilleros B

Conforme pasaban los días en cautiverio, era fácil preguntarse si Dios sabía su situación o si le preocupaba. ¿Y alguien más sabía o le preocupaba? Sin duda, las familias sí se preocupaban. ¿Pero alguien hacía algo al respecto? ¿No había manera de poner fin a esta terrible experiencia?

Algunos de los rehenes ganaban fuerza y esperanza al contemplar los amaneceres y atardeceres. A la mayoría de la familia Noecker le gustaba hacer esto y Austin muchas veces se unía a ellos.

En la mañana del 2 de noviembre, Samuel también se encontraba afuera. El desánimo lo asediaba y necesitaba pasar tiempo a solas con

Dios. En busca de soledad, dio la vuelta a la esquina de la casa para orar, en lo más solo que se podía estar en presencia de los guardas.

Después de pasar un rato en oración, Samuel vio un movimiento por el rabillo del ojo. Frogui estaba debajo del último árbol de mango. Extendía la mano y colocaba un corcho en lo que parecía una botella de vino en una bolsa de plástico negra. El corcho tenía alambres muy extraños que lo atravesaban. Frogui de repente alzó la vista y vio que Samuel lo miraba.

Él le dijo:

—Esto es cosa del diablo. No lo toques o te morderá.

Hora de oración de 5:30-5:45

Durante el tiempo de oración en la madrugada, una mujer fue dirigida por el Espíritu Santo a orar por Haití y los misioneros secuestrados. Mientras oraba, el Señor colocó en su mente tres cosas específicas por las que debía orar:

1. La salvación de los secuestradores.
2. Que dejaran caer las cadenas que los mantenía cautivos.
3. Que la fortaleza del vudú en el país se rompiera.

Más tarde esa mañana, una amiga la llamó y dijo que ella sentía un peso de orar por Haití. De inmediato comenzó a orar y, sin ninguna indicación, oró por las mismas tres cosas.

El desafío era inconfundible. Ya que Frogui practicaba el vudú como religión, Samuel sabía que no era broma. Debatió sobre qué hacer ahora. No tenía manera de saber que allá en Estados Unidos, minutos antes, alguien había estado orando en contra del vudú que practicaban los secuestradores.

Samuel recordó escuchar un sermón titulado “Cómo interponerse en el camino de la maldad”. El pastor había enfatizado que Daniel en el Antiguo Testamento no temió interponerse ante la maldad. No le importó que lo lanzaran a los leones. El pastor¹ había

¹ Val Yoder

dicho:

—Si no me interpongo a los enemigos de la verdad y la moralidad, ¿realmente estorbo los caminos de la maldad?

Froguí ya había desaparecido.

Samuel oró:

—Oh, Dios, ¿qué hace un cristiano ante semejantes amenazas? ¿Qué debo hacer? Dios, creo que somos llamados a estorbar la maldad.

Después de que Froguí se fue, Samuel se acercó a los que contemplaban el amanecer y les contó el suceso. Entonces, les preguntó:

—¿Qué debemos hacer al respecto?

Austin sugirió:

—Tomaría esa botella y la lanzaría lo más lejos posible.

—¿Te gustaría el honor de hacerlo?

—Claro. —A Austin le encantaba jugar golf de disco. ¿Por qué no practicar sus lanzamientos?

Samuel tomó la botella y dijo:

—Satanás, te reprendo en el nombre de Jesús. Señor, protégenos. Cúbrenos con el poder de Jesucristo.

Él entonces le entregó la botella a Austin.

Con una mirada de determinación, Austin lanzó el símbolo de hechicería lo más lejos que pudo en el campo adjunto. Los ojos de Samuel siguieron la botella, y la miró cuando se abrió de golpe al caer a tierra. Él pensaba que podía ver que se vertía un líquido rojo. Brandyn recordó que después de que la botella cayó al suelo, el líquido salió como agua de una manguera. Cuando se volvieron, podían ver la botella tirada en el campo.

11 a.m., Berlin, Ohio, Llamada de conferencia familiar

Tal como lo había hecho durante las últimas dos semanas, James Yoder de CAM se reunió con las familias de los rehenes en una llamada de conferencia matinal. Cada mañana, él proporcionaba actualización

disponible y leía algunos de los mensajes de ánimo que habían llegado.

James deseaba tener más que compartir, pero no había ninguna noticia de última hora. Ningún indicio de cualquier acción inminente, ni de parte de los negociadores ni de la pandilla. Es decir, no había indicios de que los rehenes regresarían pronto a casa.

La noticia que se conoció el 2 de noviembre, 2021, no fue del tipo que se puede compartir como ánimo. *The Caribbean Times*, un diario de la ciudad de Nueva York, informó sobre el asesinato de un profesor haitiano que había sido secuestrado el mismo día que los misioneros de CAM. Ahora, después de que la familia del profesor pagara parte del dinero del rescate, la pandilla lo había matado.

El artículo concluyó: “Mientras tanto, los diecisiete misioneros estadounidenses y canadienses secuestrados hace más de dos semanas siguen retenidos por sus secuestradores, que exigen 17 millones de dólares como rescate. La policía de aquí cuenta con la colaboración de los funcionarios de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI por sus siglas en inglés) que buscan a los misioneros”.

6 p.m., Campamento de los pandilleros B

El día pasó más rápido que a veces porque los rehenes tenían una meta: limpieza de la casa. Con el agua para bañarse que se transportaba en barriles, lavaron las paredes y trapearon los pisos. Ryan abrió a la fuerza algunas ventanas para que entrara más aire.

Samuel estuvo en alerta máxima después de que habían tirado la botella de Frogui, pero conforme pasaba el día, se relajaba. Habían encomendado su acción al Señor y no había nada más que hacer al respecto.

Dale reportó haber visto tres serpientes, pero más allá de eso, el grupo no había sufrido ningún mal durante el día. El avión que habían visto los últimos dos días apareció nuevamente, volando en círculos alrededor de ellos.

Al caer la noche, los diecisiete rehenes se reunieron bajo uno de los

árboles de mango fuera de la casa para su rato de adoración de la tarde. Los campos y el paisaje que los rodeaban desaparecían de su vista poco a poco. Pronto tendrían que volver adentro para pasar la noche. El día 18 había pasado a la historia. ¿O no había acabado?

—¡Allá viene! —le dijo Brandyn a Wes, que estaba sentado junto a él.

En efecto, Frogui se aproximaba hacia el último árbol de mango en la fila, con una linterna en la mano. Aunque los rehenes no recordaban haber visto la botella antes del episodio de esa mañana, al parecer era parte del ritual diario de Frogui. Ellos vieron la luz de su linterna que alumbraba la tierra debajo del árbol. Entonces escucharon su voz airada que interrogaba a los guardas.

—¿*Kot bidon?* (¿Dónde está la botella?)

Aparentemente los guardas no le dieron a Frogui la respuesta que deseaba, porque se dirigió hacia el círculo de misioneros.

—¡Samuel! ¿*Kot bidon?*

Aunque Austin había lanzado la botella, Frogui automáticamente fijó su furia en Samuel porque él era el que hablaba el criollo más fluido y expresivo. Samuel siempre era culpado por cualquier problema aparte de las renovaciones de hogar, las que bien se sabía que eran trabajo de Ryan.

Samuel respondió:

—La lanzamos lejos.

—¡No! ¡No! ¿Dónde está? —vociferó Frogui.

—La botamos.

Frogui se abalanzó hacia Samuel como si estuviera poseído. Samuel clamó:

—¡Satanás, te reprendo en el nombre de Jesucristo!

Frogui retrocedió como si lo hubieran golpeado con un ladrillo.

Alguien del grupo comenzó a cantar y los demás unieron las voces. Mientras cantaban, un guarda se aproximó con una escopeta. Frogui la tomó y se apoyó en ella, como si escuchara el canto. Animados, los rehenes continuaron cantando. De vez en cuando, Frogui comenzaba

a gritar al final de un canto, exigiendo saber dónde estaba la botella y acusaba a Samuel de habérsela robado. Pero siempre alguien tenía listo otro himno y los demás se unían al canto, ahogando así la diatriba de Frogui. Ellos cantaron cantos para niños, coros, himnos. Cualquier cosa para mantener calmo a Frogui.

Samuel finalmente sugirió que entraran a la casa para pasar la noche. Era hora de acabar con las actividades de la noche.

Sin embargo, Frogui no había terminado. Caminó hacia la casa, bloqueando la entrada. Con voz fría, dijo:

—Dime dónde está la botella. ¡Samuel!

Furioso, Frogui nuevamente se lanzó hacia Samuel.

Otra vez, Samuel reprendió a Satanás y Frogui retrocedió.

No sabíamos lo que él iba a hacer, pero su aspecto y voz daban la impresión de que quería matar a Samuel, escribió Dale en su diario al día siguiente.

Mientras el grupo continuaba orando, clamando, pidiendo la ayuda de Dios, más guardas llegaron al lugar. Reinó el caos.

Frogui gritó:

—Necesito tener esa botella antes de que amanezca. Si no, los golpearemos.

Ping, el jefe de los guardas, llegó pronto.

—Si no nos dices dónde está la botella, te golpearemos sin parar hasta que nos lo digas.

—Estoy preparado para eso. De acuerdo. Comiencen a golpearme —dijo Samuel.

Ping sacó una pistola de su cinturón.

—Samuel, ¿sabes qué es esto? Es un arma. ¿Sabes lo que pueden hacer las armas?

Samuel sonrió.

—Jefe, no te tengo miedo.

Brandyn y Ryan se acercaron a Samuel mientras los guardas

continuaron gritando.

—No irás a ningún lado hasta que nos muestres dónde está la botella. ¡Muéstranos o te golpearemos! ¡Te mataremos!

—Adelante. Estoy listo para que me golpeen. Estoy listo para morir. Lo único que harán será enviarme al cielo.

—No te dejaremos entrar a la casa hasta que nos digas dónde está la botella —vociferaron.

Melodi y Cheryl decidieron entrar con sus hijos pequeños, mientras algunas de las demás mujeres se sentaron en el corredor. Todas continuaron orando, pero los hombres no se apartaron de Samuel. Se apoyaron mutuamente, orando en voz alta.

Después, Ryan recordaría:

—Esos hombres estaban lo suficiente enojados como para matarnos. Y, sin embargo, no pudieron atacarnos.

Mientras Frogui rabiaba contra Samuel, los demás guardas corrían alrededor, buscando la botella. Buscaron detrás de la casa y registraron la letrina recién cavada que había reemplazado al muro de lamentaciones.

Samuel nunca había visto a Frogui tan enojado. Sabía que esta podía ser la noche en la que tendría que dar su vida por Cristo. Samuel estaba en el centro de un semicírculo. Frogui bloqueó la puerta de la casa y se enfrentó a él, muy furioso. Dale, Austin, Wes y Brandyn estaban a un lado de Samuel, mientras Ryan estaba al otro lado, junto con varias de las mujeres que no habían entrado a la casa.

Una vez más, Frogui se dirigió hacia Samuel, gritando. Brandyn y Ryan, uno a cada lado, abrazaron a Samuel.

—Satanás, te reprendo en el nombre de Jesucristo —dijo Samuel nuevamente.

Frogui se detuvo, cerca de Wes. Siempre que el grupo oraba o clamaba a Jesús, Frogui parecía incapaz de continuar con su ataque.

Wes le puso la mano en el hombro a Frogui. Su voz calmada y suave llevaba más autoridad que los gritos de Frogui.

—Mira, tú eres el que estás encadenado. Satanás te tiene atado y necesitas ser puesto en libertad.

Frogui se volvió a Wes, escuchando. Casi parecía haberse olvidado de Samuel. Brandyn recordó un versículo que había memorizado de los Proverbios: “La blanda respuesta quita la ira”. La verdad de este versículo se cumplía frente a él.

Wes continuó:

—Tú necesitas esa botella para protegerte, pero nosotros tenemos ángeles que nos protegen.

La voz calmada de Wes tranquilizó al hombre furioso por un momento, pero Frogui pronto entró en la casa en busca de la botella. Los misioneros lo siguieron, y se reunieron en la sala del frente. Frogui pronto salió del cuarto, sin la botella. Volvió a gritarle a Samuel, indignado porque no había podido hallar la botella dentro de la casa.

Wes se unió a los demás en oración, clamando a Dios. Sintió que algo iba a suceder. Algo tenía que pasar. Con los demás, él oró pidiendo liberación. Tal vez Dios cegaría a los guardas. Quizás esta era la noche que esperaban. La noche en que escaparían y volverían en carrera a la base de Titanyen. La noche en que debían alejarse sin mirar atrás.

Después de mucha gritería, caos y tensión, los guardas finalmente volvieron a salir. Unos minutos más tarde, Ígor asomó la cabeza por la puerta y preguntó:

—¿Tienen galletas?

Todos se rieron nerviosamente. Pronto dejaron escapar suspiros temblorosos y se relajaron los músculos. Melodi se levantó de un salto. Tomó las galletas de vainilla añejas y una caja de Doritos tamaño bocado. Colocó las galletas encima de los Doritos y le pasó todo el bulto por la puerta.

La caja pronto regresó volando por la puerta. Al parecer, no todos los guardas sentían deseos de recibir una ofrenda de paz.

Finalmente, tal vez en parte por la interrupción de las galletas, las

cosas se calmaron. Un rato después, escucharon que los guardas afuera le decían algo a Frogui. ¿Será que habían encontrado la botella?

Algunos permanecieron despiertos para orar y cantar durante varias horas hasta que sintieron paz de que Dios los cuidaría el resto de la noche.

Mientras la batalla rugía esa noche, llegaron dos correos electrónicos más a la bandeja de entrada de CAM.

SE ESTABLECE UNA RUTINA

Miércoles, 3 de noviembre; día 19
Campamento de los pandilleros B

*a*l día siguiente no había señales de la botella en el campo.
Ping le dijo a Samuel:

—Te portaste muy mal anoche. Deberías estar atado.

En general, los guardas parecían pacíficos.

Frogui, sin embargo, no quería hablarles a los rehenes cuando trajo los espaguetis de la mañana. Al fin dijo que Ryan y Samuel eran bandidos y que los mataría.

Cuando Lanmò San Jou descubrió lo sucedido, les dijo a los guardas que no estaban vigilando a los cautivos debidamente. Después de esto, conducían a los rehenes a la casa a las 6 p.m. en punto. Así, Frogui

podría realizar sus prácticas de vudú sin la interferencia de ningún seguidor de Jesús. Por la mañana cuidaba de la botella antes de que se levantaran los rehenes.

Con este sistema, los rehenes vieron la bolsa negra y la botella solamente unas cuantas veces más. Cierta vez vieron que Frogui la cargaba y en otra ocasión, Cheryl la vio debajo del árbol de mango, como al principio.

Más tarde, los rehenes recordaron las serpientes que habían visto el día anterior. ¿Era posible que la destrucción de la botella de Satanás había provocado una afluencia de serpientes? Cherilyn recordó que esto mismo había sucedido en Tailandia cuando el pueblo destruyó un ídolo.

Ya sea que las serpientes estaban relacionadas con el asunto o no, el incidente de la botella dejó su huella en el grupo.

Más tarde, Ryan les dijo a los demás:

—Estuve completamente agotado durante todo el proceso. No puedo entenderlo.

Dale recordó:

—Fue un fuerte estímulo a nuestra fe, pero también nos sentimos muy agotados físicamente después de que terminó. Creo que los guardas sentían más respeto por nosotros y nuestra fe después de eso. Vieron que nuestro Dios es más poderoso que su señor.

Melodi recordó:

—Se sentía tan claramente una división entre el bien y el mal. Los hombres tanto deseaban hacernos daño, y no pudieron—. Podía imaginarse ángeles que volaban alrededor del grupo esa noche.

Ahora, además del agotamiento, el grupo se sintió agradecido con Dios por ayudarles a superar la situación. El poder de Jesús había vencido. No estaban libres del cautiverio, pero en comparación con sus captores, estaban libres en espíritu.

Como si las galletas de la noche anterior le hubieron soltado la lengua, Ígor tenía noticias que compartir la mañana siguiente:

—El gobierno de los EE. UU. sostiene conversaciones con el gobierno de Haití en cuanto a ustedes. Creo que no seguirán en cautiverio por mucho tiempo más.

Ryan y Melodi estaban cada vez más preocupados por el espíritu de André. Su hijito siempre había amado a su papá. Cada vez que Ryan regresaba a casa, André se llenaba de alegría. Ahora estaba desarrollando un distanciamiento extraño hacia Ryan. A la vez, quería pasar tiempo con Frogui, un adorador del vudú, e insistía en que era un buen hombre.

También a Ryan y Melodi les molestaba que André solo lloraba durante la noche, como si la luz del día le sanara la enfermedad. ¿Qué tipo de enfermedad aparecía solo de noche?

Ryan y Melodi habían animado a André a saludar a los guardas y a Frogui por medio de chocar los puños. Esta manera de saludarse parecía perfectamente bien cuando llegaron por primera vez al campamento de los pandilleros.

Ahora ellos evaluaron este saludo más de cerca y decidieron que debía parar. No estaban seguros por qué Frogui y los demás se tocaban el corazón después de chocar los puños. Sin embargo, ¿podría ser una manera para que Satanás entrara en la vida de los niños? Le dijeron a André que dejara de chocar los puños con los pandilleros.

Jueves, 4 de noviembre; día 20

Ahora Wes usaba el pantalón rosado que Brandyn había tomado del costal de ropa. Se lo puso y se sentó afuera, y escribía en su diario de toallas de papel, observando mientras Ping trabajaba en una puerta.

Las renovaciones de hogar no parecían ser el punto fuerte de Ping. Había reemplazado la puerta al revés, con una bisagra también al revés. Ya que Ping había dejado claro que no querían ayuda, los rehenes, incluido Austin, el constructor, solo se limitaron a observar. Con la ayuda de Novato, Ping por fin puso la puerta en la posición correcta,

pero la bisagra todavía estaba al revés, por lo que la puerta se inclinó hacia la derecha. Para resolver el problema, Ping cortó parte del marco de la puerta para abrirle más espacio a la puerta torcida.

Wes, Dale y todos los demás se sintieron contentísimos cuando apareció un frasco de mantequilla de cacahuets entre los bocadillos. No quitó el antojo de fajitas de bistec y pollo a la parrilla, pero fue un deleite bienvenido.

En las oraciones de la mañana, Ryan y Melodi compartieron su preocupación en cuanto seguir practicando el saludo de chocar los puños. Cheryl estaba de acuerdo y pidió que Shelden también dejara de participar en este saludo. Ella dijo:

—Si quieres saludarlos, tienes que estrecharles la mano.

Todo el grupo se enfocó en orar por la protección de los niños.

Las llagas en los pies de Wes empeoraban. Lo que había comenzado como un caso leve de pie de atleta se había infeccionado por el agua que usaban para bañarse y ahora casi no podía caminar. Muchos de los demás también luchaban con heridas.

Al darse cuenta de la difícil situación de Wes, Cheryl le vendó las heridas de los pies con tiritas. Les contó a los demás lo que había aprendido cuando Ray se cortó uno de los dedos con una sierra de mesa. Alguien les había dicho que mojaran la mano en agua con ceniza. Tal vez si convencieran a los guardas de que les permitieran hacer un fuego, podría sanar las heridas con las que luchaban.

Viernes, 5 de noviembre; día 21

¡Feliz cumpleaños!

Melodi nunca esperó cumplir sus veintiocho años en un campamento de pandilleros. De niña, su madre siempre había hecho de su cumpleaños un día especial. Melodi recordó pasteles y regalos y, a veces, una fiesta.

En la oración de la mañana, el grupo le cantó “Feliz cumpleaños” a

Melodi. Más tarde ese día, Cherilyn usó mantequilla de cacahuets para lustrar uno de los pasteles de vainilla en las cajas de plástico transparente. Con un alfiler, trazó “Feliz Cumpleaños, Melodi” en la mantequilla de cacahuets, luego colocó un fósforo a modo de vela.

Aunque el pastel había comenzado a enmohecerse, Melodi apreció mucho el pensamiento que estimuló el gesto. La mantequilla de cacahuets fue una delicia.

La voz áspera del guarda Señor Actitud era suficiente para hacer que una persona anhelara un trato especial en su cumpleaños. Cuando Melodi comenzó a lavar una pieza de la ropa de Laura en una pequeña cubeta amarilla, el Señor Actitud insistió que ella más bien llenara la tina grande con agua y jabón.

—¿Por qué debería llenar toda la tina para lavar una pequeña prenda?

Ya que el Señor Actitud insistió, ella llenó la tina grande de agua para lavar la prenda.

Al Señor Actitud no le gustaba cuando Melodi hablaba en inglés. Con enojo, le dijo:

—Tú sabes criollo. Actúas como si no entendieras lo que digo.

Melodi le dijo:

—Bueno, puedo entender un poquito, pero necesitas hablar más despacio y no gritar tan fuerte. Entonces, tal vez te entienda.

Estaba claro que el granjero que pasaba diariamente por la casa de los rehenes se compadecía de su situación. Intercambiaban saludos con él todas las mañanas y tardes.

Finalmente, Samuel decidió escribirle una carta, pidiéndole ayuda. ¿Será que este señor amable que pasaba con su Biblia los domingos estaría dispuesto a ayudarles? Tal vez estaría dispuesto a prestarles el teléfono.

Cuando el hombre pasó, Brandyn le entregó la nota, escrita en criollo en una toalla de papel blanca. El granjero la tomó discretamente y

siguió su camino con sus animales.

Cuando el granjero volvió esa tarde, se posicionó donde los guardas no lo podían ver e hizo una seña cortante en su cuello.

Los misioneros comprendieron. A pesar de que quisiera ayudar, la pandilla lo mataría si lo descubrían. Era un riesgo demasiado grande.

Con algo de persuasión, los guardas permitieron que los rehenes encendieran su propio fuego para uso médico. Fue agradable tener algo que podían hacer. Recoger la leña y encender el fuego les trajo recuerdos de acampadas pasadas y noches acogedoras con bocadillos y amigos.

Cuando Frogui llegó con el almuerzo, anunció que había estado en una reunión con los grandes jefes. Nadie sabía lo que eso significaba.

La cena de esa noche consistió en una escasa comida de arroz blanco y salsa. Todos nos acostamos con hambre, escribió Rachel.

La cantidad de guardas en la noche seguía siendo aproximadamente el doble que durante el día. Más tarde esa noche, cinco de los rehenes salieron de la casa a la misma vez para ir a la letrina. Solo un guarda estaba cerca y frenéticamente comenzó a disparar al aire, pensando que se escapaban. Los demás guardas rápidamente llegaron corriendo.

Valle Grande Ronde, Oregón

La madre de Melodi deseaba poder enviarle a su hija una tarjeta por su cumpleaños. Habían orado que Melodi fuera puesta en libertad antes de su cumpleaños. Sin embargo, aquí estaban, sin siquiera poder hablar.

Sábado, 6 de noviembre; día 22

Campamento de los pandilleros B

Los misioneros decidieron que era hora de una reunión de rendición de cuentas. En la base de Titanyen, los hombres acostumbraban a reunirse el primer sábado de cada mes. En cambio, las mujeres se reunían el primer lunes del mes por la noche en la casa de Kay, donde bebían

té y hablaban mientras los hombres cuidaban de los niños. Compartían cómo iban las cosas en su andar con Dios. Si alguna tenía cierta lucha, las demás oraban por esa persona.

Los rehenes concluyeron que no había razón por la cual no pudieran continuar con la tradición donde estaban. Después de todo, su horario no era exigente. El único cambio fue que dirigieron la reunión de hombres y de mujeres al mismo tiempo.

Más tarde ese mismo día, por fin lograron hervir una olla de agua con cenizas de madera. Wes se mojó los pies en el agua y Cheryl se los volvió a vendar. Las cenizas de madera crearon una solución de lejía y el agua tibia mejoraba la circulación. Quizás Ray no había perdido el dedo en vano.

Aunque a los niños les había resultado difícil dejar de chocar los puños con los guardas, parecía estar ayudando. La actitud y conducta de André habían cambiado de forma significativa. Después de haber prohibido el saludo, Shelden les dijo que los golpes de puños eran la manera en que los guardas “hacían conexión con mi corazón”. Cheryl le agradeció a Dios que le habían puesto fin al asunto.

Domingo, 7 de noviembre; día 23

Lanmò San Jou llegó con su rostro inexpresivo, como de costumbre, en una nube de perfume que lo precedía. La única vez que alguien vio alguna emoción en su rostro fue cuando se rio de la predicación de Samuel.

El “gran jefe” habló largo rato con Ping. Luego se acercó y le dio su teléfono a Samuel, diciendo que alguien deseaba hablar con él.

En inglés, la persona preguntó:

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo estás?

—Samuel Stoltzfus. ¿Quién eres tú? —respondió Samuel en inglés.

—Soy el negociador. Estamos trabajando para que sean puestos en libertad.

—¡Habla en criollo! —vociferó Lanmò San Jou.

—¿Cuáles son los últimos cuatro dígitos de tu número de seguro social? —continuó el que había llamado.

Samuel comenzó a decir los números, pero antes de que terminara, Lanmò le arrebató el teléfono y se lo dio a Ryan.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó la persona.

—Ryan Korver.

—¿Hablas inglés o criollo?

—¡Inglés!

—¿Puedes darme los últimos cuatro dígitos de tu número de seguro social?

—¡No!

La persona volvió a preguntar y Ryan otra vez rehusó.

Lanmò tomó el teléfono y se alejó, dejando a los misioneros a sus espaldas.

—¿De verdad les diste tu número? —le preguntó Ryan a Samuel.

—No creo que lo hayan escuchado —dijo Samuel.

El grupo hablaba nerviosamente del asunto por un rato. ¿Cuál fue el propósito? ¿Se había dado cuenta la pandilla de que no iban a recibir dinero y ahora querían robarles sus identidades y vaciar sus cuentas bancarias?

Sin embargo, más tarde, Ping compartió una buena noticia con el grupo:

—Dentro de cuatro días, volverán a casa.

Emocionados, los rehenes dialogaron esta novedad. ¿Había salido de prisión el líder de la pandilla? ¿O posiblemente habían pagado el rescate? Los misioneros intentaron moderar su entusiasmo con realismo. Sabían que en Haití pocas cosas sucedían según lo planeado. En cambio, Ping parecía estar emocionado y seguramente no lo habría malentendido.

Kay le dijo a Ping:

—El cumpleaños de mi mamá es dentro de tres días. Quiero felicitarla.

—¡Se irán pronto! Es posible que sea un poco tarde para que le desees feliz cumpleaños, pero te irás y podrás decírselo pronto.

Wes se volvió a mojar los pies en el agua con cenizas. Sentía más dolor que nunca.

Ladysmith, Wisconsin

Después de la llamada telefónica con Ryan, los funcionarios fueron a encontrarse con los padres de Ryan.

Reprodujeron la grabación de la conversación con Ryan y Samuel.

—¿Es tu hijo el que habla? —preguntaron—. Él no contestó nuestra pregunta de prueba de vida.

—¡Sí! Sin duda —contestaron.

Los padres de Ryan se sintieron animados. Su madre dijo que Ryan sonaba como lo conocía: decidido. Sonaba fuerte. No abatido ni desanimado.

Lunes—miércoles, 8–10 de noviembre; días 24–26

Campamento de los pandilleros B

La emoción por la liberación inminente mantuvo los niveles elevados. Wes con costo podía caminar, aunque sus pies parecían estar mejorando con los baños de ceniza. El hogar parecía estar tan cerca. El grupo habló de organizar un reencuentro en algún momento después de su liberación.

El negocio de renovaciones de hogar de Ryan hizo otra visita de servicio. Con palanca, Ryan por fin logró alcanzar la ventana cerrada que estaba sobre su cabeza y la abrió forzosamente. La voz de Ping, normalmente suave, se hacía fuerte cuando estaba enojado y en esta ocasión, casi explotó:

—¡Destruyes todo lo que yo hago! No eres mecánico.

Ryan sintió cierto remordimiento. No estaba seguro de dónde estaba la línea entre ayudar a su familia y respetar los deseos de Ping.

Para su desilusión, el grupo descubrió que el cumpleaños de Kay había sido el día después del de Melodi, el 6 de noviembre y nadie lo había celebrado. Para compensar esta deficiencia, le cantaron “Feliz cumpleaños” tres veces.

Otro día muy, muy largo, escribió Rachel en su diario.

Esa noche llovió. Ryan y Melodi se despertaron y hallaron que su colchón estaba en un pozo de agua que caía del techo lleno de goteras.

Al día siguiente, los misioneros vieron a una anciana que pasaba tambaleándose por el camino. Poco después de pasar junto a ellos, se encontró con un granjero que comenzó a golpearla. El grupo de misioneros no pudo hacer mucho, pero se pusieron de pie de un salto y comenzaron a gritarle que dejara de golpearla. Dichosamente les obedeció.

Los guardas escucharon la conmoción y se acercaron. Explicaron que la señora era ladrona y por tanto merecía tal trato.

Pronto llegó Zigzag con unos mangos. No estaba claro si los mangos eran para los guardas o para los rehenes, pero André los sacó del apuro.

—¡Mangos! ¡Muchísimas gracias! —gritó.

¿Qué podía hacer Zigzag aparte de entregarlos?

Zigzag fue muy fiel en hallar a un granjero que les bajara cocos a ellos. Sin embargo, no siempre cumplía. Un día, Brandyn se cansó de esperar y tomó el asunto en sus propias manos.

Usó el pantalón rosado para subirse a un cocotero cuando ningún guarda lo miraba y comenzó a bajar cocos uno tras otro.

Calambre, un guarda de voz oscilante y cantarina, vio a Brandyn arriba en la palma y comenzó a gritar. Temía que Brandyn se cayera y se quebrara un hueso.

Dejando a un lado los mangos y los cocos, la pregunta candente para el grupo era si de verdad serían liberados el jueves.

El Jefe Caballito pronto llegó en su motocicleta. Señalando un golpe en su hombro, él les informó:

—Ayer tuve un accidente con mi motocicleta.

La forma de conducir del Jefe Caballito era legendaria, así que esto no era una gran sorpresa para nadie. Él parecía deleitarse demostrando sus caballitos al grupo cada vez que venía al campamento.

Samuel se dirigió a él directamente y le preguntó:

—¿Cuándo vamos a salir de aquí?

El Jefe Caballito dijo:

—Si dependiera de mí, ya se habrían ido. Pero no es mi decisión. No sé cuándo sucederá, pero no será esta semana.

La noticia fue una gran desilusión. “Pero, tal vez esté equivocado. Quizás sencillamente no lo sabe”, decidieron. Aun así, su mensaje apagó el entusiasmo que se había estado levantando.

Los misioneros decidieron ayunar el siguiente día en busca de dirección en cuanto a si debían intentar escapar. Pronto se cumpliría un mes entero desde que los secuestraron. Tal vez Dios deseaba que actuaran por su propia cuenta.

Después de que se tomó la decisión de ayunar, alguien hizo una predicción alarmante:

—Van a ver que Frogui mañana traerá huevos revueltos, pan y aguacates.

Y eso fue exactamente lo que sucedió. La mañana siguiente, todos se quedaron mirando con incredulidad, casi babeando con hambre cuando Frogui llegó con su desayuno: huevos, pan y aguacates. Esto fue extremadamente difícil. Después de comer solo espaguetis, casi les fue imposible despreciar el deleite, pero permanecieron firmes y continuaron con el ayuno.

Los guardas se veían deprimidos y tristes. Los rehenes sospechaban de que estaban desilusionados de que la liberación se había cancelado.

Rachel escribió: **Celebramos un culto de alabanza y oración más largo. Hablamos de salir caminando y la conversación se puso un tanto acalorada. Hay una variedad de opiniones.**

Respecto del tema de escapar, la mayoría clasificaba en una de tres

categorías:

Estaban los que no tenían dudas al respecto, dispuestos a arriesgar su vida al hacerlo. Samuel había dejado claro desde el principio que él quería escapar. Rachel una vez dijo que si ella y Mateo no aparecían en un culto de oración, se habían escapado.

A otra parte del grupo le encantaba hablar de escapar, pero se reservaba el intento. A Wes le encantaba dialogar y hacer planes, pero sentía que escapar debía implicar una cuidadosa previsión. Si intentaban escapar y fracasaban, los pandilleros podrían dispararles o encadenarlos de manos y pies. Wes estaba seguro de que solo tenían una oportunidad y no quería arruinarla.

Kay estaba dispuesta a apoyar si otros lo planeaban. No quería presionar, pero si intentaban escapar, deseaba participar. Oró para que el grupo llegara a un acuerdo.

En el caso de Melodi, como madre de dos niños pequeños, la idea de escapar le causaba miedo. Tendía a apartarse de cualquier conversación que se volviera demasiado seria.

Dale estaba dispuesto a intentarlo, pero le preocupaban las consecuencias para los guardas. Ping le había dicho a Samuel:

—Si ustedes se escapan, a todos los guardas nos fusilarán.

Dale se preguntaba: “¿Estará su sangre en nuestras manos si escapamos?”

También había un tercer grupo: los que ni siquiera deseaban hablar del escape. Creían que Dios se mostraría fuerte cuando quisiera y que el razonamiento humano no debería interferir. Desde que renunció a su derecho a la libertad, esta era la posición de Austin, junto con Cherilyn y algunos de su familia.

Samuel por fin se hastió del conflicto, por lo que les dijo:

—Si no pasa nada en la próxima semana, me iré. Mi salud y cordura dependen de ello. Es mejor arriesgarse a morir que permanecer aquí. El que quiera quedarse, que se quede, pero yo me iré.

Nadie dijo mucho. Dale se preocupó por Samuel, pero algunos del grupo estuvieron de acuerdo con él.

Más tarde, Samuel oró al respecto y comprendió que Dios era más fuerte que la confusión mental que temía. Se disculpó con el grupo por sus palabras fuertes. Cuando llegó la fecha límite que él mismo se había impuesto, permaneció con el grupo. Aunque la división en cuanto a escapar parecía insuperable, todos estaban de acuerdo de que debían permanecer juntos.

Wes recordaría:

—Si en algo tuvimos una división en la iglesia, fue sobre este tema.

Esa tarde, un avión grande sobrevolaba la casa. Pelirrojo cargó su escopeta y comenzó a hacer llamadas telefónicas, pero no sucedió nada.

Más tarde ese día, se escucharon disparos en un campo cercano. Ping disparó al aire y luego condujo a los rehenes al interior de la casa. Más tarde descubrieron que unos pandilleros habían estado robando cabras. Era solo una parte de su vida normal: tomar lo que querían de la gente que los rodeaban.

Base de Titanyen

El día que los rehenes ayunaron, Ray comenzó a escribirle una carta a su esposa. No tenía forma de hacérsela llegar, pero le ayudó a procesar sus pensamientos. Su esperanza era que algún día la leyera.

“Te amo, mi amor. Veintiséis días. Ha sucedido tanto y, por otro lado, tan poquito”.

Él le contó su rutina diaria. Desayunaban a las 7:15, luego tenían un tiempo de oración con los hombres de la base. A pesar de que eran pocos, continuaron cantando juntos. Disfrutaron especialmente el himno “*The Solid Rock* (La roca firme)”.

“En los primeros días el canto era muy poderoso y animador. Ahora el canto es un compromiso, un acto de adoración y fe. Muchas veces oramos que Dios ponga un canto en nuestro corazón”, escribió. Le

explicó que las reuniones dos veces al día con las familias de los otros rehenes al principio habían sido largas e informativas. Ahora, normalmente no había mucho que compartir.

Explicó que la base de CAM se cerraría, al menos por un tiempo, y que trataba de juntar energías para hacer las maletas. Él le dijo que cada noche dormía con la ropa puesta y se duchaba y se cambiaba por la mañana.

Él escribió:

“Tengo que reconocer que sí nos reímos varias veces porque Courtney solo traía un vestido”.

Jueves, 11 de noviembre; día 27

El jueves por la mañana, el día en que habían esperado que los pusieran en libertad, amaneció demasiado temprano, a las 4 a.m. Los guardas hacían mucho ruido, por lo que todos, aparte de Kasondra, hallaron difícil dormir mucho más. Además del ruido de los guardas, de fondo se escuchaba el sonido lejano de pesados tambores.

A Wes no le molestaban las noches. Al igual que Kasondra, él normalmente dormía bien y a veces soñaba que estaba de regreso en Tennessee. Se despertaba e informaba a los demás sobre su noche.

—¡Estaba en casa! Anoche nos fuimos de cacería —les contaba.

En cuanto a Wes, dormir era un escape del aburrimiento de la vida en el campamento de los pandilleros. Mateo le advirtió que esto podía ser una desventaja. Él decía:

—¡Wes, Wes, Wes! No te despertarías aun si llegara un ángel.

El problema con la mañana era que todavía faltaban doce horas para recibir noticia. Ellos sabían que todas las cosas importantes sucedían de noche.

Fastidiaron a Ping con preguntas sobre su liberación. Después de todo, se llegó el cuarto día. Al parecer, Ping no estaba contento con la situación, pero confirmó que los planes habían cambiado.

En lugar de ser un día alegre de recibir su libertad, era un día de pruebas. Para comenzar, estuvieron sin agua potable durante gran parte del día. También estaban preocupados por Cheryl, que tenía fiebre alta.

Los guardas hablaron con los misioneros por un rato, y les dijeron que el aeropuerto de Haití estaba cerrado a causa de todos los disturbios.

Ellos dijeron:

—Las carreteras están bloqueadas. No podrían llegar a Titanyen, incluso si fueran liberados.

Viernes, 12 de noviembre; día 28

9 a.m., Sala de conferencia del sótano

Berlin, Ohio, Oficinas centrales de CAM

Cada mañana continuaban las oraciones por los misioneros secuestrados. Jay Stoltzfus dirigió estos tiempos de oración, mientras otro miembro del personal dirigía los cantos. Siempre que podía, Jay le ofrecía al equipo nueva información sobre la situación del secuestro. Después de los anuncios, el personal se dividía en grupos de dos o tres para orar, esparciéndose por el sótano.

Con gran parte del comité ejecutivo ocupado con la crisis de los rehenes, otros miembros del personal tuvieron que asumir cargos desconocidos para mantener la organización en función sin problemas. Héroes anónimos caminaban por los pasillos todos los días mientras el liderazgo se veía obligado a atender la crisis. Jay se esforzaba mucho por brindar ánimo y apoyo siempre que podía.

Campamento de los pandilleros B

Melodi escribió: No hay agua, no hay pañales, no hay papel higiénico. Gracias a Dios que Cheryl se está sintiendo mejor esta mañana.

Como siempre, el tema de escapar volvió a la superficie. ¿Realmente asesinarían a los guardas si escapaban con éxito? Alguien mencionó la historia bíblica del apóstol Pedro. Un ángel lo libró a pesar de que

dieciséis guardas perdieron la vida por no hacer su trabajo. Sin embargo, tal vez una liberación angélica era distinta a un esfuerzo humano por escapar.

Aunque no dijo nada, por primera vez Melodi empezaba a preguntarse si escapar sería la única salida. Cuando escuchó que Samuel dijo que iba a fugarse, le pareció posible. Que uno o dos varones jóvenes se escaparan cuando los guardas no vigilaban parecía razonablemente fácil. ¿Pero diecisiete personas? Melodi sintió que se le encogía el estómago de solo pensarlo. Sus sueños de niña de ser pionera valiente en el Sendero de Oregón se hacían una realidad demasiado difícil. Pero tal vez llegaría a eso.

Algunos pensaron que se necesitaba más fe para sencillamente sentarse y esperar a un ángel de Dios que intentar un escape. ¿Cómo sería si un ángel descendiera y los llevara hasta la puerta de CAM? Otros creían que la fe generalmente implicaba acción, con la confianza que Dios los dirigiría mientras comenzaran a moverse.

—Solo oré que Dios lo dejara claro —recordó Kay.

9:30 p.m., Base de Titanyen

Barry y su familia acababan de dormirse cuando sonó el teléfono. Despertándose de golpe, él lo agarró. El que llamaba dijo:

—Esta noche será la noche. El rescate donado ha llegado y vamos a enviar a nuestro hombre para que lo entregue. Mantente atento a la llamada.

¡Ah, por fin! Después de casi un mes de esta pesadilla, llegaba a su fin. La oscuridad de la noche haitiana se transformó en una tranquilizadora atmósfera de esperanza. Con gran emoción, Barry llamó a Felipe. Se reunieron junto a los vehículos, listos para salir en cualquier momento.

Cuarenta minutos después de la primera llamada, el teléfono de Barry volvió a sonar. Había llegado el momento. Barry contestó, con todos los nervios de punta y preparado para salir.

La persona dijo:

—Olvídate del asunto. Se canceló.

Sábado, 13 de noviembre; día 29

Campamento de los pandilleros B

Cuando llegó el sábado, una sombra de desilusión se había apoderado de los rehenes. Habían superado con creces la predicción de Ping que serían liberados dentro de cuatro días. Los guardas informaron de peleas entre la misma pandilla. Quizás se tramitaba un rescate y los pleitos lo detenían. Ahora, si el rescate había estado tan cerca, sin duda no podía durar mucho más.

Al amanecer, Mateo entró a la casa, susurrando:

—Todos los guardas están dormidos. ¿Por qué no intentamos escapar?

Por unos minutos consideraron la posibilidad, pero antes de que se organizaran, Sòlda, el perrito, despertó a Ping. Ping era un guarda diligente cuando estaba despierto, por lo que su oportunidad se había esfumado.

Esa mañana, después de su tiempo de oración y cantos, Samuel dijo:

—Escuchen. Esta mañana tuvimos la oportunidad de escapar y la perdimos. ¿Podríamos acordar que si esto vuelve a suceder, sería una señal de Dios de que nos vayamos?

Sorprendentemente, todos parecían estar abiertos a la idea. Mientras continuaban dialogando las posibilidades, Wes dibujaba mapas en la tierra con un palo. Cuando terminaron el diálogo, borraron los mapas, no fuera que los guardas los vieran y sospecharan.

La mayor parte de la gente está de acuerdo. Parece un gran paso, escribió Rachel.

Melodi también escribió al respecto: El diálogo fue mejor que cualquiera otro anteriormente y parece que todos estamos de acuerdo en que si todos están fuera puede ser una señal de parte de Dios de comenzar a caminar.

Ya que Frogui no había vuelto a traer suficiente agua potable, para beber hirvieron un poco del agua que ocupaban para lavar. Ping no estaba contento. No sabían si estaba enojado con ellos por hervir el agua o con Frogui por no traer suficiente.

Alguien le explicó a Ping:

—Somos estadounidenses. Bebemos más agua que los haitianos.

La receta de agua tibia con ceniza había hecho maravillas en los pies de Wes, y ahora él podía caminar con facilidad. Wes incluso se arrastró hasta el desván sobre el corredor de la casa para explorarlo. Salió con un instrumento de metal y les dijo a los demás que había hallado un agitador de pintura. Se lo ofreció a Ryan para que lo usara en futuros proyectos de renovación de hogar. Mientras el grupo examinaba la herramienta, descubrieron que en realidad era un hierro para marcar.

Si no hubiera sido por André, el día podría haber transcurrido en una profunda tristeza. Pelirrojo conversaba con André, quien ahora podía hablar y comprender algo de criollo. Pelirrojo le preguntó cómo se decía “cabra” en inglés.

—Es “H” —dijo André, solo en broma.

Contento con su lección, Pelirrojo comenzó a decirles “H” a las cabras del campo vecino, hasta que lo corrigieron.

Más tarde, Samuel recordaría:

—Oh, cómo nos reíamos. Ese sigue siendo uno de los mejores recuerdos.

El desánimo se apoderó de la casa de los rehenes como una neblina irregular. ¿Qué ocurría? ¿Nada? ¿Será que CAM y la pandilla habían llegado a un punto muerto donde no podían avanzar? Ya llevaban cuatro semanas, casi un mes, en cautiverio.

Los rehenes descubrieron que se necesitaban mutuamente. Un día alguien se perdería en una neblina de desilusión y los demás lo

reorientarían, al recordarle de las verdades eternas. Al día siguiente, esa persona volvería a ver el cielo despejado, pero otro se sentiría desanimado y los cargos cambiarían.

El sábado por la noche, mientras el grupo intentaba dormir, otra vez escucharon el golpe de tambores de vudú. No estaban lejos y eran acompañados por música violenta y gente que gritaba. Ellos sabían que no estaban cerca del Monte Carmelo, pero les recordaba a los profetas de Baal, enfrentándose con Elías.

LA FE Y LAS OBRAS

Domingo, 14 de noviembre; día 30

Campamento de los pandilleros B

*A*unque la vida de los rehenes parecía haberse detenido, el sol continuaba saliendo cada mañana como si todo fuera normal. El domingo, 14 de noviembre, sus rayos brillaban sobre un equipo cansado.

No estaban cansados del trabajo físico, sino del estrés psicológico. Estaban cansados del aburrimiento, cansados de los días interminables. Estaban cansados de desayunar espaguetis grasientos y comer pasteles mohosos para la merienda. Estaban cansados de pasar hambre. Aunque ninguno de ellos había comenzado con sobrepeso, todos fueron perdiendo peso a medida que pasaban los días. Ryan estaba cansado de usar lentes de contacto día tras día. Incluso Courtney tuvo que admitir que ponerse el mismo vestido durante treinta días era una

prueba de su paciencia.

Sobre todo, estaban cansados de esperar que los liberaran, solo para ver frustradas esas esperanzas día tras día. Los guardas se enteraron de que la pandilla peleaba en Puerto Príncipe. Tal vez por eso se había cancelado su liberación. Era imposible confirmarlo.

Cuando se reunían para el culto el domingo por la mañana, el tema normalmente surgía de sus experiencias. Muchas veces hablaban de comida. No podían evitarlo. También hablaban de historias de la liberación de Dios.

Dios había librado milagrosamente a los hijos de Israel de Egipto, pero la liberación no se había efectuado durante cuatrocientos años. Y cuando llegó, duró mucho tiempo. El rey Faraón había dicho que soltaría al pueblo, pero luego cambió de pensamiento, muy similar a lo que había hecho la pandilla.

“De verdad espero que el Señor no planee mantenernos aquí cuarenta años”, pensó Dale.

A veces los rehenes se sentían como los hijos de Israel que comían maná en el desierto. Los rehenes no tenían idea de cuál era el gran plan de Dios, pero él siempre suplía sus necesidades diarias. Tenían suficiente comida y los niños se comportaban mejor durante la noche. También estaban agradecidos de que la enfermedad de Cheryl había mejorado y que Mateo estaba relativamente bien a pesar de su enfermedad crónica. También los pies de Wes estaban mucho mejor.

Sí, Dios había contestado muchas de sus oraciones pidiendo alimento, agua o protección. Sin embargo, por alguna razón, al parecer no contestaba sus oraciones de liberación.

Se preguntaban, cómo se relacionaban entre sí la fe y las obras. Moisés había creído la palabra de Dios, pero también se había puesto a trabajar, arriesgando su vida al enojar al monarca. Al final, Faraón los había echado con temor y enojo.

En el Nuevo Testamento, los seguidores de Cristo fueron perseguidos

y asesinados, pero el apóstol Pablo también varias veces había declarado su ciudadanía romana cuando le era de beneficio.

El diálogo sobre si debían comer alimentos extra inmediatamente o guardarlos para más tarde fue una parte constante de este tema de fe y obras. Melodi fue partidaria de guardar artículos valiosos como mantequilla de cacahuets y hacer que durara lo más posible. Si podía darles una cucharada de mantequilla de maní a André y Shelden cada mañana, el día parecía transcurrir mejor.

En uno de estos diálogos respecto de la fe versus las obras, se preguntaban si realmente creían que Dios los liberaría.

Un día, Melodi sugirió:

—Tal vez debamos actuar más como si confiamos que Dios nos liberará.

—Sí, sencillamente comámonos toda la mantequilla de cacahuets —sugirió uno de los amantes de esta comida.

Melodi se rio.

—Buena observación.

Cuando Ryan escuchó por primera vez que Lanmò San Jou pedía diecisiete millones de dólares, le pareció ridículo. Le dieron ganas de decirle: “Buena suerte, amigo”. No había manera de que sucediera. La pandilla había intentado presionar a los rehenes para que pidieran un rescate, pero estos habían decidido no hacerlo.

Tal vez la pandilla comprendía esto. Aunque los rehenes todavía recibían suficiente comida para sobrevivir, la pandilla ya no era tan generosa como al principio. A medida que los guardas y los líderes de la pandilla se irritaban más, algunos de los rehenes comenzaban a preguntarse por qué alguien no pagaba algo de dinero para que los soltaran.

Sin embargo, sabían que CAM tenía la política de no pagar rescates.

Luego, Wes dijo:

—A todos nos dijeron que CAM no paga rescates antes de que fuéramos a Haití.

Ahora bien, ¿esta política significaba que nadie más podía pagar algún rescate? Sin duda la pandilla aceptaría menos de diecisiete millones. ¿Qué pasaría si algunas empresas contribuyeran cinco mil dólares cada una? Apenas se necesitarían veinte empresas para juntar cien mil dólares. No querían que sus familiares hicieran esto, pero si las personas donaran anónimamente por medio de CAM, entonces tal vez funcionaría.

El grupo se preguntaba si pagar rescate realmente lograría algo. Al igual que en el libro *En presencia de mis enemigos*, la pandilla parecía pedir algo más que dinero. Y no había manera de que CAM lograra la libertad de un preso. Si esa era la demanda, debían adaptarse y acostumbrarse a estar encarcelados... indefinidamente.

A la vez, nadie del grupo era tan pesimista. Decidieron orar fervientemente que estuvieran libres para el día de Acción de gracias. ¡Qué maravilloso regalo de día de Acción de gracias sería ese! Además de ser un día festivo, el día de Acción de gracias marcaría el cuadragésimo primer día de su cautiverio.

Los misioneros hablaron del significado del número cuarenta en la Biblia. Jesús, Moisés y Elías ayunaron cuarenta días. Y los hijos de Israel vagaron por el desierto cuarenta años. Este número muchas veces significaba un tiempo de sufrimiento seguido por un tiempo de triunfo. Jesús venció la tentación, Elías fue al cielo en un carro de fuego y los hijos de Israel vieron caer los muros de Jericó.

¿Permitiría Dios que el número fuera una realidad para ellos? Seguramente él no permitiría que los retuvieran más de cuarenta días.

El día anterior, Frogui halló una cicatriz en el brazo de Samuel. Estaba bastante seguro de que Samuel tenía un GPS incorporado en el brazo. Mateo entonces le mostró a Frogui la cicatriz en su brazo

cuando se había cortado la arteria principal cuando era niño.

—Allí está mi GPS —dijo con una gran sonrisa.

La pandilla estaba preocupada por un GPS porque temían que el gobierno de los Estados Unidos o alguna otra autoridad los rescatara. Frogui dijo que él había oído que todos los estadounidenses tenían un GPS insertado.

Ningún día era completo sin conversación en cuanto a comida. A veces se mencionaban ciertos restaurantes. Mateo describió lo que pediría en Subway la próxima vez que tuviera la oportunidad: pollo teriyaki de cebolla dulce en pan plano con salsa agri dulce, un poco de salsa ranch y chipotle, jalapeños, lechuga, tomate y cebolla. Se imaginaba el primer bocado de ese sándwich casi todas las tardes.

Además, dijo, la próxima vez que llegara a Miami, le diría al que lo recogiera en el aeropuerto que se detuviera en el primer restaurante que pasaran. Y en el segundo. Y en el tercero. Y en el cuarto. Quería algo de cada uno: Subway, McDonald's, Hardee's, Sonic; cualquiera que estuviera en su ruta.

En otros días, la comida de la que se hablaba era pizza, hamburguesa o postre. Todo sonaba tan delicioso. La familia Noecker había viajado mucho, y les gustaba cocinar las comidas que habían aprendido a apreciar. Disfrutaron en especial de la comida tailandesa.

Cherilyn ansiaba chai o té. En Kenia, cuando ella se alojaba en la cabaña de barro de una amiga, se despertaba para tomarse una taza de té caliente en las mañanas frías. Aquí vivía al aire libre, similar a Kenia, pero no había bebida matinal.

Me sentía débil y hambrienta todo el día, escribió Rachel.

El domingo por la noche, la música violenta y el retumbo de los tambores parecían más cercanos y más fuertes de lo normal.

Lunes, 15 de noviembre; día 31

La mañana siguiente, cuando Austin salió a contemplar el amanecer,

se detuvo en seco. Todos los guardas se habían ido excepto uno, y estaba dormido. Dándose la vuelta, se apresuró a regresar y dijo:

—Oye, Samuel, todos los guardas están dormidos.

Samuel rápidamente les avisó a todos los demás.

—¡Pónganse los zapatos! ¿Están listos para que nos vayamos? ¡Todos los guardas están dormidos!

Por un momento, Kay pensó que sus oraciones pidiendo claridad habían sido contestadas. Tal vez este sería el día.

Después de orar juntos, decidieron que si no cambiaba nada en quince minutos, saldrían a las 7:45 a.m. Con emoción y temor, empa-caron bolsas de agua en sus ropas, se pusieron los zapatos y recogieron las pocas cosas que necesitarían. Sería una acción audaz, caminar por territorio pandillero a plena luz del día.

Después de reunirse en círculo, hicieron una oración final pidiendo la protección de Dios.

Samuel dijo:

—Bueno, son las 7:45.

El grupo casi dejó de respirar. ¿En realidad iban a escapar? Entonces miraron al otro lado del campo y allí venían... dos guardas.

El grupo no estaba seguro si sentirse aliviados o desilusionados. Pero todos estaban de acuerdo en que Dios había sido muy claro en que hoy no era el día y este mensaje directo los animó.

A pesar de que la oportunidad había pasado esa mañana, una cautelosa esperanza se extendió por el grupo. Al menos temporalmente, todos habían acordado escapar. Quizás sus creencias no eran tan diferentes como habían pensado.

El desayuno de esa mañana fue escaso.

—Apenas trajo suficiente comida para dos cerditos —dijo Kay.

Los misioneros compartieron más ideas para tener una reunión de rehenes cuando salieran del cautiverio. Alguien sugirió que todos deberían adivinar el día que serían liberados. Quien eligiera el día más

cercano a la fecha correcta sería responsable de organizar la reunión de rehenes en los Estados Unidos. Estaban muy seguros de que allí se dirigirían después de ser liberados.

Mateo predijo que serían liberados esa noche. Samuel dijo que al día siguiente. Ryan y Melodi eligieron el miércoles. Wes dijo que sería el jueves y Dale dijo que el viernes. La familia de Cheryl se reunió y eligió el domingo, 21 de noviembre. Nadie quería pensar más en el futuro. Era demasiado doloroso contemplar estar en cautiverio hasta diciembre.

Kay se fue al extremo. Su predicción fue que sería la noche buena.

—¡¡Kay!! —protestaron los demás. Creían que ella estaba siendo irrazonable porque no quería ser la anfitriona de la reunión.

Esa noche, a las 11:30, el grupo escuchó la misma música violenta a todo volumen a lo lejos y pronto comprendieron que se acercaba. Era el radio receptor de un vehículo, que se dirigía hacia ellos.

La camioneta llegó hasta la casa y se detuvo justo afuera, con la radio que transmitía música satánica a todo volumen.

Mientras Melodi yacía despierta, escuchó la voz de Frogui afuera, junto con la voz de una mujer. Ambos gritaban. Ella casi saltó al reconocer los nombres.

—Samuel Stoltzfu, Samuel Stoltzfu.

Y luego un canto espeluznante, casi un grito:

—*¡Tonbe! ¡Tonbe! ¡Tonbe! ¡Tonbe!* (Cae, cae, cae, cae.)

Las palabras se repitieron una y otra vez.

En el cuarto de al lado, Rachel oía el ruido durante un tiempo sin ponerle cuidado. El alboroto ocurría tantas veces durante las noches, que incluso aquellos que no poseían las capacidades de dormir de Kasondra habían aprendido a dormir a pesar del mucho ruido. Sin embargo, cuando Rachel se despertó por completo, se dio cuenta de que algunos de los demás estaban despiertos y hablaban. Mateo acababa de levantar una de las contraventanas, frustrado por el estruendo.

Afuera, pudo ver una camioneta estacionada en posición de salida casi contra la casa, con las cuatro puertas abiertas y la música a todo volumen. Pero no pudo ver a nadie.

—Tenía la intención de reprender a alguien —recordaría Mateo.

—¡Mateo! ¡Mateo! Cierra la ventana. Cierra la ventana —le gritó Cherilyn.

Mateo cerró la ventana.

—Están tratando de maldecirnos— dijo Cherilyn. Había oído a los pandilleros afuera matando un gato.

Mateo, Rachel, Austin, Cheryl y Cherilyn se reunieron para orar. Oraron contra la presencia del mal y la música satánica. Oraron por horas.

A eso de las 2:00 a.m., Wes se despertó por primera vez. Al escuchar la música violenta y fortísima, llamó a través de la puerta principal a Ping, que dormía en el corredor, para que bajara el volumen de la música o la apagara.

Segundos después, la música acabó. El grupo que oraba dentro de la casa alabó al Señor por esta respuesta a su oración. Luego, Wes entró al cuarto y explicó que acababa de despertarse y que le había dicho a Ping que apagara la música. Todavía era una respuesta a la oración y un gran alivio tener algo de paz y tranquilidad. Pero todos se rieron al ver cómo Wes ayudó a terminar con la música sin tener idea de que otros oraban por lo mismo durante horas.

En general, la oscuridad espiritual en el segundo campamento era más intensa que en el primero.

—Satanás era muy real en ese lugar —recordaría Ryan.

LAS PLAGAS Y LA ORACIÓN

**Martes, 16 de noviembre; día 32
Campamento de los pandilleros B**

Otra vez era dieciséis. Desanimados, los rehenes comprendieron que entraban en su segundo mes de cautiverio.

La tiranía de la espera pesaba mucho sobre el grupo, pero intentaron ser fieles en lo poco que podían hacer. Continuaron orando por la liberación antes del día de Acción de gracias, el cuadragésimo primer día de su cautiverio. Oraron que Dios trastornara las obras malvadas de la pandilla. Oraron por un milagro más.

Oraron nuevamente por la salud de Cheryl, así como por la salud de todo el grupo. Para algunos, las heridas infeccionadas estaban empeorando. Aunque las heridas en los pies de Wes habían sanado después de mojarlos en agua con cenizas, no había forma de mojar heridas infeccionadas en otras partes del cuerpo. Los tobillos de Cheryl también habían empezado a hincharse.

Los afectados se pusieron áloe vera en las heridas y las vendaron. Esto enojó a los guardas, quienes insistieron en que las heridas debían mantenerse descubiertas para que se formaran costras y se sanaran.

Los misioneros continuaron cantando “*I Owe the Lord a Morning Song* (Le debo un canto matinal al Señor)”, “*One More Miracle, Lord* (Un milagro más, Señor)”, “*El ángel de Jehová*” y muchos himnos más.

Esa noche, el arroz y las judías desaparecieron tan rápido que Ryan decidió que la comida también necesitaba mejoras. Le llevó la olla vacía a Frogui y le dijo:

—Si no comemos nada más que espaguetis, arroz y judías, necesitamos una olla grande.

Rawlings, Virginia

A mediados de noviembre, cerca de la medianoche, una mujer soñaba en su casa de troncos en las orillas del río Nottaway. En el sueño, escuchó el grito de una niña. Se despertó, sintiendo escalofríos por todo el cuerpo. Estaba casi segura de haberlo oído. A esta sensación siguió inmediatamente el impulso de orar por la seguridad de los rehenes. Después de varios minutos, el impulso pasó y ella sintió paz nuevamente.

La mujer dijo:

—No sé si Dios usó esa oración de alguna manera determinada o si me dio ese sueño para que orara en ese momento

Frogui pidió más arroz y judías y, cuarenta y cinco minutos después, llegó una segunda olla. Los rehenes comieron una parte y guardaron otra en recipientes para el día siguiente.

Cuando se acostaron para pasar la noche, un grito resonó por la casa. Entonces, las personas se levantaron sobresaltadas. Era demasiado oscuro como para ver con claridad, pero reconocieron la voz de Cherilyn:

—¡Algo acaba de pasarme por la frente!

Se armó un gran alboroto, y todos preguntaban:

—¿Qué fue?

Cherilyn no sabía, pero por lo grande y peludo que era el animal, sospechaba que podría ser una tarántula. Alguien buscó a tientas la luz de la batería en uno de los ventiladores y la encendió. En efecto, sobre la bolsa de pañales había una tarántula grande y peluda.

Mateo recordaría:

—Las cosas realmente se intensificaron.

Alguien intentó matarla, pero falló.

Cherilyn dijo:

—Esa criatura tiene que estar muerta antes de que volvamos a la cama.

La araña activó sus ocho patas gordas y peludas y se lanzó debajo del colchón. Alguien levantó el colchón cuidadosamente y otra persona volvió a poner la mira en el animal. Esta vez, el golpe fue mortal. Después de recoger los pedazos y deshacerse de estos, todos volvieron a acostarse, esperando que su corazón volviera a su ritmo normal.

La siguiente noche el grupo estaba sentado dentro de la casa, orando antes de acostarse. Cherilyn estaba sentada cerca de la puerta donde normalmente dormía. Por el rabillo del ojo, ella vio un movimiento. Otra tarántula corría por la orilla del colchón.

—¡Allí hay otra! —gritó.

Los voluntarios otra vez entraron en acción. Desesperada, la tarántula corrió hacia un hoyo en el marco de la puerta y desapareció antes de que alguien la aplastara.

Esto fue terrible. ¿Cómo podía Cherilyn dormir con esta criatura a pocos centímetros debajo del piso, lista para salir apenas se le antojara? Alguien echó agua en el hoyo para que saliera la criatura, pero no salió. Por último, ya que no se presentaba ninguna otra idea, metieron bolsas de basura en la zona podrida, para mantener a la araña en el hoyo.

Después de acostarse nuevamente, Cherilyn escuchó un ruido. Acercó el oído al hoyo de la araña. Primero escuchó un zumbido, luego un crujido de plástico. No había duda, la tarántula intentaba salirse.

—¡Está tratando de salir! —Cherilyn les gritó a los demás. Varios

hombres volvieron, quitaron las bolsas de basura e intentaron en vano sacar la araña. Por fin, decidieron que le duraría bastante tiempo a la araña abrirse una salida, así que volvieron a tapar el hoyo; y Cheryllyn intentó olvidar que estaba allí. Sin embargo, por varios días, cuando todo estaba en silencio, podía oírla que masticaba. Dichosamente, nunca logró salir.

Melodi también aborrecía las tarántulas, pero lo que realmente le causaba escalofríos era el roer y correr de las ratas que rondaban en busca de comida. Una noche, escuchó que una rata se daba un festín con un pastel mohoso guardado junto al colchón donde dormía su familia. No durmió bien el resto de la noche.

Otras criaturas más pequeñas también acosaban al grupo. Aunque los zancudos y otros insectos eran apenas más tolerables en este lugar que en el primero, seguían siendo terribles.

—Por supuesto, no olíamos bien, así que los mosquitos siempre nos rodeaban —recordaría Mateo.

Mateo dormía junto a una puerta que daba al exterior. Los guardas la habían atrincherado, pero los últimos quince centímetros inferiores se habían podrido. Justo antes del amanecer, los zancudos invadían por esta brecha, en busca de sangre caliente. Un día, Mateo contó treinta picaduras de zancudos en un brazo.

Aun en medio de picaduras, insectos, arañas peludas y música satánica, los misioneros encontraban razones por las cuales reírse. Una vez se burlaron de Calambre, el guarda de voz rítmica, en cuanto a lo que pasaría si el ejército estadounidense viniera a liberar a los rehenes. Mateo hizo una representación de cómo se vería Calambre al intentar huir mientras se fumaba un cigarro. Entonces tomó un pedazo de coco y dijo:

—Ah, miren al pequeño Calambre.

Austin, que estaba sentado en una nevera vacía, se echó atrás y se rio tanto que él y la nevera cayeron hacia atrás. Todos los demás se rieron

aún más.

Era solo humor tonto para pasar el rato, pero era buena medicina. Calambre, aunque comprendía que los rehenes solo lo molestaban de buen modo, no pensó que fuera tan gracioso.

Para ver lo que sucedería, Brandyn le dio un poco de Benadryl a Sòlda, el perro de Pelirrojo. No pareció afectarlo, pero al día siguiente, durmió casi todo el día, como si el medicamento había tenido un efecto retrasado. Después de ver a Sòlda inconsciente, alguien sugirió una nueva idea de cómo escapar. ¿Por qué no darles a los guardas un poco de Benadryl, luego marcharse mientras durmieran profundamente?

Investigaron la idea un poco más. Samuel tomó Benadryl una noche para probarla y no pudieron despertarlo, ni a martillazos encima de la cabeza.

Pero al final, todos estuvieron de acuerdo que drogar a los guardas sencillamente era demasiado agresivo, así que esta idea se desvaneció.

2:23 p.m., Washington D.C., Conferencia de prensa de la casa blanca

—Hace un mes que secuestraron a dieciséis estadounidenses y un canadiense en Haití. ¿Qué ha hecho la administración?

—Bueno, hemos tenido... tenemos una presencia significativa en el lugar, incluso con funcionarios de orden público de la FBI y otros que trabajan constantemente para traer a casa a estas personas.

»Me gustaría tenerles algo nuevo hoy. Sé que todos buscan noticias recientes, pero lamento que no haya nada que pueda reportar en este momento”.

Miércoles y jueves, 17, 18 de noviembre; días 33, 34

Berlin, Ohio, Oficinas centrales de CAM

“Cartas de ánimo sobre la crisis de rehenes han llegado de cuarenta y cinco estados y cincuenta y cinco países”, reportó CAM.

Se anunció otro día de oración y ayuno para el 18 de noviembre.

La declaración en el sitio web decía: “Invitamos a los creyentes de diferentes partes del mundo que se unan a nosotros en buscar a Dios para que obre su mano poderosa. Pedimos que se haga oración continua por los cautivos, las familias de los rehenes, funcionarios del gobierno que están ayudando y por los mismos secuestradores”.

“Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito” (Salmo 147:5).

Campamento de los pandilleros B

Los rehenes no tenían idea de que se había programado un día de oración y ayuno para el día siguiente cuando ellos planeaban una cadena de oración de 24 horas. Comenzaron a las 9:30 p.m., y cada adulto oraba media hora. Cuando se cumplía la media hora, la persona que había estado orando pasaba la vigilia a la próxima persona en el orden predeterminado.

Oraron pidiendo liberación, la cual deseaban lo antes posible, pero especialmente antes del día de Acción de gracias. Ahora solo faltaba una semana. Oraron por la salud del grupo, especialmente por Cheryl, Mateo y André, quienes todavía luchaban contra la enfermedad. Oraron pidiendo fortaleza, pues sabían que todos habían bajado de peso. Oraron pidiendo sabiduría para saber si debían intentar escapar. También oraron por la salvación de los guardas.

Tenían la intención de mantener la cadena de oración por solo veinticuatro horas, pero cuando llegó el jueves por la mañana, ya que muchas personas alrededor del mundo continuaban orando por ellos, decidieron seguir con la cadena de oración. ¿Por qué detenerla? No era que tuvieran una agenda ocupada que considerar. Al final, cambiaron los segmentos nocturnos a una hora en vez de media hora para que nadie se levantara dos veces durante la noche. A veces se rompía la cadena cuando alguien se dormía durante la hora de oración asignada. Pero

en general continuó, muy similar a la cadena de oración de 24 horas que CAM había organizado por los rehenes.

Una noche, poco después de que comenzara la cadena de oración, Dale terminó su media hora de oración por allí de las 2 a.m. y tocó a Samuel, que dormía en un colchón cercano. Samuel, que normalmente se despertaba con facilidad, no respondió. Dale lo sacudió suavemente, luego con más fuerza, pero aun así no obtuvo respuesta. Samuel estaba profundamente dormido.

Dale detestaba despertar a alguien de un sueño tan reparador, pero sabía que Samuel deseaba participar en la cadena de oración tanto como cualquier otro, así que continuó intentando. Samuel por fin se despertó de pronto, mascullando y confundido. Dale no pudo evitar reírse cuando Samuel se puso de pie y se golpeó la cabeza en uno de los ventiladores. Luego pisó una botella de agua vacía que tenía el tapón puesto. El tapón salió disparado con un gran ruido.

En este momento, casi todos estaban sentados, murmurando, tratando de descubrir qué sucedía. ¿Y por qué Dale se reía tanto? Nadie lo conocía por estallar en ataques de risas incontrolables.

En ese momento, Dale extendió la mano hacia un pequeño estante encima de la puerta para tomar algo. Derribó el pequeño pedazo de espejo que alguien había hallado y cayó al piso, haciéndose añicos. Ya para esta hora, Samuel estaba completamente despierto y listo para orar.

Más tarde, Dale recordaría:

—En realidad me reí hasta quedar dormido esa noche. Fue una manera dramática de entregar la vigilia de oración.

Dale se alegró de que no luchó con dormirse durante su tiempo de oración. En comparación con algunos de los demás, sentía que estaba cumpliendo bastante bien su responsabilidad. Una noche, tomó su vigilia temprano en la noche y comenzó a orar. Cinco o seis horas después, se despertó sobresaltado; y con una nueva dosis de humildad.

Viernes, 19 de noviembre; día 35

Por más cansados que estuvieran los rehenes, no podían dejar de agradecer el hermoso paisaje en este segundo lugar. Los amaneceres y atardeceres eran especialmente espléndidos. En el primer lugar, la maleza y los arbustos habían obstruido la salida y la puesta del sol. Aquí ambos horizontes estaban claramente visibles.

Cherilyn dijo:

—Era perfecto. Lo único que nos hacía falta era el mar.

Una mañana, Cherilyn, varios de sus hermanos y Austin salieron temprano para ver el amanecer, como era su costumbre. Novato, el guarda que se había criado en una iglesia evangélica, se les acercó, con música terrible en su teléfono.

Austin dijo:

—¡Apágalo!

—Oh, está bien. —Novato jugó con el teléfono, cambiando de un canal a otro. De pronto, el teléfono comenzó a tocar bella música cristiana en inglés.

Las sonrisas iluminaron los rostros de los rehenes como un amanecer.

—¿Esto está bien? —preguntó Novato.

—¡Sí!

Otro aspecto de la naturaleza se manifestó durante el devocional de la mañana. Mateo estaba orando, con Ryan y Austin junto a él. Mateo escuchó el ruido de algo que salpicaba en las ramas encima de él y sintió que le caían excrementos líquidos en la cabeza y luego en su cuerpo.

—¡Oye! —dijo Mateo, mirando con enojo hacia arriba, entre las ramas del árbol de mango, donde se congregaban los carpinteros—. ¡Eres una criatura irrespetuosa!

Luego Mateo continuó orando:

—Dios, no estoy seguro por qué permitiste eso —dijo, mientras los demás intentaban recobrar la calma.

Ryan, Dale y Austin también sufrieron salpicaduras ligeras, pero

Mateo recibió lo peor. Mateo finalmente continuó su oración, agradeciéndole a Dios por las aves.

Esa tarde, los misioneros de pronto recibieron la orden de hacer maletas para trasladarse a otro lugar. Una vez más atravesaron algunas emociones: el temor, la inseguridad. ¿Había sucedido algo que presionaba a la pandilla a esconderlos en un lugar más recóndito?

Para su sorpresa, pronto atravesaban incómodamente el mismo camino sin salida que habían tomado el día del secuestro. Se estacionaron junto a la misma casa en que habían estado antes. Estaba oscuro, pero sabían que la zanja de riego estaba justo al norte de ellos, con el árbol de mango alto a su izquierda.

Esta vez los pandilleros les permitieron ocupar ambos cuartos de la casa, ya que los otros once rehenes ya no estaban. Sacaron a varios presos actuales y se prepararon para trasladarlos a otro lugar. Ryan deseaba poder hablar con los cautivos y asegurarles que el segundo lugar era mejor que este, en caso de que ese fuera su destino.

Esta vez no se les permitió salir por la puerta que habían usado antes. Solo se debía usar la puerta principal, que daba al corredor que rodeaba la casa. La puerta trasera estaba cerrada con seguridad, una roca y una baranda de madera de unos quince centímetros.

Incluso con dos cuartos en vez de uno, nadie habría calificado los cuartos como espaciosos. Apenas había espacio para que todos se acostaran. Fue agradable ver los versículos que Cherilyn había escrito todavía en las paredes. En las paredes verdes del segundo cuarto, donde nunca habían estado, hallaron una lista de palabras. Estaban en dos columnas, una en criollo y la otra en inglés: Esperanza. Fe. Creencia. Amor. Dios. Felicidad. Fidelidad.

Al parecer, la persona que las escribió también había soñado con otras mejoras para el hogar. En una pared, había dibujado un televisor de pantalla grande. En la esquina opuesta, había el dibujo de una almohada.

También vieron a su vieja amiga, la lagartija sin cola, a la que ahora le empezaba a crecer una cola nueva.

DE REGRESO AL MAR ROJO

Sábado, 20 de noviembre; día 36

Madras, Oregón

En las semanas previas a la boda de su hija, los padres de Austin hablaron de si debían posponer el evento. La madre de Austin no podía creer que todavía estuviera privado de libertad. Estaban seguros de que llegaría a tiempo para la boda y habían decidido continuar.

Mientras la congregación cantaba el himno “*Be Still, My Soul*” (Estad quieta, mi alma), las lágrimas corrían por los rostros de la familia de Austin. Después, el padre de Austin se levantó y habló unas palabras en cuanto al dolor que sentían por la ausencia de su hijo. Esto ayudó a erradicar el elefante de la sala y la familia se sintió capaz de enfocar la joven pareja y celebrar el día.

Campamento de los pandilleros

Cuando los rehenes se despertaron la mañana siguiente, recibieron otra sorpresa agradable: podían ver lo que los rodeaba con mucha más facilidad. La zanja de riego y el árbol de mango, que apenas habían sido visibles la vez pasada, ahora se podían ver con mucha más claridad desde el costado norte de la casa donde ahora salían de la casa.

Más allá de la zanja y los arbustos, los papayos desgarrados se extendían hacia el cielo, llenos de frutas asidas al tronco áspero. Bloques de campos cultivados se extendían hacia *Morne à Cabrits* (la montaña de los cabros) a la distancia. En algún lugar alrededor de esa montaña, sus casas tranquilas y cómodas los esperaba en la base de CAM.

Pensar en la boda de su hermana hizo que este fuera un día difícil para Austin. Sabía que debía ser parte del grupo que cantaba himnos especiales para la ocasión. ¿Cuántos días especiales y festivos más pasarían mientras languidecían en este campamento de pandilleros?

Para dos integrantes del grupo, esa pregunta se contestaría pronto.

Esa tarde, Mateo se apartó del grupo brevemente para ir al baño. Cuando regresó, apenas podía caminar.

Él les dijo:

—No me sentía bien esta mañana. Ahora estoy muy enfermo.

La perspectiva de Mateo en cuanto a su situación era realista, pero morbosa. Él les dijo a los demás:

—Si esto es sepsis, como lo sospecho, es posible que no esté aquí por más de doce o dieciocho horas. Sin embargo, al menos es posible que ustedes puedan ser liberados si muere uno de nosotros.

Rachel miró a su esposo, horrorizada. “¿Se quedará sentado tranquilamente y dirá que está listo y dispuesto a morir?”

Todos se reunieron alrededor de Mateo y le rogaron a Dios que lo sanara. Le impusieron las manos mientras algunos oraban en voz alta.

Mateo se empeoró rápidamente y pronto empezó a arder de fiebre. Permaneció en la cama, temblando y parcialmente delirando. Su

frecuencia cardíaca era de 150 y experimentaba dolor en el pecho.

Frenéticamente, Rachel consideró las opciones de primeros auxilios que había en la bolsa de pañales. Encontró el ibuprofeno y una tableta de amoxicilina y obligó a Mateo a tomárselos.

Entonces Rachel llamó a Ping. En su limitado criollo, le dijo que ella y Mateo tenían que salir... ya.

—No quiero que él se muera.

Ping prometió hacer una llamada telefónica. Después de esto, comenzó a llegar una avalancha de visitas. El primero fue Lanmò San Jou, que llegó con su ola de colonia. Antes de llegar adonde Mateo, Cheryl lo abordó. En términos inequívocos, le dijo:

—Tienes que hacer algo.

La condición de Mateo se había empeorado tan rápido que todos estaban seguros de que estaba a punto de morir.

—Lo sé. Lo sé. —Lanmò extendió las manos delante de él como si eludiera su pregunta. Los que miraban se sorprendieron al ver un destello de preocupación pasar por su rostro.

Cuando el jefe llegó a donde estaba Mateo, encontró a Rachel llorando. Ella repitió que no quería que Mateo se muriera y que tenían que irse. Lanmò la miró y asintió con la cabeza. Rachel estaba sorprendida por su atención. Sin embargo, se dio la vuelta sin decir palabra.

—¡Espera! ¿Podemos irnos? —dijo Rachel.

Él asintió brevemente con la cabeza, luego dijo:

—Esperen.

Esperar era normal para los misioneros últimamente. Realmente no querían seguir esperando, pues la vida de Mateo estaba en juego. Con todo, no había otra opción. Les preocupaba que habían dado la falsa alarma demasiadas veces anteriormente cuando rogaban por su libertad por causa de enfermedades menores. ¿Ahora Mateo se moriría frente a ellos porque los pandilleros no creían que necesitara ayuda?

Como siempre, la tarde fue calurosa, incluso para las personas sin

fiebre. Mateo estaba en el primer cuarto, donde los cautivos habían estado originalmente, justo dentro de la puerta trasera que no debían utilizar. Al ver el sufrimiento de Mateo, Samuel movió la piedra y el poste, y abrió la puerta para permitir que circulara más aire. Los demás intentaron posicionar los ventiladores para que soplaran a Mateo.

De pronto Ping llegó corriendo hasta donde estaba Samuel. El resto de los guardas también vinieron y exigieron que Samuel cerrara la puerta. Al parecer, habían asegurado la puerta intencionalmente; no debían abrirla.

—¡Vamos a dispararte! —dijo uno de los guardas, enfurecido.

—Está bien, dispárenme. Tenemos que hacer algo por Mateo. — Samuel sencillamente se quedó parado.

Ping estaba furioso.

—No hagas gran alboroto por intentar que circule más aire —dijo Mateo. Así que, Samuel cerró la puerta y volvió a poner las trancas a su posición original.

Cuando estaba por oscurecerse, Lanmò volvió y anunció que alguien vendría a llevar a Mateo y Rachel.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Rachel, llamando a Samuel para que ayudara a interpretar.

El jefe principal dijo que iban a ir a la misión.

—¿Cuál misión?

No hubo respuesta.

Rachel estaba segura de que no pensaban llevarlos hasta la base de Titanyen, ya que sería territorio peligroso para la pandilla.

Cuando llegó el vehículo, Mateo informó que se sentía mejor.

—Mira, vas a estar enfermo, aun si tienes que fingirlo —le dijeron los demás.

Mateo pensó que ya podría caminar, pero los demás rechazaron la idea. Los hombres se unieron y cargaron a Mateo hasta la camioneta, lo pusieron en el asiento trasero de la cabina de cuatro puertas.

Siguiéndolos, Rachel se sorprendió al ver que el estacionamiento estaba lleno de vehículos y hombres armados. Además de la camioneta y cuatro autos más, había una ambulancia que conducía el Jefe Caballito.

Mientras Rachel permanecía con Mateo e intentaba averiguar a dónde iban, los guardas les informaron a Samuel y Wes que el resto del grupo se trasladaría a una nueva ubicación y que todos debían ponerse los zapatos.

Melodi estaba en la casa cuando Ping salió al corredor y comenzó a gritar:

—¡Pónganse los zapatos!

Ella comenzó a echar unos cuantos artículos en la bolsa de pañales.

Ping gritó:

—¡No! ¡No! Ponte los zapatos. Ahora mismo. Vamos.

Melodi le lanzó la bolsa de pañales a Courtney y alzó a Laura.

La pandilla metió a Ryan y Melodi y los niños en una camioneta. A través de la ventana, lograron ver a Samuel y Wes parados afuera, mirando a los vehículos. El corazón de Ryan se desplomó. Desde su perspectiva, parecía que tenía atadas las manos hacia atrás. Melodi también temía por los dos hombres.

Ella dijo:

—Abre la puerta. Ellos pueden subirse aquí.

Samuel y Wes no se subieron a la camioneta, sino que se subieron a la ambulancia con Austin.

El Jefe Caballito emprendió su camino, casi haciendo caballitos con la ambulancia. Después de un corto viaje, el vehículo en el cual viajaban Mateo y Rachel se separó de los demás autos.

¡Pum! ¡Pum! La familia de Ryan y Melodi pegaban el uno contra el otro en la camioneta mientras esta avanzaba a toda velocidad de un bache al otro. Como siempre, las preguntas que saltaban eran aún peores que la incomodidad física.

“¿A dónde nos llevan? ¿Mateo y Rachel estarán bien?”

En la oscuridad, Melodi apenas distinguió un edificio.

Al clavar la vista en un segundo edificio, Ryan mascullo:

—Tienes que estar bromeando. Volvimos al lugar donde empezamos.

Poco a poco, todos comprendieron. La pandilla quería que Mateo y Rachel le dijeran al mundo exterior que los rehenes habían sido trasladados a un lugar diferente.

Rápidamente se acomodaron en la casa de nuevo, ahora eran solo quince. Era agradable tener un poco más de espacio, pero todos extrañaban el humor seco de Mateo y la presencia tranquila de Rachel.

Todos se preguntaban qué les estaría sucediendo a Mateo y Rachel. ¿Realmente los llevaban a un lugar seguro donde Mateo recibiría atención médica?

Sábado por la noche, Caminos secundarios de Haití

En la camioneta todo terreno, Rachel observaba con temor mientras el conductor, oculto detrás de un pasamontañas, los llevaba por caminos secundarios con las luces apagadas. Incluso había puesto una cobija sobre el panel de control para que no se vieran las luces interiores. Tanto el hombre en el asiento de pasajero como otro en el asiento trasero cargaban ametralladoras automáticas. Los cuatro o cinco que viajaban en la parte trasera de la camioneta también estaban fuertemente armados.

Por más de una hora, la camioneta pasó de aquí para allá a través de los matorrales haitianos. Durante un rato, condujeron por una carretera principal antes de volver al matorral. Rachel no podía comprender cómo esta ruta podría llevarlos hacia la ayuda.

El conductor continuó el viaje a la luz de la luna. A veces los pandilleros abrían las ventanas y sacaban sus armas. Una vez pasaron por un retén de la pandilla, pero no tuvieron dificultad. Si la ruta pretendía confundir a Rachel y Mateo, funcionó muy bien. Un minuto después de abandonar el campamento de los pandilleros, Rachel no tenía

idea de dónde estaban.

Finalmente se detuvieron y los dos fueron trasladados a otro vehículo. Se llenaron de alegría al escuchar estas palabras maravillosas: “Ahora están a salvo”.

9:40 p.m., Base de Titanyen

Barry, con su teléfono siempre listo, vio que se iluminó. Era su contacto de la embajada.

—Tenemos a Mateo y Rachel aquí. Han sido liberados por motivos de salud. Ven lo más rápido posible.

Barry corrió a la puerta, mientras le avisaba a Felipe. Recogieron las maletas de Mateo y Rachel que Grace había preparado, subieron al vehículo y se dirigieron a la embajada.

El profesional de la embajada le dijo a Barry:

—Queremos que los lleven a la Bahía de Guantánamo, en Cuba, a un hospital allí, pero Barry y Felipe preferirían llevarlos a la base de CAM.

Cuando Barry y Felipe llegaron a la embajada, Mateo se sentía mejor que antes. Sin embargo, después de hablarlo, decidieron que debía ser evaluado por profesionales médicos.

Antes de abordar el helicóptero que lo llevaría a Cuba, Mateo les informó a Felipe y Barry sobre la condición de los demás rehenes. Felipe y Barry le dieron gracias a Dios cuando escucharon de que nadie había sido abusado y que todos seguían juntos. A pesar de que la comida era escasa, los rehenes sobrevivían. Todos estaban muy ansiosos de ser liberados, pero seguían alabando a Dios.

En la embajada, Mateo se subió a la báscula. Había perdido trece kilos y medio desde el secuestro. La buena noticia era que su pollo teriyaki de cebolla dulce en pan plano con salsa agri dulce, un poco de salsa ranch y chipotle, jalapeños, lechuga, tomate y cebolla no podía estar muy lejos.

9:45 p.m., Walhonding, Ohio

La misma luna que guio a los pandilleros por los caminos oscuros de Haití brillaba sobre una vivienda rural en Walhonding, Ohio.

A lo largo de los días de espera, la madre de Mateo había llegado a apreciar la luna, al saber que Mateo y Rachel también la podían ver desde su campamento de prisión. Muchas veces, al verla brillar sobre los campos afuera de la ventana de su dormitorio, clamaba a Dios.

Esta noche, con su esposo dormido en la silla reclinable en la sala, la madre de Mateo volvió al dormitorio. Miró por la ventana a través de las persianas la luna que brillaba sobre los campos. Su mente se dirigió hacia Haití y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dios, ¿cuánto más podremos soportar esto? ¿Y por cuánto tiempo pueden ellos soportarlo?

Se acercó a la cama y tomó su lámpara y el libro que estaba leyendo. Después de leer un rato, empezó a sentir sueño. Acababa de apagar la lámpara y guardar el libro cuando su esposo entró al cuarto y encendió la luz.

“Pues ¡qué atrevido es!”, pensó ella. Por lo general, su esposo era lo suficientemente cortés como para no encender la luz cuando venía a la cama.

Él dijo:

—Alguien de la embajada en Haití ha llamado. Mateo y Rachel han sido liberados.

Olvidando sus resentimientos, la madre de Mateo saltó de la cama.

El que había llamado preguntó:

—¿Quisieran hablar con Mateo? Lo tenemos aquí a la par.

¡Qué pregunta!

La voz de Mateo era suave y parecía débil. Sin embargo, no había duda; verdaderamente era Mateo.

—Mateo, ¿estás bien?

—Rachel y yo sí, pero por favor oren por los demás.

Mateo y Rachel estaban muy preocupados por sus amigos que había dejado atrás.

Condado de Chester, Pensilvania

Ese sábado por la noche, la madre de Rachel hablaba con su hijo con el teléfono de su esposo. Escuchó el zumbido de otra llamada entrante. Cuando acabó la llamada, le devolvió el teléfono a su esposo. Con un vistazo, su esposo se dio cuenta de que un agente de la FBI que trabajaba en el caso intentó llamarlo. De inmediato devolvió la llamada.

—Papi, nos soltaron.

¡Era Rachel!

Domingo, 21 de noviembre; día 37

Campamento de los pandilleros

Ryan tomó el turno de oración a las 4 de la mañana después de que Mateo y Rachel se habían ido. Poco después, la Prado blanca de Lanmò San Jou entró a toda velocidad. Casi antes de que el vehículo se detuviera, comenzaron los golpes y los gritos. Alguien recibía una paliza. ¿Acaso habían encontrado dormidos a los guardas?

—¿Qué debemos hacer? —se preguntaron los rehenes.

No había nada que podían hacer. A través de una rendija en la pared, pudieron ver débilmente que golpeaban a dos hombres. Los hombres gritaban, gemían y pedían misericordia mientras continuaba la terrible paliza. Luego los ataron de pies y manos y los empujaron bruscamente hacia un cuartito al final del corredor.

Cuando amaneció, sacaron a los dos hombres. Tenían el rostro hinchado, sucio y ensangrentado. Uno de ellos tenía un diente quebrado. Uno de los guardas les informó a los rehenes que los hombres eran pandilleros rivales que hacían cosas malas como robarles dinero a las iglesias. Al parecer, esto era un crimen a los ojos de los 400 Mawozo, pero robarse a diecisiete misioneros no lo era.

La salida de Mateo y Rachel, combinada con la golpiza de la madrugada, creó un trastorno emocional. Algunos de los rehenes estaban extasiados por la liberación de Mateo y Rachel, mientras que otros hallaban que la posibilidad de no ser librados antes del día de Acción de gracias era muy desalentadora. ¡Sin duda, Dios los liberaría antes del día cuarenta y uno!

Todos se preguntaban si Mateo y Rachel realmente habían salido a un lugar seguro. A juzgar por todos los hombres armados que los escoltaban, debía ser que esperaban posibles problemas. Los informes de los guardas variaban. Uno de los guardas dijo que a Mateo y Rachel los habían llevado de regreso a los Estados Unidos, mientras otro dijo que los llevaron a la República Dominicana. Otro más informó que habían vuelto a la base de CAM.

Dale era uno de los extasiados. Estaba alegre de que al menos dos de los diecisiete habían salido con vida. Tenía la seguridad de que Mateo y Rachel llegaron a un lugar seguro donde podrían informarles a Barry y a los familiares de todos los rehenes.

Si no había ninguna otra razón de estar alegres, fue el cumpleaños de Kasondra. Cumplir catorce años requería celebración. Incluso Frogui se unió a las festividades, trayendo huevos revueltos y pan para el desayuno, además de macarrones aceitosos. Más tarde trajo pollo y patatas, no gran cantidad, pero suficiente para que todos comieran un poquito, además del arroz y judías normal.

Me comí el hueso de pollo más delicioso de mi vida, escribió Melodi.

Samuel estaba desanimado, pero los dos hombres que habían sido golpeados lo preocupaban. Sintió que debía intentar ayudarlos. En la tarde, les preguntó a los guardas si podía darles agua.

Ping dijo:

—Sí, pero no agua embotellada. Ellos tienen que beber de las bolsas. También se negó a permitir que Cheryl y Melodi les lavaran los rostros

golpeados a los hombres.

Samuel les llevó bolsas de agua a los hombres, quienes aceptaron su oferta con gratitud. Ya que estaban atados de pies y manos, y no podían sostener las bolsas de agua por sí solos, Samuel se las llevó a la boca.

Él les dijo:

—Ustedes deben orar a Jesús. Él les puede ayudar.

Pero no dijo mucho. Los hombres se presentaron como Pedro y Grasia.

Más tarde esa noche, Samuel sintió que Dios deseaba que él fuera y compartiera el evangelio con los dos nuevos reos.

Samuel realmente no tenía interés de predicar ese día. Era el día 37 del cautiverio; sin un final a la vista. Él estaba completamente desanimado.

—Dios, hemos predicado, hemos orado, hemos cantado, hemos compartido tu amor y nadie, casi nadie, ha respondido a tu llamado.

Samuel había estado predicando desde que llegaron al campamento de los pandilleros y parecían haber pocos resultados. Se sentía tan emocionado por predicar como Jonás cuando fue enviado a Nínive.

Esa noche, antes de acostarse, Samuel dijo:

—Dios, si quieres que vaya, tendrás que llenarme.

Todavía sentía que Dios deseaba que fuera a los prisioneros y compartiera de su amor.

8 a.m., Berlin, Ohio

¡Por fin, buenas noticias!

Mateo y Rachel no solo fueron liberados, sino que lo que contaron era de ánimo. Los rehenes estaban todos juntos y, aunque muchos tenían picaduras de insectos infeccionadas, ninguno estaba enfermo de gravedad. Además, los rehenes compartían el evangelio con sus captores.

Aun así, Mateo fue enfático en lo pensaba que dirían sus amigos en el campamento de los pandilleros:

“Hagan lo que puedan para sacarnos de aquí”.

Miami, Florida

En un hospital de Miami, Mateo reflexionó en el éxito de su gira de restaurantes. En el campamento de los pandilleros, cuando dijo que se detendría en cada restaurante de camino a casa desde el aeropuerto, había estado bromeando para aligerar los ánimos. A la vez, realmente deseaba hacer algo así. Después de todo, había perdido trece kilos y medio.

El viaje en helicóptero a Cuba había permitido que Mateo y Rachel llegaran al hospital temprano el domingo por la mañana. Mateo no había comido nada desde su porción de huevo duro el sábado por la mañana y sentía que casi se moría de hambre. Él preguntó:

—¿Podríamos conseguir algo de comer?

—Claro. Podemos calentar un poco de la comida de anoche —contestó el personal del hospital. Cuando trajeron el plato, Mateo se quedó mirando con incredulidad. Era arroz y judías. Mateo lo probó y lo sintió insípido. También había un poco de pescado duro y pegajoso.

Mateo no podía creerlo. Sus visiones de darse un festín después de ser liberado se esfumaron como el vapor.

En el vuelo de la Guardia Costera hasta Miami, Mateo le expresó sus quejas al agente del FBI que los acompañaba. Él le contó su desilusión por la comida. Ellos prometieron que cuando llegaran a Miami, le servirían algo que no incluyera arroz y judías.

Cuando el avión aterrizó en la pista de Florida, Mateo y Rachel miraron por la ventana al cielo despejado con un gozo casi de incredulidad. “¿De verdad estamos libres?”, se preguntaron. Agentes del FBI se encontraban en la pista para darles la bienvenida. Justo al lado de la pista, vieron un enorme y hermoso arcoíris.

¿Cómo es posible? No había ni una nube en el cielo. Mateo y Rachel miraron el arcoíris, alabando a Dios por su liberación y por esta señal de su fidelidad.

A Mateo le habría encantado ir a un restaurante a disfrutar de una

buena comida, pero en cambio, los doctores lo internaron en un hospital para una evaluación más exhaustiva. En un intento de ser de ayuda, uno de los miembros del equipo del FBI se ofreció ir al restaurante Wendy's y comprarle a Mateo una bolsa de deliciosas hamburguesas y patatas fritas calientes. Mateo asintió con una sonrisa.

El agente compró la comida y subió a la habitación de Mateo. Como todavía no había sido transferido, el oficial del FBI se sentó afuera de la puerta para esperar, sin darse cuenta de que el tiempo de espera entre la sala de emergencias y la habitación sería de varias horas. Cuando el agente comprendió que tendría que ir a buscar a Mateo, la bolsa de comida de Wendy's estaba fría.

Al día siguiente, en el hospital, Mateo otra vez comió arroz y judías.

Más tarde, Mateo recordaría:

—Fue algo irónico. Me parece que el Señor me enseñaba que la vida no es cama de rosas, aunque no esté en cautiverio.

Lunes, 22 de noviembre; día 38

El lunes, los misioneros se dieron cuenta por los guardas que la radio había anunciado la liberación de dos de los secuestrados. Todos sintieron una gran alegría al escuchar esta confirmación de que Mateo y Rachel estaban seguros. No hacía falta mucho esfuerzo imaginarse a Mateo sentado en una silla cómoda, diciendo:

—Qué bueno estar en casa, eh, casa, eh, casa.

Sin embargo, fue difícil aceptar que no estaba. André no tenía a quien regañar, diciendo:

—Mateo, Mateo, Mateo; ya es suficiente de tu parte.

Y el hábito de dirigirse a los demás con múltiples nombres, como: "Wes, Wes, Wes" o "Samuel, Samuel, Samuel" parecía menos divertido sin Mateo.

El guarda al que llamaban: Señor Actitud, también les informó otras noticias:

—Seiscientos soldados estadounidenses están aquí en Haití. Ustedes saldrán pronto —les dijo.

Esta vez, los misioneros no estaban convencidos. Kay dijo:

—Pueden decir lo que quieran y nosotros podemos escoger si queremos creerlo.

Más tarde ese día, un helicóptero blanco sobrevoló las montañas y aterrizó brevemente. Los rehenes se miraron unos a otros. Tal vez el gobierno estadounidense había decidido que era hora de actuar. Todos esperaban a medias una incursión a medianoche.

Mientras yacían en la cama en la oscuridad, Ryan le dijo a Melodi lo que debían hacer si comenzaba un tiroteo. Como su cama estaba junto a dos puertas, él dijo que llevaría a André a una esquina y Melodi debía llevar a Laura a la otra esquina cercana.

Durante la noche, llovió fuertemente sobre los dos edificios de concreto y convirtió el polvo del patio en lodo. El agua formó charcos, presentándole a Ping el desafío formidable de mantener limpias sus zapatillas.

Esa noche hubo una incursión, pero no del tipo que esperaban. Mientras Melodi intentaba dormir, escuchó un sonido de un roer gutural. De pronto, un poco de arroz y judías cayeron sobre la cama, ¡seguidos por la rata!

Ese fue el fin de almacenar arroz y judías en la pasarela. Después de eso, ataron la caja de sobras en una bolsa plástica y la colgaron del cable eléctrico que también servía para tender ropa.

Además de la incursión de la rata, el agua goteaba del techo en algunos lugares, lo que forzó a varios a apartarse un poco para evitar lo peor de la humedad. Claro, no había mucho espacio para moverse. No fue una noche muy tranquila.

Para pasar el tiempo al día siguiente, algunos de los hombres solteros cavaron canales con palos para ayudar a drenar el agua del camino y fuera del campamento. Se les hundieron los pies en el lodo y se sintieron

tan alegres como niños jugueteando en los charcos.

Dale recordaría:

—Cavar en el lodo y el agua fue lo más divertido que tuve en mucho tiempo. También estábamos haciendo algo útil.

Una vez terminadas las zanjas, Samuel y Wes pasaron al trabajo de espionaje. El guarda Novato estaba escuchando la radio y ellos querían escucharla también. Wes caminó disimuladamente por un lado de la casa y Samuel por el otro, para ver si podían llegar lo suficiente cerca como para escuchar las noticias. Novato seguía eludiéndolos, pero los dos por fin se acercaron lo suficiente en una parte del patio. Después de todo el esfuerzo, fueron recompensados con escuchar un breve comentario sobre el turismo en Haití. A causa de todos los secuestros recientes, el turismo fue suspendido.

En otro rincón del campamento, Frogui se acercó a Kay y empezó a conversar.

Después de hablar un poco, Kay le preguntó:

—¿A dónde irías si te murieras hoy?

—No me voy a morir hoy.

—Nunca lo sabes. Podrías morir. ¿Adónde irías si te murieras?

—No me voy a morir hoy.

—Alguien podría dispararte —sugirió Kay con calma.

—No. Nadie me va a disparar —dijo Frogui.

—Podrías salir a la calle y morir.

—No, no me van a matar. Soy un excelente conductor. Tengo mucho cuidado.

Kay otra vez le preguntó directamente a Frogui adonde iría si se muriera, y nuevamente él hizo caso omiso de la pregunta.

Dale, que estaba cerca, se inclinó hacia Kay, cuyo criollo era mejor que el suyo.

—Pregúntale qué es esa cosa negra en su brazo, ese anillo.

Kay le preguntó a Frogui sobre el brazalete negro.

—Eso me protege —dijo Frogui.

Kay respondió:

—Eso no te protege. Solo Dios puede protegerte.

En lugar de contestar la pregunta respecto de su destino, Frogui ahora cambió el tema. Él les dijo a Kay y Dale:

—Ustedes no saldrán de aquí hasta después de un año.

Esa mañana, Wes había oído a uno de los guardas nocturnos que regañaba a Ping. Los guardas venían como refuerzos, con armas extra-grandes. El guarda nocturno decía:

—Todos los hombres blancos saben utilizar las armas. No dejen sus armas tiradas por ahí.

Más tarde esa mañana, Wes pasó junto al sofá. Estaba colocado entre los dos edificios, cerca de la regleta donde los guardas cargaban sus teléfonos por la noche. Cuando Wes levantó la sábana, quedó impactado por lo que vio. Allí estaba el gran fusil de asalto, el que los guardas utilizaban por turnos. Tenía el magazín colocado y no había nadie cerca.

Wes consideró devolverle el arma a uno de los guardas y decirle:

—Toma, ¿perdiste algo?

Sin embargo, se contuvo y volvió a colocar la sábana encima.

Para algunos, a la euforia de la liberación de Mateo y Rachel le siguió la depresión. A medida que se acercaba el tiempo hasta el día de Acción de gracias, era difícil no preguntarse si alguien los recordaba. Estaban seguros de que sus familiares no los habían olvidado. Y ahora tenían a Mateo y Rachel en el mundo exterior que abogaran por su liberación. Pero ¿qué podrían hacer?

Samuel todavía no sentía deseos de compartir el evangelio con los hombres golpeados, pero se obligó a obedecer la voz de Dios. Obligándose a ser cortés, les leyó versículos e historias de un librito de *Flanbo* a los reos.

Samuel observó el rostro de los dos hombres y pensó en los ladrones

crucificados con Jesús. Al igual que los dos ladrones en la cruz, uno de estos hombres, Grasia, era orgulloso y arrogante. En cambio, Pedro, el otro reo, parecía dispuesto a escuchar el mensaje. Tenía un corazón humilde.

Pedro les había robado dinero a las iglesias y había admitido estar involucrado en la inmoralidad.

Al final de las lecturas, Samuel dirigió a los hombres en oración. Pedro entonces oró; no en voz audible, sino en voz baja.

Cuando Pedro dijo “Amén” al final de su oración, Samuel lo miró. Más tarde, él recordaría:

—Era como si pudiera ver el gozo del Señor en su rostro.

A la mañana siguiente, Samuel volvió a hablar con Pedro. Este parecía estar alegre. Samuel le dijo:

—Pedro, ¿crees que Jesús es el hijo de Dios?

—Sí —dijo Pedro. Una sonrisa radiante iluminó su rostro.

—¿Te has arrepentido de tus pecados?

—Sí. Estoy arrepentido de mis pecados —dijo.

—¿Aceptas a Jesús como tu Señor y Salvador?

—Sí.

—¿Lo tienes en tu corazón en este momento?

—Sí, ¡sí! —La sonrisa de Pedro era la prueba más convincente de todas—. Tengo a Jesús en mi corazón.

Samuel le dio un gran abrazo.

—¡Bienvenido al reino!

Si Samuel fue una bendición para Pedro, Pedro a su vez fue una bendición para Samuel y el resto de los misioneros. Descubrieron que los guardas manipulaban a los dos hombres con juegos mentales.

A Pedro le decían:

—Te vamos a matar.

A Grasia le decían:

—No te mataremos a menos que dejes que este otro se escape.

Pedro no esperaba vivir mucho tiempo, pero su nuevo gozo les era obvio a todos. Él dijo:

—No tengo miedo de morir. Estoy preparado para encontrarme con Jesús.

ASÍ SE ENFRENTA LA VIDA

Martes y miércoles, 23, 24 de noviembre; días 39 y 40

Campamento de los pandilleros

*a*hora que estaban de regreso en su ubicación original, alguien le preguntó a uno de los guardas en cuanto a la segunda choza más cercana a la entrada. Él respondió:

—Ah, esa es la casa del diablo.

Nadie sabía exactamente qué significaba eso.

Las hormigas eran incontrolables. Además de picar a las personas, invadían la comida, incluso muy contentas se metían en las bolsas selladas de galletas sin hoyos visibles. Los recipientes de arroz que se guardaban para los niños se envolvieron en bolsas plásticas bien selladas, luego se colocaron en una cubeta con jabón en el borde y pusimos algo pesado encima de la cubeta. Aun así, el arroz estaba lleno de hormigas al día siguiente. Los misioneros simplemente las apartaban con la

mano o las soplaban, y seguían comiendo.

Para eliminarlas, Ping decidió limpiar la casa con cloro. Primero, tenía que ir al pueblo a comprar el cloro, lo cual presentaba un problema. ¿Quién vigilaría a los prisioneros, incluyendo a Pedro y Grasia, que estaban atados debajo de un árbol?

Por fin, a Ping se le ocurrió una gran idea. Se acercó al árbol, tomó a Pedro y a su compañero y los llevó de regreso al patio entre las casas. Los sentó en unas sillas frente a los misioneros. Entonces, Ping dijo:

—Ahora, estos hombres los van a vigilar. No intenten escapar, porque si lo hacen, los matarán.

Los misioneros miraron a Pedro, su nuevo hermano en Cristo, y Pedro les devolvió la mirada. Pronto todos se reían.

Mientras Ping hacía sus diligencias, Samuel miró las ataduras en los tobillos de Pedro y le preguntó:

—¿Esas ataduras no te aprietan demasiado las piernas?

—Mira esto —dijo Pedro. Extendió la mano y movió el nudo, aflojándolo.

Era evidente que los dos pandilleros capturados no fueron retenidos en el campamento por fuerza física. La pandilla los mantenía allí por control psicológico. Podrían escapar, pero probablemente los encontrarían y asesinarían.

Muchas noches, los guardas le dijeron a Pedro que lo matarían.

—Esta noche vendrá el gran jefe y entonces te mataremos.

La noche pasaba, sin que sucediera nada, luego al día siguiente lo volvían a decir. A veces cambiaban el cuento y le decían:

—Después de todo, no te vamos a matar.

A pesar de esta manipulación y tortura mental, Pedro se mantuvo fuerte.

Los misioneros supusieron que finalmente los soltarían. Pero el futuro de Pedro, aun si no lo mataban, parecía sombrío. ¿Podrá mantener su fe a largo plazo? El grupo oró por él e incluso esperaba que tal vez se

uniera a ellos si los liberaban.

Un día, mientras Wes estaba sentado en una silla, tomando su turno en oración, Sòlda se lanzó debajo de su silla. Uno de los guardas le arrojó un pedazo de cáscara de coco y le golpeó el costado.

Días después, Melodi le preguntó a Pelirrojo sobre el estado de Sòlda.

—Está enfermo —contestó el guarda de cabello naranja. Poco después, informó que el perrito se había muerto.

Todavía tratando de atrapar una lagartija, Brandyn golpeó a una con una botella de Coca Cola, lo que provocó que perdiera la cola. Ahora había dos lagartijas sin cola que corrían por allí, una con una cola en crecimiento y la otra con una cola recién caída. Sin embargo, todavía nadie había atrapado una lagartija.

Entonces, un día, Brandyn logró colocar la tapadera de una olla sobre una lagartija. Todos aplaudieron. Finalmente habían atrapado a una de las pequeñas criaturas. Cuando Brandyn levantó la tapadera para verla, la lagartija salió disparada y se escabulló a un lugar seguro. Todos abuchearon. La victoria sobre las lagartijas duró poco.

La ropa interior demasiado grande de André era un problema pequeño, pero que seguía frustrando a su madre. Melodi le había preguntado a Cheryl qué se podía hacer y Cheryl trató de pensar en una forma de sujetarla con alfileres para que tuviera la talla correcta. Sin embargo, André era un niño activo, y un alfiler no se quedaba allí.

Un día, Cheryl estaba parada a la orilla de los arbustos, mirando a través de los campos que ella había llamado el mar Rojo. Contempló las montañas y las nubes, sacando fuerza de la belleza de la naturaleza. Miró al suelo cerca de sus pies y vio algo brillante. Se agachó y lo recogió, pensando que era un alfiler.

Pero descubrió que era una aguja... con hilo todavía puesto. Estupefacta, Cheryl corrió hacia Melodi.

—¡Mira lo que encontré! Podemos arreglar la ropa interior de André.

Las mujeres se alegraron por este milagro y Melodi se apresuró a coser

la ropa interior del niño. De hecho, Dios les había enviado un milagro más. Grandes o pequeños, alabaron a Dios por todos ellos.

Un día, Cheryl y Shelden estaban dentro de la casa cuando escucharon llegar a Frogui en su vehículo.

—¿Dónde está Shelden? —llamó, su voz resonó por el campamento. Aunque los niños ya no participaban en choques de puños, a los pandilleros les gustaba hablar con ellos.

Shelden se dirigió a la puerta, pero antes de llegar al corredor, estaba enfermo y vomitando. Vomitó el resto del día. Esa noche, él le dijo a su madre:

—Pienso que mi enfermedad fue una maldición de Frogui.

Cheryl no sabía qué pensar. Solo deseaba poder dialogarlo con Ray.

Aun en ausencia de algún cambio significativo o esperanza de liberación, los misioneros siguieron adelante. No pudieron hacer más. Y sí siguieron cantando. Muchas veces cantaban “*Little Black Sheep* (La ovejita negra)” para André y “*He decidido seguir a Cristo*” para Shelden. Cantaron “*One More Miracle, Lord* (Un milagro más, Señor)”, para todos. Este canto ascendía al cielo tantas veces que los pandilleros casi debían haber memorizado las palabras en inglés. A todos los misioneros les gustaba el canto, pero todavía les costaba entender la última estrofa.

A veces se sentían muy desanimados para cantar. Alguien comenzaba un canto y los demás se unían débilmente. Conforme progresaba el canto, las voces se hacían más fuertes y esperanzadas, tomando fortaleza con el canto. Dichosamente, Dios nunca permitió que todos los rehenes se desanimaran el mismo día.

Muchas veces alguien sencillamente comenzaba un canto y los demás se unían. Samuel conocía un canto que encajaba perfectamente en tiempos difíciles. Entonces, un día comenzó a cantar: “Cuando las penas como olas recorren mi alma...”. Se detuvo al darse cuenta de

que nadie se le unía.

—¿Nadie conoce este canto?

Nadie se lo sabía.

Días después, Samuel comenzó el mismo canto. “Cuando las penas como olas recorren mi alma...” Cantó las mismas palabras y luego volvió a preguntar si nadie se sabía el canto.

Al fin llegó a ser una broma. No importaba cuántas veces Samuel comenzara a cantar “Cuando las penas como olas recorren mi alma...”, se le unía la misma cantidad personas. Ni una persona.

De todas las cosas que el grupo siguió haciendo, la oración fue la más constante. Continuaron la cadena de oración las 24 horas del día, así como las oraciones de la mañana y de la tarde. Oraron por sus familias en casa y por sus madres en particular. Oraron por su propia salud y por la salvación de los guardas.

La mayoría de los rehenes disfrutaron de su turno en la vigilia de oración como un breve momento de soledad. Muchas veces iban a un rincón para orar o se paraban a la orilla de la zanja de riego mirando los campos, los papayos y las montañas: hacía allá, donde seguía la vida normal.

Más que ninguna otra cosa, continuaban las oraciones de la 1 p.m. pidiendo liberación. Oraron fervientemente que estuvieran en casa para el día de Acción de gracias.

Una vez, cuando el grupo estaba orando y cantando, Austin notó la delgada figura del señor Actitud sentado junto a uno de los edificios. Parecía como si se secara las lágrimas del rostro. Esto produjo un nuevo sentido de compasión en Austin. ¿Quién realmente era este joven? ¿Era solamente un muchacho inseguro que se fingía una fachada ruidosa y cruel para ocultar sus inseguridades?

Los rehenes continuaron hablando de comida, aun si Mateo no estaba

para enumerar los ingredientes que pondría en su sándwich de pollo con cebolla dulce. Les rogaron a los guardas que les trajeran más *pate* y, en efecto, Zigzag les trajo un poco.

Por lo general, Wes sencillamente se mantenía al margen de las conversaciones en cuanto a comida. Hoy, sin embargo, empezó a nombrar todas las comidas que se le ocurrieron.

—Pastel de fresa —dijo en voz fuerte.

Dale y Ryan gruñeron al pensar en algo tan sabroso.

—Carne asada. Pastel de mantequilla de cacahuets —continuó Wes.

Un gemido surgió de Dale y Ryan.

—¡Cállate! —dijo Samuel.

—Frutas secas mezcladas. Empanadas fritas —dijo Wes.

Siguió otro coro de alegría de Dale y Ryan, con más protestas de Samuel. Finalmente, Samuel se levantó y se alejó, haciendo exactamente lo que hacía Wes.

El grupo continuó dialogando de libros. Quizá el repentino estallido de charla sobre comida de Wes significaba que él percibía lo que había descubierto el personaje principal del libro *Unbroken* (Indómito). Este libro sigue la historia de dos hombres a la deriva en el océano en una balsa durante cuarenta y seis días. Mientras se morían de hambre, el personaje principal y dos más (antes de que muriera uno de ellos) hallaron que hablar sobre comida en realidad los hacía tener menos hambre. El personaje principal describió con gran detalle la comida que preparaba su madre, relatando los pasos que seguía para preparar espaguetis y pastel de calabaza. Lo hacían tres veces al día, en vez de comer.

La parte favorita de Austin en el libro *Unbroken* era cuando el personaje principal se convirtió en cristiano y halló la fuerza para superar sus pesadillas, el estrés postraumático, y para perdonar a aquellos que lo habían perseguido.

Los misioneros secuestrados en el libro *En presencia de mis enemigos* habían experimentado muchas de las mismas emociones que sintieron

los misioneros de CAM. La autora escribió: “Todo en nuestras vidas nos fue arrebatado en un instante. A nadie le importaba que Martin fuera un excelente piloto o que yo pudiera elaborar una pizza deliciosa. Ya no estábamos definidos por nuestro ministerio o carreras profesionales; éramos solo dos seres humanos (...) sin idea de lo que sucedería después y sin forma de influir en ello”.

Esto también aplicaba a los misioneros secuestrados en Haití, o al menos así parecía. Ya no importaba que Wes fuera buen mecánico, que Dale fuera buen electricista, que Austin supiera construir una casa o que Cheryl pudiera preparar un excelente curry tailandés. El negocio de renovación de hogar de Ryan había logrado algo, por supuesto, pero sin mucho aprecio por parte de los captores. Melodi, Wes y Dale se alegraron de poder escribir en las toallas de papel con la pluma, pero no había manera de compartir sus palabras con el mundo.

Ahora, ¿realmente no tenían manera de influir en lo que sucedería después? Los misioneros continuaron dialogando el asunto. ¿Quería Dios que simplemente oraran y esperaran? ¿O debían hacer planes de escapar?

Dale, que esperaba que no le pagaran dinero a la pandilla, halló que su opinión vacilaba. El gozo por la partida de Mateo y Rachel le siguió una profunda tristeza. Oh, cuánto deseaba dar una caminata solitaria por el bosque en la granja de sus padres. O pasar una noche con sus hermanos en la cabaña que habían construido. A Dale le encantaban los momentos de tranquilidad. Le encantaba estar solo en la naturaleza. En el campamento de los pandilleros siempre había alguien cerca y las montañas al otro lado de los campos quedaban demasiado lejos.

Samuel también sintió que la desesperación lo invadía. Esta vez pensó en el año pasado cuando conducía por las montañas Pocono y escuchó que Dios lo llamaba a brindar más servicio. ¿Para qué había sido? Él oró:

—Señor, ¿me llamaste a Haití solo para que me secuestraran? ¿Solo para pasar sentado aquí pudriéndome en este campamento de pandilleros?

Las opiniones en cuanto a pagar rescate variaban de un día para otro y de una persona a otra. Todos deseaban marcharse con creciente desesperación. Parecía cada vez menos importante cómo se lograba esa libertad.

Por otro lado, la mayoría no quería que la pandilla recibiera dinero por sus malas acciones. Temían que si se pagaba rescate, perjudicaría tanto a CAM como a otras misiones.

Un día, Samuel dijo:

—Si alguien en realidad paga un rescate, no significa que nos liberen.

Aunque Lanmò San Jou había exigido un rescate, Santa Claus les había dicho desde el principio que el otro líder de la pandilla exigía que lo sacaran de la cárcel.

Me sentí espiritualmente vacío y muy desesperado. Parecía que nos podríamos aquí todo un año, escribió Dale. Después de todo, eso fue lo que dijo Frogui en su conversación con Kay. Lo más probable es que solo llamara su atención. Pero ¿qué tal si dijera la verdad?

Jueves, 25 de noviembre; día 41

Día de Acción de gracias

Llegó la mañana de Acción de gracias, pero no como deseaban los rehenes. Cuando salió el sol, resplandeció sobre la maleza a la orilla del campamento de los pandilleros.

Dichosamente, no todos se sentían tristes. Eso sí, para muchos, fue un día de dolor, de preguntas. ¿Por qué Dios no contestó sus peticiones y los liberó antes de este día festivo?

Aun así, todos intentaron pensar en algo por lo cual agradecer a Dios. Tomaron turnos en círculo, y cada uno compartió algo por lo que estaba agradecido. Luego hicieron otra vuelta.

Wes dijo que estaba agradecido por la mantequilla de cacahuets. Por raro que fuera, había aparecido en varias ocasiones. También le agradeció a Dios por el querido avioncito (DLP por sus siglas en inglés). Ciertamente no los había liberado, pero fue una diversión bienvenida.

El grupo llegó a la conclusión de que se trataba simplemente de una avioneta de la prensa o quizá una avioneta de entrenamiento.

Kay le agradeció a Dios que no los habían atado de manos y pies al igual que los otros rehenes, y que tenían la libertad de orar y cantar. También le agradeció a Dios por su ascendencia. Podría haber nacido en un pueblo haitiano, asolado por la pobreza, como tantos de sus amigos. O, como el joven Bigotry, podría haber crecido como asistente de un jefe de pandilleros.

Cheryl le agradeció a Dios porque pronto estarían libres. No sabía cuándo, pero confiaba que Dios contestaría sus oraciones. Cherilyn dio gracias por la oportunidad de conocer a todos y por los amaneceres y atardeceres de los que tanto disfrutaba. Courtney estaba agradecida por la oportunidad de servir a Dios. En contraste, la vida de los guardas parecía ser sin esperanza y sin sentido.

Brandyn le agradeció a Dios por el *pate*. Kasondra le agradeció a Dios que hayan secuestrado a su madre con ellos. Aunque no le agradaba ver sufrir a su madre, sabía lo difícil que sería estar sin ella. Shelden le agradeció a Dios por el orfanato. Tal vez en su mente joven, la diversión en los columpios había sido el último momento alegre antes del aburrimiento de vivir en un campamento de pandilleros.

Dale agradecía las muchas lecciones que estaba aprendiendo por medio de los sufrimientos.

—Dios me está enseñando a no preocuparme por el mañana ni por el futuro.

En la segunda vuelta, Dale le agradeció a Dios por la capacidad de reír y compartir bromas. Aunque Mateo se había ido, llevándose su humor irónico, todavía podían reír a pesar de un futuro incierto.

Samuel dijo que agradecía la salvación. No podía pensar en mucho más. Su depresión no había desaparecido. Al fin, ¿qué importaba más que la confianza de que pasaría la eternidad con el Señor?

Austin agradeció los recuerdos que compartieron. Ya fuera libros que

habían leído o recuerdos de familiares, o de amigos o viajes, las conversaciones en cuanto a tiempos pasados ayudaron a mantenerse cuerdos en el campamento de cautiverio. Más tarde, Austin diría:

—Nos ayudó a no pensar en el aburrimiento. A hacer caso omiso de las horas aparentemente interminables de no tener mucho que hacer.

Austin también le agradeció a Dios por sus “reflejos Smucker” cuando la sábana se cayó mientras se estaba bañando. Entre los reflejos heredados y la ayuda de Brandyn, había sobrevivido al suceso.

Melodi dijo que ella estaba agradecida por el agua. André estaba agradecido por los mangos. Ryan dio gracias por la familia. En verdad se refería a su pequeña familia que estaba allí con él en el campamento. También recordó a su familia más grande, esparcida en lugares lejanos. ¿Estaban juntos hoy? ¿Estaban pensando en él?

Los días en que viajaba en el tractor del abuelo con su primo Grant en Kansas estaban muy lejos. Sin embargo, apenas el año pasado, unos días después del día de Acción de gracias, Grant estaba entusiasmado mientras les contaba a Ryan y Melodi de su nueva novia. Había persuadido a Ryan para que se quedara en Kansas unas horas más para poder entregar juntos un galpón.

Grant se había casado unos siete meses después, luego de que Ryan y Melodi se mudaran a Haití. Se perdieron la boda, pero Ryan estaba alegre por su primo preferido.

Aunque nadie lo mencionó en específico, aparte de Ryan, todos estaban agradecidos por Laura. Todos obtuvieron fuerza de esta pequeñita que no le temía al futuro ni se preguntaba por qué Dios no había contestado su oración. Dale dijo que ella era “el rayo de luz en casi todos los días”.

Después del tiempo de compartir, Samuel le preguntó a Westley si podía prestarle el bolígrafo. Tomó una buena cantidad de toallitas de papel blancas y se dirigió detrás de la casa en busca de privacidad. Se sentó en una silla y otra vez le hizo unas preguntas difíciles a Dios.

—¿Me llamaste aquí solo para que me pudra?

Entonces, tal como sucedió en el camión en las montañas de Pocono, Dios le contestó. El Dios del universo, ilimitado por la geografía o el cautiverio, tocó el corazón de Samuel.

Parecía que podía escuchar que Dios le decía: “Samuel, no te llamé para que fueras a Haití a alcanzar al pueblo haitiano. Te llamé a Haití porque deseaba cambiarte a ti. Cuando estabas en los Estados Unidos, ni siquiera estabas cerca de tu máximo potencial para mi reino”.

De pronto, Samuel sintió su corazón ligero y libre. A pesar de que Dios le había mostrado su debilidad, había acompañado el mensaje con esperanza.

Samuel oró:

—Señor, así es. Había momentos en que tuve la oportunidad de compartir el evangelio y no la aproveché. Señor, si me sacas de aquí, quiero proclamar tu fidelidad. Estoy listo para morir. Si quieres que entregue mi vida, si se pueden ganar más almas por medio de eso, estoy listo.

Entonces Samuel comenzó a escribirle una carta a su familia. Al escribir, se dio cuenta de cuánto había estado luchando contra la amargura hacia los pandilleros.

Si alguien le hubiera preguntado a Samuel una semana antes si había perdonado a sus captores, habría dicho: “Sí, por supuesto”. Ahora comprendía que todavía albergaba resentimiento y le pidió a Dios que se lo quitara.

Además, se dio cuenta de que posiblemente nunca saldría vivo de este cautiverio. Era al que más culpaban cada vez que había problemas. Si fracasaba un intento de escape y los guardas decidían matar a alguien, Samuel estaba seguro de que sería él. Era probable que nunca volviera a ver a su familia. Así que escribió la carta, con la esperanza de que si moría, quizá alguno de los demás podría hacerles llegar la carta.

Mientras escribía las palabras en la toallita de papel, las lágrimas corrían por el rostro de Samuel.

Querida familia,

Hoy es el Día de Acción de gracias. Esta mañana me desperté con mis pensamientos y oraciones dirigidas hacia ustedes. ¡Las palabras no pueden ni comenzar a expresar la gratitud que siento por una familia cristiana como la que tengo! (...) Este es el día 41 que nos hallamos con nuestros secuestradores. No sé si sobreviviré para contar la historia, o si aun tendrán la oportunidad de leer esta carta.

Hubo momentos desde que nos secuestraron en los que luché con no perdonar a nuestros captores y les guardé rencor. Solo quiero decirles que por la gracia de Dios los he perdonado y no tengo nada contra ellos.

Aquí las lágrimas corrían a torrentes, pero Samuel continuó escribiendo.

La mayoría de ellos, si no todos, se han criado en hogares disfuncionales. No han tenido muchas oportunidades de escuchar la Palabra de Dios predicada en pureza y verdad. (...) Solo espero y oro para que hayan sido impactados por las palabras y los cantos que compartimos con ellos durante el tiempo que pasamos aquí. ¡Anhelo ver a estos hombres en el cielo algún día! Familia, si nunca los vuelvo a ver en esta tierra, estaré esperando con gozo y anticipación verlos a todos en el cielo.

Amo encarecidamente a cada uno.

Su hijo, hermano y amigo en Cristo,

Samuel Stoltzfus

Samuel dobló la carta escrita en papel blanco de las toallitas y la guardó en su billetera. Aun si nunca regresaba a casa en Pensilvania, tal vez su billetera sí.

Aunque el Día de Acción de gracias no era un día festivo en Haití, Frogui por casualidad trajo algo diferente ese día: elotes asados y salsa de judías con albóndigas. Fue un cambio delicioso.

Base de Titanyen

En la base de Titanyen, los que estaban en la base hablaron de lo que debían hacer para las vacaciones. No era día festivo para los trabajadores de la base. Además, en realidad no tenían ganas de celebrar con mucha comida cuando los rehenes probablemente sufrían de hambre.

Al final, Felipe y Grace invitaron a todos a su casa. Disfrutaron de un rato bonito, así como de comida especial.

“¡SIÉNTATE O TE MATO!”

26 de noviembre – 3 de diciembre; días 42-49
Campamento de los pandilleros

2os espaguetis de la mañana, el arroz y las judías de la tarde aparecían como la salida y la puesta del sol. A veces los misioneros echaban mano de la enorme reserva de puré de plátano. El puré venía empacado en cajas de vasos de vidrio y casi había llegado a ser una broma. Los ingredientes incluían agua, azúcar, ácido cítrico y plátanos, y difícilmente se podía describir como una comida saludable. Sin embargo, todos se lo comían y Melodi se lo daba a Laura de vez en cuando. Ya después de tantos frascos, se cansaron de lo mismo, al igual que del pastel mohoso y los Doritos añejos.

Quizás la mala nutrición también interfirió con la sanidad de las

picaduras de insectos infeccionadas. Cheryl tenía muchas y parecían estar empeorando. Estaban comenzando a impedir que caminara.

A Cheryl le resultaba difícil comprender por qué Dios había contestado tantas otras oraciones, pero no los había librado del cautiverio ni sanado las heridas. Un día, recordó cómo la gente le había preguntado si sería seguro vivir en Haití antes de que ella y su familia se trasladaran al país. Cheryl había contestado que si el Señor los dirigía a Haití, él podía cuidarlos allá.

Ahora, en su sufrimiento, Cheryl clamó a Dios:

—Señor, le dije a la gente que si venía a Haití, tú cuidarías de mí.

En el silencio que siguió a su oración de queja, Cheryl sintió que Dios le preguntaba: “¿Todavía crees eso?”.

Desconcertada, Cheryl consideró la pregunta. “Sí”, resolvió. “Todavía lo creo”. Con esta afirmación, su valor y su fe se fortalecieron.

Kay también tenía algunas llagas persistentes. Se sentía como si una varilla de metal le raspaba el hueso desde adentro. A veces el dolor era tan intenso que apenas podía caminar. La herida estaba justo en la parte inferior de la falda, donde la tela tendía a rozar si la herida no estaba vendada. Se acostaba y descansaba hasta que recobraba el ánimo para continuar. A veces la herida supuraba un líquido pegajoso. Este drenaje le corría por la pierna hasta sus sandalias Crocs, lo que hacía que su pie se pegara a la suela.

Las mujeres tomaron una camiseta vieja y la cortaron en tiras con una navaja. Le cubrieron las heridas con trocitos de aloe vera y luego las vendaron con las tiras.

Cuando Frogui se encontró con Kay con la pierna vendada, entró en un pequeño frenesí y trató de arrancarle la venda. Él gritó:

—¡No pueden vender esas heridas!

Kay le explicó que el dolor era demasiado grande si no la vendaba. Además, el polvo del campamento parecía irritar la herida si se mantenía sin vendaje. Por la noche, las hormigas invadían las heridas y

mordían la carne viva. Kay sabía que Frogui creía honestamente que las llagas debían dejarse al aire libre. En su opinión, la herida no se sanaría ni formaría costras si estaba vendada. Kay continuó vendándola de noche, cuando Frogui no la veía.

Las hormigas seguían picando, pero no había mucho que hacer al respecto. Laura se despertaba por las noches, llorando, cada vez que una hormiga la picaba. Por la mañana, las picaduras de hormigas le cubrían su piel infantil.

Ryan llevaba puestos los lentes de contacto más de seis semanas. Estaba agradecido de que todavía pudiera ver. André continuó luchando con dolores de estómago y fiebres. Cuando hacía calor, muchas veces hallaba difícil dormir a menos que Ryan lo abanicara.

Además de la avioneta que a veces volaba en círculos sobre ellos, los rehenes ahora notaron un nuevo avión, que era más grande. A la avioneta la habían llamado DLP (querido avioncito, por sus siglas en inglés). En cambio, este avión llegó a ser el BFG (el gran gigante amigo, por sus siglas en inglés). Sin embargo, ¿será que esta nave, al igual que la otra, sencillamente volaría en círculos encima de ellos, semana tras semana aburrida?

27 de noviembre, Medio Oriente

Se le atribuye a un creyente preso en la Unión Soviética que dijo: "Tuve la sensación física de que oraban por mí. Aun cuando no sabía nada y no recibía cartas, sentí el calor como si estuviera sentado junto a una fogata. Fue como escuchar que alguien oraba por mí y pensaba en mí, lo cual me apoyó mucho. Es difícil de explicar, pero sentí y supe que no me habían olvidado. Esto fue suficiente para hacerme resistir los momentos más difíciles".

"Oro esto por sus seres queridos. Que sientan las oraciones que hacemos. Que sientan esa calidez interior de pertenencia. Que recuerden que no los han olvidado".

Entonces, la última pluma se quedó sin tinta.

Wes recordaría:

—Lo sentimos como una verdadera pérdida. No teníamos mucho y ese era uno de nuestros artículos más valiosos.

Melodi y Dale, que también guardaban apuntes, esperaban que la pérdida del bolígrafo significara que Dios estaba a punto de liberarlos.

Parecía más fácil evitar dialogar la predicción que cada uno hizo del día de su liberación. Día tras día las fechas de predicción expiraban. Solo quedaba la triste predicción de Kay, de que sería la noche buena.

Las llagas de Cheryl empeoraban cada vez más. Por último, ella apenas podía caminar. El equipo continuó pidiéndole a la pandilla que la dejaran ir al hospital y los líderes llegaron y les tomaron fotografías a las llagas de Kay y Cheryl. Kay tenía varias heridas graves, incluyendo una en la mano que había desarrollado una raya roja de veinte centímetros. Pero Cheryl tenía casi cincuenta llagas.

Cherilyn notó que su mamá no comía mucho. Le dijo que tenía que comenzar a comer más. ¿Cómo podría sanarse sin nutrición?

El Jefe Caballito llegó a verle las llagas a Cheryl y prometió que intentaría liberarla. Dijo que la decisión no era suya, pero que haría lo mejor que pudiera. Al alejarse, murmuró:

—Esta gente se va a morir en nuestras manos.

Un día, la pandilla trajo una crema para las heridas. Tras una inspección más cercana, los rehenes descubrieron que se trataba de una crema para blanquear la piel.

Me pregunto qué hace CAM. Me pregunto qué hacen nuestras iglesias, escribió Wes en su diario el domingo, 28 de noviembre. Esa noche, desarrolló una fiebre intensa. Por la mañana se sintió mejor, pero aún no estaba bien.

El lunes, Dale compartió que era el cumpleaños de su madre. Estaba cumpliendo 55 años. Cuánto deseaba poder llamarla.

Sencillamente no puedo dejar de soñar con mi hogar. Nuestra

ropa se está cayendo a pedazos. Nunca me he sentido tan constantemente agotada, escribió Melodi el día antes de que la pluma quedara sin tinta.

La barba de los hombres redefinía su apariencia. La barba y el bigote se tupieron y el cabello caía por sobre las orejas.

Llegado diciembre, el grupo volvió a adivinar cuál día quedarían libres. Sin embargo, incluso después de que todos habían escogido un nuevo día, la fecha de Kay seguía siendo la más lejana.

Los rehenes también dialogaron el día sexagésimo de cautiverio. Algunos pensaban que el gobierno estadounidense podría tomar acción si nada ocurría antes de eso. Sin embargo, el sexagésimo día, el 14 de diciembre, todavía parecía muy lejano.

Un día, Kay se acercó al Señor Actitud. Lo que a Kay le faltaba en estatura, lo reponía en valor.

Ella le dijo:

—Oye, queremos *pate*. Quiero aprender a elaborarlo. Necesito que alguien me enseñe a hacerlo.

Kay había vivido en Haití durante años, pero nunca había aprendido a hacerlo. ¿Qué mejor momento que ahora, cuando no había nada que hacer? Mientras el Señor Actitud la miraba con desdén, ella continuó:

—¿Tienes un cocinero que pueda enseñarnos a hacer *pate*?

El rostro del señor Actitud de pronto se iluminó y dijo:

—*Nosotros* les vamos a enseñar a hacerlo.

Efectivamente, al día siguiente, los guardas encendieron un fuego y calentaron una olla con aceite, luego llamaron a Kay.

Entonces, Kay llamó a los demás:

—Vengan todos los que quieran mirar.

Todos salieron y se pararon alrededor del fuego. En ese momento, las heridas de Kay le dolían tanto que no estaba segura de poder permanecer de pie y observar. Sin embargo, se mantuvo por un rato, mirando cómo la masa blancuzca caía en el aceite caliente y salía brillante y

dorada. Los guardas hicieron una parte de pate con salami, pero entonces se acabó la carne y tuvieron que hacer el resto sin ningún relleno.

Al parecer, pensaban que valía la pena enseñarles a estos estadounidenses a preparar esta comida especial. A pesar del dolor en los pies, Kay disfrutó la lección. Nunca se había imaginado recibir clases de cocina por parte de pandilleros armados. Solo deseaba que la lección hubiera sucedido mientras Rachel estaba presente, porque ella también había deseado aprender.

Sábado, 4 de diciembre; día 50

Lanmò San Jou llegó con noticias:

—Hoy o mañana serán liberados.

El Jefe Caballito también felicitó a los rehenes, dando a entender que por fin se había pagado un rescate.

Los misioneros no deseaban ilusionarse demasiado, pero incluso los guardas estaban emocionados. Frogui les trajo mejor comida de lo normal, además de refrescos gaseosos fríos, para la cena, como si quisiera que sus últimos recuerdos de él fueran agradables.

Berlin, Ohio

A medida que pasaban los días sin progreso, los equipos en Ohio y Titanyen seguían dialogando sus opciones. ¿Había sido un error buscar ayuda profesional para ofrecer dinero de rescate en vez de que Barry se entendiera con la pandilla?

En el campo de batalla en Haití, Felipe y Barry se preguntaron si los rehenes ya estarían libres si hubieran permanecido firmes en cuanto a no pagar rescate. Las autoridades del gobierno no lo creían así. Le habían dicho a Barry desde el principio que, si CAM se negaba a pagar, la pandilla mataría a los rehenes. Pero Barry, con su larga historia de confiar en Dios sin temor, sentía que Dios no estaba limitado por lo que había sucedido en el pasado.

Otros dieron a entender que CAM había arruinado la situación con su demasiada lentitud en pagar un rescate o aceptar ayuda de otros negociadores.

Los funcionarios gubernamentales estaban confundidos por el largo cautiverio. Al parecer, la complicación emergente era que la pandilla pedía más que solo dinero de rescate. Se reportaba que deseaban que un líder de la pandilla fuera liberado de la prisión, algo fuera del control de cualquier organización estadounidense.

Tomás le recordó al grupo que los planes de acción que fracasan siempre hacen dudar a los implicados, aunque se haya hecho lo correcto. Estaba dispuesto a aceptar que posiblemente habían tomado la decisión equivocada, pero un plan de acción distinto podría haber resultado en la misma derrota. No había forma de saber cuál plan habría tenido el mejor resultado.

Una vez más, la agonía del desacuerdo y el anhelo de una solución pusieron a prueba a los miembros del equipo.

Sin embargo, todos estaban unidos en un aspecto: deseaban que los rehenes volvieran a casa.

El equipo de crisis había recibido la sugerencia de proponer un ayuno de tres días para romper las fuerzas de las tinieblas espirituales en Haití. Anunciaron este ayuno para los próximos lunes, martes y miércoles, del 6 al 8 de diciembre. Invitaron a las personas a participar en el ayuno, ya fuera a tiempo completo o parcial.

El equipo de crisis también ultimó planes de acoger a las familias de los rehenes para una reunión. Sería una oportunidad para ayudarles a procesar lo que sucedía y hallar consuelo en las historias de los demás.

Por supuesto, todos seguían con la esperanza de que los misioneros serían liberados antes de que llegara cualquiera de estas fechas.

7:13 p.m., Base de Titanyen

Todos en la base de Titanyen fueron invitados a la casa de Felipe para

la cena el sábado por la noche. Después de comer, la gente se había pasado a sillas cómodas. Al teléfono de Barry se le estaba agotando la batería; solo le quedaba el uno por ciento. Por esta razón, Olivia, la hija de Felipe, le trajo un cargador. Barry puso a cargar el teléfono y, casi de inmediato, este comenzó a timbrar.

Era su contacto en la embajada estadounidense en Puerto Príncipe. El que llamaba dijo:

—Van a entregar el rescate. Han acordado liberarlos a todos. Así que prepárate.

Barry saltó de la silla. Toda la casa entró en un frenesí de anticipación y emoción. ¿Sería posible? Después de todos estos días y noches interminables, ¿por fin había llegado la hora? El gran peso de las semanas pasadas se sentía como si estuviera cambiando, preparándose para deslizarse y caer en el mar Caribe.

Una de las mujeres advirtió:

—Sería mejor que esperemos para ilusionarnos.

—No podemos. No puedo controlar mis esperanzas —dijo Barry.

Los demás tampoco pudieron controlar las esperanzas. Las personas alababan al Señor mientras hablaban y corrían de un lado a otro. Los hombres prepararon los vehículos. Las mujeres hablaron de cuándo debían preparar el café para que estuviera recién hecho para los rehenes que estaban por volver.

Veinte minutos después, la embajada volvió a llamar.

—Fracasó el intento.

El corazón de Barry se desplomó mientras continuaba el que llamaba:

—San Jou dice que lo haremos mañana por la noche.

Barry suspiró.

—¿Tú le crees?

—Es difícil de decir. No puedes creerles a esos tipos. Todos están drogados. No puedo decírtelo con certeza.

Mientras la emoción en la casa se desplomaba, Barry intentó analizar

el mensaje. ¿Por qué había fracasado al último momento? No había manera de saberlo. Quizás algo había asustado al líder de la pandilla. Más tarde se informó que San Jou necesitaba asistir a una ceremonia de vudú para pedirle protección a su dios.

Domingo, 5 de diciembre; día 51

Base de Titanyen

Después de visitar una iglesia en Puerto Príncipe para predicar, Ray regresó a la base de CAM por la tarde. Todos esperaban con la mayor paciencia posible para ver qué sucedía.

Ray había estado algo preocupado por Cheryl desde que Mateo y Rachel habían sido liberados dos semanas antes. Cuando Barry y Felipe volvieron de hablar con Mateo y Rachel, dijeron que Cheryl no estaba bien de salud. Dijeron:

—Cheryl dice que te ama, pero tiene algunas llagas en los pies y no se encuentra bien.

Ray no sabía qué pensar.

Hasta ese momento, Ray había imaginado a su familia tal como se veían cuando salieron hacia el orfanato el 16 de octubre. Sin embargo, después de escuchar el reportaje de Mateo y Rachel, comprendió que era posible que hubieran sufrido cierto desgaste. Así que oró al respecto, confiando que Dios sabía exactamente cómo estaba Cheryl.

Por la noche, Ray subió al piso más alto del dormitorio de los hombres solteros para contemplar el mar. Felipe, Grace y Olivia pronto vinieron a acompañarlo, trayendo consigo unos bocadillos.

Primeras horas de la noche en el campamento de los pandilleros

Cuando oscurecía, los rehenes se sentaron afuera en los sofás, sillas y cubetas entre los dos edificios. Durante el día, los muebles estaban junto a la casa del diablo a causa de la sombra que proveía. Por lo que

incluso, después de la puesta del sol, los asientos muchas veces estaban cerca de este edificio.

Todo el día, el grupo había seguido pensando en la liberación prometida, procurando no ilusionarse demasiado.

En efecto, conforme avanzaba el día, los guardas dijeron que no estaban seguros de que fueran liberados. Si acaso solo Cheryl, a causa de sus heridas.

Ya que tenía cinco hijos allí, Cheryl no estaba segura de querer irse. Finalmente, decidió que estaría dispuesta a irse con una condición: si Shelden, de seis años, se iba con ella. No se iría sin él.

La cena aún no había llegado. Kay se sentó en una cubeta, con Cheryl sentada en el sofá a su lado, sosteniendo a Shelden en el regazo. Brandyn se sentó en medio del sofá y Melodi se sentó al otro lado, sosteniendo a André.

De pronto, llegó la Prado blanca, junto con una camioneta de cuatro puertas. Los vehículos dieron la vuelta a los edificios hasta que otra vez estaban en posición de salida. Lanmò San Jou saltó de la Prado y se acercó con arrogancia al grupo de misioneros. Sin decir palabra, agarró a Kay por el brazo y la levantó de la cubeta.

El grupo miró atónito y asombrado, respirando el fuerte olor a colonia y mirando los focos de las camionetas que alumbraban la oscuridad del anochecer.

Melodi logró gritar:

—¡Alguien vaya con ella!

Samuel se puso de pie de un salto y alcanzó a Lanmò San Jou. En criollo, le preguntó:

—¿Qué hacen con Kay? Por favor, díganme qué van a hacer con Kay.

—La llevaremos al hospital.

“¿Y por qué no nos dijeron que sucedería eso?”, se preguntó Samuel, aunque no lo dijo. Sencillamente le agradeció al líder de la pandilla.

Mientras los guardas llevaron a Kay a la camioneta, Lanmò San Jou

volvió al grupo y agarró a Cheryl del brazo. Este gesto, al menos, fue menos sorprendente, ya que todos esperaban que llevaran a Cheryl al hospital.

Mientras Lanmò hablaba, Samuel traducía:

—Él quiere llevarte a ti, pero no a Shelden.

—No voy a ir sin él —dijo Cheryl.

Debido a sus graves llagas, Cheryl tenía dificultades para ponerse de pie, especialmente mientras sostenía a Shelden. Brandyn también se puso de pie de un salto, apoyando a su mamá. Los guardas, incluido Ping, le gritaron a Brandyn, tratando de empujarlo a sentarse de nuevo en el sofá. Brandyn luchó por permanecer de pie, y les decía que deseaba ayudar a su madre.

—Por favor, déjelo que se quede conmigo —dijo Cheryl. Deseaba que Brandyn los acompañaran a ella y a Shelden hasta la camioneta.

Los guardas se enojaron cada vez más con Brandyn. Ping gritó:

—¡Siéntate o te disparo!

—¡No pueden llevarse a mi mamá sin llevar a Shelden! —gritó Brandyn en respuesta.

Lanmò San Jou levantó la mano para golpear a Brandyn, luego retrocedió y lo ignoró. Por fin, Brandyn se sentó.

Uno de los guardas intentó tomar por la fuerza a Shelden de los brazos de Cheryl mientras los demás rehenes observaban, horrorizados.

—¡No me iré sin mi bebé! —gritó Cheryl, sentándose en el sofá, abrazando fuertemente a su hijo—. ¡No me iré sin mi hijo!

Los guardas abrazaron a Shelden mientras intentaban quitar los brazos de Cheryl que rodeaban a su hijo. Shelden comenzó a gritar.

Lanmò San Jou levantó las manos en frustración y retrocedió, dejando que sus guardaespaldas y los demás pandilleros lidiaran con la situación.

Desde el extremo del sofá, André observó cómo los guardas intentaban arrancar a su amiguito de los brazos de su madre. Hasta el momento, André no había sido traumatizado por el secuestro. Aunque

quería volver a casa, era demasiado pequeño para entender lo que era un rehén. Por primera vez, Melodi vio que sus ojos reflejaron horror.

Kasondra, que estaba sentada con el grupo, de pronto recordó que Cherilyn estaba en la casa. Corrió hacia dentro, llamando a su hermana mayor a gritos.

—¡Se están llevando a mamá y a Kay! Y no dejan ir a Shelden con ella.

Afuera, los guardas agarraron a Cheryl y con violencia la volvieron a levantar.

—Los reprendo en el nombre de Jesús —gritó Brandyn.

Los guardas retrocedieron y todo se calmó.

Ellos dijeron:

—Está bien, ven. Está bien, puedes venir con nosotros.

Escortada por guardas a ambos lados, Cheryl caminó hacia la camioneta con Shelden. Ping estaba entre los guardas, pero los demás eran desconocidos que habían llegado en los vehículos.

Brandyn se dejó caer en el sofá y comenzó a llorar, diciendo:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Melodi le puso el brazo en el hombro. Dale llegó y se sentó al otro lado, donde estuvo sentada Cheryl. Todo el grupo comenzó a orar en voz alta por Kay, Cheryl, Shelden y el resto de los hijos de Cheryl que no fueron.

De pronto el caos volvió a estallar y Shelden comenzó a gritar. Melodi intentó impedir que André observara, pero él quería ver lo que sucedía. Brandyn se levantó y corrió hacia el frente de la casa, pero un guarda lo agarró. Se le rompió la camisa y se le arrancaron los botones.

—¿Quieres tener solo un padre? ¿Quieres que le dispare a tu mamá? Haz que Shelden se calle o vamos a disparar —vociferó el guarda en criollo.

Al fin, Frogui le dijo al guarda que sujetaba a Brandyn que lo dejara unirse a su madre.

Cerca de la camioneta, estacionada junto al corredor, Cheryl se

despedía de sus hijos mayores con un abrazo. Luego colocó a Shelden en la camioneta junto con Kay y se dispuso a subir ella misma, un proceso doloroso a causa de todas sus heridas. Antes de que se subiera, los guardas abrieron la puerta del otro lado e intentaron arrebatarse a Shelden por encima del regazo de Kay y sacarlo por la puerta abierta.

Shelden y Cheryl gritaron. Shelden se sujetó del reposacabezas. En el corredor, Cherilyn, Courtney y Kasondra comenzaron a gritar:

—¡No, no, tienes que llevarte a los dos! No puede quedarse aquí. Es demasiado pequeño. Tienes que llevar a los dos.

Varias veces, uno de los misioneros reprendió a los guardas en el nombre de Jesús y cada vez retrocedieron abruptamente.

De vuelta en el sofá, André comenzó a gemir:

—Quiero entrar a la casa. Quiero entrar a la casa.

La puerta de la casa estaba en el corredor, cerca de toda la acción. Melodi le dijo a André:

—Nos quedaremos aquí y oraremos.

Por fin, Cheryl sacó a Shelden y se dirigió al corredor. Se sentó sobre la baranda con Shelden en los brazos. Brandyn se unió a ellos, abrazándolos. Vieron que Lanmò San Jou se alejó para hacer una llamada telefónica.

En la camioneta, sentada entre dos guardas armados, Kay evaluó su situación. Temía que la pandilla no permitiría que Shelden fuera con ellos y entonces, Cheryl no iría. “No iré sola,” decidió. Miró a los guardas que la rodeaban y trató de encontrar la mejor manera de escapar.

Lanmò San Jou volvió al corredor y otra vez intentó arrebatarse a Shelden de los brazos de Cheryl. Hizo otra llamada telefónica y al parecer recibió permiso de dejar ir a Shelden.

El conflicto había durado lo que parecía mucho, mucho tiempo. En realidad, había durado aproximadamente media hora. Antes de que la Prado blanca se alejara, Samuel volvió a acercarse a Lanmò San Jou y le preguntó:

—¿Qué harán con los que quedamos? ¿Nos dejarán ir pronto?

—Se irán más tarde esta noche, en grupos de dos o tres —respondió. Luego subió a la Prado y partió para nunca volverlo a ver.

Cheryl, Shelden y Kay se apiñaron en el asiento trasero de la camioneta y luego un guarda subió a cada lado. Por lo menos uno de ellos iba armado. Después de que las puertas se cerraron de golpe, estaban muy apretados. Cuando salieron del claro, Cheryl vio a los demás misioneros sentados en el patio, orando.

Se escuchaban voces que decían:

—¡Que Dios los bendiga! Estamos orando por ustedes. ¡Adiós, mamá!

El vehículo blanco de Lanmò San Jou se dirigió al camino por entre un laberinto de pandilleros. Una vez fuera del campamento, continuaron a través del árido campo haitiano en la oscuridad de la noche. Por fin, en las afueras de Puerto Príncipe, los vehículos se detuvieron y los tres rehenes fueron trasladados a una ambulancia. Otro conductor llevó la ambulancia a la ciudad.

Cheryl le dijo al conductor:

—Todavía tengo cuatro hijos cautivos, y mi esposo está en otra parte de Haití. ¿Podrías hacerle saber lo que ocurre?

—Bueno, ¿dónde está tu esposo? —preguntó el conductor.

Cuando Cheryl le dijo que Ray estaba en Titanyen, el conductor llamó a la embajada y les dijo que llamaran a Ray y le dijeran que Cheryl llegaría pronto.

Mientras la camioneta donde iban Kay, Cheryl y Shelden avanzaba por la oscuridad de los campos haitianos, una calma agotada se apoderó del grupo que quedó atrás. Los hijos de Cheryl hablaban de lo contentos que estaban de que Kay los acompañara, ya que ella podía hablar criollo. Si los dejaran en una clínica a la orilla de la calle en algún lugar, ella podría comunicarse con la gente.

Además, como resaltó Ryan:

—Kay tiene nervios de acero.

Los guardas dirigieron a todos dentro de la casa por la puerta del corredor. Una piedra pesada y un poste todavía servían de tranca en la puerta trasera de la casa.

Por fin, dentro de la casa, André intentó procesar sus sentimientos después de ver cómo los guardas intentaban separar violentamente a Shelden de su madre. Él le dijo a su mamá:

—Debo dispararles a esos hombres malos.

Melodi no supo qué decir. Al igual que André, ella quedó muy conmovida por el drama de la noche. Intentó recordarle en lenguaje sencillo que Dios se encargaría de los guardas malos. Lo ayudó a orar por Shelden, Kay y Cheryl, e intentó consolarlo.

Antes de dormirse, todo el grupo cantó “*Children of the Heavenly Father* (Hijos del padre celestial)”.

Al igual que su hijo, Ryan repasó mentalmente la escena de la noche. Concluyó que se había equivocado en algunas de sus suposiciones respecto a los guardas, especialmente de Ping.

Como jefe de los guardas, Ping parecía dedicado a su bienestar. No siempre sabía cómo hacer que las cosas fueran cómodas, pero en general, Ryan pensó que realmente se preocupaba por los misioneros.

Ahora recordaba los gritos de Ping a Brandyn:

—¡Siéntate o te disparo!

Recordó cómo los guardas se asían de los brazos de Cheryl mientras ella se aferraba a Shelden.

Lo peor de todo es que pensó en lo que Lanmò San Jou le había dicho a Samuel. En vez de la promesa original de liberarlos a todos, él había cambiado de parecer. Qué desilusión. Había dicho que ahora los soltarían en grupos de dos o tres.

El corazón de Ryan se llenó de temor al considerar las posibilidades. “Melodi, mis hijos y yo somos una familia de cuatro. ¿Será que se

lleven a Melodi sola con los niños en la noche oscura, mientras André grita por mí? ¿O será que tal vez envíen a una de las muchachas con Melodi y le arrebaten a André de los brazos?”

Ryan sintió que se le abrieron los ojos. Incluso al paternal Ping no le importaba mucho su comodidad y seguridad. Los rehenes solo eran propiedad. Si el líder de la pandilla les pedía a los guardas que hicieran valer la ley, Ping estaba dispuesto a ponerse violento.

Los acontecimientos de la noche aumentaron la preocupación creciente de Ryan respecto del ambiente del campamento. Música violenta y explícita sonaba a todo volumen. Ya que André estaba aprendiendo cada vez más criollo, pronto comenzaría a entenderlo. Como mínimo, aprendería la melodía y el ritmo de las canciones.

Día tras día, semana tras semana, se habían visto obligados a presenciar la violencia, la ida y venida de las prostitutas y la compra y venta de drogas y cigarrillos. ¿Cuánto tiempo seguiría así?

Aunque hubo preocupaciones de salud, Ryan sí estaba agradecido por algunas cosas. Después de cincuenta días, aún usaba los lentes de contacto, ya que todavía le servían. Melodi estaba adelgazando, pero por lo demás estaba bien, y Laura parecía estar bien, excepto por las picaduras de hormigas.

Su mayor preocupación era André, que muchas veces tenía calor y fiebre. Parecía que empeoraba. ¿De pronto se enfermaría demasiado para recuperarse? ¿Realmente quería Dios que permanecieran sentados pasivamente? ¿O será que los llamaba a actuar?

A Ryan se le ocurrió que los rehenes restantes ahora eran un grupo de diez adultos jóvenes y adolescentes que estaban lo suficientemente saludables como para cargar a dos niños pequeños y caminar dieciséis kilómetros, si era necesario. Con las llagas de Cheryl, eso no habría sido posible.

7:13 p.m., Base de Titanyen

Julia Grant y Rachel, la cuñada de Kay, se estaban mensajeando. Rachel le dijo a Julia que acababa de fallecer una amiga íntima de Kay, una madre joven. Julia leyó el mensaje con tristeza al recordar que Kay le contó del valor y la fuerza de esta mujer al enfrentar su enfermedad terminal. Rachel había terminado su mensaje así: “Bueno, he escrito suficiente en cuanto a mí. ¿Y tú cómo has estado?”

Julia estaba por responder cuando sonó el teléfono de Barry. Era la embajada.

—Cheryl y dos más han sido liberados —dijo el que llamaba.

Barry y Julia supusieron que era Cheryl y sus dos hijos menores, así que Barry llamó a Ray de inmediato.

Ray todavía estaba en el dormitorio del tercer piso cuando Barry lo llamó para darle la noticia. Él le dijo:

—Tenemos que ir a la embajada. Nos vemos en la bodega.

Cuando Ray escuchó que Cheryl había sido liberada, pero no todos los demás, se preocupó. “¿En qué condiciones se encuentra? ¿Por qué la han liberado?”

Ray le preguntó a Felipe:

—¿Puedo ir a traer la Biblia?

Entonces regresó a la casa a traer la Biblia.

Cuando volvió, Barry y Felipe habían decidido llevar dos vehículos. Aunque la embajada había dicho que solo tres rehenes habían sido liberados, esto no tenía sentido. Se había pagado el rescate y los profesionales que negociaban con la pandilla siempre negociaron por todo el grupo, no solo por unos cuantos.

Lanmò San Jou había dicho que si recibía el dinero, liberaría a los quince misioneros que faltaban. Ahora, mientras se dirigían a la embajada, Barry y Felipe esperaban que cumpliera con su palabra y entonces llenaran los vehículos.

Cuando llegaron, un agente los escoltó por el control de seguridad.

Uno de ellos le preguntó al agente:

—¿Sabes quiénes son las dos otras personas que fueron liberadas?

—No, no sé cómo se llaman. Es una mujer y un niño —dijo el agente.

—Ah, debe ser Melodi y la bebé —dijo Ray.

El agente contestó:

—No, es un niño de esta altura.

Levantó la mano a la altura de la cintura y Ray de inmediato supo que debía ser Shelden.

Llegaron a la puerta principal de la embajada y entraron a un laberinto interminable de pasillos, puestos de control y puertas. Ray recordaría:

—No sé cuántas puertas había. Me preguntaba cuándo al fin vería a mi esposa.

Pasaron por un vestíbulo lleno de agentes, pasaron por otro pasillo y otra puerta y, allí estaba Kay, sonriéndoles alegremente.

“Está sonriendo. Es una buena señal”, pensó Ray.

Barry le tomó una fotografía para enviársela a su familia. Ella parecía estar muy bien.

Ray fue enviado a otro pasillo hasta una puerta. El agente le dijo:

—Tu esposa está aquí con la enfermera.

Cuando la enfermera abrió la puerta, Ray vio una pequeña sala de examen con Cheryl sentada en la mesa, sonriendo. Cuando levantó la vista y vio a Ray, su sonrisa se amplió.

“¡Qué genial!”, pensó Ray, pensando en los versículos que había escogido para consolar a una esposa emocionalmente angustiada. “No tendré que consolarla mucho”.

Cuando Ray entró a la sala hacia Cheryl, se encontró con Shelden, que estaba sentado en una silla justo al otro lado de la puerta.

—¡Papá!

Ray se detuvo y alzó a Shelden. Este comenzó:

—Nunca escuché a mamá gritar tan fuerte, papá. No es justo que

los demás se hayan quedado en ese campamento.

—Lo sé, pero Dios quería que estuvieras aquí con mamá, y eso es bueno. Me alegro mucho de que estés aquí —dijo Ray.

En ese momento la enfermera salió de la sala y Ray, Cheryl y Shelden tuvieron un feliz reencuentro.

Julia sentía tanta curiosidad de saber qué sucedía que llamó a Barry.

—Tengo a Cheryl, Shelden y Kay Yoder conmigo —contestó Barry.

Julia pensó en las advertencias de los profesionales de que los rehenes liberados necesitarían consejería y apoyo para su estado mental y emocional quebrantado. Estaba emocionada de que vería a Kay y Cheryl, pero ¿en qué estado frágil estarían?

Julia y Grace rápidamente se apresuraron a preparar unos bocadillos. Cuando los vehículos regresaron, corrieron a recibirlos.

Vieron a Cheryl y Shelden felizmente reunidos con Ray. Y allí estaba Kay, la antigua amiga de Julia, alegre y sonriente, ansiosa de saludarlas.

Tiverton, Ohio

A principios de diciembre, los familiares de los rehenes planeaban reunirse en la base de CAM en Ohio. La familia de Kay hizo el viaje desde Míchigan y se quedó en la casa de su hermano Rubén, en Ohio.

El fin de semana antes de la reunión, falleció una de las amigas cercanas de Kay. La familia de Kay pensaba asistir al funeral.

La tarde del domingo, la cuñada de Kay llamó a Julia Grant en Titanyen. Le dijo a Julia cuánto deseaba poder decirle a Kay que su amiga había fallecido.

Julia dijo:

—Es posible que puedas decírselo pronto. Algo está pasando.

La noticia pasó por la casa de Rubén como electricidad. “Algo está pasando. Pero ¿qué es?”

Pronto comenzó a timbrar el teléfono. El padre de Kay exclamó:

—¡Es el FBI!

Mientras los vítores y el clamor se levantaban entre la familia, el padre de Kay corrió al corredor del frente para escuchar mejor. Pronto compartió la noticia:

—¡Liberaron a Kay!

Pasó algún tiempo antes de que la misma Kay llamara, pero cuando al fin llamó, hablaron más de una hora.

Chambersburg, Pensilvania

En los Estados Unidos, las otras hijas de Cheryl habían pasado la tarde del domingo con sus abuelos, los padres de Cheryl. Cuando las muchachas se fueron a pasar la noche en la casa de su hermana casada, la madre y el padre de Cheryl comenzaron a prepararse para dormir.

De pronto, la madre de Cheryl escuchó que las muchachas volvieron a entrar corriendo a la casa.

“¿Qué sucede? ¿Por qué se devuelven?”, pensó ella.

Salió a ver cuál era el problema, y casi quedó boquiabierta por la ola de muchachas emocionadas y las buenas nuevas.

—¡Liberaron a mamá y a Shelden!

“NECESITAMOS AYUDA”

6–12 de diciembre; días 52–58

Campamento de los pandilleros

a la mañana siguiente, en el tiempo de oración, Ryan compartió sus preocupaciones con el grupo. Les dijo:

—No quiero volver a ver una escena como anoche. ¿Podemos hablar de escaparnos? Si todavía estamos aquí tres días antes de la Navidad, ¿estarían dispuestos a considerar a intentarlo?

El tema de escapar había causado tanta división últimamente que algunos ni querían hablar del asunto, pero esta mañana todos parecían estar de acuerdo. Ryan sintió nueva esperanza. Todos estaban desesperados. Parecía no haber final a la vista; ninguna esperanza de liberación excepto para las personas que se enfermaban.

Samuel siempre había querido escapar, pero la continua presencia de humo, malas palabras, música rap y prostitutas lo desgastaban cada vez

más. Sintió que Satanás trataba de establecerse en su vida.

Dale también había llegado al punto de frustrarse con el ambiente malvado. Al hablar de escapar, él siempre se había sentido impedido por el temor de que, si huían, matarían a los guardas. ¿Serían responsables los misioneros por su muerte? Sin embargo, ahora Dale pensó en cuántas veces los guardas habían escuchado la predicación del evangelio y lo habían rechazado. Estaba seguro de que la responsabilidad caía sobre los guardas, no en los misioneros.

Wes también quería escapar, pero todavía sentía fuertemente que solo tendrían una oportunidad; no podían permitirse fracasar. Basado en los libros que había leído, Wes propuso cavar un túnel. No tendría que ser muy largo, solo desde el suelo de la casa hasta detrás de la maleza que rodeaba el claro. El único problema era que los guardas entraban en la casa de vez en cuando y no habría manera de esconder los montones de tierra. Así que, era probable que tuvieran que comenzar el túnel desde la maleza y cavar hacia la casa.

La idea del túnel provocó una animada discusión y cierto desprecio. ¿Con qué cavarían? ¿Y quién haría el trabajo?

Encontrar herramientas de excavación era un problema, pero las piezas de varilla de construcción que habían encontrado parecían prometedoras. En cuanto a quién excavaría, los hombres solteros parecían la respuesta lógica. Lastimosamente, Samuel no era una opción. Cada vez que los guardas querían algo, comenzaban a gritar:

—¡Samuel! ¡Samuel!

Notarían de inmediato si él no estaba.

Ahora, ¿cómo podrían atravesar el concreto del piso de la casa?

Esto definitivamente era un problema, pero Wes notó que el concreto era malo y probablemente podría romperse. Si pudieran cavar el túnel con precisión y terminar debajo de la casa, podrían cortar un pedazo de concreto y escapar por el suelo. Los que se oponían, sin embargo, tenían un asunto a su favor; hacer el agujero generaría demasiados golpes.

Y por último, ¿cuánto tiempo duraría cavar el túnel?

Wes hizo los cálculos, basándose en las horas disponibles para trabajar y la cantidad de tierra que pensaba que los obreros podrían remover. Si todo salía bien, duraría aproximadamente un mes, lo cual los llevaría mucho después de la navidad. Claro que, si hubieran comenzado cuando Wes pensó por primera vez en el túnel, ya casi estaría terminado...

Otro problema con la idea del túnel fue que el campamento de los pandilleros parecía desmotivarlos a todos. Nadie tenía ganas de trabajar.

Ryan entonces sugirió la idea de simplemente salir por la puerta de atrás, la que estaba asegurada con una piedra pesada y un poste. Claro que, este plan requería caminar por el patio en un momento en que la zona se reforzaba con guardas nocturnos. Por lo general, los guardas se reunían más en el lado del corredor de la casa, pero pasaban por la puerta trasera cuando iban a la letrina. Además, la regleta donde cargaban los teléfonos y parlantes estaba justo al lado de la puerta trasera.

Durante las últimas semanas, el sentimiento de Melodi de que debían escapar seguía creciendo. Después de ver cómo Cheryl y Shelden fueron forzados a separarse, el sentimiento ahora era más fuerte que nunca. Al igual que Ryan, Melodi había visto salir a la luz el verdadero carácter de los pandilleros. Estaban impulsados por la codicia, no por la preocupación de sus cautivos.

“Deberíamos pensar en cómo escapar. No en una manera confusa y teórica, sino en una manera práctica”, pensó Melodi. Nadie tenía claro si la idea de Wes en cuanto al túnel cayó en una discusión “confusa y teórica” o en un diálogo “práctico”.

Cuando Melodi compartió sus sentimientos con Ryan, acordaron que si querían salir, probablemente tendrían que escapar. Los líderes de la pandilla seguían diciendo que los liberarían, pero no sucedía nada. Además, a ninguno de ellos le gustaba la idea de ser rescatados ni por dinero ni por fuerza.

Cierta mañana, mientras Ryan yacía en la cama, pensó en hacer rótulos para comunicarse con los aviones que sobrevolaban en círculos sobre ellos. Un día sería el DLP, la querida avioneta, y el siguiente sería el BFG, el gigante grande y amigable. ¿Será que Dios quería que pidieran ayuda?

Cuando todos se levantaron esa mañana, le ayudaron a Ryan con la idea. Alguien recogió unos grandes pedazos de cartón que había por ahí y los trajo a la casa. Con carbón del fuego, escribieron mensajes en el cartón en letras enormes. Un rótulo decía *SOS* y el otro decía *Necesitamos AYUDA*.

La parte más complicada del plan fue llevarlo a cabo a espaldas de los guardas.

Decidieron usar “cara” y “cruz” como palabras clave. Algunos irían a un lugar donde los guardas no los vieran y agitarían los carteles hacia el avión. Otros actuarían como centinelas en las esquinas de los edificios. Si un guarda se acercaba, dirían “cruz”. Si todo estuviera bien, dirían “cara”.

Al día siguiente, mientras agitaban los carteles, pensaron que el avión redujo la velocidad en respuesta a ellos. Para evitar que los descubrieran los guardas, los carteles no duraron mucho. Sin embargo, los aviones continuaron volando en círculos, a veces hasta seis horas al día.

Al tercer día cambiaron de estrategia y llevaron los carteles al lado norte de la casa, donde les daría el sol de la mañana. Esta vez el piloto cortó el círculo y voló sobre ellos, bastante bajo. Los misioneros estaban seguros de que los habían notado y probablemente fotografiado. Aunque no resultó en nada, encontraron consuelo en la presencia de los aviones.

No había mucho consuelo en el campamento de los pandilleros. Lanmò San Jou no había vuelto a aparecer con promesas de liberación. Y los guardas, que habían estado tan alegres el fin de semana pasado, otra vez estaban callados.

André continuó sufriendo de su enfermedad. Varias veces tuvo accidentes por causa de la diarrea. Al menos dos veces, cuando André no logró llegar a la letrina, Cherilyn llegó corriendo para ayudarlo a Melodi. Mientras Melodi ayudaba a asear a André, Cherilyn se quitó los “trapos de inmundicia”, como las llamó Melodi más tarde, y las lavó sin ninguna palabra de disgusto.

Un día, los guardas decidieron volver a limpiar la casa con cloro. Sacaron todo de la casa y lavaron todo el edificio. Wes se alegró de que no hubiera ningún agujero en el piso, aunque, por supuesto, esa era la razón por la que había planeado empezar el túnel desde afuera.

Para mantener un buen flujo de aire en toda la casa, los guardas abrieron la puerta trasera, al quitar la piedra y el poste. Cuando terminaron, cerraron la puerta, pero no la trancaron.

Esa noche, después de que los guardas dirigieron al grupo dentro de la casa, Courtney y Kasondra hablaron en cuanto a la puerta sin tranca. ¿Será posible que Dios les estuviera dando una pista de que era la noche en que debían escapar? Decidieron que todavía no compartirían sus pensamientos con el grupo.

Ellas oraron:

—Dios, si quieres que nos vayamos esta noche, permite que la puerta aún esté abierta a las 8:00 de la noche.

Fue cerca de las 7:30 cuando tomaron esta decisión.

Las mujeres siguieron hablando con las personas a su alrededor y Kasondra se recostó en su cama. Ella y Courtney normalmente dormían más cerca de la puerta trancada.

A las 8:00, el reloj sonó y Kasondra se sentó. En un susurro, le dijo a Courtney:

—¡Son las 8:00!

En ese instante, escucharon un golpe sordo mientras el poste y la piedra cayeron pesadamente en su posición contra la puerta, atrapándolos dentro de la casa.

Había pasado casi una semana desde la partida de Cheryl y Kay, y la comida se estaba acabando. Ya ni siquiera recibían pasteles mohosos ni Doritos añejos. Alguien sugirió que Melodi pidiera más comida.

El grupo había aprendido que si Samuel o Ryan pedían comida, muchas veces no recibían más que una regañada. En cambio, si Melodi o Kasondra, de catorce años, hacían el pedido, los resultados eran mucho mejores. Entonces Melodi fue a Frogui y cortésmente le pidió más comida.

Él se rio.

—¿Quieren más comida?

—Sí, los niños tienen hambre.

Frogui sacó su teléfono, le dijo algo a la persona a la que llamó, luego acercó el teléfono al rostro de Melodi y le dijo:

—Dile a él lo que desees.

—¿Nos puedes traer algunos comestibles, por favor?

La otra persona se rio y preguntó qué quería. Así que Melodi mencionó todo lo que se le ocurrió. Pan y jugo. Mantequilla de cacahuetses. Cocos. Mantequilla de cacahuetses. Aguacates, mangos y plátanos. En definitiva, mantequilla de cacahuetses.

No solo a Wes, Dale y algunos de los otros en realidad les encantaba la mantequilla de cacahuetses. También se conservaba bien y no se enmohecía. En una dieta casi sin carne, la proteína de la mantequilla de cacahuetses ayudaba a satisfacer sus antojos de comida.

Sin duda, el Jefe Caballito se presentó ese fin de semana con bocadillos. Había tres barras de pan ligeramente mohosas, jugo, dos envases de mantequilla de cacahuetses y una lata de Pringles.

El grupo decidió que los Pringles debían guardarse hasta que se acabara el pan mohoso. Pusieron los Pringles y otros artículos que deseaban guardar en una funda de almohada y le hicieron un nudo. Luego, pasaron el cinturón de Ryan por el nudo y colgaron la alacena flotante de la pasarela sobre la cama de Ryan y Melodi.

Courtney, la experta en repartición, recibió la tarea de untar doce rebanadas de pan con mantequilla de cacahuets y entregarle una a cada persona. Hicieron este preparativo después del tiempo de oración de la 1:00 pm. Los bocadillos levantaron el ánimo a pesar de que demostraban que la pandilla no tenía planes de soltarlos en el futuro cercano.

El Jefe Caballito también trajo una alfombra peluda y esponjosa, como si estuviera preocupándose por la comodidad de ellos durante el largo invierno que tenían por delante. **Ojalá no siguieran intentando hacernos sentir tan cómodos**, escribió Melodi, con un bolígrafo que ahora les permitía utilizar Ígor.

Pedro y Grasia todavía estaban cautivos. Samuel intentaba animar a Pedro todos los días. Pedro no tenía idea de lo que significaba seguir a Cristo, pero estaba ansioso de aprender. Ya que sabía que su propia vida en el campamento pendía de un hilo, Samuel le escribió una carta a Pedro. Apuntó la dirección de un cristiano haitiano al que Pedro podría acudir si alguna vez obtenía su libertad. Samuel también anotó su propio número de teléfono para que Pedro lo contactara, incluso si regresaba a su hogar en los Estados Unidos.

Pedro recibió la carta con gratitud, pero esa noche se le cayó del bolsillo y Grasia la destruyó.

Con la enfermedad de André cada vez peor, la situación en el campamento de los pandilleros pesaba mucho en el corazón de Ryan.

Una noche, a la hora de dormir, Ryan intentó recordar los versículos del libro de Santiago en cuanto a pedirle a Dios sin titubear. Melodi y los demás intentaron ayudarlo con el pasaje. Melodi estaba segura de que recordaba los versículos, ya que se los había enseñado a sus alumnos.

Ryan citó:

—Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.

Pudieron recordar la mayor parte del pasaje, pero pensaron que les faltaba algo. De cualquier forma, los versículos decían que había que pedir con fe, sin dudar, por lo que decidieron orar que Dios los llevara a casa esa noche. Creerían que Dios los rescataría esa misma noche. Ryan no se quitó los zapatos y todos se fueron a dormir, esperando y creyendo que Dios los liberaría en las horas de la noche.

Al día siguiente, Melodi meditaba sobre el pasaje. Meditó sobre su oración pidiendo liberación y el hecho de que no había sido contestada. De pronto, la primera parte del pasaje de repente le llegó a la memoria. Era el versículo justo antes de los versículos que habían recordado: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”.

De inmediato buscó a Ryan y le citó el versículo. Sí, ahora él también lo recordaba. Se dieron cuenta de que no habían estado pidiendo sabiduría. Entonces oraron así:

—Dios, danos sabiduría. Ayúdanos a saber qué hacer.

Base de Titanyen

La noche después de su liberación, Kay se sintió muy desanimada. ¡Qué bueno era estar de regreso en su propio apartamento en la base! Era bueno poder hablar de nuevo con su familia por teléfono. Era bueno beber té y comer otros alimentos además de arroz y judías.

Ahora, conforme avanzaba la noche, los pensamientos de Kay volvieron a la casita en el campamento de los pandilleros. Ella pensó: “Probablemente el arroz y las judías ya están listos en este momento. Y pronto los guardas encerrarán a los rehenes para pasar la noche”.

Grace había invitado a todos a la cena. Kay no sabía si tenía la fuerza para sentarse a la mesa y comer buena comida mientras sus amigos sufrían. Sin embargo, se obligó a caminar a la casa de Felipe.

Cuando llegó, Ray dijo que Cheryl también estaba luchando. Mientras hablaban, Kay y Cheryl se consolaron la una a la otra. Estaban tan

alegres de estar libres, pero deseaban poder compartir el sufrimiento de los demás.

Barry, Felipe y el resto del equipo le agradecieron a Dios por el regreso sano y salvo de Kay, Cheryl y Shelden, pero al pasar las horas y la liberación total prometida no se produjo, concluyeron que la pandilla no había cumplido su parte del acuerdo.

Supuestamente, Lanmò San Jou ahora decía que la pandilla no soltaría más rehenes hasta que el otro líder de la pandilla fuera liberado de la prisión. Si liberaba a los demás rehenes, él mismo podría morir.

Barry y Felipe sabían que no había nada que hacer en cuanto al líder aprisionado. El gobierno estadounidense no *podía* liberarlo y el gobierno haitiano no lo *haría*.

Aunque el negociador externo que trabajó en el caso no pudo dar muchos detalles específicos, mantuvo la esperanza de que los demás rehenes pronto serían liberados. Sin embargo, conforme pasaban los días, era fácil preguntarse si había algún camino a seguir. Si Lanmò San Jou no tenía autoridad para liberar a los rehenes, ¿quién la tenía?

Estaba quedando claro que este secuestro era diferente a los que la pandilla había cometido anteriormente. Esta vez habían secuestrado americanos blancos, entre ellos mujeres, niños y una bebé. Tenían influencia. Y lo sabían.

Las promesas vacías del líder de la pandilla empeoraban la situación.

Quedaban pocas opciones. ¿Recurriría el gobierno a una respuesta táctica? Los funcionarios del gobierno habían dicho que esto podría provocar la muerte de varios rehenes y de algunos de los secuestradores. Hasta ahora se habían mostrado renuentes a hacerlo a menos que hubiera una pérdida inminente de vidas.

Felipe pronto tendría que volver a Ohio; tenía otros hijos que vivían en casa. Con gran pesar, programó un vuelo para su esposa e hija el

jueves, 16 de diciembre. Le dijo a Barry que se quedaría el fin de semana, pero que finalmente, él también tendría que regresar.

Laurel Creek Lodge, Ohio

Si bien la reunión de las familias en Laurel Creek Lodge en Ohio se llevaba a cabo, las familias compartieron las emociones y luchas que enfrentaban. Hallaron consuelo al hablar con otros que comprendían lo que era tener un ser querido secuestrado.

Durante el tiempo de oración la última noche de la reunión, los padres de Austin compartieron lo que Cheryl les había dicho. Tenía un mensaje para las madres: los varones solteros le habían dicho que les dijera a sus madres que estaban orando por ellas.

La madre de Dale recordaría:

—Entonces de verdad nos echamos a llorar.

Ella se preguntaba cómo le iba a Dale como prisionero sin nada que hacer. Sabía que a él le gustaba estar activo y también sabía cuánto le gustaba pasar tiempo a solas.

La madre de Austin sabía que su segundo hijo normalmente tenía mucha energía y buen humor. Ella pensó que él sería positivo ante las dificultades y el estrés. Esperaba que así fuera, pero también sabía que él podía pasar momentos muy oscuros. Estaba segura de que su viaje a Haití sería una experiencia que le cambiaría la vida, aunque nunca lo había esperado.

La madre de Samuel lo recordaba como un niño, muchas veces en el centro de un conflicto con sus hermanos, sin temor a decir lo que pensaba. No dudaba de que compartía el evangelio con denuedo. Pero ¿lo estaba metiendo en problemas?

Al principio, a la madre de Wes le había resultado casi imposible aceptar que su hijo tranquilo y estable estuviera en manos de hombres malvados. Sabía que él tenía una gran imaginación y que le encantaba hacer planes y elaborar estrategias. ¿Cómo había estado lidiando con

el confinamiento y el cautiverio?

Ahora, algo en lo que las madres no habían pensado era que sus hijos oraban específicamente por ellas. No solo alegró sus corazones, sino que también les dio esperanza de que todo seguía bien en el mundo interior de sus hijos.

EL CONFLICTO

Lunes, 13 de diciembre; día 59
Campamento de los pandilleros

El día 59 fue como muchos de los días anteriores; marcado por el aburrimiento, la comida demasiado conocida y la enfermedad de André.

André lloraba sin parar por más de tres horas, muchas veces a gritos: —¡Me duele!

André estaba muy caliente y muchas veces tensaba el cuerpo. Melodi comenzó a dudar de que se recuperaría; varios oraron en voz alta por él. Por la mañana al fin se durmió, pero todavía tenía fiebre. Austin le tomó el pulso. Contó 140 pulsos por minuto. Melodi le notó un bulto pulsante en la nuca. Ella y Ryan oraron para saber qué hacer si los guardas decían que podían liberar a André pero se negaban llevar a toda la familia.

Ohio

Hace unos treinta y cuatro años, veinte hombres de Orangewalk, Belice, iban por la jungla en un tractor y carreta al campo a trabajar. Una banda guerrillera los capturó, aunque dos escaparon y regresaron corriendo a la Colonia.

Los cautivos se desanimaron y comenzaron a dudar si algún día serían liberados. Entonces, unos de los hombres oraron así:

—Señor, si es tu voluntad que seamos liberados, por favor muéstranos un mono.

Casi de inmediato, todos los hombres vieron dos monos. Ver monos era extraño en aquella zona, aunque no imposible.

Fue ese día o el siguiente cuando los hombres fueron liberados.

Mi oración es que los rehenes en Haití vean un mono, o un arcoíris o cualquier cosa que necesiten, para fortalecer su fe en el Señor.

Ya había pasado más de una semana desde que Kay, Cheryl y Shelden se habían ido, y desde que Lanmò San Jou les había prometido que pronto serían liberados.

Samuel mantuvo comunicación con Pedro; lo animaba y le enseñaba lo que significa ser cristiano. En las afueras, Ping escuchaba a Samuel y se reía. A ninguno de los guardas le gustaba la valiente predicación de Samuel, y Ping había comenzado a burlarse de él por presentar la Biblia como verdad.

Samuel decidió que era hora de predicarle a Ping. En su voz poderosa de predicador, Samuel instó a Ping a arrepentirse de sus pecados. Señaló el pecado en la vida de Ping.

Ping dejó de reírse y se enojó. Comenzó a gritarle a Samuel. Ryan, que estaba

sentado en el sofá, gritó “¡Amén!” varias veces para respaldar los puntos de Samuel.

Esa noche, el grupo se reunió para su tiempo devocional en el lugar habitual junto a la casa del diablo. Se lo pasaron genial orando y

cantando. Oraron pidiendo liberación y fortaleza. Oraron por Pedro.

Mientras estaban sentados afuera, mirando al cielo, Dios los bendijo con un bello arcoíris doble. ¡Qué maravilloso era saber que el Dios que le había enviado el arcoíris a Noé hace tanto tiempo todavía los cuidaba!

El arcoíris brindó esperanza en una situación cada vez más desesperada. No habían escuchado de Lanmò San Jou, y André todavía estaba enfermo y con fiebre.

—Tal vez si pagaran un poco de dinero pudieran volver a casa para la Navidad —dijo el Señor Actitud en su voz fuerte.

Parecía indicar que un rescate de dinero beneficiaría a ambas partes. Los rehenes podrían irse y él pasaría una feliz Navidad.

Entonces, quizás no se había pagado ningún rescate. Los rehenes no sabían qué pensar. O peor aún, ¿se había pagado un rescate, pero la pandilla había cambiado de pensar? ¿Habían decidido exigir más dinero o la liberación del líder de la pandilla? No sería una sorpresa que rompieran un acuerdo.

Más tarde esa noche, comenzó a llover, lo cual convirtió el polvoriento recinto en lodo espeso y pegajoso. Después de entrar a la casa y pasar la noche encerrados, los rehenes conversaron.

Ryan sugirió:

—Hagamos una fiesta Pringles.

La única lata de Pringles colgaba de la pasarela encima de ellos. Alguien la bajó y la abrió.

Los guardas habían recibido una nueva carga de drogas y alcohol y parecían estar especialmente alocados. Por causa de la lluvia, volvieron al corredor para mantenerse secos y no caminaban por el edificio.

Samuel dijo:

—Esta es nuestra oportunidad. Solo tenemos que confiar en Dios y tratar de escapar. Claro, pareceremos cerdos cuando lleguemos a la base de CAM y nuestros pies probablemente estén sangrando. Pero una vez que nos bañemos con agua tibia y nos sentemos en nuestras

sillas, diremos que valió la pena. ¡Es nuestra oportunidad! No nos están vigilando.

Tanto los Pringles como las opiniones circulaban por el salón de la casa, donde se había reunido la mayoría de los rehenes. André y Laura estaban dormidos en el colchón y Cherilyn estaba en el cuarto trasero, cerca de la puerta asegurada, pero todos los demás participaban de la discusión.

Ryan sugirió que el grupo le presentara una señal a Dios para saber si debían escapar. Habían estado dialogando esa idea por tanto tiempo, ¿no era hora de permitir que Dios decidiera?

Ryan sugirió:

—Si la luna está oculta y oscurece a la 1:00, intentemos salir. De lo contrario, nos quedamos.

La luna en sí era neutra, ni amada ni odiada en caso de un escape. Una luna oculta les proveería amparo a los misioneros, pero una luna brillante les ayudaría a hallar el camino.

Con la lluvia reciente, todavía había nubes en el cielo. También había señales de que podría aclararse, por lo que los rehenes no tenían manera de saber hacia dónde se dirigiría.

Lógicamente, Samuel estaba de acuerdo con Ryan. Wes también lo hallaba emocionante, aunque confesó que las rodillas se le pusieron como gelatina solo de pensarlo. Dale halló paz con su responsabilidad por los guardas y estaba listo para partir. En la puerta del cuarto trasero, Brandyn estaba sentada cerca de sus hermanas Courtney y Kasondra. Austin estaba en la puerta detrás de ellos.

Como era normal, no todos estaban de acuerdo. Brandyn y Austin sugirieron añadir más señales. ¿Qué tal si la luna está oscura y el generador encendido? Esto proveería ruido lo cual cubriría su huida. Además, ¿si añadimos que los guardas debían guardar silencio?

—Está bien —dijo Ryan.

La plática se prolongó largo rato mientras intentaban decidir qué

presentarle al Señor. Al fin decidieron dar vuelta al círculo, y que cada persona compartiera si estaba de acuerdo en poner una señal delante de Dios. Ryan y Samuel animaron a todos a que hablaran. No querían que nadie se sintiera presionado a estar de acuerdo.

Wes dijo que apoyaba permitir que Dios decidiera de esta manera. Samuel y Dale apoyaban y, por supuesto, Ryan también porque era su idea. Melodi dijo que haría cualquier cosa que hiciera Ryan. Courtney y Kasondra también estuvieron de acuerdo. Brandyn pensó largo rato antes de decir que no. Austin también pensó por largo rato, luego dijo que estaría de acuerdo si nadie intentaba manipular las señales. Por ejemplo, si los guardas tenían encendido el radio, ¿eso se consideraba estar callados? Pero si las señales estuvieran predeterminadas, lo apoyaría. Cherilyn, que no participó en la plática, fue informada de la pregunta, pero necesitaba más tiempo.

Entonces alguien hizo la pregunta de si era correcto pedir señal. En la Biblia, ¿no había reprendido Dios a Gedeón por pedir señal? Lógicamente, no tenían Biblia para verificar las palabras exactas del relato, pero esto comenzó una plática completamente nueva que ahora parecía irremediablemente fragmentada.

Ryan y Samuel finalmente decidieron que seguir hablando no sería de provecho, ya que no todos estaban de acuerdo. Ryan sabía que para un asunto de vida y muerte como este, debían estar unidos.

Samuel dijo:

—Dejémoslo por esta noche. Vayamos a la cama y durmamos antes de decidir.

Ryan estaba completamente de acuerdo. No estaban unidos.

Mientras la mayoría de ellos se dirigían a la cama, Austin y algunos otros decidieron quedarse despiertos para orar.

Martes, 14 de diciembre; día 60

Temprano a la mañana siguiente, poco después de que todos se habían

levantado, las palabras comenzaron a echar alas. Austin escuchó que alguien dijo:

—Bueno, perdimos nuestra oportunidad.

Los que estaban a favor de escapar claramente dijeron que no se ejercería ninguna presión para lograr que los demás aceptaran. Sin embargo, Austin sintió que los comentarios como el que acababa de escuchar harían que los que se oponían se sintieran responsables de seguir en cautiverio.

Él dijo:

—Oye, alrededor de las 12:30, la mayoría de las señales parecían favorables. Luego, a la 1:00, los guardas se levantaron e hicieron bulli-cio, la luna brillaba y el generador no estaba encendido. Se suponía que no debíamos salir.

Melodi dijo:

—Bueno, no me sorprende. No íbamos a ir, ya que no estábamos unidos.

A la hora de la oración de la mañana, Brandyn compartió una visión que había tenido unas pocas noches antes, después de haber terminado su vigilia de oración. Después de quedarse dormido, había comenzado a soñar, pero no parecía un sueño. Fue una secuencia ordenada de sucesos, más como una visión.

En la visión, Brandyn se encontraba en lo alto del aire como un dron, mirando hacia el campamento de los pandilleros. Vio la buseta, la Prado blanca y los pandilleros que los rodeaban. Todos los misioneros estaban en la buseta. La parte superior de la buseta se abrió y la mano de Dios bajó y sacó a los misioneros uno por uno. La mano de Dios también le cortó las cadenas a Pedro, permitiéndole correr libre, por un camino a la casa de un pastor que podría protegerlo.

En el sueño, Ping oraba en un rincón, diciendo que necesitaba abandonar el campamento de los pandilleros y Lanmò San Jou fue enviado a la cárcel. Los pandilleros dijeron que ya no querían ser pandilleros;

querían llevar una vida buena. Mientras tanto, la mano gigantesca llevó a los misioneros de regreso a la base de CAM en Titanyen. En la visión, la casa del diablo se convirtió en una iglesia. Brandyn vio a Lanmò San Jou, a Jefe Caballito y a todos los demás pandilleros que salían de la iglesia. Ping era el pastor y acababa de predicar el sermón.

Brandyn le había contado la visión a Melodi antes. Ella no menospreció la visión; le dijo que sería maravilloso si sucedería algo así.

Sin embargo, durante el devocional de la mañana, alguien dijo que la visión de Brandyn no parecía relevante para su situación inmediata. Esto hirió a Brandyn, que había considerado la visión como un punto brillante en sus días recientes.

Entonces Austin compartió por qué se había levantado a la 1:00 a.m. Él y algunos otros que no habían estado a favor de escapar habían permanecido despiertos muy tarde para orar en cuanto a escapar o no, si todas las señales estaban presentes a la 1:00 a.m.

En ese momento, Samuel logró respirar. Luego dijo:

—Austin, ¿no puedo creer que actuaras así! Con costo dijiste cómo te sentías y luego fuiste, oraste y pusiste las señales delante de Dios cuando habíamos decidido que no escaparíamos porque no todos estábamos de acuerdo.

Otros también estaban sorprendidos, aunque no lo decían. Se preguntaban qué habrían hecho los que estaban orando si todas las señales hubieran sido positivas a la 1:00 a.m. Todos los demás estaban dormidos, ya que, por falta de unidad habían decidido no huir.

Las opiniones iban y venían. Todos se sentían ya sea heridos o frustrados. Austin y los demás que se habían desvelado la noche anterior volvieron a la casa para orar. Esta vez le pidieron a Dios que le hablara a alguien sobre el tema de escapar. No tenía que ser alguno de ellos, pero, “por favor, Dios, ¡háblale a alguien!”

Durante el resto del día, nadie habló del tema de escapar. Era el día sexagésimo, el día que tanto habían esperado.

Ryan meditó sobre la situación. Todavía se sentía muy agobiado por la necesidad de escapar. Ahora era la persona de mayor edad en el grupo, a pesar de que todavía no había cumplido los treinta años. Era el único hombre casado y sentía cierta responsabilidad, no solo por su familia, sino por todo el grupo. Ahora, en lugar de ser libres, tenían “problemas de iglesia”. La libertad parecía tan lejana como las montañas más allá de los papayos. Sin embargo, a pesar del estancamiento, el sentimiento de urgencia de partir no había abandonado a Ryan.

En el transcurso del día, el grupo notó algo interesante. La enorme tormenta había arruinado el cableado eléctrico de la regleta junto a la puerta asegurada donde los pandilleros cargaban sus teléfonos y parlantes durante la noche. Para evitar que algo así sucediera en el futuro, los pandilleros lo habían vuelto a cablear, con mucho esfuerzo, bajo el refugio del corredor de frente.

Como de costumbre, Frogui llegó con la comida, pero esta vez, fastidiaba a Melodi con una pregunta:

—¿Cuándo piensas que van a ser liberados?

—Ah, no sé. Estoy lista para irme ahora mismo —dijo Melodi.

—Ay, no, no, no. Todavía van a estar aquí por un año.

Nadie le daba mucha credibilidad, pero era un pensamiento deprimente.

UN MILAGRO MÁS

Miércoles, 15 de diciembre; día 61
Campamento de los pandilleros

*E*l miércoles por la mañana el grupo hizo su devocional con la rígida cortesía de amigos distanciados que no pueden hablar sobre los asuntos que de verdad importan. Nadie mencionó su desacuerdo, aparte de Samuel, que se disculpó por hablar tan fuerte la mañana anterior. Incluso el himno “Un milagro más, Señor” parecía tenso y muy repetido.

Cuando Frogui trajo el desayuno, Wes le preguntó si había traído aceite para el generador, que no funcionaba. Sin generador, no había ventiladores en la noche. Esto era una molestia para Ryan y Melodi cuando André necesitaba que lo abanicaran por el mucho calor.

Frogui dijo que conseguiría aceite. Pero además de ser tan olvidadizo, Frogui parecía cada vez menos dispuesto a gastar dinero en ellos,

por lo que no tenían idea si cumpliría su promesa.

Wes decidió deslizarse entre la maleza e intentar abrir un sendero entre los matorrales enredados. Tal como iban las cosas, no era probable que lo necesitaran pronto. Pero tal vez en algún momento Lanmò San Jou cumpliría su palabra y liberaría a las mujeres y a las familias. Si eso sucediera y solo quedaran los hombres solteros, un escape de repente parecería más realista.

Wes fue a la letrina y desde allí se lanzó entre la maleza. Había acordado una hora de volver y un centinela que lo recibiría con “cara” o “cruz”.

Sin hablarlo entre ellos, Ryan y Melodi hicieron una oración similar. Le pidieron a Dios que si no quería que escaparan, lo demostrara en el rostro de Wes: saldría de la maleza con un aspecto desanimado.

Wes se ausentó casi dos horas. A la hora señalada, alguien le dio la señal de “cara” y volvió a pasar sigilosamente por entre la maleza y entró en el claro. Cruzó el patio con una gran sonrisa en el rostro. Vio que Ryan lo observaba.

Ryan le preguntó:

—¿Qué tienes en el rostro?

—Esa montaña no está tan lejos. ¡Estuve prácticamente debajo del árbol de mango! Si podemos llegar a ese sendero sin que los guardas nos vean, tendremos toda la noche para huir —dijo Wes.

Ryan miró a Dale, que estaba cerca.

—Dale, ¿te impulsa Dios?

Dale se sobresaltó ante la pregunta sorpresiva.

—No sé. ¿Te impulsa a ti?

Ryan deseaba decir que sí, pero entonces contestó:

—Creo que es mejor que vaya a orar por ello.

Ryan comenzó a caminar y orar, dando vueltas alrededor de la casa. En el corredor, Cherilyn usaba un tenedor de plástico para peinar a Melodi. André se sentó en su regazo, caliente por la calentura; seguía enfermo.

Melodi pensaba hablar con Cherilyn sobre el conflicto en cuanto al escape. Quizás si hablaran uno a uno, podrían llegar a entenderse mejor. Sin embargo, todavía no le llegaban las palabras. Por lo visto, no había una buena manera de abordar un tema tan serio. Así que, optó por temas más benignos: reuniones familiares y recuerdos.

Cuando Ryan pasó por el corredor, escuchó que Melodi le contaba a Cherilyn la historia de su primo Grant. El corazón de Ryan se llenó de afecto al pensar en el primo con el que jugaba en la granja en Kansas. A Ryan le encantaba ir a la casa de Grant, porque él tenía juguetes muy bonitos. También a Grant le encantaba ir a la casa de Ryan para experimentar el maravilloso alboroto de una familia grande.

Incluso después de que la familia de Ryan se trasladó a Wisconsin, todavía se visitaban. Cuando la familia llegaba de visita, Grant salía corriendo de la casa y abrazaba fuertemente a Ryan y su hermano.

Esta era la historia que Melodi le contaba a Cherilyn, y cada vez que Ryan daba una vuelta a la casa, escuchaba un poquito del relato. Por supuesto, no necesitaba oír a Melodi contarla; él la conocía bien.

La abuela de Ryan tuvo tres hijas con discapacidades mentales que requerían atención total. Esto significaba que los abuelos de Ryan pasaron año tras año cuidando de estas niñas especiales. Estas hijas con un nivel de desarrollo de infantes de dos o tres meses se despertaban múltiples veces por noche.

Los abuelos de Ryan lavaban carga tras carga de pañales de tela. Sacrificaban vacaciones, eventos y sueño. Renunciaban cosas que otras personas ni siquiera consideraban una bendición.

Los abuelos de Ryan al fin vieron que necesitaban ayuda. Después de muchas luchas y muchas lágrimas, internaron a sus dos hijas mayores discapacitadas en un hospital estatal para personas con necesidades especiales. Visitaban con frecuencia a las muchachas, y llevaban consigo a sus demás hijos.

Pasó el tiempo. Los demás hijos llegaron a la adultez y poco a poco

abandonaron la casa. Los abuelos de Ryan continuaron cuidando de su tercera hija discapacitada en casa. Ella había nacido después de que las muchachas mayores habían sido trasladadas al hospital estatal.

Un día, un vehículo llegó a la casa de los abuelos. Varios administradores del hospital estatal se bajaron del automóvil. Les informaron a los abuelos que algo estaba creciendo en el abdomen de su hija y habían hecho algunos exámenes.

Los exámenes revelaron que no era un tumor, sino un bebé. El hospital había informado a las autoridades del crimen cometido por uno de sus empleados y el culpable enfrentaba encarcelamiento.

Los profesionales explicaron que mientras tanto harían todo lo posible por ayudar con la situación. Se encargarían del aborto; habían traído consigo el papeleo. Lo único que necesitaban era la firma de un tutor.

Los abuelos no se hacían ilusiones sobre la situación. Los doctores dijeron que la criatura probablemente nacería con graves discapacidades.

¡Qué difícil! Si alguien sabía lo que significaba criar a un niño con necesidades especiales, eran ellos. Si alguien tenía recuerdos de noches de desvelo y oportunidades perdidas, eran ellos. Si alguien sabía lo que significaba estar tan cansado que no hay seguridad de que se pueda continuar, eran ellos.

Sin embargo, no quisieron firmar el papel. El aborto es pecado. Sería un asesinato. No era una opción. Despidieron a los administradores sin la firma que necesitaban.

Grant nació prematuro, pero era luchador. El tío de Ryan y su esposa, de Kansas, que deseaban tener más hijos, acordaron adoptar al niño. Estaban conscientes de las advertencias de los doctores de que el niño posiblemente no sería normal, pero estaban dispuestos a aceptarlo sin importar las circunstancias.

Con el transcurso de los meses, los padres adoptivos de Grant comprendieron que sus temores por su salud y desarrollo no tenían base.

Mientras seguía dando vueltas alrededor de la casa, Ryan oraba:

—¡Gracias, Dios! Gracias por los abuelos que estuvieron dispuestos a hacer lo correcto, aun cuando era difícil.

Entonces, como linterna que se enciende en noche oscura, la voz de Dios iluminó los pensamientos de Ryan, ahuyentando las últimas dudas en cuanto a cómo escapar.

Él sentía que Dios decía:

—Esto es lo que deseo que hagas.

Ryan dejó de orar. Había recibido su respuesta. Sabía que debía sacar a su familia del campamento de los pandilleros. Fue al corredor y tomó a su hijo enfermo. Lo llevó a la casa. Con lágrimas en el rostro, abanicó a su hijo. Mientras André se dormía, Ryan siguió llorando. Melodi entró cuando acabaron de peinarla. Vio las lágrimas en el rostro de Ryan, pero también vio su amplia sonrisa. Él dijo:

—Creo que tengo mi respuesta.

Ryan le contó todo. Cómo había estado caminando y orando. Cómo había oído fragmentos de la historia que Melodi le contaba a Cherilyn. Cómo espontáneamente le agradeció a Dios y cómo la respuesta le había llegado en un destello.

Ryan recibió el permiso de Dios de escapar con su familia. Más bien, era más que un permiso: era un mandato que debía obedecer.

Para entonces Melodi también lloraba, más fuerte de lo que había llorado en cualquier momento desde el secuestro. Ambos estaban emocionados. Después de días y semanas de no estar seguros de lo que debían hacer, sintieron que Dios claramente estaba obrando. Melodi dijo:

—Parecía como si estuviéramos en casa.

Era casi la 1:00 p.m., el tiempo de oración para pedir liberación. André dormía, pero se volvería a despertar si nadie lo ventilaba. Ryan salió para unirse al resto del grupo, mientras Melodi miraba por las rendijas de la casa y trataba de escuchar mientras ventilaba a André.

En vez de comenzar a orar, como de costumbre, Ryan dijo que tenía algo que le gustaría compartir.

Les contó todo. Habló de su primo Grant y de sus abuelos y cómo había recordado la historia mientras Melodi se la contaba a Cherilyn. Mientras hablaba, lloró. Les dijo que justo después de agradecerle a Dios por sus abuelos, había escuchado a Dios que le decía que sacara a su familia de este lugar. Mientras Ryan hablaba, no podía dejar de llorar. Estaba tan abrumado que Dios había hablado. También mencionó que él y Melodi habían orado respecto de la reacción de Wes después de pasar tiempo en la maleza.

Ryan dijo que entendía perfectamente lo que Dios le pedía; no exigiría más señales de parte de Dios. Luego dijo:

—No creo que el generador esté encendido. Y la luna probablemente esté brillante. Los guardas quizás estén despiertos, pero vamos a dar un paso de fe. Cualquiera de ustedes está más que bienvenido a unirse con nosotros.

Ryan le dijo al grupo que realmente no creía que los guardas le dispararan a cualquiera que se quedara en el campamento. Irse o no sería una decisión personal. Otra vez, Ryan pidió que compartieran cómo se sentían respecto al asunto. Esperaba que su relato no hubiera dividido aún más al grupo.

Nuevamente le dieron la vuelta al círculo para que informaran si se unirían a Ryan y su familia en el intento de escapar. En la casa, Melodi esforzaba cada fibra de su ser para escuchar.

Ahora solo quedaban doce personas, y cuatro de ellos eran la familia de Ryan. Eso dejó a ocho personas para hablar. Todos sabían lo que dirían algunos de ellos.

Samuel. Sí, definitivamente. Por mucho tiempo había sentido que Dios quería que el grupo sencillamente diera un paso de fe y dejara los resultados en sus manos.

Dale. Sí. Mientras hablaba, levantó la vista y vio que Melodi miraba por la puerta. Esperaba que ella pudiera oír.

Wes. Sí.

Courtney. Sí.

Kasondra. Sí.

Brandyn. Sí.

La siguiente persona en la fila era Austin. Nadie sabía lo que diría.

—Esta mañana, cuando Wes salió de entre la maleza y hablábamos al respecto, fue la primera vez que sentí paz con el asunto. ¡Estoy listo para salir de aquí! —dijo Austin.

Cherilyn otra vez pidió más tiempo, hasta después de la oración. Así que el grupo oró como de costumbre, cada uno en su turno.

Por fin terminó la oración y todos dirigieron la mirada hacia Cherilyn. Entonces ella asintió con la cabeza. Estaba lista para partir.

Todo el grupo se transformó. ¡Estaban de acuerdo! ¡Estaban unidos! Más tarde, Samuel diría que durante su cautiverio experimentó casi toda emoción humana. Sin embargo, el 15 de diciembre fue la primera vez que experimentaron gozo y entusiasmo desenfrenados. Por primera vez desde el secuestro, tenían cosas reales que hacer. Tenían que hacer planes. Tenían un propósito.

Dios les había enviado un milagro más.

—Si no funciona esta noche, esperaremos otra noche, pero hagamos planes y trabajemos juntos —dijo Ryan.

Trabajar juntos en este tema era un territorio desconocido. Todos hablaban y compartían ideas. Estaban un tanto asustados, pero emocionados.

Hablaron sobre lo que llevarían y lo que cabría en el bolso de pañales. Era su único bolso. Se llevarían las billeteras, los diarios y las cosas necesarias para los niños. Dejarían los medicamentos de Mateo y la ropa vieja y gastada. Cuando antes habían hablado de escapar, Melodi le había hecho tiras a una sábana verde para hacerle un portabebés a Laura. Ahora echó esto en el bolso de pañales.

Luego hablaron de cómo salir por la puerta trasera que estaba asegurada con la piedra pesada y el poste. La puerta tenía un hueco en el

extremo inferior. Un pedazo de madera cubría este hueco, pero estaba asegurado con un solo clavo y podía girarse hacia un lado. Decidieron que podían usar un palo para hacer a un lado la piedra. También podían usar este palo para mover el poste lo suficiente como para comenzar a abrir la puerta. Una vez que abrieron la puerta lo suficiente como para que alguien pudiera pasar, la persona podría agarrar el poste y levantarlo, lo más silenciosamente posible.

Una vez que salieran por la puerta trasera, darían un corto paseo hasta la letrina donde Wes había comenzado su recorrido. No se perderían de vista hasta que estuvieran en la maleza detrás de la letrina. Hasta entonces, corrían el peligro de que los vieran.

Los guardas muchas veces se sentaban junto a la puerta trasera para cargar sus dispositivos electrónicos, pero después de la tormenta, ya no siguieron. Sin embargo, los guardas todavía patrullaban la zona de vez en cuando. Y no había manera de predecir cuándo algún guarda iría a la letrina.

Para animar a los guardas a mantenerse alejados de la puerta trasera, los rehenes trasladaron los sofás y las sillas al otro lado de la casa. También colocaron los barriles de agua que usaban para bañarse al lado de la ducha de manera que proveyera cierto camuflaje. Esperaron que lloviera, lo cual animaría a los guardas a quedarse en el corredor.

Wes encontró un palo que podría usar para empujar la piedra de concreto y lo metió dentro de la casa. También amplió algunas grietas en las paredes de concreto de la casa para poder ver mejor lo que sucedía afuera.

A la vez, todos sabían la realidad fundamental: no había manera de garantizar que no los verían. El generador, que por lo general proporcionaba un ruido de fondo constante, llevaba varias noches sin aceite. Tendrían que confiar en Dios con los detalles.

Era necesario atender un detalle importante más. Había que comerse la mantequilla de cacahuets y los demás bocadillos que el Jefe Caballito

había traído la noche anterior. No se podía decir de Wes o Dale que hubieran desperdiciado una buena mantequilla de cacahuets en buena condición.

Cuando Frogui trajo la cena esa noche, Wes se acercó a él para recordarle lo del aceite para el generador. En el camino, tuvo un pensamiento que lo paró en seco. Esta noche era la noche en que Dios podía obrar. Ya le había pedido aceite a Frogui una vez, sin éxito. Decidió confiar el problema del generador a Dios y dejar que él lo resolviera. Se volvió y regresó a su lugar.

Alguien le preguntó:

—¿Le pediste aceite a Frogui?

Wes dijo que no. Él lo había encomendado a Dios.

Después de la cena, colgaron en el tendedero de ropa el arroz y las judías que era el desayuno de André.

El atardecer fue hermoso. El cielo ardía con un glorioso panorama de colores. Los rehenes se pararon frente al atardecer y cantaron el himno “*Is That the Lights of Home?*” (¿Son aquellas las luces de mi hogar?).

Los rehenes cantaron con gozo. Samuel supo que habían llegado a una encrucijada en el camino. Estaba listo para ir a su hogar celestial o a su hogar terrenal. Realmente no importaba cuál.

Miércoles por la noche, Base de Titanyen

En Titanyen, Cheryl y Ray invitaron a los demás del equipo a una cena de curry tailandés.

Fue una noche agridulce. Grace y Olivia planeaban partir hacia el aeropuerto a las 10:00 de la mañana del día siguiente. Felipe tampoco podía quedarse mucho tiempo más, aunque había acordado esperar hasta el fin de semana.

Ese día hubo una plática animada en la base, observando lo que parecía un avión privado que volaba sobre la base repetidamente. ¿Qué podría estar haciendo?

Algunos no pudieron evitar emocionarse. Kay y Cheryl, cuyos pensamientos constantemente estaban con sus amigos en el campamento de los pandilleros, hablaron del avión. ¿Podría haber escapado el grupo y nadie lo sabía todavía aparte del FBI? Quizá desde el avión procuraban ver si los rehenes se acercaban a CAM.

“Es posible que hayan escapado esta mañana y están escondidos en la maleza en algún lugar”, pensó Kay. Cuando comenzó a llover, recordó que los prisioneros muchas veces hablaban de salir durante una lluvia.

Kay le dijo a Cheryl:

—Sabes, si no se han ido todavía, tal vez salgan ahora.

Ambas mujeres sabían que habían pasado sesenta días y sus compañeros estarían desesperados.

En la base también se sentían desesperados. Estaban agotados de esperar, esperar y esperar. Habíanorado que Dios obrara de alguna manera antes de que partieran Grace y Olivia. Sin embargo, ahora solo faltaban unas horas para esta fecha límite, y no había sucedido nada.

“SAMUEL, ¡TENEMOS UN PROBLEMA!”

7:00 p.m. 15 de diciembre; día 61
Campamento de los pandilleros

Justo después de la puesta del sol, comenzó a llover, pero no duró mucho. Los rehenes esperaban una lluvia fuerte que obligaría a los guardas a pasar la noche en el corredor. Esta lluvia fue breve, pero hizo que los guardas movieran los sofás al corredor para que no se mojaran. Cuando comenzó a llover, los misioneros entraron a la casa por la puerta del corredor.

Repasaron cuidadosamente sus planes. Decidieron no hacer ningún esfuerzo de abrir la puerta antes de la una de la madrugada, pues los guardas todavía entraban de vez en cuando para verificar lo que hacían. Abrían la puerta varias veces casi todas las noches, pero normalmente

no lo hacían después de la 1:00 a.m.

Una vez que la puerta se abriera con éxito, Wes saldría cuidadosamente para evaluar el entorno. Si todo parecía estar bien, volvería y diría: “Todo está bien”.

Si hubiera retrasos, podrían esperar un poco, pero no demasiado. Decidieron que las 3:00 a.m. era lo más tarde que podrían salir y que todavía les quedarían suficientes horas nocturnas para la larga caminata.

El grupo escogió el orden de escape. Wes iría primero, porque él había hecho el sendero entre la maleza. Melodi lo seguiría, cargando a Laura. Ryan sería el próximo, cargando a André. Entre más rápido salieran los niños, mejor. Siempre que fuera posible, alternarían entre hombres y mujeres para mantener estable la fila.

Wes. Melodi y Laura. Ryan y André. Courtney. Brandyn. Kasondra. Austin. Cherilyn. Samuel. Dale.

Ryan y Melodi levantarían a los niños antes de que abrieran la puerta. De esta manera, si lloriqueaban, no sería nada anormal.

Si bien Wes tenía la responsabilidad de encabezar la marcha, Dale y Samuel también tenían una gran tarea. Ya que eran los últimos, debían cerrar la puerta y asegurarla. Samuel volvería a poner la piedra en su lugar y Dale colocaría el poste nuevamente contra la puerta.

Planeaban colocar dos colchones uno sobre otro para crear una base más sólida. Todos debían estar preparados para irse cuando llegara la señal de “todo está bien”. Hicieron un breve intento de crear maniqués con sábanas extras, pero sabían que esto no engañaría a los guardas por largo rato.

Wes dio instrucciones sobre el sendero que había recorrido entre la maleza. Le dijo al grupo que caminaran con calma. Permanezcan agachados, caminen despacio. Todavía había una alfombra de treinta centímetros de bejucos en el suelo, por lo que todos recibieron instrucciones de levantar los pies en alto para evitar tropezar. A la vez, todos debían agacharse para mantenerse por debajo de los arbustos.

Con los planes listos, todos hicieron al menos el intento superficial de irse a la cama.

De pronto escucharon la voz resonante que conocían tan bien. Ninguna camioneta había entrado, pero Frogui estaba presente. Evidentemente llegó caminando al campamento, algo que hacía de vez en cuando. Lo escucharon hablar afuera y luego abrió de golpe la puerta principal de la casa.

—Samuel, ¡tenemos un problema!

Ryan, que ventilaba a André con un plato desechable, sintió que se le desplomaba el corazón. ¿Será que los guardas de alguna manera habían descubierto sus planes de escapar?

Samuel preguntó cuál era el problema.

—No tenemos aceite para el generador.

Los ojos de Ryan se abrieron más. Él siguió ventilando a André.

Samuel habló con la máxima tristeza que podía expresar en su voz y dijo:

—Sí. No ha funcionado por dos noches. Sería bueno buscar un poco. Los niños tienen mucho calor.

Esto pareció molestar a Frogui, a pesar de que Wes le había recordado del asunto a la hora del desayuno sin resultados.

—Cuando los ventiladores no funcionan, no puedo dormir, porque tengo que hacer funcionar el ventilador —insertó Ryan, mientras seguía ventilando a André.

Después de considerar la situación y prometerle a André que traería plátanos para el desayuno, Frogui sacó el teléfono del bolsillo y llamó a su superior para informarle del aceite. No solía molestar a Lanmò San Jou con estos detalles; en cambio, llamó al Jefe Caballito.

Media hora después, los rehenes escucharon el ruido de una motocicleta que se acercaba. Había llegado el aceite. Poco después, escucharon que el generador se encendía ruidosamente, y los dos ventiladores se encendieron con un zumbido tranquilizante.

Los misioneros alabaron al Señor, emocionados de ver que Dios obraba a su favor.

Ripley, Nueva York

En un aula escolar cerca de las aguas resplandecientes del lago Erie, se celebraba un culto de oración un miércoles por la noche. Una mujer con tres hijos de edad escolar y dos de edad preescolar oraba por los rehenes como lo había hecho por varias semanas.

Esta noche en el culto de oración, la madre escuchó palabras inesperadas que salían de su boca.

Ella oró:

—Dios, por favor protege a las mujeres y los niños con sus cuerpos más débiles.

“¿Por qué dije eso?” se preguntó. “Seguramente los rehenes están durmiendo a esta hora”. Se sintió como si alguien más hubiera pronunciado las palabras, pero habían salido de su boca.

Maravillado, Ryan oró:

—Señor, ¡tú quieres que tengamos un generador! Pensé que ibas a obrar sin este.

En el cuarto de atrás, cerca de la puerta asegurada, Cherilyn le dijo algo a Kasondra y se dio cuenta de que la ofendió. Esto no parecía normal, así que Cherilyn se acostó junto a su hermana menor.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Todo va a salir bien. ¿Quieres que camine detrás de ti? —dijo Cherilyn.

—Sí, claro.

Cherilyn oró con Kasondra, quien pronto se durmió, como de costumbre.

Cherilyn habló con Austin, que había planeado caminar detrás de Kasondra y acordaron cambiar el orden.

Todos intentaron dormir un poco, aunque por supuesto,

continuaron con la cadena de oración.

Mientras intentaban dormir, tanto Melodi como Samuel escucharon un alboroto en el corredor del frente. Al parecer algunos de los guardas

se habían dormido.

Ping gritó:

—¡Levántense y hagan su trabajo! —Siempre había sido un jefe de los guardas, regañando a la gente que no hacía su trabajo. Esta noche no fue la excepción—. Se supone que debes estar vigilando esta casa. ¡No te quedes acostado allí durmiendo!

Samuel observó mientras uno de los guardas caminaba por la entrada y otros alumbraban la oscuridad con sus linternas. Definitivamente no estaban durmiendo.

Samuel también escuchó el ruido del motor. ¿Estaba a punto de quedarse sin combustible el generador? Oyó la ida y venida del ruido del motor, que a veces casi se apagaba, pero luego cobraba fuerza para “seguir tosiendo”. Samuel no tenía idea si la gasolina estaba por acabarse o no, pero sabía que había escasez de gasolina y que el precio había subido. “Solo falta que se le acabe la gasolina al motor”, pensó.

—Señor, por favor haz que siga funcionando —oró.

Kasondra se durmió y comenzó a soñar. Vio un círculo de ángeles que rodeaban la casa que era su prisión. Vio una angelita de pie junto al sendero que los misioneros pensaban tomar. En su sueño, cuando la fila de rehenes salió por la puerta, la angelita se acercó a Kasondra, la tomó de la mano y caminó con ella hacia los arbustos. Mientras caminaban, ellas conversaban, y la angelita le dijo a Kasondra que se llamaba Carolina María. Sorprendida, Kasondra comprendió que conocía ese nombre. Sí, era el nombre de su hermana que fue abortada a las veintitrés semanas. Cuando Kasondra se despertó de su sueño, sus temores habían desaparecido. Después de eso, no volvió a sentir temor.

Austin era responsable por la cadena de oración cerca de la medianoche. La mayor parte de la casa estaba en silencio. Sin embargo, afuera los guardas estaban muy despiertos, hablando y escuchando música, probablemente todavía bajo los efectos de su última tanda de drogas.

Para entonces era la una de la madrugada.

12:00 a.m., Base de Titanyen

Esa noche, Kay halló difícil dormir. A medianoche se sentó en su cuarto, clamando a Dios. Muchas veces luchaba por conciliar el sueño si se iba a la cama, pues recordaba a sus hermanos en cautiverio en la casa pequeña y sofocante, forzados a entrar a una hora temprana.

“¿Qué fue eso? ¿Un silbido?” Kay se puso de pie y fue a la puerta. “¿Será posible que los rehenes están afuera de la puerta, silbando para llamar la atención de alguien que les permita entrar?”

Había tenido dificultades para dormir casi todas las noches después de su liberación. Sin embargo, nunca había sentido tan fuertemente que en este momento el grupo pudiera estar afuera en los campos haitianos.

Salió y miró hacia la oscuridad. Por fin, decidió que el silbido debía haber sido un ave y volvió a su apartamento para intentar dormir una vez más.

—¡Oh, Dios! Si están ahí afuera, por favor tráelos a casa sanos y salvos —clamó.

“SIENTO A DIOS”

Jueves, 16 de diciembre; día 62
1:00 a.m., Campamento de los pandilleros

Había llegado el momento de poner los planes en acción. Los que estaban despiertos codearon a los que aún estaban dormidos.

Al quitar un pedazo de madera encima de la puerta delantera, Austin y Wes habían hecho un hoyo de vigilancia más temprano ese día. Dale se arrodilló cerca de la puerta principal y Wes se subió a sus hombros para mirar por el hueco.

Lo que Wes vio no fue especialmente animador. Era casi luna llena y su luz era lo más brillante. Los guardas parecían inquietos. Su música sonaba ruidosamente y los misioneros podían oírlos hablar. Estaban bebiendo y de vez en cuando se levantaban a dar una caminata.

Los refuerzos de los guardas nocturnos estaban allí con las armas pesadas. Tres de ellos estaban en el patio, desde donde podían ver

detrás de la casa. Probablemente no podían ver la letrina desde allí, pero estaba cerca.

Sin embargo, el grupo había entregado los sucesos de la noche en manos de Dios y decidieron continuar. El generador seguía funcionando, “tosiendo a todo pulmón” en el patio de atrás. Era la 1:30 a.m. cuando los niños se despertaron y todos estaban en fila en el cuarto del fondo de la casa, rodeados por los versículos que Cherilyn había escrito en las paredes. “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen”.

Dale y Wes empujaron y maniobraron la piedra con el palo hasta que la apartaron de la puerta. Por fin le dieron vuelta y cayó con un golpe sordo. Ryan sintió la vibración en la tierra. Todos se pusieron tensos, y solo esperaron que llegara algún guarda a investigar el ruido. Nadie vino, pero un poco más tarde el señor Actitud pasó mientras se dirigía a la letrina. Wes se apresuró hacia el agujero encima de la puerta principal para ver si alguien había notado la caída de la piedra. Mientras estaba allí, mirando hacia afuera, el señor Actitud pasó de regreso.

—*Mwen santi Bondye*. —La voz del señor Actitud sonó incluso menos estable de lo normal mientras hablaba consigo mismo.

“¿Escuché correctamente?” Por un momento, Wes pensó que había malentendido. Sin embargo, las palabras habían sido muy claras: “*Mwen santi Bondye*” (Siento a Dios). Wes sintió la agitación y el malestar del guarda. “¿Qué ve o siente que lo inquieta tanto?”

El señor Actitud siguió su camino.

En la puerta del fondo, Brandyn sacó el pedazo de madera del hueco de la puerta. Nadie había pensado en quitar el clavo antes. Ahora, el clavo salió con un chillido. Los rehenes se miraron. El golpe de la piedra no atrajo a nadie. ¿Qué tal el chillido del clavo?

Courtney se deslizó hasta la puerta apoyándose en las manos y rodillas y miró hacia afuera. Se le abrieron los ojos de par en par al ver la luz de la luna que brillaba sobre Ping, quien miraba fijamente hacia la puerta.

En un susurro agitado, ella dijo:

—Ping está justo afuera y mira hacia la puerta.

Todos se quedaron inmóviles, apenas respirando. Esperaban que Ping irrumpiera en la casa en cualquier momento y comenzara a gritar. En cambio, simplemente se quedó afuera de la puerta. Durante tal vez un minuto, mientras los rehenes permanecían como una fila de maniquís, él miró fijamente la puerta. Luego se alejó.

Al instante todos se lanzaron hacia los colchones y se quitaron los zapatos. Esperaban que Ping apareciera muy airado por la puerta principal. Una vez más se quedaron inmóviles.

Con todo, Ping no llegó.

—¿Lo intentamos todavía esta noche? —alguien le preguntó a Ryan.

—Definitivamente mantengamos los ojos abiertos —contestó él. No sentía que la respuesta dependiera de él. Dejaría que los varones más jóvenes tomaran la decisión. Tanto él como Melodi se quedaron dormidos.

Samuel permaneció acostado, pensando. “Quizá esta noche no era la correcta”.

Dale se resignó a desayunar espaguetis una vez más. Se quedó dormido.

Finalmente, unos cuarenta y cinco minutos después, Samuel fue a hablar con Austin.

—¿Debemos intentarlo todavía esta noche? ¿Qué piensas?

—¿Sabes qué? ¡Pienso que el Señor le cegó los ojos a Ping! ¡Salgamos de aquí! —dijo Austin.

Samuel no podía creer lo que oía. Austin, el cauteloso, ahora lo animaba a que tuviera fe. ¡Qué momento más maravilloso!

—¿Sabes qué? En serio, ¡Salgamos de aquí! —dijo Samuel.

Wes y Brandyn comenzaron a quitar el poste apoyado contra la puerta. Brandyn metió el palo por el hueco y empujó el poste. Wes se recostó contra la puerta para mantener tensión sobre el poste y evitar

que se deslizara. Cuando la puerta estuvo lo suficientemente abierta, Wes sacó la mano y agarró el poste. Era demasiado pesado para levantarlo con una mano, pero tan pronto como pudo salir por la puerta, lo tomó con ambas manos y lo colocó contra la pared de la casa.

Lo siguiente que supo Ryan fue que alguien lo despertaba.

—La puerta está abierta —susurraron. Ryan se estiró para despertarse por completo. No se había puesto los zapatos ni alzado a André. Melodi todavía estaba durmiendo. Rápidamente, la despertó y recogieron los zapatos y levantaron a los niños.

Mientras tanto, Wes había caminado sigilosamente hacia la esquina de la casa y entrado en la ducha. Desde atrás de la lona, miró el patio. Vio a los tres guardas frente a la casa, pero tenía la esperanza de que los barriles de agua impidieran que los vieran. Claro que, al doblar la esquina, cinco o seis hombres más armados estaban sentados en el corredor. Después de la reciente reprensión de Ping, era dudoso que alguno estuviera durmiendo.

Wes se apresuró a regresar a la casa.

—No hay peligro. Vamos.

Los misioneros salieron en fila. Melodi iba segunda, detrás de Wes, cargando a Laura envuelta en una manta rosada. Ryan la siguió con André, y el resto los seguían en una sola fila, saliendo a la luz brillante de la luna. Ya sea que el grupo olvidó las instrucciones de Wes o que él mismo las haya olvidado, la orden de “caminar despacio” no se cumplió.

Cuando entraron entre los arbustos, Wes miró el reloj. Eran las 2:50 a.m., apenas diez minutos antes de la hora puesta como límite. Él abrió el camino entre la maleza, pero mantuvo una estrecha vigilancia a la fila que lo seguía. Con las manos, hizo un gesto que indicaba: *permanezcan agachados*. Señaló hacia el patio y con labios mudos, dijo: “Los guardas están justo allí”. A la luz de la luna brillante, a los demás les resultó fácil ver a Wes.

Mientras Ryan se lanzó entre los matorrales detrás de Melodi con

André en los brazos, el niño de tres años comenzó a gemir, pidiendo a su madre.

—¡Silencio! —dijo Ryan en un susurro.

André dejó de lloriquear.

Dale y Samuel fueron los últimos en la fila. Con cuidado cerraron la puerta. Samuel volvió a colocar la piedra en su lugar y Dale tomó el poste de la pared de la casa y lo volvió a colocar en su lugar. Se dio la vuelta para irse, pero notó que el poste estaba levemente torcido. Se devolvió, lo enderezó y luego se volvió otra vez. Ya para entonces, Samuel se había internado entre los arbustos. Dale lo alcanzó al instante.

Los que iban delante miraron hacia atrás poco después de entrar en la maleza y se sorprendieron al ver a Samuel y Dale ya en la fila detrás de ellos.

En menos de un minuto después de que salieron de la casa, el grupo estaba bajo la sombra del árbol de mango. Detrás de ellos no se oyeron gritos ni disparos.

—¿Aseguraron bien la puerta como estaba? —alguien les preguntó a Samuel y Dale en un susurro.

—Sí —respondió Samuel.

Cuando Dale notó la rapidez del grupo, se dio el lujo de sonreír. A pesar de las instrucciones, nadie iba despacio.

Ryan recordaría:

—Esperaba estar aterrado, pero sentí tan fuertemente que el Señor estaba en el asunto y solo sentía paz. Mi corazón latía rápidamente, estoy seguro. ¡Pero era divertido!

A la vez, no había tiempo para detenerse y regocijarse. Tenían que cruzar la zanja de riego de casi dos metros de ancho. Algunos hombres saltaron al otro lado, pero era demasiado ancho para las mujeres.

—¡Vamos, vamos! ¡Caminemos, caminemos! —dijo uno de los jóvenes. Samuel entró a la zanja para ayudar a las mujeres a cruzar. Ryan le pasó a André a uno de los hombres que estaba al otro lado. Luego tomó

a Laura de los brazos de Melodi. Dio un gran paso hacia el otro lado, pero se halló parado a horcadas sobre la zanja y sosteniendo a Laura.

“No fue una experiencia muy organizada”, Dale escribió más tarde. —Que alguien ayude a Ryan —dijo Brandyn.

Dale agarró a Ryan del brazo y lo arrastró hacia él y Laura al otro lado con gran esfuerzo.

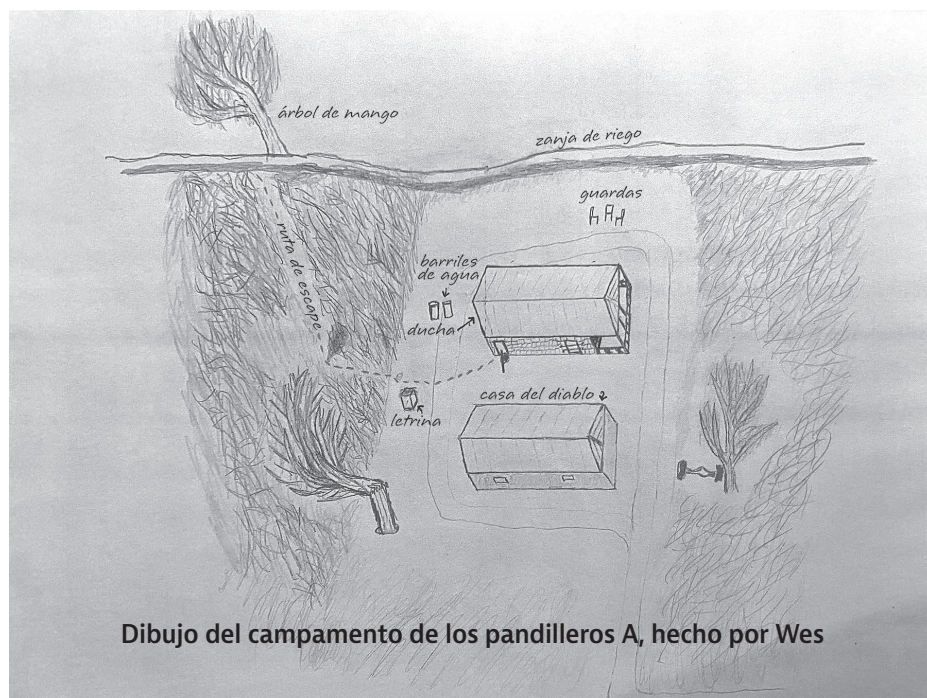
Al fin, todos estaban al lado correcto, cubiertos de lodo o no.

La cantera de piedra caliza en la falda de *Morne à Cabrits* resaltaba como una segunda luna, invitándolos a venir. El grupo volvió a encontrar sus posiciones en la fila y se dirigieron por el sendero.

—Dime si voy demasiado rápido. Iré lo rápido que puedas soportar, pero dime si es demasiado rápido. Puedes dejar que otro cargue a Laura. Hay muchos que pueden llevarla —le susurró Wes a Melodi.

Sabían que debían dirigirse al noroeste para llegar a la carretera. Una vez allí, planearon pedir prestado el teléfono de alguien y llamar a Barry.

Después de caminar unos cincuenta metros por el sendero, sus



Dibujo del campamento de los pandilleros A, hecho por Wes

pies cubiertos de lodo pasaron junto a un puente que cruzaba la zanja de riego. Concluyeron que el puente era el sentido del humor de Dios.

—Mamá, mira la luna. ¡Está hermosa! —dijo André.

La luna estaba grande y brillante. Parecía colgar en el cielo justo al frente de la fila de diez personas que caminaba hacia el oeste entre los campos llanos.

Desde su posición al final de la fila, Dale podía ver a todos extendidos por el sendero. Era noche, pero la luz de la luna reflejaba todo lo que era de color claro, especialmente los velos blancos de las mujeres, que se balanceaban al ritmo de los pasos apresurados. La adrenalina de todos estaba alta, así como su ritmo cardíaco.

Lo único que apagó su gozo fue cuando pensaron en Pedro, todavía encerrado en el pequeño cuarto junto al corredor. ¡Si tan solo estuviera en la fila con ellos!

Lo único que apagó su gozo fue cuando pensaron en Pedro, todavía encerrado en el pequeño cuarto junto al corredor. ¡Si tan solo estuviera en la fila con ellos!

“Cuánto deseo volver a ver a Pedro. Espero que pueda verlo en el cielo algún día si no puedo encontrarme con él antes”. Samuel recordaría después.

Durante unas dos horas, ganaron mucho tiempo. El sendero los

2:45 a.m., Accident, Maryland

El ex profesor de Ryan escuchó sonar la alarma y se levantó tambaleando de la cama. Era hora de hacer sus quince minutos de oración. Se vistió y salió a la sala para orar por los misioneros secuestrados. Se arrodilló en la alfombra.

Sin embargo, sin ninguna idea por lo cual orar, escuchó un canto en la cabeza, que no había escuchado durante meses. Una línea era en cuanto a observar lo que Dios puede hacer.

Intentó otra vez enfocarse en la oración, pero realmente no podía pensar en nada por lo cual orar. Y el canto le seguía sonando en la mente. “Mira lo que Dios puede hacer”.

Confundido, volvió a la cama.

llevaba hacia el oeste y luego volvía al norte. Poco después de comenzar la caminata, Ryan y Melodi cambiaron de posición para que Ryan y Wes pudieran consultar sobre las direcciones.

Ryan y Melodi también les pasaron a Laura y André a otros en la fila para compartir la carga de caminar con peso extra. Melodi se movía con André, caminando detrás de quien lo cargara. Todavía estaba asustado, pero mientras veía a Melodi, no había problema.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó una vez mientras Dale lo cargaba.

—Sí —dijo Melodi—. ¡Vamos a casa!

—¡Qué bien!

Melodi lo saludó con la mano y él le devolvió el saludo por encima del hombro de Dale.

—¿Te gusta que te pasen de una persona a otra? —preguntó Dale.

—¡Sí!

Por un rato, Cherilyn ató a Laura al portabebés de tela que Melodi había hecho. Las bolsas de agua también pesadas cambiaban de uno a otro conforme se les secaba la garganta.

Varias veces pasaron cerca de casas o pequeños pueblos.

En un pueblo se detuvieron, pues sintieron temor de pasar por ahí. Decidieron seguir adelante y permanecer cerca de los arbustos de un lado. Mientras caminaban, Ryan de pronto dijo:

—¡Vaya! ¡Hay un burro allí mirándonos!

Él recordaría:

—Tratamos de asegurarnos de que estuviera cómodo, y no nos dijo nada.

En el lapso de dos horas, no encontraron a nadie. Y solo escucharon ladrar a un perro. En un país lleno de perros callejeros, esto los sorprendió a todos. Cada vez que había una pregunta sobre qué camino tomar, el grupo se detenía y oraba, luego volvían a formar su fila. Cada vez que el camino giraba a la dirección correcta, decían:

—Gracias, Señor.

Ryan dijo:

—Tenemos que dejar de actuar como fugitivos.

Decidieron que, si se encontraban con alguien, solo le dirían “buenos días” y esperarían y orarían que a la persona le resultara completamente normal encontrarse con doce americanos de tez blanca corriendo por los campos haitianos a las 4:00 a.m.

A eso de las 5:00 a.m., el grupo se dio cuenta de que se acercaban a una masa de agua. Mientras se acercaban, una enorme bandada de aves despegó del agua con un chapoteo y zumbido de alas.

Los fugitivos miraron en ambos lados sin poder distinguir dónde terminaba el agua. Decidieron dirigirse hacia el oeste junto al agua. Finalmente, esto debería llevarlos a la carretera.

No sabían que habían llegado a la orilla de Trou Caiman, un lago de agua salada poco profundo que llevaba el nombre del cocodrilo americano. Aunque no quedaban cocodrilos debido a la caza, el lago era conocido por sus bandadas de flamencos color naranja rosado, con alas de puntas negras. Este estaba rodeado de marismas llenas de malezas.

Los misioneros caminaron por este terreno duro y agrietado, sintiendo el olor a pescado y sal del agua. Al poco tiempo, llegaron a la orilla occidental del lago y pudieron girar nuevamente hacia el norte. El camino estaba rodeado de espinas y cactus de la altura de un

Bernville, Pennsylvania

La escritora anabaptista se despertó temprano la mañana del 16 de diciembre. Ninguno de los rehenes era familiar suyo, pero había orado por ellos todos los días desde que los secuestraron, con frecuencia varias veces por día.

Esta mañana, mientras los doce misioneros caminaban por los campos haitianos, la escritora se volvió a dormir y tuvo un sueño. En su sueño, todos los rehenes estaban libres.

hombre, pero aun así continuaron con determinación.

De repente, terminó el sendero entre los espinos. La luna se había puesto y ya no podían ver la cantera de piedra caliza. No había nada que hacer aparte de continuar el camino, directo hacia las espinas. Todavía podían ver el cielo si miraban hacia arriba y, a veces, podían distinguir la Osa menor y la estrella polar, lo que les indicaba que se dirigían en la dirección correcta.

Wes siguió adelante, quebrando ramas para abrirles paso a los demás. No había cactus en Tennessee, pero sus años de experiencia en el bosque le ayudaba. La marcha fue dolorosa. Cada ciertos pasos se detenían para sacarse las espinas. Algunas de las espinas eran como anzuelos, lo que complicaba sacarlas. André lloraba cuando a veces le penetraban. Brandyn se quitó los calcetines y se los dio a André, que andaba descalzo.

Más tarde, Dale diría:

—Terminamos en el peor zarzal que jamás haya visto. El único consuelo que teníamos era que ningún pandillero en su juicio cabal nos iba a buscar en ese zarzal.

Sin la luz de la luna, ahora estaba tan oscuro que cada persona tenía que permanecer muy cerca del que iba adelante o arriesgar perderse del grupo. Esto fue especialmente cierto en el caso de Wes y Dale, que vestían camisetas oscuras. Varias veces el grupo se detuvo para contar a los integrantes, según lo previsto. Wes dijo *uno*, Melodi dijo *dos* y *tres* y así sucesivamente. Una vez hubo una pausa suficiente después de *once* para que el ritmo cardíaco de todos se elevara hasta que Samuel dijo *doce*.

En cierto momento, los cactus y las espinas los rodeaban tan completamente que no podían ver las estrellas. Se detuvieron y oraron, luego continuaron.

Después de una hora de esta miseria, Dale tomó el lugar de Wes. Entre los dos, abrían paso directamente entre los muros de cactus. Ryan no tenía idea de cómo lo hicieron.

Por fin salieron del zarzal. El cielo oriental ya se aclaraba. Vieron una calle secundaria adelante, y una manada de vacas corría por la calle como si las llevaran a pastar. El grupo vaciló, esperando ver al vaquero, pero nadie las seguía.

Sabían que un camino podía ser peligroso, pero ya a esta hora, estaban tan listos para tener un camino fácil que decidieron tomarlo. Salieron a la carretera, caminando rápido. Melodi, que cargaba a Laura, de pronto tropezó y cayó pesadamente. Laura comenzó a gritar. Todos se detuvieron, temiendo que una o ambas se habían herido de gravedad.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —preguntó Ryan.

—Sí, estoy bien. No me pasó nada. —La sangre manaba de las rodillas raspadas de Melodi y ella sentía algo de dolor, pero podía caminar. Sin embargo, Laura seguía gritando.

Dale había corrido en el camino para investigar y ahora regresaba corriendo.

—Hay un sendero que se aparta de la carretera más adelante. ¿Podrás llegar hasta allá?

Todo el grupo se apartó del camino principal y tomó el sendero que sugirió Dale.

Alguien dijo:

—No podemos ir por este camino. Probablemente nos lleve directo a la casa de alguien.

A la vez, quedarse en la carretera con una bebé que gritaba tampoco parecía ser una opción segura.

—Quizá es hora de entregarnos —dijo Ryan. Laura seguía gritando y Ryan no estaba convencido de que Melodi estuviera bien después de su fuerte caída.

Solo minutos después de apresurarse al sendero, escucharon dos vehículos que pasaron por la carretera detrás de ellos. Estaban agradecidos de que no habían pasado cuando todo el grupo estaba claramente visible en la carretera.

Melodi calmó a Laura mientras continuaron caminando. Al rato, sus sollozos desesperados se convirtieron en resoplidos, y Laura se relajó.

—Cherilyn, ¿podrías cargar a Laura otra vez? —preguntó Ryan.

Cherilyn se adelantó de inmediato y se ató el andrajoso portabebés verde a los hombros, sosteniendo a Laura contra el pecho.

El sendero pronto se convirtió en un trillo de ganado. Ahora estaban en las montañas, subiendo. El cielo se volvió más rosado y brillante. Exactamente a las 7:14 a.m., el sol apareció por el horizonte. Los rehenes se volvieron y miraron atrás, hacia el valle por el cual habían pasado. Podían ver el brillo del sol sobre la niebla que se levantaba del lago.

Decidieron que era hora de que la mayor parte del grupo se escondiera mientras Samuel y Wes, que hablaban el criollo con más fluidez, iban a buscar un teléfono. Tomaron el dinero haitiano del bolso de pañales y se aseguraron de saber el número de teléfono de Barry.

7:00 a.m., Monterey, Tennessee (8:00 a.m. en Haití)

En la panadería de la granja donde se había criado Wes, su madre y su hermana Carol comenzaron su rutina matutina alrededor de las 4:00 a.m. La mañana del 16 de diciembre comenzaron como de costumbre con Carol elaborando el pan.

Sin embargo, Carol no estaba feliz. En piloto automático, amasó las distintas masas para pan de masa madre, de harina integral, de harina blanca y de pan de queso jalapeño. Sin embargo, claramente estaba deprimida.

Su madre pudo ver que algo andaba mal. Les había dicho a sus hijos que mientras lucharan con el cautiverio de Wes, a veces tendrían que procesar las cosas sin que otras personas se entrometieran. Ella les había dicho:

—Vamos a enfrentar momentos en los que será muy difícil para nosotros. Y en esos momentos, tendremos que darnos espacio unos a otros.

Por lo tanto, su madre no dijo nada. Carol era una persona que se

controlaba a sí misma y podía hablar cuando lo deseaba.

Poco después del amanecer, Carol comenzó a hablar:

—Siempre quise soñar que Wes había sido liberado.

Sabía que otras personas soñaban con los rehenes y ella deseaba la misma experiencia.

Entonces confesó que había soñado con Wes, y en el sueño él estaba libre. Había sido maravilloso.

—Pero entonces me desperté y descubrí que no era cierto.

“EL SEÑOR NOS LIBERTÓ”

7:00 a.m. Jueves, 16 de diciembre
En el campo

*M*ientras los demás se quedaron sentados detrás de una colina, Samuel y Wes oraron y luego partieron. Habían visto a lo lejos a un leñador y decidieron hablar con él. Estaba cortando leña para fabricar carbón, una de las industrias más grandes en Haití.

Ryan observó a Samuel y Wes hasta que desaparecieron de vista. El grupo comprendió que, en el campamento de los pandilleros, a esa hora ya era evidente que se habían escapado. Melodi oró para que los guardas huyeran a las montañas y empezaran una vida nueva y mejor.

Mientras Samuel y Wes se dirigían hacia el leñador, se encontraron

con un granjero de camisa amarilla. Sabían que él los había visto, así que decidieron hablarle. Sin embargo, Wes sintió que su corazón se aceleraba mientras se acercaban. En ambos brazos, el hombre tenía brazaletes negros.

—*Bonjour*, ¿cómo estás? —Samuel mantuvo un tono casual y amigable. Habían decidido expresarse en términos discretos, así que Samuel le dijo—: Tuvimos un pequeño problema. Las baterías de nuestros teléfonos se descargaron.

Samuel no pensó que esto era mentira, ya que suponían que tenían descargados los teléfonos.

—¿Por casualidad tendrías un teléfono para hacer una llamada?

El granjero se tocó los bolsillos y Wes pudo ver que estaban vacíos. El hombre dijo que no tenía teléfono. Samuel preguntó si sabía dónde podían hallar alguno.

—Sí —dijo el granjero—. Allá arriba, junto al camino, puedes conseguir un teléfono. Solo toca la puerta de cualquiera de las casas. Alguien te ayudará.

—¿Podrías mostrarnos cuál casa? Tenemos un poco de dinero. Te podemos dar una propina.

—Claro. —El granjero los llevó a la cima de una colina. Desde allí, señaló a una casa con la puerta pintada de colores encendidos. Les aseguró que los habitantes les permitirían usar el teléfono.

Samuel preguntó:

—Los que viven allí, ¿son buena gente?

—Sí —contestó él.

Samuel le dio una propina y el hombre continuó su camino. Samuel y Wes se dirigieron hacia la casa con la puerta de colores encendidos.

El éxito parecía tan cerca, pero tan frágil. ¿Y si el granjero les había señalado la casa de un miembro de la pandilla? ¿Qué tal si estuvieran caminando hacia una trampa?

Cuando se acercaron más a la casa, vieron que la puerta principal

quedaba en una parte alta. Así que decidieron caminar alrededor de la casa.

Con cautela, Samuel y Wes caminaron hacia la casa. Este era el momento. Al doblar la esquina, ¿verían a un pandillero con trenzas de rasta y un brazo lleno de brazaletes negros? Samuel se asomó por la esquina, listo para salir corriendo.

Allí estaban sentados dos hombres con trompetas y partituras de cantos, como si estuvieran practicando para un culto. Los temores de Samuel casi se desvanecieron por completo.

Los trompetistas les hicieron muchas preguntas, pero Wes y Samuel intentaron ser lo más discretos posible. Los hombres querían saber si el vehículo se había averiado en la carretera. Wes y Samuel les explicaron que iban a pie y necesitaban que les prestaran un teléfono.

Uno de los hombres dijo que les prestaría el suyo, pero no tenía saldo para llamar.

—¿Alguno de tus vecinos tiene algún teléfono que pudiéramos usar? —preguntó Samuel, intentando evitar que su voz acusara desesperación.

—No, creo que no —respondió el hombre.

—Bueno, tenemos un poquito de dinero. Podemos darte algo para que vayas a recargar saldo. Solo haremos un par de llamadas y puedes usar lo que sobre.

—Ah, pero queda muy largo, hasta el pueblo —protestó el hombre.

—Bueno, realmente necesitamos hacer una llamada.

—Está bien, está bien. Sí, claro.

Samuel y Wes le dieron 500 gurdes, unos 5 dólares americanos. El hombre se subió a la bicicleta y se alejó pedaleando. Samuel y Wes esperaron, nerviosos. ¿Será que regrese?

Unos quince minutos después, el hombre reapareció, subiendo la colina en la bicicleta, jadeando y sudando. Había gastado 250 gurdes en saldo para el teléfono. Les entregó el teléfono. Marcaron el número

de Barry. Alguien contestó.

—¿Hola? ¿Hola?

—¿Hola? —dijeron Samuel y Wes.

El hombre habló:

—¡Ponlo en altavoz o él no podrá oírlos!

Ni Samuel ni Wes quería hablar en altavoz, pero no había más que hacer.

Pusieron el altavoz y lo intentaron de nuevo.

—Barry, ¡habla Wes!

—¿Hola?

Wes sintió que se le formaba un nudo en la garganta, así que Samuel se apresuró a contestar.

—Sí, Barry, hablan Wes y Samuel. El Señor nos libertó.

—Em... em... em... ¿Qué dijiste?

7:40 a.m., Base de Titanyen

Barry se despertó la mañana del dieciséis sintiéndose completamente agotado. La esposa y la hija de Felipe partirían en pocas horas. Habían orado que Dios obrara antes de que salieran, pero nada había sucedido. Pronto Felipe también partiría.

Barry tenía la costumbre matutina de despedirse de su familia con un beso cuando salía para el trabajo.

Hoy estaba demasiado desanimado. Al dirigirse a la puerta, dijo:

—Me voy a trabajar.

En la casa de Felipe y Grace, Felipe también se preparaba para ir a la oficina. Grace y Olivia habían hecho sus maletas y tendrían que salir para el aeropuerto a las diez.

Felipe pensó en la realidad. Sería otro día interminable de espera. En espera de la liberación. O más noticias. O una llamada de la pandilla exigiendo más dinero. Solo podrían esperar a ver lo que Dios

tenía para ellos.

Barry había animado al equipo al decirles que Dios muchas veces espera hasta que nuestros propios recursos se agoten antes de obrar. Pero ahora, incluso Barry estaba desanimado.

En su apartamento, Kay se despertó con una pregunta en mente, al recordar el sentimiento que tuvo durante la noche de que los rehenes estaban afuera, en alguna parte. “¿Ya están aquí?” Cuando recuperó la plena consciencia, se llenó de desilusión. Al parecer no habían llegado, de lo contrario ella lo sabría.

Salió a su pequeña cocina para preparar un té. Se tomaría el té y saldría a pasar su tiempo devocional rodeada de la belleza de la naturaleza.

Cuando Barry se dirigía a la bodega, su teléfono comenzó a timbrar. Se sintió irritado. “Comienzan las llamadas otra vez. Todos quieren saber si hay alguna novedad. Y, como siempre, no hay nada. No voy a contestar”, dijo para sí.

Sin embargo, contestó.

—¿Hola? ¿Hola?

No escuchaba nada. Quien llamó probablemente tiene mala señal. Quizás debía cortar.

Entonces le pareció escuchar una voz conocida. Parecía que decía:

—Habla Wes.

—¿Hola? —preguntó Barry, casi pasmado. “¿En realidad podría ser Wes?”

Luego escuchó la voz de Samuel:

—Sí, Barry, hablan Wes y Samuel. El Señor nos libertó.

Barry estaba demasiado aturdido para funcionar correctamente y al principio no pudo más que mascullar. Se recordó a sí mismo que

era el director de la base y tenía que recomponerse.

—¿Todos fueron liberados? ¿O solo ustedes?

—Todos estamos juntos. Todos estamos aquí. El Señor nos liberó anoche.

—Saldré de inmediato. ¿Dónde están?

—*Morne à Cabrits*.

—¿Podrían mandarme la ubicación?

Samuel le explicó que estaban usando el teléfono de otra persona. Volvió a describir otra vez dónde estaban y Barry pensó que podía hallar el lugar.

Cuando terminó la llamada, Barry sabía que debía llamar a Felipe, pero estaba demasiado emocionado.

Julia y los niños desayunaban. Apenas cinco minutos habían pasado desde que Barry había salido sin dar los normales abrazos y besos. Continuaron con su desayuno. Ellos también estaban desalentados al ver que Barry estaba tan desanimado.

—Todos estábamos al borde de nuestros límites —Julia diría más tarde.

De pronto, la puerta se abrió de golpe, dando fuertemente contra la mesita detrás de esta, y el brazo de Barry se extendió para agarrar las llaves de la camioneta.

—¡Han escapado! Voy a recogerlos.

Sin más explicación, desapareció por la puerta.

Julia se puso de pie de un salto y lo siguió.

—¿Qué sucede? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te llamó?

—Wes acaba de llamarme. Tengo que ir a buscarlos. Están en alguna parte de *Morne à Cabrits*.

Grace abrió la puerta principal de su casa, lista para salir. Se

encontró cara a cara con Barry, que estaba por tocar la puerta.

—¿Dónde está Felipe?

Grace lo miró fijamente. El tono de su voz le dijo que algo había sucedido. Felipe apareció detrás de ella rápidamente.

—¡Han escapado!

La intensidad en el rostro de Barry no dejó duda de sus palabras. Estaba pasmado, pero estático.

Ni Barry ni Felipe ni Grace encontraron palabras suficientes para describir la ola de adrenalina que los invadió esa mañana. En cuestión de minutos, pasaron de la sequía de la desesperación al gozo rebotante de alivio, esperanza y acción.

Grace preguntó:

—¿Ray y Cheryl lo saben? ¿Les puedo contar?

—Sí —dijo Barry.

Felipe saltó a su vehículo, que estaba estacionado como siempre justo afuera de la casa y listo para partir en cualquier momento. Siguió la buseta de Barry mientras se dirigieron por la carretera sin perder tiempo.

Grace y Olivia subieron al pequeño GATOR, el vehículo todo terreno que estaba cerca y condujeron velozmente a la casa de Ray y Cheryl.

**7:30 a.m., Williamstown,
Nueva Jersey**

—Oye, esta mañana tuve un sueño —le dijo el administrador de productos agrícolas de un mercado a su jefe cuando llegó al trabajo.

—Bueno, ¿qué soñaste?

—Soñé que los rehenes estaban libres.

—Ah, ¡excelente!

Más tarde esa mañana, otro trabajador irrumpió por la puerta, teléfono en mano y anunció:

—Los rehenes en Haití están libres.

Al administrador de producción le parecía que estaba escuchando la noticia por segunda vez.

Ray y Cheryl habían terminado de desayunar y se preparaban para las tareas del día. Ray planeaba ir pronto a la oficina para el devocional matutino con los varones.

De pronto escucharon que alguien golpeaba a la puerta.

—No es un golpe de buenos días. Alguien tiene un mensaje —dijo Ray, corriendo a la puerta principal.

Era Grace.

—¡Están libres! ¡Están libres! —gritó ella.

—¿Están libres? —repitió Ray, mirando estupefacto a Grace. Después de dos meses, las palabras parecían una frase dicha en un idioma extranjero, y él exigió más explicación.

—¡Todos escaparon! Llamaron a Barry. Entonces él y Felipe van de camino a recogerlos.

Grace y Cheryl gritaron y celebraron. Ray, un hombre calmo, no era tan expresivo, pero también estaba abrumado por el regocijo. Grace le preguntó a Ray si podría enviar un mensaje a la oficina de Ohio y cancelar los boletos para ella y Olivia.

Cheryl sabía adónde tenía que ir ahora.

Kay estaba de pie en su cocina, junto al fregadero, y la mente le daba vuelta tras vuelta como el vapor que subía de su té. De repente Cheryl irrumpió por la puerta trasera.

—¡Han escapado!

8:08 a.m., Berlin, Ohio

Bobby Miller abrió el correo electrónico y halló un mensaje reenviado de Felipe Mast, en Haití.

“Ora con fervor”, decía.

Era obvio que algo sucedía, y Felipe no tuvo tiempo de decir más.

Sin embargo, ¿qué podría suceder? La esposa de Felipe y su hija planeaban volver a casa más tarde esa mañana. Quizá algo pasaba con sus boletos.

Bobby pasó un rato en oración en su oficina. Pronto llegó el tiempo de la oración de las 9:00 a.m., por la situación del secuestro. Junto a la fotocopiadora en el pasillo, Felipe Troyer lo encontró con un mensaje:

—Será mejor que te quedes aquí. Tenemos que reunirnos.

Tomás Wagler estaba en la oficina ese día para entrevistar al personal ejecutivo. También recibió el mensaje de orar con fervor. Él y las personas que lo acompañaban dejaron lo que estaban haciendo e inclinaron la cabeza para un momento de oración especial. Luego procedieron con las entrevistas.

Poco antes de las nueve, Felipe Troyer entró por la puerta con la noticia:

—Se dice que el resto de los rehenes escaparon.

Abandonaron la agenda del día y todos se apresuraron a la sala de conferencia.

Junto a la carretera

Junto a la casa de la puerta de colores encendidos, Wes y Samuel decidieron separarse. Samuel caminaría hacia un pequeño puesto de control policial que estaba a un poco más que 300 metros de distancia, mientras Wes volvería con los demás detrás de la colina y les informaría que Barry y Felipe venían de camino.

Samuel volvió a llamar a Barry y le dijo que planeaba ir a hablar con la policía. Barry le dijo:

—Samuel, ten cuidado con lo que digas. Habla en términos muy discretos.

Mientras Samuel se dirigía hacia el puesto de control, sintió que todo ojo en Haití lo miraba. Los que pasaban en vehículos miraban

con atención al hombre blanco de cabello desordenado que caminaba junto a la carretera. Un motociclista, que se parecía mucho a un pandillero, se detuvo por completo para mirar a Samuel.

“Sáquenme de aquí”, pensó Samuel.

Al llegar al puesto de control, Samuel comenzó a hablar con uno de los funcionarios. Les preguntó si podía esperar allí a que alguien lo recogiera. Mientras tanto, sin que Samuel lo supiera, el granjero de camisa amarilla había encontrado a los demás misioneros y había hablado con ellos. Ahora llegó y comenzó a contarles a los policías sobre los americanos que estaban escondidos detrás de la colina.

—Oye, ¿qué pasa? —le preguntó uno de los funcionarios a Samuel.

Samuel intentó evitar el asunto. El policía le preguntó:

Bridgewater, Virginia

Semanas antes de que los rehenes se escaparan, una mujer que vivía cerca de las montañas de Virginia se despertó en las horas de la madrugada por causa del minicargador de un granjero vecino. Ella se sorprendió que este ruido la haya despertado, pues por lo normal dormía profundamente. No se despertaba cuando el perro ladraba y en muchas ocasiones no escuchaba el reloj despertador de su esposo.

“Supongo que ayer bebí demasiado café”, decidió.

La mañana siguiente ella volvió a escuchar el minicargador. Y la mañana después de esa. Por fin ella comprendió que Dios le pedía que orara por los rehenes en Haití y por todos los implicados. Ella siempre hacía una oración sencilla antes de volver a dormirse.

Esto sucedió cada mañana hasta el 17 de diciembre, cuando el ruido del minicargador no la despertó. El día del escape fue el último día en que el minicargador la despertó.

—¿Están en problemas? Estás temblando.
—Sí, sí, estamos en problemas.
—Relájate. Estás con la policía. Te vamos a ayudar. ¿Dónde vives?
—Soy de los EE. UU.
—No, no, ¿en qué parte de Haití vives?
—En Titanyen.
—Ah, bueno. ¿Eres del grupo de diecisiete misioneros que secuestraron hace dos meses?
—Sí.
El funcionario le gritó a otro policía:
—¡Oye! Llama a la base para pedir refuerzos.
En eso se volvió a Samuel y continuó haciendo preguntas.
—Entonces, ¿la pandilla los liberó?
—No, en realidad nos escapamos. El Señor nos sacó de allí.
—Ah, ah, ah, está bien. ¿Entonces simplemente salieron de la casa y se alejaron de allí? —Con una expresión de asombro en el rostro, se volvió al policía que hablaba por teléfono—. Diles que envíen refuerzos de inmediato. ¡Ellos se escaparon!

El grupo más grande de misioneros se dirigía hacia la carretera justo cuando Barry y Felipe se detuvieron cerca del control policial para recoger a Samuel.

Barry vio la fila de misioneros que venía hacia él, desplegados al costado de la carretera en la sombra de las montañas marrones. Ya no estaban en su orden, pero Wes todavía venía al frente, con la misma camisa azul y el pantalón marrón claro que se había puesto hacía dos meses. Dale cargaba a André, y Courtney a Laura. A Melodi le dolían más las rodillas ahora que después de la caída y se apoyaba en el brazo de Ryan.

Cuando el vehículo de Barry se detuvo y el tráfico pasó junto a él

a altas velocidades, él exclamó:

—¡Aleluya! ¡Llegó el día!

—¡Qué gusto verte, Barry! —gritó uno de los hombres.

—¡Qué gusto verte a ti también! —dijo Barry, llorando mientras abrazaba rápidamente a varios del grupo—. ¡El Señor es bueno!

Rápidamente se subieron a los vehículos. Los policías querían que Barry esperara una escolta, pero él les dijo:

—No, gracias —y regresó al tránsito pesado.

En las busetas, los misioneros, que ya no eran rehenes, hablaban y hablaban. Dale se sentó en el asiento delantero junto a Barry. Después de unos quince minutos de conducir, Barry dijo algo respecto del papá de Dale, luego añadió:

—¿Quieres llamarlo? Tengo su número.

—¡¿Qué?! —Dale no podía creer lo que oía—. ¡Claro que sí!

Melodi fue la siguiente que llamó a sus padres.

Samuel viajó en el vehículo de Felipe. Sus pensamientos se dirigieron a su familia y las familias de los demás. Él preguntó:

—Entonces, ¿entiendo que nuestras familias están bien?

—Sí, sí. Todos están bien.

Samuel se echó a llorar.

Base de Titanyen

En la base, Julia, Cheryl y Kay se arrodillaron en la sala de Barry y oraron que Barry regresara con el grupo, todos sanos y salvos. También oraron por los guardas que vigilaban la casa esa noche, recordando lo que Ping había dicho que sucedería.

Después de que se levantaron, Cheryl dijo:

—¡Será mejor que hagamos maletas!

Se levantaron y comenzaron a empacar, al saber que los rehenes que se escaparon probablemente no se quedarían allí. Julia apiló los libros escolares y recogió la ropa.

De pronto los niños entraron corriendo.
—¡Ya llegaron! ¡Ya llegaron!

Ray estaba en la puerta, esperando. Había luchado con el ardiente deseo de llamar a Felipe o Barry para saber dónde estaban, pero decidió que había estado esperando en el Señor por dos meses y que podía seguir esperando. La espera de Ray se terminó cuando vio que las busetas se acercaban.

Un empleado haitiano con una gran sonrisa y lágrimas que corrían por su rostro abrió el portón.

Ray agitó los brazos y comenzó a correr hacia los vehículos. Vio a Courtney en la primera buseta y al resto de sus hijos en la segunda. Ray saltó al estribo de una de las busetas, alabando al Señor. Comenzó a cantar a la tirolesa, una habilidad que había aprendido en Kenia.

De todas partes de la base, la gente llegó corriendo. Julia y sus hijos subieron la cuesta hacia los vehículos. Ella vio que Shelden corrió delante de ella hacia sus hermanas mayores. Vio a Ray con sus hijos por primera vez en dos meses.

Fue un anticipo del cielo. Julia, al igual que los demás, no halló palabras con qué describir todo. Todos, sin importar la raza, deliraban de alegría. Las personas lloraban, reían y alababan al Señor.

Todos formaron un círculo y Ray dirigió una oración, con los brazos levantados hacia el cielo, y le agradeció a Dios por proteger al grupo mientras se escapaban durante la noche. Él añadió:

—Gracias por lo que han aprendido, Dios.

—¡Amén! —los ex rehenes estuvieron de acuerdo.

Las cocineras que Cherilyn ayudaba en la caseta de cocina antes del secuestro llegaron corriendo para recibirlos con grandes abrazos. Una de ellas les informó a los ex rehenes que esa mañana soñó que se habían escapado.

Entre risas y pláticas, los ex rehenes compartían de la caminata durante la noche y cómo pasaban a Laura de una persona a otra.

Los ex rehenes pronto se esparcieron a sus apartamentos para hacer llamadas telefónicas. La familia Noecker chateó con los primos de Michigan. Alguien le preguntó a Brandyn cómo se escaparon.

Él contestó:

—Con Dios, siempre hay una puerta trasera.

8:40 a.m., Moorefield, Ontario

Los padres de Dale luchaban con el desánimo. Estaban muy dolidos por su quinto hijo, y parecía que no había salida. Hasta ahora, nada había funcionado y, sin embargo, sabían que Dios podía obrar. Habían orado y ayunado, y sabían que otros también habían hecho lo mismo. Pero hoy el desánimo era severo.

El padre de Dale no fue a trabajar. Se sentía agotado y, aunque todavía era de mañana, decidió tomar una siesta.

Unos minutos después, su teléfono comenzó a timbrar. Al ver que era un número haitiano, contestó.

La conexión era tan mala que no podía identificar al que hablaba, pero parecía la voz de un hombre, que decía:

—El Señor nos libró. Escapamos.

Todavía no reconocía con quién hablaba y pensaba hacer una de las preguntas sobre prueba de vida. Los funcionarios del gobierno le habían pedido a cada familia que preparara preguntas que solo una persona podría responder.

Entonces el padre de Dale escuchó algo inconfundible: la risa de Dale, la risa corta que él a veces añadía al final de sus frases. Esa fue la prueba suficiente y supo que hablaba con su hijo.

5:45 a.m., Valle Grande Ronde, Oregón (8:45 a.m. en Haití)

Se acercaba la Navidad. La madre de Melodi encendió una vela, pero no parecía haber mucha razón de regocijarse en esa casa. ¿Cómo podían celebrar cuando Ryan, Melodi, André y Laura estaban todavía en cautiverio?

Sin embargo, hizo un esfuerzo de agradecerle a Dios por las oraciones contestadas que habían escuchado de los rehenes liberados.

El jueves por la mañana, ella estaba peinándose cuando el teléfono de su esposo comenzó a timbrar. Él había salido a ordeñar, así que ella fue a contestar. Se sorprendió cuando vio un número haitiano.

—Hola —contestó.

—¡Hola, mamá! Habla Melodi.

—¡Melodi! ¿En serio eres tú? ¿Estás bien? ¿Y los niños?

—Sí, todos estamos libres. Todos. Todos estamos bien.

Poco después, Melodi llamó a su hermana Angie.

—¡Melodi! Estás libre —exclamó Angie.

—¡Angie! ¿Qué tuviste?

Por fin Melodi escuchó del bebito llamado Cody Ryan, que ahora tenía dos meses.

6 a.m., Madras, Oregón (9:00 a.m. en Haití)

Los padres de Austin estaban acostados cuando el teléfono empezó a timbrar. Mantenían los teléfonos en la mesa de noche, por si acaso llamaban.

Miraron el número. Era de Ohio.

Después de la liberación de Mateo y Rachel, sucedió algo similar. Por la noche recibieron una llamada anunciando una llamada familiar en diez minutos.

La madre de Austin dijo:

—Debe ser otra llamada familiar. Me preguntó qué habrá sucedido.

Escuchó mientras su esposo contestaba el teléfono. No podía oír a la persona que hablaba.

—Austin, ¿eres tú? Déjame ponerlo en altavoz para que mamá te escuche.

Más tarde, la madre de Austin diría:

—Ni siquiera puedo describir cómo me sentí.

9:00 a.m., New Concord, Ohio

En la casa de Mateo y Rachel había maletas abiertas esparcidas por todos lados cuando Mateo se despertó. Era su primera noche de regreso de Miami.

Se levantó y vio un mensaje de texto que le había enviado un colega en la ebanistería: “¿Es cierto lo que escucho de los rehenes?”.

Mateo no tenía idea, así que decidió llamar a Barry.

—¡Hola!

Mateo comprendió con asombro que la voz era la de Wes.

—Wes, Wes, Wes.

—Mateo, Mateo, Mateo.

La señal era tan mala que se cortó la llamada. Aun así, el corazón de Mateo se llenó de gozo indescriptible.

Wes había contestado el teléfono de Barry. Sin duda había sucedido algo.

Como si estuvieran aturdidos, Mateo y Rachel se quedaron sentados un buen rato. Parecía que no podía ser cierto. Habían esperado tanto tiempo que llegara este momento.

Pronto comenzaron a hacer planes para regresar a Miami.

8:20 a.m., Monterey, Tennessee (9:20 a.m. en Haití)

En la panadería, la madre de Wes miró el número haitiano en el teléfono cuando comenzó a timbrar. Ella contestó, al salir de la puerta para lograr mejor señal, pero no escuchó nada.

—¿Me oyes?

Todavía no podía oír nada comprensible. Escuchó que la voz de un

hombre decía “aló”, pero no parecía una voz conocida.

Por fin, terminó la llamada y volvió a su trabajo en la panadería. Minutos después, vio un número de Ohio que llamaba a su teléfono.

“Algo anda mal. O algo sucede”.

Tomó el teléfono y volvió a salir, esperando que la conexión fuera mejor esta vez.

De regreso en la panadería, Carol, la hermana de Wes, sacaba barras de pan de los moldes y los colocaba en rejillas para que se enfriaran.

De pronto, su madre volvió a entrar por la puerta, todavía hablando por teléfono. Carol dejó las barras de pan para verla. Su madre decía:

—¿Wes? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Carol miró a su madre, estupefacta. ¿El estrés de los últimos meses por fin la había vencido? ¿O realmente hablaba con Wes? Su madre, ahora junto al fregadero, terminó la llamada.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Gloria a Dios! ¡Están libres! —exclamó.

El rostro de Carol, normalmente tranquilo, ahora reflejaba un torrente de emociones. “Yo lo soñé y pensé que no era verdad. Ahora mamá dice que es verdad”.

¡Qué momento más especial!

9:30 a.m., Lancaster, Pensilvania

La mamá de Samuel llevó a su padre a una cita médica. Mientras el doctor lo atendía, ella visitó una pequeña zapatería menonita para pasar el tiempo hasta que terminara la cita. Mientras conversaba con el dueño de la tienda y se preparaba para salir, notó que su teléfono recibía una llamada. Era desde Haití.

Con el pulso acelerado, contestó:

—¿Hola?

—¡Mamá!

La madre de Samuel no tenía ninguna duda. ¡Sin duda era su hijo!

8:30 a.m., Ladysmith, Wisconsin (9:30 a.m. en Haití)

El clima no era agradable en Wisconsin. Caía una lluvia fría y ahora poco a poco cambiaba a nieve. La madre de Ryan acababa de ir al pueblo a comprar lechuga y tomates, pues ese día estaba encargada del plato caliente para la reunión de costura. En Wisconsin, los eventos normalmente continuaban, sin importar que el tiempo fuera bueno o no. Cuando llegó a su casa, la hermana menor de Ryan salió corriendo de la puerta.

—¡Se escaparon! —gritó.

La madre de Ryan la miró fijamente.

—¿Las vacas?

—¡No! Ryan, Melodi y los niños.

Ryan había llamado mientras no estaba. Su hermano menor había contestado la llamada, a pesar de que no reconoció el número.

—¡Josué! Habla Ryan.

El hermano atónito había abordado esta llamada improbable de una manera lógica.

—¿Eres mi hermano Ryan, casado con Melodi Martin?

Ryan tenía lista su propia pregunta de prueba de vida:

—¿Eres mi hermano menor Josué Daniel Korver, nacido el 19 de mayo?

VIAJE A CASA

Jueves, 16 de diciembre

El primer baño caliente después de dos meses fue una experiencia maravillosa. El ataque de Austin sobre su barba crecida no fue tan placentero; arruinó la rasuradora. Los cuatro solteros hallaron que habían perdido como 46 kilos en conjunto desde el secuestro.

Grace y Cheryl juntaron toda la comida que pudieron hallar. Sobró helados de mango la noche anterior y alguien hizo bolitas energéticas. Las cocineras haitianas prepararon arroz y judías que habían planeado para ese día. La amiga de André, la señora que siempre había reservado agua de coco para Melodi y los niños, incluso logró darles un poco.

Pronto llegaron profesionales médicos para examinar a los rehenes.

Ryan le dijo a la enfermera:

—Probablemente no debería decírtelo, pero estos lentes de contacto

los he llevado puestos durante sesenta y tres días.

—¿En serio? Se ven bien —contestó ella.

La enfermera se ocupó de una serie de problemas menores. André sufría un caso severo de parásitos. Melodi tenía raspaduras por la caída y todavía sufría dolor al caminar. A Wes le tuvieron que sacar espinas de cactus de la rodilla. Pero, en general, todos estaban bien.

Cuando llegaron los agentes del FBI, se pasearon por la base con cara de asombro. Durante las supuestas liberaciones anteriores, habían estado informados. Sin embargo, esta no fue una liberación y se veían tan sorprendidos como los demás.

Los misioneros se preguntaron cuánto tiempo podrían permanecer en la base. La mayoría estaban ansiosos de pasar una o dos noches en sus camas propias, pero no sería así.

Los funcionarios le dijeron a Barry:

—Vienen de camino a recogerlos.

Se decidió que el grupo, junto con Ray, volaría a Miami en un avión de la Guardia Costera. Al tomar este vuelo, podrían evitar los aeropuertos con sus filas de seguridad y de equipajes y controles de COVID-19. También evitarían pasar por aduanas, creando una situación extraña en sus pasaportes. Todos tenían un sello de entrada a Haití, pero no sello de salida.

Una caravana de unos doce vehículos los llevó al aeropuerto. Había tres vehículos con los misioneros, varios vehículos de la embajada, una Suburban blindada y varios vehículos policiales.

El avión de la Guardia Costera no era especialmente lujoso. La tripulación introdujo filas de asientos en el avión y los aseguraron al piso. A todos les entregaron tapones para los oídos. Los misioneros fueron bien atendidos y todos se turnaron para entrar a la cabina del piloto.

En Miami, el FBI pronto llevó al grupo a su hotel. Les preguntaron:

—¿Qué quisieran comer? Conseguiremos cualquier cosa que deseen.

Alguien sugirió pizza, gaseosa y patatas fritas, y ese fue el pedido.

Se presentaron unos doce agentes del FBI, luego repartieron las llaves de las habitaciones y abrieron las cajas de pizza para servirles.

Un agente del FBI le aplaudió al grupo por trabajar tan fluidamente. Esta persona dijo:

—Gastamos millones de dólares entrenando a nuestra gente sobre cómo trabajar juntos en unidad e incluso cómo manejar situaciones de rehenes y posibles escenarios de escapes. En cambio, este grupo de misioneros sin capacitación lo hizo perfectamente.

Hablaron de la coherencia del grupo y del hecho de que permanecieron juntos durante los dos meses. Los agentes no estaban seguros de que alguna vez hubieran escapado tantos rehenes al mismo tiempo.

Al recordar su fuerte confrontación el martes por la mañana, apenas unos días antes, los ex rehenes tuvieron que sonreír. A pesar de sus luchas, Dios los había sacado. Por su propio poder, había creado la unidad y la cohesión que había llamado la atención de los funcionarios gubernamentales.

A Melodi no le sorprendió que se gastaran tantos recursos en capacitar a personas sobre cómo llevarse bien. ¿Cómo podría la gente soportar el confinamiento estrecho y el aburrimiento si no tuviera a Dios? Aunque los misioneros creían y deseaban obedecer lo que la Biblia enseña en cuanto a llevarse bien el uno con el otro, aun así, fue necesario un milagro para unirlos.

Todos deberían haber estado agotados esa noche, pero en cambio, casi todos estaban tensos y se acostaron tarde. Para Melodi, Miami fue una mancha borrosa de pies dolorosos y personas preocupadas mientras intentaba hallar sus cosas, bañar y limpiar decentemente a sus hijos por primera vez en dos meses.

Fue un cambio casi demasiado grande en un tiempo demasiado corto para procesarlo todo. Menos de veinticuatro horas antes, habían estado encerrados en dos cuartos mal ventilados en un campamento de pan-dilleros. Ahora cada familia tenía su propia habitación de hotel, cada

una con su propio baño y ducha caliente.

Atwater, Ohio

Durante semanas, el primer pensamiento de Tomás Wagler cada mañana al despertar fue “Ora por los rehenes”. La mañana del 17 de diciembre, pensó lo mismo. Entonces recordó que ya no había rehenes.

“¡Guau! Puedo comenzar a alabar otra vez”, pensó Tomás. Por supuesto, él y la junta directiva habían alabado a Dios durante toda la terrible experiencia, pero sobre todo, siempre habían sentido una necesidad urgente de orar.

Pensamientos finales

El día después del escape, los ex rehenes se reunieron en la sala de conferencia del hotel en Miami para cantar, como lo habían hecho por tantos días. Mateo y Rachel se unieron a ellos en un feliz reencuentro. Pronto llegarían familiares y parte del personal de CAM. Barry y Felipe y sus familias llegarían en avión más tarde ese día.

—Por fin. Ahora puedo cantar un himno que no sea: “Cuando pesares pasan por mi alma como olas” —dijo Samuel.

¡Cuán maravilloso era reírse ahora, sin la carga pesada del cautiverio interminable que atenuaba el gozo!

En ese momento Samuel pensaba en otra cosa. Algo que podía compartir en una reunión familiar de Navidad. ¡La carta que le había escrito a su familia! Afortunadamente, iba a casa con él, no en lugar de él.

Antes de separarse y regresar a sus hogares, los misioneros cantaron una vez más su canto lema: “Y te doy gracias por un milagro más, Señor”.

Las obras misteriosas de Dios

Barry, Felipe y sus familias volaron hacia Miami el día siguiente en un vuelo comercial. En el vuelo, hablaron con un piloto que les dijo

que él había sido quien estuvo volando sobre el recinto en Titanyen el miércoles. Su organización planeaba construir una pista de aterrizaje e intentaba ver si funcionaría.

No buscaba a misioneros escapados, pero de alguna manera, Dios había usado a ese avión para hablarle a Kay, preparando su corazón para el regreso de sus amigos.

Quizás Dios usó una gran cantidad de cosas y personas inesperadas para realizar su obra por medio del secuestro. ¿Será posible que Dios dejó cierta confusión, cierto misterio en la historia, para que solo él recibiera la gloria?

Más tarde, Barry reflexionaría:

—Tenía el presentimiento de que Dios había planeado todo esto. Posiblemente yo haya cometido algunos errores. Quizás otras personas hayan cometido algunos errores, pero Dios tiene algo en esto para nosotros. Me anima saber que Dios puede obrar a pesar de nuestros fracasos y que puede esperar hasta que nuestros recursos se acaban.



EPÍLOGO

Setenta y dos días después de su liberación, los diecisiete ex rehenes volvieron a sentarse en círculo. No había necesidad de buscar la sombra, ya que nadie necesita sombra en Míchigan en febrero. La nieve cubría los terrenos del centro de conferencia donde se reunían y los cubos metálicos colgaban de los arcos azucarados que estaban a ambos lados de la entrada para coleccionar la savia. En el interior, la construcción de troncos le dio al centro un ambiente rústico. No rústico como el campamento de los pandilleros, sino rústico como un cálido fuego en una noche de nieve.

Alrededor del círculo de sillas, las familias de los misioneros se entremezclaban con las familias de Barry Grant y James Yoder y otros asociados de CAM. Allí estaban las diez madres, junto con los diez padres.

Olivia, la hija de Felipe y Grace también estaba presente, pero sus padres todavía venían en avión desde un funeral. También estaba Grant, el primo de Ryan, junto con su nueva esposa.

Los ex rehenes se turnaron para compartir algunas lecciones que habían aprendido durante su cautiverio.

Mateo comenzó recordando cuántas ideas le habían presentado a Dios.

—Sentí que Dios desaprovechó tantas buenas oportunidades para mostrarse fuerte. A veces pensamos que sabemos cómo Dios debería hacer algo y en realidad no estamos abiertos. Tal vez Dios tiene otra solución.

Dijo que lo más importante para él fue aprender a sencillamente confiar en que Dios sabe lo que hace y a tener un corazón suave para su dirección.

Wes fue el siguiente.

—Pienso que algo que aprendí fue: “No te dejes secuestrar”. Sin embargo, Dios usó esta situación. Todos sentimos que Dios realmente obraba en nuestra vida. Cuando casi no te queda nada, las cosas más importantes se vuelven muy importantes. Y las cosas que valorabas mucho de pronto tienden a perder su valor.

—Estoy de acuerdo —dijo Brandyn, pasando el micrófono al siguiente.

Samuel dijo:

—Ah, vamos, Brandyn. No eras tan tímido en el campamento de los pandilleros.

Esta situación era diferente. No había necesidad de un micrófono en el campamento de los pandilleros. Ahora la multitud exigía amplificación de sonido para que todos escucharan.

Kasondra compartió que la oración fue una de las bendiciones más grandes de su tiempo en cautiverio.

—¡Gloria a Dios por la manera en que él nos sacó!

—Aprendí a no dar tanto por sentado. Especialmente nuestras Biblias —dijo Courtney.

Kay compartió que había sido bendecida al ver cómo Dios hizo tantos milagros. Ella dijo:

—Él termina su trabajo. Aprendí a confiar más en él.

Cherilyn dijo que había anhelado esta reunión desde el día en que el grupo se dispersó. Recordó la bondad de Dios en el campamento de los pandilleros.

—Vimos a Dios sanar sin medicina ni con lo que pensamos que es necesario para nuestra salud. Él me mostró que se preocupa por mí. Dios se preocupó por mí tanto que permitió que me secuestraran, solo para poder enseñarme que él tiene un plan y un propósito.

Austin compartió que aprendió que el tiempo de Dios es perfecto. Aprendió a sencillamente recordar y confiar.

—Sus caminos siempre son perfectos. Y su tiempo es perfecto. Algo más que aprendí fue sencillamente el poder de rendirme a Dios —dijo Austin.

Shelden dijo que estaba agradecido por la comida, cuando la tenía.

—Porque no siempre estaba disponible.

Cheryl recordó las luchas, tanto en el campamento como después de su liberación. Recordó la importancia del rendimiento.

—Supongo que lo pensé mucho porque me separaron de Ray. Simplemente tuve que entregárselo a Dios y saber que él tenía un propósito en nuestra separación.

Ray, junto a Cheryl, también compartió. Descubrió que la fe y la confianza es una decisión, no un estado mental. Cada vez que alguien le preguntaba cómo estaba, le recordaba que siempre podía tomar la decisión de confiar en Dios.

Ryan dijo:

—Aprendí que las personas que te rodean, tu familia o quien sea que tengas a tu lado en un momento como ese, es lo que realmente importa.

Fue una bendición interactuar estrechamente con todos. Cuando duermes tan cerca de otros, aprendes a conocer a las personas mucho mejor de que podrías de otra manera.

Ryan también habló de los pandilleros.

—Cualquiera que fueran sus motivos, son seres humanos. Son personas creadas a la imagen de Dios, al igual que nosotros. No pude evitar sentir compasión por ellos. Probablemente todavía estén allí, haciendo el mismo trabajo sin sentido, drogándose o intoxicándose, intentando hallar felicidad de alguna manera vacía.

Melodi dijo que no cambiaría la experiencia de ser una rehén por un millón de dólares, aunque no deseaba volver a vivirlo. Ella dijo:

—Dios parecía muy, muy real en ese lugar. No hay nada como estar donde no puedes hacer nada. Oramos y oramos. Y oramos. Y oramos y oramos.

Entonces sus recuerdos se dirigieron al milagro de la unidad y la larga caminata hacia la carretera.

—Salir sabiendo que estás en medio de un milagro. Al menos así me sentí. ¡Fue tan divertido! Sencillamente sentí tan claramente que Dios estaba ahí con nosotros. Y espero nunca olvidar ese sentimiento.

Samuel recordó cómo el capítulo de la fe, en Hebreos 11, cobró vida para él como nunca antes. También recordó el milagro de la unidad.

—Se siente como si hubiéramos pasado por las buenas y las malas de todo. Lo atravesamos juntos. Momentos difíciles de no estar completamente de acuerdo el uno con el otro. Sin embargo, Dios nos ayudó a superarlo. Podemos sentarnos aquí, amarnos unos a otros, estar unidos y seguir adelante.

—Por dos meses, todos los días, dos veces al día, nos reuníamos. Es difícil describir los sentimientos por los que pasamos, y la sensación de estar sentado junto a todos ustedes ahora —dijo Dale.

Dale recordó los primeros días después de que le quitaron todo.

—Teníamos temor; no sabíamos qué iba a pasar después. Aun así, nos

teníamos unos a otros, teníamos la oración, teníamos nuestra fe. No teníamos distracciones, como nuestros teléfonos y nuestros empleos. No teníamos nada de eso. Me sentí mucho más libre que nunca antes. Nunca en toda mi vida pasé tanto tiempo en oración. Eso de verdad fue increíble.

Rachel completó el círculo, recordando cómo solía orar todos los días, pidiendo liberación. Ella se preguntaba y esperaba, “¿será que hoy sea el día?”

Ella preguntó:

—¿Es mi anhelo ir al cielo? ¿Vivo como si fuera mi último día? ¿Le hablo a otro de Jesús? ¿O hablo mal de otros? Solo quiero dejarles ese desafío a todos ustedes también, de vivir hoy como si fuera nuestro último día.

Después de que todos terminaron de compartir, la familia Noecker repartió “Herramientas para sobrevivir a un secuestro” empacados en tazones a sus ex compañeros de cautiverio. Dentro de cada bulto había una Biblia pequeña, un rollo de papel higiénico y un paquete de toallitas húmedas para bebés.

—Para cuando se acabe el papel higiénico —observó Samuel sagazmente.

También había un diario, una bolsa de Doritos, un bolígrafo y un cepillo de dientes suave, con una pasta de dientes.

Y había mantequilla de cacahuetes. La mantequilla de cacahuetes tan cremosa que no era necesario mezclarla con miel para crepas.

El tazón de Dale contenía algo más: sus pantalones de pijama de color granate, con banda elástica. Dale los usó durante días en el campamento de los pandilleros. Era correcto que los recuperara de nuevo.

Sin embargo, la mayoría de los recuerdos del campamento de los pandilleros no eran tangibles. Fueron las lecciones aprendidas y los recuerdos creados: una experiencia que nunca quedará en el olvido.

APÉNDICE

Historias conflictivas

*E*n la conferencia de prensa del 20 de diciembre organizada por CAM, no se indicó claramente que se había pagado un rescate. Aunque CAM tenía la intención de dejar esto claro, los oyentes no lo entendieron así.

Por esta razón, algunas personas acusaron a CAM de ocultar la verdad de que se pagó un rescate. Además, algunos reportajes afirmaron que los rehenes no escaparon, sino que fueron liberados en respuesta directa al dinero que se había pagado anteriormente, antes de la liberación de Kay, Cheryl y Shelden.

Los medios de comunicación haitianos informaron que los rehenes fueron liberados por la pandilla. Más tarde, se filtraron más informes de rumores haitianos que indicaron que el líder de la pandilla les había

dicho a los guardas que se mantuvieran alejados de los rehenes después de las 9:00 p.m. esa noche.

Pero ¿suena lógico? Después de sesenta y dos días, ¿es razonable suponer que Lanmò San Jou inició una liberación la misma noche en que Dios impulsó en el corazón de los rehenes que debían huir? Si fue así, parece casi más milagroso que si Dios sencillamente hizo que los guardas no vieran cuando los misioneros salieron.

Sin embargo, esta afirmación plantea problemas importantes, incluyendo el hecho de que Lanmò San Jou no estaba allí.

Incluso si el líder de la pandilla hubiera estado presente, probablemente habría cambiado su historia para que no contradijera tanto la de los misioneros. Si les dijo a los guardas que se apartaran después de las 9:00 p.m., no le informó a su jefe de guardas, quien les gritó a los demás que permanecieran despiertos. Su segundo al mando tampoco parecía saber nada del asunto, ya que aprobó un viaje tarde en la noche para traer aceite para un generador que no hubiera sido necesario ante una liberación inminente. Frogui tampoco parece haber sabido nada del asunto, ya que prometió traerle plátanos a uno de los niños la mañana siguiente.

Además, ¿cómo esperaba Lanmò San Jou que los rehenes descubrieran que estaban libres? ¿Esperaba que se dieran cuenta, en una casa sin ventanas, que ningún guarda estaba vigilando? ¿Pensaba él que de pronto, a la medianoche, ellos decidirían irse y caminar en la oscuridad por un territorio desconocido controlado por la pandilla? La idea parece ridícula.

¿Lanmò San Jou envió la tormenta que trasladó la regleta al corredor? ¿Fue él que iluminó los sueños de personas a cientos de kilómetros de distancia con la comprensión de que los rehenes habían escapado esa noche?

También sabemos que, si los rehenes en realidad escaparon sin su conocimiento, Lanmò San Jou tendría todos los incentivos para publicar

una historia falsa. Incluso si estas discrepancias no estuvieran presentes, ¿por qué creeríamos las palabras de un líder pandillero en lugar de los relatos coincidentes de los misioneros?

La fuente de rumores haitiana informó que los guardas organizaron para que alguien se encontrara con los rehenes. Pero ¿cómo podrían haber sabido exactamente dónde había ido el grupo, aun si los hubieran visto salir?

Un artículo publicado por el *Yonkers Times* de Nueva York citó a una fuente anónima con “conocimiento directo y detallado” del incidente.

Aunque muchos creen que los rehenes escaparon, se les permitió salir dejando parcialmente abierta una puerta y el guarda se fue, dejándolos libres para irse. Y cualquier haitiano que pudiera haberlos visto en su larga caminata a la libertad fue instruido a dejarlos en paz y solo involucrarse y ayudarles si se lo pedían. Los guardas estaban presentes y vieron todo y les permitieron salir.¹

Algunas partes de este relato son ridículas. ¿Cómo pudieran haber instruido a todos los haitianos de la zona que los dejaran en paz? No pudiera ser más ridículo si la fuente hubiera añadido “El líder de la pandilla también calló a todos los perros que pudieran haberlos visto u olfateado”. La frase “dejar parcialmente abierta una puerta y el guarda se fue” suena como si hubiera sido tomado de los relatos de los rehenes y cambiado para que coincidiera con la perspectiva del informante. El artículo también contenía errores ortográficos y gramaticales en el momento de visitar la página.

El 5 de enero, 2022, un artículo publicado por Associated Press citó al *Yonkers Times*, pero luego continuó: “Los ex rehenes han seguido

1 <<http://yonkerstimes.com/new-details-emerge-about-christian-hostages-released-from-haiti-they-were-freedand-a-ransom-was-paid/>>, visitado el 16 de febrero, 2022.

diciendo, en relatos detallados y consistentes, que escaparon durante una estrecha ventana de oportunidad bajo temor de ser recapturados o fusilados”.

El *Yonkers Times* publicó más tarde otro artículo defendiendo su historia al señalar que el Associated Press los había citado. Terminaron el artículo con una cita de un lector que afirmó que era “un poco decepcionante que la historia del escape fuera un invento”.

Entonces, ¿qué pasó realmente cuando Ping caminó hacia la puerta trasera y miró la puerta y la piedra fuera de su lugar?

¿Investigó a la roca y se alejó porque el líder de la pandilla le había dicho que se apartara de la casa? Si fue así, ¿por qué se molestó en mirar hacia la puerta? ¿Y por qué estaba tan asegurada la puerta? La explicación de que a propósito dejaron abierta la puerta no coincide con el hecho de que Ping regañara a los guardas y les dijera que fueran más diligentes. Sencillamente no hay evidencia de que Lanmò San Jou les haya ordenado a los guardas que dejaran libres a los prisioneros. Toda la evidencia señala en la dirección opuesta.

Los rehenes creen que Dios le cegó los ojos a Ping, lo que hizo que la piedra pareciera estar en su posición normal. Ping quedó mirando por largo rato, entonces, ¿qué hacía? No lo sabemos. Quizás dado que el generador estaba detrás de él, escuchaba para hallar más pistas en cuanto al ruido que había oído. La explicación más razonable por las acciones de Ping puede ser que Dios lo cegó.

Aquellos que eligen creer que Dios no le cegó los ojos a Ping esa noche se quedan con una situación aún más extraña y con un milagro aún más complicado.

Si Dios no le cegó los ojos a Ping, entonces él vio que la piedra había sido movida y sabía lo que sucedía. Esto significaría que Ping, un guarda meticuloso, que durante los últimos sesenta y un días había insistido en que se hicieran correctamente las cosas, de pronto tuvo

un cambio de opinión. En lugar de entrar corriendo y gritando, decidió dejarlos escapar.

Ping siempre detestó que le cuestionaran su autoridad; como lo demuestra su enojo cuando Samuel abrió la puerta para darle más aire a Mateo. Cuando los jefes de la pandilla le daban órdenes, Ping podía ser cruel, como cuando amenazó con matar a Brandyn si no se sentaba.

Si Ping efectivamente permitió que los misioneros se escaparan, parece claro que no recibió instrucción de Lanmò San Jou para hacerlo. Si ese es el caso, entonces algo sucedió dentro de su corazón. ¿Vio el círculo de ángeles que Kasondra vio en su sueño? ¿Será que él “sintió a Dios” como el señor Actitud?

Si los rehenes algún día oyeran que cuando Dios efectuó su escape, él también obró en el corazón de Ping para actuar a su favor, ¿negaría esto la liberación de Dios? Si descubrieran que algunas partes del sueño de Kasondra de ángeles alrededor de la casa o la visión de Brandyn acerca de Ping que predicaba un sermón se habían hecho realidad, ¿se sentirían desilusionados por la forma en que Dios los había liberado? ¿En ninguna manera! Solo les daría más razones para alabar a Dios por su poder inescrutable y sus caminos que están muy por encima de la imaginación humana.

Mientras tanto, quizás Dios nos haya dejado estas preguntas sin respuesta para que nadie, excepto Dios mismo, pueda tomar gloria por esta liberación. Muchas personas oraron, ayunaron, donaron recursos y hasta arriesgaron su vida por causa de los rehenes. Los rehenes mismos planearon, tramaron, oraron y arriesgaron sus vidas, pero fue Dios que los liberó.

El hecho de que esta liberación contiene cierto misterio solo aumenta la gran obra de Dios, no la minimiza.



Matt y Rachel Miller fueron los primeros dos rehenes que gozaron de libertad. Aquí se les muestra en el hospital de la base militar en Cuba.



El grupo de doce de regreso en la base de CAM en Titanyen, después de la huida el 16 de diciembre.



Photo credit: AP Images / Odelyn Joseph

Reunión alegre con el personal haitiano en la base de Titanyen.



La familia Noeker reunida de nuevo en la base de Titanyen después de haber escapado.



Samuel, Wes y Dale en el taller mecánico en la base de Titanyen.



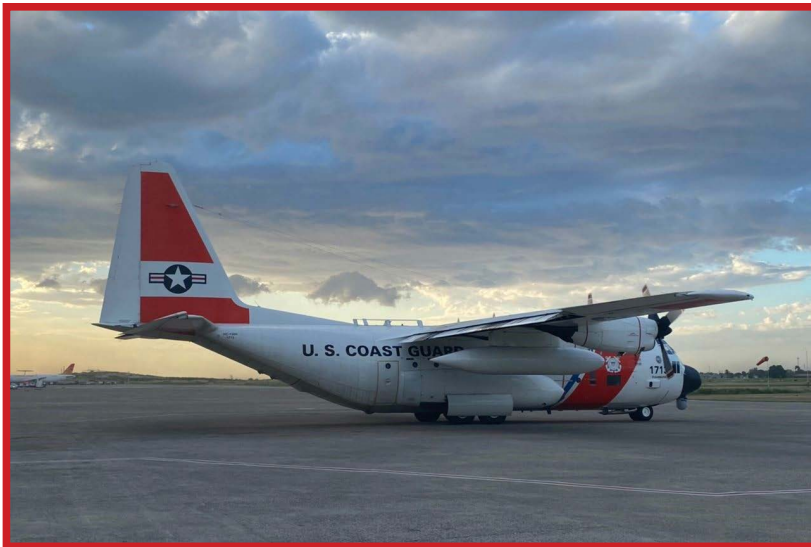
Barry está muy alegre por los sucesos de la mañana y felicita a su amigo de la Associated Press por ser el primer periodista en presentarse ese día memorable.



Los dos rehenes menores, André y Laura, listos para salir con los demás hacia el aeropuerto y tomar el vuelo a Miami.



La caravana llevaba a los ex rehenes al aeropuerto de Puerto Príncipe.



El avión de los guardacostas que trajo el último grupo a Miami.



Todos los ex rehenes se reunieron en Miami el 17 de diciembre. De izquierda a derecha: Samuel, Wes, Matt, Dale, Rachel, Ryan con André en los brazos, Melodi con Laura, Austin, Cherilyn, Brandyn, Kasondra, Courtney, Cheryl, Ray (no fue secuestrado) con Shelden en los brazos, y Kay.



Dale, sujetando su diario escrito en toallas de papel.



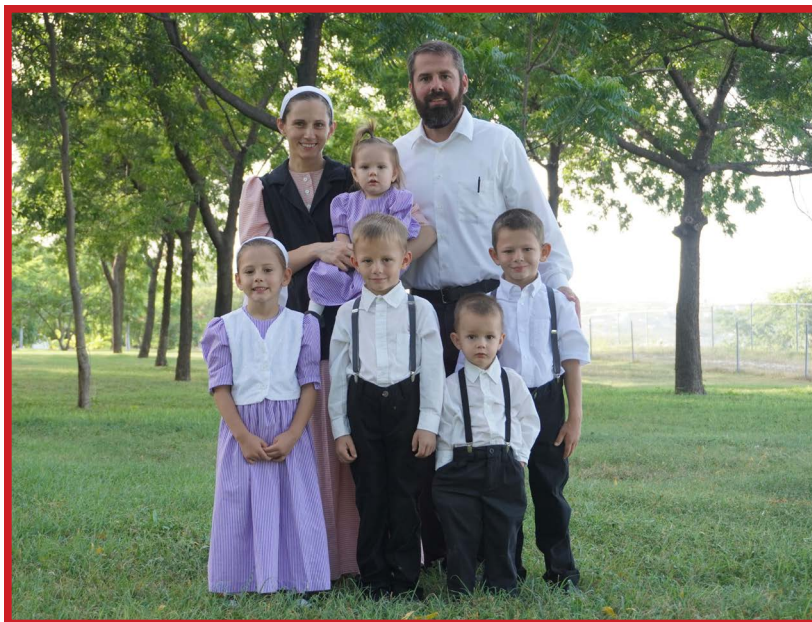
Samuel recibe una cálida bienvenida de parte de sus hermanos.



Un grupo del personal de la oficina de CAM en Berlin, Ohio, cantando "Cerca de ti, Señor" en la conferencia de prensa el 20 de diciembre.



Los ex rehenes reunidos de nuevo en Míchigan en febrero, 2022.



El director de campo de CAM y su familia: Barry y Julia Grant, con Elizabeth. Al frente, de izquierda a derecha: Bethany, David, Andrew y Abraham.



El supervisor de país de CAM, Felipe Mast, con su esposa Grace y su hija Olivia.

ACERCA DE LA AUTORA

Katrina vive en Elkhart, Indiana, con su esposo Marnell y su hija Anina. Es autora de ocho libros publicados por CAM. Estas obras incluyen *Blue Christmas* (Navidad azul, un libro sobre su trabajo voluntario a corto plazo en el norte de Haití en 2010), *Captain Garrison* (el capitán Garrison) y *From the White House to the Amish* (Desde la casa blanca a los amish). Katrina actualmente está escribiendo y publicando por su propia cuenta una serie de aventuras cristianas para grados intermedios.

Para contactar a la autora, suscríbete a la lista de correo electrónico de Katrina en katrinahooverlee.com, o escríbele a Katrina Lee, P.O. Box 2155, Elkhart, Indiana 46515. También puedes escribirle a Christian Aid Ministries, P.O. Box 360, Berlin, Ohio 44610.

RESPECTO A CHRISTIAN AID MINISTRIES

Christian Aid Ministries Ministries (Ministerios de ayuda cristiana, CAM por sus siglas en inglés) fue fundado en 1981 como una organización sin fines de lucro. Su propósito principal es proveer un canal eficiente y de confianza para que los miembros de iglesias Amish, Menonitas y otros grupos de anabaptistas conservadores ayuden a las necesidades físicas y espirituales alrededor del mundo. Esto en respuesta al mandamiento de hacer “bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10).

Cada año, los patrocinadores de CAM proporcionan millones de kilogramos de alimento, ropa, medicina, Biblias, entre otras ayudas. Los fondos que proveen los patrocinadores también se utilizan para ayudar a las víctimas de desastres naturales en los EE. UU. y en el extranjero, colocar vallas publicitarias con mensajes del Evangelio en los EE. UU. y proveer enseñanza bíblica y recursos de autoayuda. El propósito final de CAM es proporcionar ayuda, animar al pueblo de Dios y llevar el evangelio a un mundo perdido y moribundo.

EL CAMINO A DIOS Y A LA PAZ

*V*ivimos en un mundo contaminado por el pecado. El pecado es cualquier cosa que no esté de acuerdo con las normas santas de Dios. Cuando no seguimos las directrices que Dios nuestro Creador nos ha dado, somos culpables de pecado. El pecado nos separa de Dios, la fuente de vida.

Desde la ocasión en que el primer hombre y la primera mujer, Adán y Eva, pecaron en el huerto de Edén, el pecado es universal. La Biblia dice que todos “pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). También dice que la consecuencia natural de ese pecado es la muerte eterna o castigo en un infierno eterno: “Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:15).

Sin embargo, no tenemos que sufrir la muerte eterna en el infierno. Dios proveyó el perdón de nuestros pecados por medio de la muerte de su Hijo unigénito, Jesús el Cristo. Ya que Jesús era perfecto y sin pecado, él podía morir en nuestro lugar. “Porque de tal manera amó

Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Un sacrificio es algo que se entrega por el bien de otro. Es de gran costo para el que lo da. Jesús fue el sacrificio de Dios. La muerte de Jesús libra del castigo por el pecado a todos los que aceptan este sacrificio y de verdad se arrepienten de sus pecados. Arrepentirnos de los pecados significa sentir pena verdadera por nuestro pecado y apartarnos de los hechos que violan las normas de Dios (Hechos 2:38, 3:19).

Jesús murió, pero no permaneció muerto. Después de tres días, el Espíritu de Dios milagrosamente lo volvió a revivir. El Espíritu de Dios hace algo similar en nosotros. Cuando recibimos a Jesús como nuestro sacrificio y nos arrepentimos de nuestros pecados, nuestro corazón es transformado. ¡Somos vivificados espiritualmente! Desarrollamos nuevos deseos y actitudes (2 Corintios 5:17). Comenzamos a tomar decisiones que agradan a Dios (1 Juan 3:9). Cuando flaqueamos y cometemos pecado, podemos pedir el perdón de Dios. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Una vez que nuestro corazón haya sido transformado, desearemos seguir creciendo espiritualmente. Con gozo permitiremos que Jesús sea el señor de nuestra vida y desearemos ser más como él. Para lograr esto, debemos meditar en la Palabra de Dios y disfrutar comunión con Dios por medio de la oración. Les testificaremos a otros de este cambio por medio del bautismo y compartir las buenas nuevas de la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte. La comunión con un grupo de creyentes fieles fortalecerá nuestro andar con Dios (1 Juan 1:7).



El 16 de octubre de 2021 amaneció despejado y cálido en Haití, un día perfecto para el viaje planeado al orfanato. Los diecisiete misioneros no tenían idea de que no volverían a casa ese día. Ni siquiera cuando alguien gritó:

—¡Barricada adelante!

Aunque la violencia es parte de la vida en Haití, los misioneros no percibieron gran peligro; las pandillas por lo general solo querían un poco de dinero. Sin embargo, hoy fue diferente. Mientras la buseta avanzaba velozmente por la carretera bajo el control de los pandilleros armados, los misioneros enfrentaron una verdad espantosa: los estaban secuestrando.

Para los doce adultos, dos adolescentes y tres niños, los días siguientes eran una experiencia desgarradora. Mientras enfrentaron peligros, problemas de salud y una posible muerte, clamaron a Dios; y él suplió sus necesidades. Sin embargo, una oración parecía no recibir respuesta: su oración por liberación.

Detrás de las escenas, los administradores de la misión y funcionarios gubernamentales lucharon con encontrar la manera de cómo abordar la crisis. Por todo el mundo, la gente oraba.

Aunque su desesperación por salir aumentaba constantemente, los rehenes no pudieron ponerse de acuerdo sobre un plan de acción.

Un día, por fin se rompió el punto muerto. Al ceder el uno al otro, llegaron a tener un solo corazón y mente. Ahora Dios podía actuar.

Esa noche, él hizo la obra.

